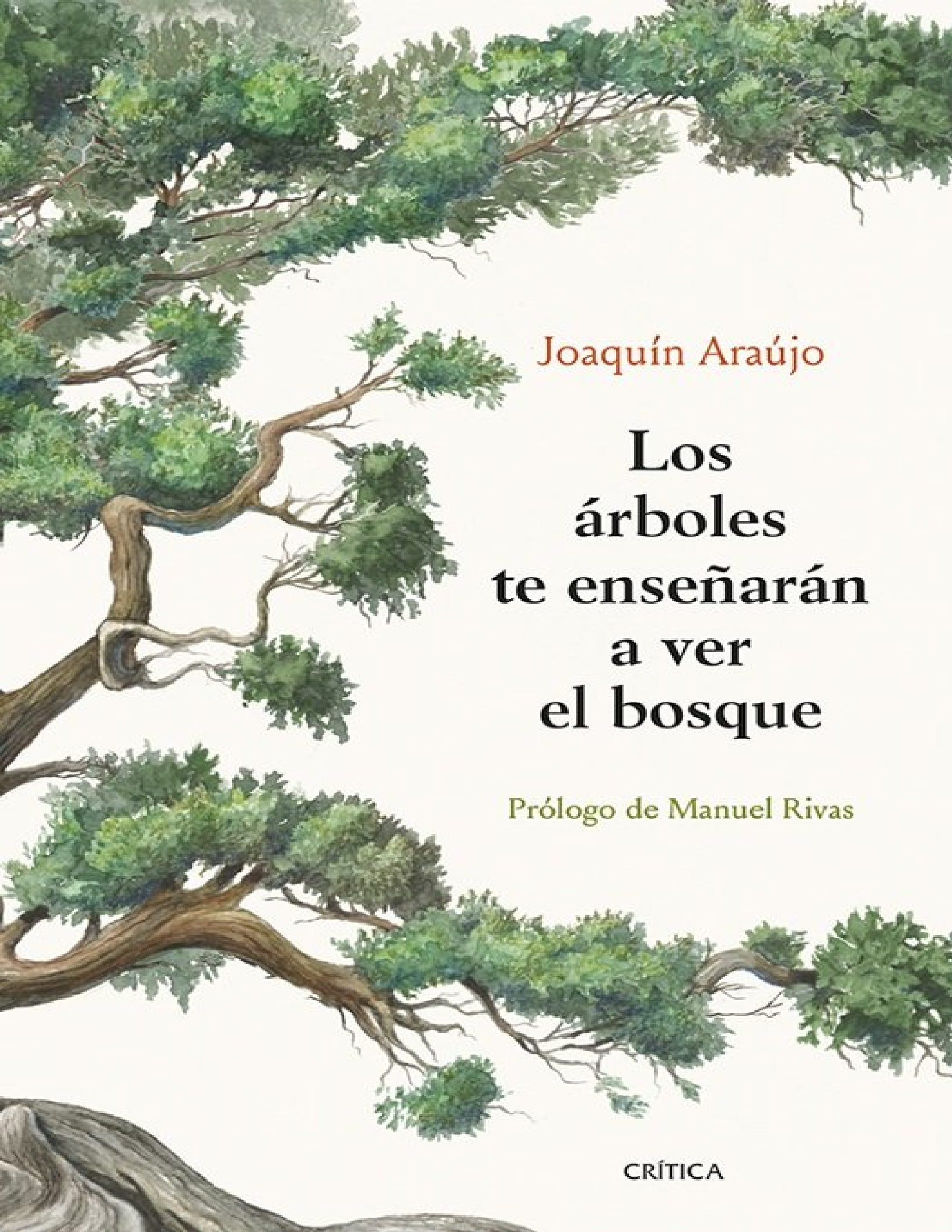




Joaquín Araújo

Los
árboles
te enseñarán
a ver
el bosque

Prólogo de Manuel Rivas

CRÍTICA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria 1	
Dedicatoria 2	
Citas	
Prólogo	
Preludio	
1. Olvidada procedencia	
2. Emboscarse	
3. ¿Qué es un árbol?	
4. Nada tan siendo como el bosque	
5. Cuantías	
6. Radicales	
7. La esencial simbiosis	
8. Allí donde la luz se hace vida	
9. Madera, materia, madre...	
10. Bellezas sabias	
11. El año del bosque	
12. El lenguaje de los árboles	
13. El único cadáver bello	
14. La catástrofe climática	
15. Algunas inolvidables	
16. Emboscadas artísticas	
17. Bellezas contadas	
18. Las sugerencias éticas del bosque	
19. FUENTE de las fuentes	
20. Elijo llegar a ser árbol	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Si algo mueve a Joaquín Araújo, el más importante de nuestros naturalistas, es su profundo amor por los bosques, de los que alberga un profundo conocimiento que, con gran sensibilidad, vuelca en este libro que es una invitación a sumergirnos en la naturaleza para reencontrarnos con nosotros mismos y, a la vez, para que seamos conscientes de su importancia en nuestro mundo y del peligro que corre.

Los árboles te enseñarán a ver el bosque mana de la vivencia de un «emboscado» y activista a favor de la continuidad de la vida que ha podido divulgar durante cinco décadas casi todos los aspectos cruciales sobre la naturaleza, y que ahora aborda buena parte de lo que es, nos da y supone el bosque. También lo que ha representado para la biosfera o la historia del arte, especialmente la poesía y las religiones. Profundiza en las tareas y destrezas de los árboles, esos alquimistas que convierten la luz en vida, y en los últimos descubrimientos de la neurobiología que han puesto de relieve la capacidad de comunicación y de recordar que tienen los árboles.

Si todavía estamos a tiempo será por lo que suceda al bosque y a la comprensión que tengamos de su papel crucial. Si todavía estamos a tiempo será por haber curado las enfermedades que actualmente padece la primera medicina contra el cambio climático: el bosque.

Joaquín Araújo

Los árboles te enseñarán a ver el bosque

Prólogo de Manuel Rivas

Ilustraciones de Xavier Macpherson

CRÍTICA
BARCELONA

*Para mí nieto Adrián que ojalá pueda pasear, siempre, bajo las sombras del bosque que puso a
crecer su abuelo.*

DEDICATORIA

Este libro, todavía de papel y por tanto del bosque, está dedicado a todos los árboles, a todos los emboscados y a todos los otros libros. También a los que divulgan, plantan y defienden las arboledas del mundo entre los que figuran demasiadas víctimas. No menos a todas y cada una de esas tablas de náufrago que sois vosotros, los lectores.

Los centenares de quemados anualmente por las llamas de los incendios forestales y las decenas de asesinados por defender la integridad de las selvas, figuran a la cabeza de nuestro respeto, admiración y agradecimiento. Gratitud que extendo a esos otros incontables emboscados que, desde la comprensión de lo que en estas páginas pretendo desplegar y la compasión hacia lo aquí escrito, emprenden toda suerte de iniciativas que buscan mantener en pie lo que más nos sostiene y consiente: el bosque.

GRACIAS Y QUE LOS BOSQUES OS ATALANTEN

Árbol, cúmulo de riqueza
En ti se asiste el agigantamiento
Del tiempo y del espacio.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Poeta es árbol.

FEDERICO GARCÍA LORCA

El bosque es formas y especies que no son solo para sí mismo sino para su ambiente.

WALT WHITMAN

Una sociedad no es mejor que sus bosques.

W.H. AUDEN

Voy y vengo por esos bosques acompañado de una extraña libertad que mana de ellos mismos.

E.D. THOREAU

Si existe el árbol hay que existir.

SOHRAB SEPEHRI

¡Nada debería ser llamado crecimiento si no crecen también los árboles!

J. A.

PRÓLOGO

EL LUGAR GERMINAL

Uno de los momentos más extraordinarios de la boca de la literatura es aquel de *La Odisea* en que Laertes reconoce a Ulises. Deberíamos precisar: cuando escucha el acento de la verdad.

¿Qué ocurre?

Laertes, el padre del héroe, de aquel rey de Ítaca que había triunfado por su astucia en la guerra de Troya, pero que luego se perdió en el mar y en el olvido, Laertes, digo, envejecido y ciego, abandonado de sí mismo, a punto de irse bocabajeando hacia el Hades, no quiere escuchar a ese recién llegado que dice ser su hijo. Otro oportunista, otro pelma, otro estafador que se presenta como Ulises.

No puede ser, no hay chance. Está harto de embaucadores, ha perdido toda esperanza.

De repente, esa voz, lo que dice. Habla de árboles.

¿Recuerdas, padre?

Ulises va nombrando y enumerando los árboles del huerto de Ítaca. Los nombres y la cantidad, con una exactitud telúrica, de memoria profunda. Los trece perales, los diez manzanos, las cuarenta higueras...

Y Laertes ya no duda. Ese a quien oye es su hijo. Puede verlo a través de las palabras que invocan los árboles.

Este libro brota en ese lugar psicogeográfico donde las palabras son parte intrínseca de la naturaleza. Los árboles resisten al olvido, cobijan a la memoria. Toda la odisea de Ulises es una lucha contra la desmemoria, contra el desarraigo, contra quienes conspiran para borrar la arboleda de su mente. Sus compañeros de exilio marítimo renunciaron a esa lucha cuando aceptaron saciar el hambre a cambio de olvido.

Joaquín Araújo es nuestro Laertes y Ulises al mismo tiempo. Custodia los árboles y rescata la memoria del bosque. Escribe en el lugar germinal. ¡Qué abrazo le daría Eliseo Reclus! El geógrafo de la libertad, el autor de *El hombre y la tierra*, esa obra que sembró ateneos en la intemperie del mundo, él, Reclus, que inspiró la utopía de la ciudad-jardín, dejó escrita esta cabecera: «El ser humano es la naturaleza tomando conciencia de sí misma». En nuestros días, puede verse como demasiado antropocéntrica. Hay personas no humanas (animales) con conciencia, y humanos que parecen no tenerla. Pero sabiendo quién fue y cómo caminó Reclus, el sentido está claro. No se vanagloria, no establece una jerarquía con el sapiens en la cumbre. No, lo que hace esa máxima es justamente interpelar, poner fin a esa escisión entre humanidad y naturaleza.

Este libro rescata la memoria del bosque. Alumbra la imaginación del bosque. Expresa la conciencia que alberga el bosque. Por decirlo a la manera de Hartmut Rosa, «es el lugar de la resonancia frente a la aceleración».

En los talleres de arte flamenco, en aquella época en que Johannes Vermeer aprendió a pintar las nubes de Delft, había un elogio insuperable. Tener mano sincera y mirada fértil.

Antes de llegar a nosotros como libro, Joaquín Araújo escribió esta obra en el manuscrito de la tierra. Eso solo se puede hacer con la mano sincera, con el pigmento de la verdad en la hendidura de las uñas. Y con la mirada fértil. La que tiene como primera musa la conciencia. La que puede tejer un texto con los filamentos invisibles que sostienen las vigas del cielo.

Hay que abrazarse a él como a un árbol.

MANUEL RIVAS

PRELUDIO

NADA LEVANTA TANTO COMO LAS HOJAS CAYENDO

Nunca nadie sabrá de dónde brotan las metáforas pero acaso esta, la que acabas de leer, se deba a la vivencia del instante que pretendo describir:

Esta tarde de otoño, me ha invitado a sentarme con ella. Nada más colocarme a su lado me ha abrazado. La línea del horizonte puede confirmarlo. Hoy el paisaje entero me lanza una mirada de miel bajo una melena de aromas a tierra mojada. El atractivo de esta atardecida, como tantas veces, resulta insoslayable. Parece que la luz se sonroja por su evanescente momento, recato aumentado porque, minimizándose, acrecienta mi emoción y, claro, comienzo yo también a rodearla con mi piel. Sí porque a la luminosa transparencia se la besa, por supuesto, con los ojos pero si se quiere llegar algo más lejos solo se puede con esa porción, la más grande del cuerpo, a la que están destinadas las caricias. Mimos para la piel que no solo vienen de otras manos sino también del color y la temperatura, del olor y la humedad. Sin descontar que el aire acaricia hasta por dentro.

Cuando contemplas en soledad las insinuaciones de cualquier lontananza tienen sentido. Incluso todo lo imaginado adquiere significado. Lo mirado, en definitiva, no para de decirle poemas a lo sentido. Luego nos creemos que los hemos escrito nosotros.

Este octubre ha recuperado ya el canto de mirlos, totovías y petirrojos. No menos los suspiros de la fresca renacida. Los llameantes colores, avanzando por las copas de los árboles, parecen una multitudinaria manifestación reivindicando miradas admiradas. La mía desde luego siempre les ha sido fiel. He visto y escuchado muchas veces al bosque reclamando que lo contemplemos y escuchemos. De hecho su merma se debe a la muchísimo mayor de humanos emboscados. Aunque claramente en aumento todavía somos pocos los enamorados de las espesuras.

El color del fuego que no quema se convierte en imán, pero no solo para los ojos sino también para todos los otros sentidos. En suma una marejada de estímulos que tiene como rompiente a mis propios ojos y oídos y como playa a toda mi piel. Pero no menos al paladar y al olfato. ¡Ay este olor de la fertilidad comenzando a guisar todos los futuros!

La despedida del bosque es toda una fiesta, la mejor del año, porque es la que va a tener más secuelas. La que, con su desmayo, anuncia todo un renacimiento. También acude a mi mente el recuerdo de que antes que las hojas se van sus frutos, la mayoría hechos carne de torcaces y ciervos, de ginetas y arrendajos. Incluso de las lejanas y viajeras grullas que demuestran con sus trasiegos que el bosque, sobre todo nuestros hospitalarios encinares, viajan. Viajan convertidos en el combustible de los nómadas del viento, es decir cualquiera de las aves migratorias que se alimentan de los frutos de las arboledas mediterráneas.

Algunas bellotas también se esconden, acaso ahora mismo, para poder volver a empezar esa sencilla verdad que llamamos bosque. Este que ahora parece desnudarse por fuera para vestirse por dentro. Los árboles tienen con el frío una relación inversa a la de los animales de sangre caliente.

La primera humedad, tras los secarrales veraniegos ya está despertando, en efecto, la fertilidad espontánea.

Como tiendo a soñar también despierto me planteo que este fue el primer aroma de todos los tiempos y por eso nos resulta tan grato como reencontrar un amigo o un viejo amor tras larga ausencia. La nueva tibieza del aire, al mismo tiempo, construye un especial bienestar para todos y nos premia con mano acariciadora. Hay ciertas temperaturas que nos dan masajes, que relajan al dejar la piel a punto para pequeños escalofríos de placer. Es tanto lo que está proponiendo el bosque otoñal que imagino que es ahora cuando y donde nace el más completo sentimiento de la Natura. Que, por cierto, consiste en sentir lo mismo que siente el bosque. Este que de inmediato nos convierte en mensajeros y traductores pues lo convertimos en lenguaje con palabras.

No sé cuanto tiempo ha pasado, entre este sentir y estos pensamientos, pero compruebo que las sombras son ya el doble de largas que cuando comencé a contemplar este atardecer que me mira.

Va desgastándose mi conversación con la arboleda porque el ritmo de la luz en retirada pasa de allegro a adagio y, claro, aumenta el esplendor que me alberga. Cuando todo se calla, como ahora mismo, es cuando aparece el gran significado, cuando te das cuenta de que a veces, solo a veces, consigues que acuda el silencio a escucharte. Porque oír y oírte acaso sea la única forma de acercarse a la posibilidad de comprender; comprender a lo que te comprende, todo esta penumbra, todo este bosque a punto de irse a la cama.

Toda la tarde se ensimisma y consigue detener a todos los relojes. La vida a veces no acepta que el tiempo marque las reglas y consigue burlarlo convirtiendo un instante en recuerdo imborrable.

En mi memoria jamás se ha escondido lo que pasó al dejar la auscultación de todo el derredor y fijar la atención en ella.

La luz se está desmoronando, caída que contagia a una hoja de tilo que salta desde la rama más alta de su ya perdido hogar. Se convierte en una pequeña porción de oro marchito, deslucido, casi blanco que se bambolea en el aire con la más leve de las solemnidades. Pienso que así debe ser cuando estás viajando hacia tu lugar de nacimiento. Cuando emprendes tu última travesía. Todo lo que va a dejar de vivir debería hacerlo con el máximo de serenidad, con la elegancia que exhiben las hojas paracaidistas como la que está secuestrando mi mirada.

Conozco muy bien a los tilos y su profuso traje de hojas que proporciona la mejor sombra conocida. Es más, he dormido cien veces bajo ese paraguas amparador que escancia calma. Porque el poder de serenar no solo nada en las infusiones de flor de tilo, también se convierte en emanación de las hojas y cuando pasas un buen rato bajo estos árboles acabas apreciando sus capacidades ansiolíticas. En fin que si deseas una siesta relajante nada como ampararte bajo la copa de un tilo. Acaso por eso mismo el que concibió la palabra descanso en chino dibujó un precioso pictograma que evoca a alguien bajo un árbol.

Es más como tengo a la puerta de mi hogar, y por mi mano plantado, un precioso tilo, sé cómo son sus hojas que he barrido en numerosas ocasiones para depositarlas luego en la cuadra y así aumentar los fertilizantes naturales para mi huerta. Hojas que, cuando caen, casi siempre son de un bello pardo pero mi protagonista ha decidido volar antes de perder toda su verdad, es decir su verde. Un verde tan desvaído que tiene no poco de blanco que entreveran tonos dorados. Sé que la que vuela es una pequeña balsa, lisa, llana, con una leve acanaladura que podría estar desempeñando el papel de timón. Aunque está a unos tres metros de mi frente tengo la impresión de que la veo en descarado primer plano, que puedo distinguir hasta la última mota de su ya iniciada marchitez. La zozobra con la que intenta ser pluma leve que planea la convierte en todavía más frágil.

La titubeante hoja de tilo duda, vacila en su bamboleante inseguridad. Exhibe una enorme levedad como si me estuviera proponiendo amparo, acaso incluso cariño. Y claro, lo consigue. Al menos mis ojos se han enamorado perdidamente del instante.

Como he dirigido cientos de filmaciones con alta velocidad seguramente estoy mucho más acostumbrado a ralentizar los acontecimientos naturales.

«¡Que se pare el mundo, que me apeo!», escribió Miguel Delibes en su discurso de ingreso en la Academia luego convertido en un primer manifiesto ecologista de nuestra reciente historia. «Quien pare el mundo, aunque sea por error o negligencia, será su salvador», nos espetó por su parte Emil Cioran. Estas frases acuden como chispas a mi memoria porque creo que he visto detenerse, una centésima de segundo, a la planeadora hoja de tilo. Tras la pausa, real o soñada, cambia de rumbo y de una trayectoria inicial claramente descendente, casi a plomo, pasa a dar un giro a la izquierda y desplazarse casi sin apenas perder altura. Recorre casi un metro en mi dirección, de lo que me alegro. Estar en la primera fila siempre ha mejorado la percepción del detalle. Precisamente por eso me percaté una vez más de que es casi redonda, con los bordes como dientecillos de lagartija, como si se avergonzara de no tener un contorno liso y suave. En cualquier caso el aserrado perímetro nunca ha dañado y mucho menos mordido a nada ni a nadie. En la esquina más cercana al peciolo mi acaparadora hoja muestra una herida, acaso el mordisco de una oruga que no completó su propósito de merendársela toda entera porque fue descubierta por el herrerillo que con el insecto dio de comer a uno de sus polluelos.

Un instante más tarde comprendo que no ha sido una alucinación lo de ver pararse a la hoja en el aire. Porque de pronto se produce una colisión con un hilo de la virgen que vuelve a frenarla una décima de segundo. Lo de chocar con un filamento de seda es suceso que con toda seguridad es el que más veces se produce durante el desnudarse de los árboles. Porque en otoño, junto con los miles de millones de hojas dispuestas a hacerse tierra, no menor resulta el número de las sedas de araña que pretenden hacerse cielo.

Escapa, afortunadamente, a la comprensión lo que supone que millones de arañas, se estima que unas 500.000 pueden llegar a vivir en solo una hectárea de bosque, llegado los primeros días frescos y con brisa del otoño se dediquen a lanzar hacia lo alto centenares de metros de esa seda con la que tejen sus hogares y trampas. Muchas de ellas se dejan transportar por la veleta en que su propia secreción se convierte. Es más, miles de estos invertebrados recorren enormes distancias así transportadas y hasta llegan a alturas increíbles en la atmósfera e, incluso, cambian de continente. La mayoría de los hilos de la virgen acaban, como nuestra hoja viajera, en los suelos que aparecen, en estos primeros días de noviembre, tapizando también con un colchón de

destellos, perceptibles eso sí con luces bajas y laterales como las del ocaso o el orto. No puedo por menos que hacer hincapié en lo que tantas veces me ha emocionado como propuesta estética de la Natura. Un manto de hojas, a menudo con media docena de colores tapiza la totalidad del suelo, sobre las mismas una finísima madeja de hilos de seda dispuestos a brillar con la más leve brisa. Si ha llovido, que era lo normal, hay que sumar miles de parpadeantes relámpagos de luz. El otoño es, por supuesto, caída pero de bellezas insuperables y trascendentes.

El caso es que tuve la fortuna de ver el mucho más beso que encontronazo entre los dos eventos más hermosos de la otoñada. Roce de lo largo y fino con lo redondo y plano. En realidad entre dos luminosos colores nómadas y fugaces.

Con melancolía evidente se separaron seda y hoja. La brisa a menudo divorcia lo que casó. El hilo de la virgen se hizo invisible pero mi mirada siguió la crucial trayectoria de la fertilidad futura. Algo tan bello no podía por menos que ser proclamado con entusiasmo por otro espectador. Me pareció que, de la misma manera que yo rozaba el trance, el petirrojo que derramó toda su canción sobre el acontecimiento compartía emociones conmigo.

¡Qué suspiro de alivio lanza el otoño a través del renacido canto de los pájaros! ¡Qué regalo que no pocos voladores recuperen las siringes primaverales! No menos que la música vuela al lado de los preludios de la hojarasca. La Natura sabe que lo para muchos marcha fúnebre en realidad es un allegro primaveral.

En suma un color volando con suprema elegancia, una canción con plumas, unos ojos encantados y algo insignificante demostrando ser trascendente. Todo ello en un parpadeo. Casi el mismo que el mismo sol estaba dando pues ya se acostaba del todo tras la línea del horizonte.

Porque la ventana de mis ojos solo bajó tras ver como la hoja del tilo se reunía con su propia sombra para descansar al lado de miles, acaso millones de sus iguales. No conozco mejor, más nutrida e importante reunión que la de las hojas desmayadas. Reivindico más atención para este acontecimiento que si bien se repite hasta lo incalculable y no puede tener mayor importancia, acaso más que la floración o el despliegue del follaje, apenas figura en las preferencias de los todavía escasos contempladores de lo espontáneo.

¿Pasó por algo parecido César Vallejo cuando comenzó su precioso poema «El libro de la naturaleza» con estos versos?

Profesor de sollozo —he dicho a un árbol—
palo de azogue, tilo
rumoreante, ...

El viaje de mi inolvidable hoja de tilo seguramente no duró más de tres segundos —segundos de ese tiempo que solo los humanos medimos— pero estoy seguro de que aquella hoja paracaidista permaneció en el aire muchísimo más tiempo. Por eso mi mente tuvo tiempo para todo lo que estáis leyendo desde hace cinco minutos, también de los convencionales.

Pero cuando puedes vivir al margen de los relojes llegas a tener tiempo para comprender como la Natura y, sobre todo el bosque, puede burlar e incluso vencer, al poderoso tiempo y sus guadañas. De hecho comprendí que todo es comienzo en estas despedidas tan lentas, tan ajenas a la devoradora prisa. Es decir que NADA LEVANTA TANTO COMO LAS HOJAS CAYENDO. Porque la hojarasca —¡cuanta ignorancia milita, por cierto, en el uso demasiadas veces despectivo que se hace de la preciosa palabra! Porque hojarasca es la siembra de todos los

futuros. Es más remedando a ese piropo en verso que Rainer Maria Rilke usó para halagar a una dama, lo que acabo de describir consigue el imposible de que «Cada día que pasa eres más joven». Así de contundente es el bosque y su hojarasca. Porque aunque la pavorosa lógica de la línea del tiempo sea cierta para casi todo lo demás, los bosques han inventado el rejuvenecimiento. Un suelo bien alimentado todos los otoños por los follajes desplomados es cada año más potente, lozano, vigoroso y conseguirá árboles más frescos. Cuando tengáis la suerte de contemplar con serena atención la caída de una hoja conviene pensar en que así, de alguna forma, el poderoso paso del tiempo es derrotado por el proceso de la fertilidad natural, sin duda lo que más y mejor deberíamos conservar y potenciar, sobre todo en este presente tan infértil.

Como los más acertados pensadores el tilo, y todos los árboles, encuentran su inspiración, su sentido y destino en su propio origen —de ahí aquello de la originalidad— nunca desligado de la continuidad. Para crecer al año que viene, en efecto hay que viajar de uno mismo hasta uno mismo. No sé, pero eso a la postre es lo que le contó a mi emocionada contemplación la callada hoja. Una levedad desplomada que se sumó a miles de otras hermanas para abrigar al suelo del que había nacido. Pensé también en el estremecimiento de las raíces al sentir cómo aumentaba el peso del mismo suelo donde bucean. Pensé en que todo viviente depende de alguna forma de estas incandescencias aterrizadas y acabo convencido de que el ocaso otoñal es el amanecer más lento, por tanto el mejor principio. Una vieja sabiduría, la rural, casi del todo extinguida reconocía el carácter manantío del otoño y situaba, allá por San Miguel, el 29 de septiembre, el inicio del calendario. El ciclo se compadece, esa es su esencia, comenzar con lo que termina, terminar comenzando. ¡Qué inmensa pérdida el que casi nadie recuerde esto!

Todos tenemos una colección de instantes preferidos en la memoria. Los que acompañamos a los paisajes sumamos acontecimientos como éste a las historias convencionalmente humanas. Lo que realmente ayuda a comprender se refugia en un puñado de acontecimientos como esta hoja de tilo cayendo que nada ha borrado de mi memoria; memoria que ya amenaza ruina, eso sí bien apuntalada por unos unos cuantos recuerdos imborrables como este. De hecho imposible de olvidar entre otras cosas porque guardé esa hoja y he escrito todo esto con ella, una vez más, delante de mis ojos.

Como yo también, por insoslayables cuestiones de residencia y edad, soy bosque y otoñal, pretendo que también las hojas de este libro vayan cayendo desde vuestros ojos lectores hasta la otra fertilidad más necesaria: vuestra compasión hacia lo que hace posible buena parte de lo mejor de la Vida. Que es, ante todo, instantes capaces de crear eternidades. Eso que nada, ni nadie, consigue mejor que el bosque como pretendo demostrar y compartir a continuación.

OLVIDADA PROCEDENCIA



Es un bosque magistral: viejo como deben ser los maestros, sereno y múltiple.
Además practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La procedencia como regalo

Lo primero que nos enseña el bosque, si queremos escucharle, claro, es que allí comenzó. Comenzó casi todo lo que hoy es capaz de volver a comenzar y comenzamos. Es original origen que nos originó. De hecho somos como somos, en no poca medida, porque fuimos bosque. Volveremos sobre este particular, pero bueno será anunciar que nuestras destrezas visuales, manipuladoras y comunicativas se pergeñaron cuando nuestros antecesores se movían principalmente por el dosel forestal. La condición humana se inició en la espesura de las frondas. De las que salimos pero de las que nunca hemos dejado de depender.

Debemos tanto a los árboles que cabría llenar tres libros como éste para enumerar simplemente los REGALOS —en absoluto servicios o recursos— recibidos desde las arboledas. Dádivas que apenas descansan pues comienzan con el primer día de cada uno y no acaban ni cuando se termina tu vida. Casi todos los obsequios que manan desde la Natura quedan olvidados por las amplias mayorías que solo consideran real lo que pueden mirar en las pantallas o en los escaparates, antes de comprar, es decir de dominar y poseer. Sin embargo todo viene de más atrás, más de por todas partes, más barato, más lejos, más seguro, más limpio y, sobre todo, más justo por generar igualdad y promover el más necesario de los sentimientos: la fraternidad que de tan magistral forma alcanza el bosque.

Nadie es dueño de un paisaje entero, y sin embargo nada te da más posesión de ti que la contemplación de lo infinitamente más grande que tú. Inmensidades de donde, por cierto y más si son arboladas, proceden todas las pequeñeces e insignificancias. De hecho toda mercancía o producción humana, incluso los contenidos de las programaciones de televisión, son la última porción de una larga y amplia cadena de elementos y procesos vitales que invariablemente quedan ignorados y hasta despreciados. Pues bien, quien más comienza en este mundo, quien más consigue todos esos superlativos y esenciales regalos, en todos sus más amplios sentidos, es, insisto, el bosque. Entre cuyos frutos está la especie a la que pertenecemos pero que demasiadas veces, demasiados de sus miembros, actúa como si no perteneciera a este mundo. Acaso el mejor obsequio de las arboledas sea el más ignorado, incluso para la mayor parte de los amantes de la Natura. Me refiero a sus propuestas éticas. En realidad se trata de lo que tan solo insinúa para que descubramos que no están en él sino en nosotros. El árbol es un monje zen que nada pretende y todo lo consigue. Alcanza, incluso, a sugerir estimulantes emulaciones como las que van a aflorar muchas veces en estas páginas. De ahí que algunos emboscados consideremos que la floresta es capaz de ofrecer alternativa válida al consumismo, a la desmedida ansia de poseer de buena parte de los humanos. Consumismo y acumulación son los grandes enemigos de la totalidad de la Vida y, por tanto, de todos nosotros. El bosque en no poca medida nos hizo, en todavía mayor generosidad nos ha mantenido a lo largo de centenares de generaciones, ahora está dispuesto, dado el desastre climático, a salvarnos. Y lo hará sin pedir nada a cambio, si acaso tan solo que le dejemos seguir ejerciendo su profunda vocación de participar en la prolongación de la Vivacidad.

El alejamiento perpetrado por esta civilización contra la Natura ha cegado tanto y a tantos que hace arder al aire y a las arboledas. Pensemos que solo a lo largo del verano de 2019 ardieron en Siberia el equivalente a la totalidad de la superficie arbolada de Iberia. Como Portugal y Galicia también batieron récords en cuanto a padecer incendios forestales parece que esas dos palabras casi idénticas para nombrar dos porciones muy diferentes y alejadas del planeta quedan hermanadas no solo por la fonética sino también por la tragedia que convierte la vida en cenizas.

Por todo eso y mucho más éste es un libro bombero y brinzal, emboscado y radical. Todo ello al mismo tiempo, porque siempre tendrá en cuenta a las raíces, es decir a las procedencias. Estas páginas pretenden contribuir a que todo se queme menos y crezca más, a que sea posible que vivamos en paz con lo que más vive y más permite vivir.

Estoy convencido de que la ya muy avanzada demolición de la Biosfera tiene como primer responsable a la ignorancia de lo que la Natura ha hecho y hace por nosotros. Por ejemplo.

El bañista que goza tumbado en la playa ignora que la arena fue montaña alta, que la siempre atareada agua la llevó a su origen, el mar, y que este, con sus olas y corrientes terminó de molerla y extenderla hasta que puso cama a millones de veraneantes. Es más, qué poco nos acordamos que comemos, bebemos y respiramos por la ingente tarea llevada a cabo por los elementos básicos de la Natura. Sin duda cuesta mucho más acordarse de que fuimos un bosque que un día echó a andar. Todo y todos estamos al final de una ingente cadena de elementos y procesos no tenidos en cuenta. No se trata de tenerlos permanentemente presentes pero sí, al menos, ya que somos la beneficiada desembocadura de los mismos despleguemos algo de gratitud. Los innegables beneficios que nos reportan las destrezas del derredor no pueden seguir siendo considerados propiedad exclusiva con la que hacer lo que se quiera. Más bien se trata de conocerlos, reconocernos beneficiarios y procurar que sigan trabajando tan bien y tan gratis para nosotros. Si alguien quiere devolver algo por lo mucho recibido, si alguien quiere ser sencillamente agradecido pues mucho mejor, para él y para los bosques.

Cierto es que ganas dan de gritar, más alto que el más esbelto de los árboles, por las innumerables veces que los humanos han logrado ser catástrofe, hoy arreciada. Pero si desmesurado resulta lo que los árboles dieron y dan, tanto al conjunto de la vida como a nosotros, todavía son más cruciales de cara al inmediato futuro. En suma, los necesitamos más que nunca. Recordemos que son la mejor medicina para combatir esta fiebre de la atmósfera que llamamos cambio climático. Pero como los árboles son, al mismo tiempo, las principales víctimas del calentamiento global merecen todavía más comprensión y apoyo por nuestra parte. Hay que imaginar al bosque como un hospital y lo que consiguen equivale a que los médicos fueran ellos mismos, con sus cuerpos, los que se convirtieran en tratamientos específicos. Para que quede más clara la metáfora imaginemos un centro de salud que fuera de libre y universal acceso, que trabajara sin descanso y gratuitamente durante todas las horas que el año tiene y que además consiguiera que todo sea doctor y medicina al mismo tiempo y que la curación del enfermo —nada menos que el planeta entero— dependiera de que sigan en pie, dándose. Por eso mismo poco, o nada, resulta más dramáticamente contradictorio como el hecho de que tan necesario tratamiento sea atacado ferozmente por el modelo económico imperante, es decir por el famoso estilo de vida de los a sí mismos arrancados de los bosques.

Conviene ampliar esta última faceta desde el momento en que resulta una de las menos comprendidas. Mientras que todos, incluso los que viven muy lejos de las arboledas, somos receptores beneficiados por los múltiples regalos, no pocos ciudadanos contribuyen, insisto, a que arda el aire. Poco, o nada, ciega y ensordece más que la comodidad, altar en el que esta civilización está sacrificando a la multiplicidad biológica, paisajes enteros, las aguas y, todavía más, a la atmósfera. Arde la transparencia y los árboles son los surtidores de la misma. El incendio de bosques, tan noticia veraniega, es solo una provincia del gigantesco achicharramiento que el estilo de vida de demasiados humanos está provocando en la levedad que respiramos. Arden el mar y el aire, arde la vida presente, y todavía más el futuro. Arden las arboledas y sus dádivas. Y todo lo quema el que las mayorías consideran que deben vivir cada vez más cómodamente. «La comodidad es un crimen» escribió René Char con lúcida anticipación. Pero no una extrema violencia ejercida contra un individuo o grupo, como cuando se legitimó durante tantos siglos la esclavitud y la conquista corsaria, sino que ahora debemos completar esa consideración con algo mucho más amplio y contundente. Algo así como que la comodidad es un ecocidio, implica la desaparición de múltiples formas vivas y la enfermedad de los elementos y procesos esenciales.

Por fortuna tenemos remedio. Una medicina que como primer paso tenemos que curar. Porque la evidencia más lamentable de las muchas que convierten a los árboles en protectores y sanadores es que hoy por hoy son una medicina en no poca medida enferma. Todo el sistema sanitario del planeta, nuestros bosques, requieren urgentes cuidados, es decir: ¡lo que nos debe ayudar a curarnos también está hospitalizado!

De ninguna otra manera cabe calificar los efectos del calentamiento global, del avance de los desiertos, del urbanismo salvaje y de la ampliación de la frontera agrícola.

Crear conciencia es considerado antipático e incómodo por los interpelados pero los emboscados no tenemos más remedio que advertir. La complicidad es evidente. Es decir sin llegar al extremo de que las mayorías se sientan directamente culpables de lo más grave que pasa, al menos que no se consideren por completo inocentes de haber provocado el cambio climático.

De ahí el carácter de emboscada que este libro tiene. Se trata de una añagaza por completo pacífica y, en realidad, pretende sencillamente proponer que además de adentrarse por estas páginas, quienes esto lean avancen hacia el conocimiento, respeto y complicidad con el más completo, complejo, bello, altruista y necesario producto de la historia de la vida: los árboles.

Bueno será conocerlos un poco mejor. Es más, todo lo que este libro contiene pretende desembocar en el necesario y urgente reconocimiento de lo que por nosotros hicieron y hacen los árboles con el ánimo de que amanezca algo de reciprocidad. Confiemos en que de nuestro mejor conocimiento brote la otra fertilidad para que crezcan las arboledas, que ya no solo necesitan suelos amables sino también nuestra complicidad, tanto la práctica como, sobre todo, la sentimental. Sabiduría que comienza cuando te percatas de que son la mejor ocurrencia y logro de la historia de la Vida. No olvidemos que nosotros mismos, tan dados a considerarnos precisamente como la cima de toda excelencia, somos una de las secuelas/emanaciones de las selvas. Sin olvidar que cuando cae, arde o enferma un árbol algo nos golpea, quema o duele también a nosotros por mucho que no queramos reconocerlo.

El bosque nos hizo

Basta un poco de imaginación y memoria para aceptar que somos como somos porque fuimos bosque. Sí, así, sin preposiciones. Una de las primeras lecciones que nos da la inmersión en la Natura es que carece de sentido establecer fronteras entre contenido y continente. Sobre todo si eres parte de los contenidos. Si Parménides nos recuerda, y acierta, que una y la misma cosa es el pensamiento y aquello por lo que el pensamiento se da, cabe radicalizar la apreciación y decir que todos somos por las plantas. Por mucho que se nos quiera olvidar, este planeta está vivo porque el 99 % de lo viviente es vegetal. Sumemos que toda especie, de cualquiera de los cinco reinos de la vida, resulta imposible sin su ambiente. Pues bien, nuestro origen, como línea evolutiva, es inseparable de los primates que durante no menos de seis millones de años se anduvieron por las ramas. Cuando bajamos de los árboles para intentar la locomoción bípedo/erguida ya llevábamos puesta la mayor parte de la dotación anatómica y fisiológica que ahora nos deja pensar, sentir, hablar y recordar.

Incluso tenemos una cierta apariencia general de árboles. Tenemos tronco y brazos como ramas, y piernas que no ahondan en los suelos pero que nos dejan caminar sobre los mismos. Acaso una cierta empatía por lo que se nos asemeja está en la base del inconsciente admirar a los árboles, por desgracia tan olvidado por tantos.



Fuimos, insisto, bosque y el bosque esculpió lo esencial de lo que somos. Conviene imaginar a las selvas de donde acabamos saliendo como una enorme placenta que inicialmente gestaron algunas de las destrezas que iban a hacernos humanos. Es más todos somos por la que ya ha sido. Reconocerlo no supone ninguna aproximación a lo retrógrado, todo lo contrario, nos permite incorporar un conocimiento cada día más necesario para seguir progresando, porque no tenemos hoy más importante tarea para que haya futuro que no destruir del todo el pasado de este planeta, que es el nuestro.

Al menos en tres de las más cruciales destrezas.

La comunicación sonora, a distancia y sin vernos directamente es secuela de la necesidad de contacto en la espesura, en la maraña de claros y sombras de las selvas. Hoy decimos porque entonces aullamos. La necesaria cohesión del clan o grupo familiar de primates arbóreos sería imposible sin al menos un rudimentario vocabulario. Era preciso decir dónde se estaba, cuáles eran los límites de un territorio. No menos cuándo proceder al encuentro sexual o marcar la presencia de los predadores. Sin olvidar, por supuesto, que una vez localizada la comida era primordial notificarlo a los otros miembros del grupo. Por supuesto escuchar esas emisiones sonoras y darles significado también hubiera resultado imposible sin las marañas de hojas y ramas del dosel forestal. La capacidad de nuestro sistema auditivo, sin duda el más complejo y completo entre los mamíferos, tiene el mismo origen y trampolín.

La enormidad de las emisiones sonoras que cobija la arboleda, los incontables matices que alcanzan los tímpanos de los emboscados sin duda también puso en el mejor camino a nuestro modo de escuchar. Sin el inaugural lenguaje de los bosques no escucharíamos hoy tan bien la

música y la palabra.

También debemos a nuestra larga gestación como especie en los bosques la capacidad de manipulación, esa que para tantos antropólogos supone un decisivo escalón de nuestro proceso evolutivo hacia la inteligencia, tiene en las ramas su origen y despliegue. Independizar el tren delantero del trasero, es decir que, en lugar de patas, llegáramos a tener piernas y brazos hubiera resultado imposible fuera del bosque. Andarse por las ramas resultó decisivo para que, más tarde, fabricáramos y usáramos herramientas. Algo bastante menos crucial que el poder rascarnos y, sobre todo, acariciar. No me parece exagerado, sino de obligado recuerdo, que cuando nos estén o estemos pasando nuestros dedos por la piel pensemos que hasta esos placeres brotaron de nuestro inicial haber sido parte del bosque que nos moldeó.

Para el que esto escribe el regalo más crucial y bello que nos hizo el bosque, al ser nuestro primer y más largo hogar, es la visión. Sí, también vemos como vemos porque fuimos arboleda. Dicen los que más saben que tenemos uno de los equipos visuales más completos y complejos. Que en el reino animal casi nadie ve mejor que nosotros. Me refiero al conjunto de prestaciones simultáneas de nuestra visión. Ciertamente hay animales con capacidad de ver con mínimos de iluminación, de hecho buena parte de los mamíferos del planeta despliegan horarios de actividad nocturna. También hay muchos otros vertebrados que miran como nosotros pero con el equivalente a prismáticos de hasta diez aumentos. Es el caso de buena parte de las aves y sobre todo las rapaces.

Nosotros, para empezar, vemos como casi nadie los colores. La infinita gama de tonalidades —varios miles— que nuestros ojos pueden apreciar no está al alcance de nadie más. La necesidad de localizar los frutos y apreciar su grado de maduración está tras esta formidable conquista. Distinguir colores permitía la supervivencia. Todo ello, una vez más, en incesante interacción con las arboledas que seguramente también nos usaron para diseminar semillas a través de los excrementos o las partes desechadas de esos coloreados frutos.

La estereoscopia que gozamos, es decir la perfecta percepción de los contornos, volúmenes y cálculo de la distancia a la que están los objetos o los otros animales, incluso la destreza de estimar la velocidad y trayectoria de cualquier objeto o ser vivo también tiene como primer brote a las selvas. Si antes he recordado que conviene recordar, al menos de vez en cuando, nuestro origen arbóreo cuando acariciamos tampoco estaría de más hacerlo cuando nos admira el encestar, tantas veces inverosímil, de los jugadores de baloncesto, o el revés del tenista o el gol del delantero. En definitiva casi todas las destrezas físicas y no pocas fisiológicas fueron esculpidas en nuestro organismo por los seis/ocho millones de años en que nos mantuvimos emboscados.

También lo llevamos dentro y además con el quehacer del río, es decir fluyendo por todo nuestro organismo y llegando hasta la última de sus células. Fernando Pessoa escribió un verso tan bello como cierto, desde el punto de vista científico. «El verde de los árboles es parte del rojo de mi sangre.» Y así es, en efecto. El color de la mayoría de las hojas se debe a la clorofila que, como resulta bien sabido, es la que consigue la alimentación básica de los árboles. Metabolismo que desprende oxígeno al aire que respiramos y, gracias a la roja hemoglobina, da color a nuestra sangre y vida a la totalidad del cuerpo de todos y cada uno de los humanos. En definitiva sus suspiros son nuestro aliento.

Lástima que nuestra salida del bosque, es decir del paraíso —recordemos que esta palabra, crucial para los monoteísmos, es de origen persa y quiere decir lugar con árboles y agua— supuso que todos los paraísos empezaran a dejar de serlo. Incluso que no pocos desaparecieran como si una rabia incontenible hacia nuestro origen quisiera eliminarlo de la memoria y por tanto del paisaje, que siempre es el recuerdo de la historia de la Vida en este planeta. De ahí el drama de que nos estemos ganando a pulso la condición de mal recuerdo de este planeta. Paradoja que seamos los que tenemos memoria los que más olvidan su procedencia. Todavía resulta más desgarradora esta torpeza cuando todos llevamos puestos, dentro, los elementos, procesos, ciclos y vidas que están fuera. El bosque perpetra, si quieres percartarte, una disolución de fronteras entre lo externo y lo interno. Emboscarse es comprender a lo que nos comprende y conforma. Me embosco para encontrarme, para estar conmigo, para saber algo sobre mí mismo.

Volveremos sobre el particular en el capítulo dedicado a la madera, pero si somos como somos, físicamente, por haber sido bosque no cabe rechazar que también todo lo que llamamos cultura y progreso y civilización está ligado a los regalos del bosque. Porque aunque seguramente al leerlo parecerá una tautología, como está tan olvidado recuerdo que no hay humano sin fuego, casa, armas, y todo ello procedió de los árboles.

Sin olvidar que respiramos el alma verde de los árboles. Algo que debemos hacer nada menos que unos setecientos millones de veces a lo largo de una vida media. Con cada uno de los latidos de nuestros corazones hacemos viajar algunas moléculas de la transparencia fabricada por los árboles, y también conviene recordar que eso sucede algo así como 32 millones de veces al año.

Sí, no renuncio al énfasis: ¡¡¡el alma verde de los árboles se nos cuela dentro 32 millones de veces al año!!!

No acaba en lo estrictamente físico, ni en los ingentes recursos disponibles, el parentesco entre selva y humanidad. Porque lo que más nos diferencia del resto de las criaturas vivientes, esa capacidad de recordar, emocionarse y pensar también comenzó, como demuestra la conducta de nuestros más cercanos parientes, entre las hojas.

Es más, estas miradas nuestras, que tantos placeres nos proporcionan, que tantas necesidades satisfacen, parecen directamente vinculadas al crecimiento de nuestra inteligencia. Ver, como vemos gracias al bosque, resultó determinante, como la manipulación, para nuestra génesis como especie. Lo dicen los sabios que, acaso, no lo serían si no hubiéramos sido bosque. Ese bosque del que nos emascuamos para, como obvio paraíso perdido, echarlo siempre de menos. El humano siempre lleva dentro, aunque lo niegue, nostalgia de inicial hogar. Porque no deja de ser infierno haber dejado de ser bosque para acabar siendo hacha y llama, desierto y aserradero...

EMBOSCARSE



Acer campestre

Un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad.

ERNST JÜNGER

¿Por qué y cómo se planta uno a sí mismo en el bosque?

Puestos a abrazar una causa, acaso la mejor sea por la que nos causó, por lo que más nos abraza, regala y consiente. La que, como los árboles siempre nos están esperando con los brazos abiertos, permite encontrar el necesario consuelo entre sus sombras, arrimado a los troncos, casi envuelto por las ramas. No menos porque descansar, cuando se entiende como refleja el pictograma chino ya mencionado, sea parar un rato bajo un árbol. Acaso, no menos porque la caricia más larga posible para cualquier ser vivo sea la del aire, que nos trae, tanto para la piel como —nunca insistiremos lo suficiente— para los pulmones, la transparencia que en buena medida han logrado poner a volar los árboles.

Por eso y otros motivos, que paso a compartir, soy un emboscado. Es decir que todo este libro narra, describe, valora y defiende mi propio hogar. Como nada más auténtico que lo vivido y comprobado aquí también se despliegan un considerable número de experiencias personales, de momentos, como el de la caída de la hoja, vividos desde dentro y sin intermediación alguna. Aunque he leído un par de centenares de libros sobre los bosques y los árboles la mayor parte de lo que aquí puede leerse es, insisto, fruto de una vida en los bosques. En los que siempre he buscado esa libertad de la cita que encabeza este capítulo, pero no menos la mejor dieta visual posible, la serenidad y algo de conocimiento. Como el bosque es lo más complejo y completo que podemos encontrar en este mundo se trata, en suma, de que algo de eso se te contagie. Intento conseguirlo desde hace cuarenta años y, aunque sé que lo lograré tras morir, espero anticipos en vida.

Hace algo más de medio siglo se me cumplió uno de mis principales anhelos, uno de esos que tienes durante tu paso de la infancia y la adolescencia. Conseguí comenzar a vivir donde y con quien había soñado. Ya sé que resulta poco frecuente que un niño, nacido en el centro de la capital, desee vivir en plena Natura y además plantando árboles, cultivando la tierra, manteniendo cabras, yeguas y otros animales de granja. Pero esa ha sido la primera de las muchas afortunadas facetas de una vida siempre arrimada a lo espontáneo y que siempre ha pretendido, y en no poca medida conseguido, ser vivaz. De hecho siento lástima por todos los que no viven a menudo inmersos en lo demás, embadurnados de vivacidad, sin tener los ojos permanentemente encarcelados por las pantallas, el cemento o el asfalto. Parece mentira el abismo que hay entre los demás y lo demás. De ahí que venga a mi cabeza el acaso más contundente verso de Garcilaso de la Vega, el que describía mi propia vida tras más de veinte, de los cincuenta años, que llevo practicándola: Escribió el poeta «Si preguntado soy lo demás, y en lo demás soy mudo.» LO DEMÁS no los demás.

Mi emboscadura sucedió y sucede principalmente en un lugar que puedo definir como benefactor. Así, en efecto, considero el hecho de que mi bosque, mi paisaje, es decir mi hogar me haya permitido pasar algo más de la mitad de mi vida sin poder alguno a la vista. No vivo en otro planeta aunque tal parece cuando eliges serenidad y silencio en lugar de amontonamiento y ruido. La cuestión es que no solo me ampara un considerable número de árboles sino también la soledad.

Tengo escasos vecinos de mi propia especie, los otros residentes humanos quedan situados a más de diez kilómetros y, mire donde mire, no veo casa alguna que no sea la mía. Tampoco mis panoramas quedan humillados por la estúpida línea recta de las carreteras o de los tendidos eléctricos. Me asisten y alegran las voluptuosas curvas de las copas de madroños y encinas y, sobre todo, de un horizonte con centenares de colinas como senos. Ciertamente, aunque en pequeñísimas cuantías, hay de todo lo que supone nuestra civilización pero mi amigo, el paisaje arbolado, los tapa con una naturalidad que interpreto como compasión para mis ojos. El resultado es que apenas puedo vislumbrar nada que me haga recordar a los otros. Sí, en cambio, me permite dialogar con lo otro. Por si eso fuera poco también me alcanzan otros dos privilegios poco frecuentes. Por donde vivo y miro también puedo prescindir de las dos peores creaciones de mi especie. De hecho he pasado algo más de la mitad de mi vida sin consultar el reloj, la agenda o el calendario y no he necesitado usar el dinero. Comprendí hace mucho que la mejor definición de Natura es todo aquello donde nadie tiene prisa ni mide el tiempo y, no menos, los lugares donde no existe ni la venta ni la compra. Es decir que la libertad camina, con frecuencia, a mi lado y pretendo compartir con vosotros los efectos, sosegadores, de que los poderes de este mundo queden lejos de mis catorce sentidos —sí, por mucho que sea una de las realidades menos tenidas en cuenta los seres humanos tenemos todas esas capacidades sensoriales que, como lo no nombrado no existe, generalmente potencian una de las más tristes pérdidas, la de no sentir con todo lo que nos permite la evolución. Pero para poder desplegar nuestro precioso y preciso repertorio de vínculos con lo viviente es del todo necesario que tus sentidos, imposible mayor fortuna, no estén civilizados sino naturalizados.

Mi emboscadura no supone que no sepa comportarme discretamente cuando paso entre los demás el restante 40 % de mi tiempo.

A veces, con ánimo provocador claro, manifiesto que la verdadera calidad de vida está mucho más conectada a las tramas que traman la vida, como hace el bosque, que a cualquiera de las artificiales que ha creado nuestra civilización. E incluyo en estas últimas la electricidad, internet y las hoy acaparadoras redes sociales que tan desconectados nos tienen de nosotros mismos.

Tendríais que haber visto la cara de la plana mayor de Red Eléctrica de España cuando, invitado a dar una conferencia, comencé con esta frase:

«Existe una relación directa entre la felicidad y no tener electricidad. En estar conectado a las redes de la vida y no a las eléctricas.» Juro que acaparé su atención a lo largo del resto de la ponencia. Intenté, claro, bajar los humos de los que se consideran la esencia de lo necesario, es decir la energía, a mansalva, para la comodidad y la prisa. Lo cierto es que, en aquellos momentos, llevaba viviendo algo más de veinte años sin luz eléctrica. Era libre y feliz. Hasta me parecía un placer escribir a la luz de las velas y los quinqués de petróleo, todo ello sin ruido alguno. Por supuesto el resto de mi ponencia recalcó lo mucho por hacer por parte de REE para dañar lo menos posible al derredor y, sobre todo, a los bosques.

Mis perdederos además han ejercido de incesante interlocutor, amigo y docente. Buena y sabia compañía, en definitiva. Lugar donde encuentras y te encuentras. Ámbito donde la belleza es el lenguaje de lo que miro y escucho.

En definitiva me planté a mí mismo en una zona, casi desarbolada al principio, pero que pronto regué de brinzales. Al mismo tiempo que yo plantaba y me plantaba, el bosque, entonces maltrecho, inició su propia recuperación con una eficiencia y eficacia cien veces superior a mis desvelos reforestadores. Finalmente tuve que darle la razón a Santiago Castroviejo, director del Real Jardín Botánico de Madrid, gran defensor de lo natural y perdido demasiado pronto. Pasó en mis soledades varios días de la Semana Santa de 1997, descubrió una nueva subespecie de narciso y me vapuleó con una sentencia inolvidable e, insisto, corroborada. Dijo algo así como: en lo que tú plantas mil árboles, la vegetación natural, si la dejamos, planta cien mil. Creo que así ha sido en mi bosque/hogar, pero la regeneración espontánea en nada resta el placer de plantar y plantar, entre otras cosas porque lo hago, a veces, pocas, lo hacemos en lugares donde lo espontáneo lo tiene más difícil. Sin descuidar que buena parte de lo que has puesto a crecer voluntariamente puede ser cuidado con cierta frecuencia. Les sigues los pasos y además, a su creciente sombra, sumas tu propia satisfacción. Sin olvidar que también tienes algo que ver con la revegetación natural a la que se refería Santiago. Al menos desde el momento en que adquieres el irrenunciable compromiso de que nada estorbe los propósitos de las comunidades botánicas con las que compartes propiedad. De hecho en mis soledades no ha vuelto a haber sobrepastoreo ni, mucho menos, incendios voluntariamente propagados con la excusa de mejorar los pastos para las cabras. La condición de Reserva Biológica que disfruta mi hogar también ha colaborado a que muchas decenas de miles de árboles y arbustos hayan podido medrar. Con anterioridad a mi residir allí todo era, insisto, quemado anualmente en invierno. Es más, los pastores de aquella zona tenían la nefasta costumbre de cortar los robles pero no del todo, solo lo suficiente como para que el árbol cayera al suelo conservando una parte de la corteza y del cambium por el lado en el que el roble quedaba tumbado por lo que podían rebrotar. Las cabras se comían las hojas de esos árboles abatidos durante varios años hasta que una de las ramas tomaba el papel de tronco y volvía a erguirse fuera del alcance del diente de los rumiantes. Esto provoca que en mis arboledas hoy haya muchos centenares de melojos que dibujan dos ángulos rectos, ambos muy cerca del suelo pero el segundo apuntando hacia lo alto. Algo así como una letra zeta acostada. La sorprendente vivacidad de estos árboles, inicialmente mutilados, se convierte en que en estos momentos son tan altos y vigorosos como los que no fueron torturados por el hacha y la pobreza. Y me proporcionan la mejor compañía por mucho que algunos tramos de mi bosque sean un conjunto de troncos en zigzag en lugar de esbeltos, rectos y erguidos. Una arboleda con muchos troncos con forma de Z no deja de ser un peculiar panorama.

Soy un emboscado porque también tiendo emboscadas. Son peculiares por absolutamente pacíficas y porque tratan de sorprender, a los que por mi bosque pasan, con una oferta de belleza en calma. A los que no se acercan, es decir a casi todos, les tiendo la emboscada de un considerable montón de emociones y reflexiones que jalonan mis libros, artículos y películas. Como ingenuo que soy he comentado a menudo que desafío a cualquiera a que me demuestre que algo es más satisfactorio que pasear bajo la sombra de un bosque por tu mano plantado. Que crezcan las amparadoras sombras es todo un gozo que además va de la mano de que habrá más verde, más oxígeno, más aves en el paisaje y, por supuesto, algo más de salud en este planeta. Algún día los que plantamos árboles figuraremos entre la clase médica.

Las arboledas, en fin, no solo acogen, vinculan a los vínculos, son el mejor poema de la Tierra, la más generosa realidad para el conjunto de lo viviente.

Además poco, o nada, tiene mejor gusto que un bosque siempre escanciando la belleza más necesaria.

Al emboscarme, en fin, di mi primer paso para comprender mejor a los árboles y por tanto a la más crucial base de la Vida. Tarea que nunca será completa si solo los contemplamos y acompañamos desde nuestra convencional estatura. Por eso poco resulta mejor que haber trepado a los mismos a lo largo de la infancia. Si además tuviste casa de juguete en la copa de alguno las relaciones mejoran. Como a esas dos delicias sumo el haberme encaramado a unos pocos centenares de árboles, para estudiar a diversas especies de pájaros a lo largo de mi etapa de ornitólogo, encuentras esa imprescindible complicidad que supone el haber ejercido, poco pero intensamente, de gran simio. Para lo que previamente, por supuesto, hay que abrazarse inexorablemente a los troncos. Por mucho que inicialmente fuera con una finalidad práctica, lo de que mis brazos abarcaran muchos árboles permitió una suerte de iniciación a lo que se ha convertido en una práctica extendida. Muchos lo hacen sin más propósito que sentir algo en sí mismos por esa suerte de contacto íntimo con el gigante vegetal. Estoy completamente de acuerdo con Christian Bobin cuando escribe que: «Me gusta apoyar la mano en el tronco de un árbol, no para asegurarme de su existencia, sino de la mía.»

Acaso por eso mismo abrazamos a los árboles para sentirnos abrazados o, todavía mejor, para defenderlos. Algo que por fortuna es una norma para un considerable número de congéneres. Quiero afirmar rotundamente que lo aquí descrito, vivido o aprendido es común a muchas otras y muchos otros.

Aunque muchos de ellos no lo sepan viven, en realidad, también emboscados.

Abrazos salvadores

Nuestra historia de defensa de los bosques está entreverada de decenas de acciones que consistían y consisten en abrazar, ponerse a vivir en las copas de los mismos e incluso encadenarse a los árboles que algún interés, nada interesante, pretendía talar. A la cabeza de los mismos debemos recordar movilizaciones tan entrañables como emblemáticas y efectivas como la que aportó el movimiento Chipko de la India. La palabra significa abrazarse y se desplegó durante varios años por las zonas arboladas del estado de Uttar Pradesh. Siguiendo el inmejorable ejemplo de Gandhi, para mí el mejor de la especie de todos los tiempos. Aquellas mujeres desplegaron la resistencia pasiva, por tanto no violenta. Miles de mujeres se abrazaban/ ataban a los árboles condenados y consiguieron frenar el despropósito que aunque local provocó una cadena de emulaciones que llega hasta nuestros días, a casi todos los países del mundo y pretende amparar a todos los tipos de bosque.

Más mediático, por haberse desarrollado en Estados Unidos, resultó la proeza de Julia Butterfly Hill que pasó 738 días viviendo en lo alto de una secuoya de los bosques californianos. Su anidar durante tanto tiempo entre las ramas de uno de los árboles más bellos del planeta logró torcer la codicia de ciertas compañías madereras. Recordarlas me impulsa a considerar que pocos inventos han sido más nefastos para la Natura en general que las motosierras, que multiplicaron por diez mil la velocidad a la que se puede abatir un árbol. Bueno, sin olvidar a los buldócer tan usados también para deforestar. Triste que tengamos que echar de menos al hacha, es decir al

trabajo lento y en el que las manos, que el bosque conformó para nosotros, demuestran el profundo sentido de este aforismo de Rabindranath Tagore: «El leñador le pidió al árbol un mango para su hacha y el bosque se lo dio». De hecho la Natura nos proporciona incluso los materiales básicos para que los desagradecidos la destruyan. En realidad todos los emboscados actuales, es decir los millares de personas que sí reconocen lo que el bosque hace, somos sus defensores hasta extremos realmente duros. Lo que descubre Richard Powers en su precioso libro *El clamor de los bosques*, merecedor del último premio Pulitzer, de novela aporta un buen número de trayectorias de emboscados, de defensores extremos de las arboledas.

Emboscarse ocasiona mártires.-

Vivir entre árboles es placer, tan sencillo, grato y gratuito que pocas otras formas de satisfacción pueden superarlo. Inicia una delicia que puede acabar en tormento. Porque justo por hacer lo que hago otros son perseguidos, incluso hasta la muerte.

Atiborra de escalofríos y dolor, tortura, el que tantos naturalistas y ecologistas hayan perdido la vida por intentar que no fueran avasalladas las selvas del planeta. No olvido, por supuesto, al gran número de víctimas directas que causa la lucha contra los incendios y que mencionaré más adelante. Quiero rendir homenaje ahora a los asesinados por haberse emboscado a favor de los bosques.

Acaso sea justo comenzar recordando a Chico Mendes que se convirtió en referencia mundial por su lucha a favor de la integridad de la Amazonía y por su más que anunciada muerte. Morir por querer salvar lo que más vidas salva, el bosque, es algo casi normal en países iberoamericanos y del sudeste asiático.

Precisamente por eso podemos hablar de los héroes del medio ambiente. Personas que acuden en defensa de la multiplicidad de la vida, de los ciclos esenciales, de los procesos de renovación, del mismo clima; en definitiva de todo lo que consiente, como los bosques, nuestra presencia sobre la faz de la Tierra.

Contamos con ellos en todos los países. Se dedican a muy diversas facetas de lo que llamamos conservación de la Natura. Allí unos plantan millones de árboles y acá se atan, abrazan a los mismos para que no los abatan. Unos caminan o pedalean y otros se hacen vegetarianos. Muchos inician campañas de movilización popular a favor de lo que consideran, y es, patrimonio de comunidades locales o nativas. Unos acaban en los parlamentos nacionales y otros inician vidas campesinas y/o decididamente austeras. Porque es en el campo de la conciencia individual donde, de momento, se está librando una de las más bellas y difíciles rectificaciones de la historia de las ideas y de los estilos de vida.

El verdadero problema surge cuando esas convicciones suponen enfrentarse a los intereses de alguna gran empresa o de ciertos gobiernos. En la mayoría de los países del mundo la oposición suele saldarse con una más de las derrotas que sufre la sensatez desde hace tantos años. Pero en no pocos lugares de Iberoamérica, Asia y África ser activista a favor de la vivacidad, insisto, cuesta la vida. Sencillamente te matan casi siempre a través de sicarios. El ya mencionado Chico Mendes aportó el primer ejemplo con notoriedad mundial de lo que puede sucederte por defender un uso natural de los bosques amazónicos. Pero tras él han sido varios centenares las personas en el mundo que —y uso dos palabras que no me gustan— de héroes han pasado a mártires. Algunos muy conocidos como Gonzalo Alonso Hernández; Dian Fossey, la mujer que estudió y defendió a los gorilas; la ecofeminista Berta Cáceres, una de las últimas víctimas por

defender la integridad de los territorios tribales, pero se nos escapa que en su mismo país, Honduras, han sido asesinadas, en los últimos quince años, unas 120 personas por su vinculación al activismo ecológico.

Resume este desastre el dato de que a lo largo de 2015, por ejemplo, se han contabilizado nada menos que 185 asesinatos con el móvil de hacer desaparecer a quienes no querían que desapareciera la Natura. Brasil lidera invariablemente esta macabra estadística. Casi todos los años medio centenar de asesinatos quedan registrados en este campo. Le sigue Colombia con unos 25. Se estima que en 2018 tan solo en México fueron acibillados a balazos nada menos que 108 personas, casi todas indígenas emboscados. En el resto del mundo Filipinas va a la cabeza con una treintena de muertos todos los años. Resulta casi imposible saber cuántos mueren en África donde es frecuente que los guardas de los parques nacionales caigan en combate contra los furtivos. Solo en Virunga, el territorio de los gorilas de montaña y bosque han sido enterrados dos docenas de estos esforzados y poco reconocidos muertos por defender a los otros seres vivos que, casi siempre, eran parte de las selvas. No me parece exagerado afirmar que hay una lenta y desconocida guerra contra los indefensos defensores de la Natura. Cuando no hay causa más favorecedora del interés más común que la de que sobrevivan el mayor número posible de los puntales de la Vida de este planeta.

En cualquier caso lo que más te vincula a la arboleda es ponerla a crecer. Plantar un árbol, ya sea desde la semilla o partiendo del brinzal te convierte en una suerte de progenitor, incluso de abuelo directo porque lo que has plantado será mucho más para tus nietas y nietos que para tus propias hijas o hijos. Si además tienes la fortuna de ver crecer lo que pusiste a crecer acabas comprendiendo lo verdaderamente esencial. Porque si crece el árbol, crece todo lo demás. Por eso uno de mis aforismos ya citado mantiene que nada debe ser llamado crecimiento si no crecen también los árboles. Esos que dejan crecer a la Vida en su conjunto. De ahí que seamos muchos, aunque no los suficientes, los que plantamos árboles.

Uno por cada día vivido

Acabo de perder la cuenta y me doy la vuelta para reiniciar el cálculo. Esta mañana he plantado, hasta el momento, 73 alcornoques en la solana de las colmenas. Tengo que llegar a 90 porque es el homenaje que quiero rendir a mi madre que acaba de morir.

Hace años que lo hago. Me refiero a plantar tantos árboles como años han vivido algunas de las personas que he querido o/y admirado. Me pareció sensato y estimulante que si algunas vidas comienzan con la plantación de un árbol por parte de los progenitores —algo bastante común en muchas culturas y religiones del planeta— bueno sería que las biografías acabaran de la misma forma. Sin duda resulta poco frecuente el que las despedidas vayan acompañadas de lo que prácticamente se convertirá en un bosque. En realidad con tales homenajes se consigue alcanzar uno más de los estímulos para poner a crecer la belleza más sensata de este planeta, como acordó recordarnos Francisco Giner de los Ríos. La cuestión es que, en mis soledades extremeñas, hay varios bosquecillos plantados en honor, entre otros, a mi madre y a mi padre, a mi sobrina Valeria, pero también a la memoria de Miguel Delibes, José Saramago, José Antonio Labordeta, José Luis Sampedro, Forges, mi cuñado Daniel Zarza, y en representación de los varios centenares de

asesinados en el mundo por defender el medio natural, a Chico Mendes, Berta Cáceres... Añado que también me acompañan muchos árboles con nombre propio. O, mejor, con el nombre de algunas personas que se pasearon por mis arboledas y eligieron un determinado ejemplar al que, de inmediato, bauticé con el nombre del interesado. Con una y otra actitud consigo, entre otras muchas satisfacciones, recordar a esas personas cuando me acerco a su árbol o a su arboleda. Uno más de los regalos que nos hacen estos gigantes erguidos: sostener la memoria que siempre tiende a ser más escasa cada día que pasa.

La cuestión es que, cuando ya me acercaba a la culminación de poner a crecer esos noventa brinzales en memoria de mi madre, me sacudió la idea de que no era suficiente. Me acusé a mí mismo de tacaño/comodón y que lo justo sería plantar tantos como días vividos por esos queridos desaparecidos. Un poco más tarde, ya en casa, me dio por preguntarme —de ilusiones también se vive— por el número de árboles que mi hijo debería plantar si yo dejara esta maravillosa aventura de vivir en ese momento. Creo en las resonancias o en las coincidencias fértiles. Porque de inmediato la calculadora del teléfono me dio la sorpresa de que, en ese momento, yo había vivido poco menos de 24.000 días y esa era la cuantía casi exacta de los árboles que había plantado a lo largo de mi propia vida. Dato que de inmediato, junto con una ligera disminución de la capacidad para realizar trabajos físicos exigentes, he superado los setenta años, se convirtió en algo de relajación. Si ya llevaba esa media pasé a plantar anualmente solo quinientos en lugar de mil árboles, con lo que mantenía el ritmo y dejaba en la mitad el esfuerzo personal.

Todo comenzó hace mucho.

Antes de plantar estos pequeños **bosques / agradecimiento / admiración / amor** ya llevaba más de treinta años poniendo a crecer árboles como una forma de reconocimiento por haber publicado todos los libros, como recuerdo una vez más en la dedicatoria de este. También convertí en el primer reconocimiento de uno de mis más hermosos libros, *Los instantes de bosque*. Bello no tanto por lo escrito como por la compañía que mis palabras hacen a las ilustraciones de doce de los mejores artistas de la Natura de nuestro país. Lo publicó el Ministerio de Agricultura cuando Luis Atienza era su cabeza. Aquel libro hecho con papel reciclado y con una de las portadas más singulares que recuerdo comenzaba, repito, con estas palabras: «Al bosque que ha publicado todos los libros». Aquello tuvo considerable repercusión como tantas veces sucede con lo obvio pero olvidado. Incluso unos pocos editores me felicitaron por la ocurrencia/recuerdo.

La cuestión es que por unos y otros motivos acaso, cuando ya no esté, alcance el noble título de fundador de bosques. Algo que por supuesto no concede universidad o aristocracia alguna sino el mismo bosque, este que ya me extendió la licenciatura y el doctorado en emboscadas. Al mismo tiempo me acuna la ilusión de que como voy a ser, cuando ya no sea, parte todavía más indistinguible del bosque este será el que me otorgue el honor de considerarme su aliado y propagador. Sin descartar que suena bien, muy bien, eso de fundador de bosques.

En definitiva me llena de satisfacción el haber plantado —hasta el otoño de 2019— unos 25.000 árboles con mis propias manos y haber estimulado la plantación de otros dos millones con proyectos propios a lo largo de los últimos cuarenta años. Proyectos de Caja Madrid, la CAM y el Ayuntamiento de Fuenlabrada lo confirman tanto en sus dominios como en los míos. Precisamente todos los años un grupo de personas vinculadas al Instituto de Enseñanza Secundaria de Fuenlabrada que lleva mi nombre me visitan. Al menos un autocar y varios coches particulares se

acercan a mis soledades para lo que desde hace muchos años se llama Jornada de Naturaleza. Vienen alumnos de distintos niveles, bastantes profesoras y profesores, la directora del IES, Inmaculada, la secretaria Rosalía y un considerable número de padres de alumnos. Como los autocares no pueden acceder hasta donde suelo perderme, muchos de los participantes tienen que hacer casi cinco kilómetros andando para alcanzar mi emboscada casa.

Muchos de estos encuentros tienen dos componentes esenciales. Por un lado plantamos árboles, casi siempre solo un centenar que no contabilizo como plantados por mí y hacemos un acto cultural, casi siempre una lectura de poemas, que los alumnos recitan a las puertas de donde vivo.

Ciertamente conmueve ver el entusiasmo con el que se entregan a la tarea, casi todos desde la más completa torpeza a la hora de manejar los picos, azadones y barras con las que suelo hacer los agujeros para introducir los brinzales con su cepellón. Aprovecho los corrillos que suelen formarse para comentar algunos de los regalos que hace el bosque. Intento, pues, que se entienda la portentosa coherencia que acompaña al gesto que están realizando. Entre otros muchos argumentos despliego el que sembrando sombras combates, en primer lugar, al apabullante aumento de las temperaturas que nos está arrollando. Pero, con ser imprescindible, se trata solo de uno de los múltiples favores que le puedes hacer a la Vida en su conjunto. Especialmente a esa pequeña fracción de la misma que somos los seres humanos. En primer lugar porque nadie, aunque piense lo contrario, planta un árbol solo para sí mismo.

Acaso este poema aporte más argumentos para valorar la tarea de fundar arboledas que tantos y tantos acometemos en todos los países del mundo. Estos versos en concreto tienen relación con lo que comentaré en el último capítulo sobre el árbol de Valeria —mi tumba— y con la creciente tendencia de que los cementerios sean conjuntos arbolados con los fallecidos descansando entre las raíces.

¿PARA QUÉ PLANTO ÁRBOLES?

Planto árboles para que,
cuando yo no esté, estén
los surtidores de la respiración,
los veneros del frescor,
otros trinos anidando en otros tímpanos.
Planto árboles para que,
cuando yo no esté, quede
el color de la vida
pintando otros paisajes,
acaso todavía en calma.
Planto árboles para que,
cuando yo no esté,
manen todavía, como sudor,
flores y el frutos de las frondas.
Planto árboles para que,
cuando yo no esté, sigan
los libros de papel y los ojos que los leen.
Planto árboles para que,
cuando yo no esté, los verdes
siembren todavía el descanso de las sombras.

Planto árboles para que,
cuando yo no esté,
la belleza de las flores
siga alimentando
la sabiduría de los frutos.
Planto árboles para los nietos
de mis nietos.
Planto árboles para que
cuando esté el futuro
sepa agradecer nuestro pasado
a través de la sabia savia
que levantó un bosque de recuerdos.
Planto árboles para que cuando estéis
vosotros siga siendo bella la Belleza.
Planto árboles para que,
cuando yo no esté, sea, por fin,
visible la transparencia.
Para que llegue a ser verdad
la Verdad más grande.
.....
Planto árboles, por tanto,
para que sea menos mortal la muerte.



En suma no solo me considero un emboscado, es decir alguien que eligió pasar el mayor tiempo posible bajo sombras naturales, y entre los árboles que las siembran, también pretendo recordaros que, con la excepción de la luz y el agua, que son parte indistinguible de los árboles, nada hay sobre la piel del mundo que haga tanto por el conjunto de la vida, nosotros incluidos.

Somos productores y creadores, a menudo muy por encima de lo que se nos quiera pasar por la imaginación, pero se nos quiere olvidar que todo ello es posible por el soporte que nos proporciona lo anterior a nuestra capacidad intelectual. Somos un producto de los alrededores que, si son vivaces y múltiples, siempre nos darán más opciones, más calidad y más futuro... algo así como un capicúa, la vivacidad nos produjo y la vivacidad nos mantendrá si no la destruimos. Acaso ahí, en el centro de un imaginado guarismo con miles de ceros, estamos los humanos como una sola y minúscula cifra.

De nuevo adjudico a la buena fortuna el haber plantado unos pocos árboles en muchos diferentes lugares de este país. En unas cuantas escuelas, institutos y espacios más o menos públicos. Inolvidable me resultará siempre la mañana en la que pude dar cinco conferencias seguidas pero diferentes sobre los árboles en el castillo de Alicante. Todo ello tras plantar tres ejemplares de pino, por cierto ya crecitos, en sus alrededores. Organizada por la tristemente famosa CAM dentro de un programa, que yo mismo impulsé, con el nombre de Bosque de bosques. Volveré también sobre este particular desde el momento en que hay, al menos, nueve productos culturales con ese mismo nombre. Algunos de ellos directamente ligados al sistema educativo y a los libros de texto. Aportaciones que se rigen por este pensamiento:

El bosque ha publicado todos los libros.
Todos los profesores son hijos de los libros.
Todos los alumnos son nietos de algún árbol.

Que en colegios, institutos y universidades se planten árboles me parece tan crucial como el que tengan bibliotecas.

En suma planto árboles porque me salva salvar a nuestros salvavidas, tan amenazados, todos, ya, por el calentamiento de esos aires, atmósfera que inhalamos y que es precisamente el más imprescindible obsequio del bosque.

¿QUÉ ES UN ÁRBOL?



Alnus glutinosa

No es hombre, aunque casi es humano.

VICENTE ALEIXANDRE

Acerca de algunas palabras que permiten comprender

Comencemos por lamentar la tremenda torpeza que supone adscribir el género masculino tanto al árbol como al bosque cuando poco, o nada, resulta más obvio que la condición femenina de este ser vivo y de la agrupación de los mismos. Arboleda y selva pueden ayudar a reconsiderar el verdadero sentido de algunas expresiones. Sin embargo selva es palabra que queda demasiado asociada a las formaciones forestales del ecuador y, si acaso, de los trópicos. Como mantengo activa la pasión por nombrar propongo, con toda mi ingenuidad a cuestas, que sería un alivio que pusiéramos en funcionamiento, en lugar de árbol, el término ARBA, que es por cierto el adoptado por uno de los grupos de reforestación más coherentes y activos de nuestro entorno. Siglas que significan Asociación para la Recuperación del Bosque Autóctono. Una de las tareas, por cierto, más necesarias en un ámbito en que no pocas de las masas forestales autóctonas fueron arrasadas para otorgar los suelos que ocupaban a pobladores de otras latitudes y continentes.

Pero no menos necesario que reconocer la feminidad del árbol, incluso cuando es solo macho o monoico también es hembra. En cualquier caso hay una cierta coherencia en la gran cantidad de nuestros árboles que son hermafroditas, es decir que de sus ápices penden o se elevan flores femeninas y masculinas. En cualquier caso conviene recordar que el error fue enmendado en numerosas ocasiones por la Cultura Rural, hoy en claro peligro de extinción. En buena parte de nuestros pueblos y tanto los que hablan español como gallego o catalán como vasco convirtieron en femeninos muchos de los nombres de los árboles más comunes. Así se habla de roblas y rebollas, olmas y tantos otros.

Volvamos a las palabras que esconden mucho más que lo estrictamente nombrado. Al parecer todo comienza, al menos por el lado de las civilizaciones occidentales, con el sánscrito.

Entonces comenzó a utilizarse la palabra «URVARA» que por aquellos albores de nuestro tronco lingüístico significa también TIERRA FÉRTIL. Por tanto un explícito reconocimiento de que la arboleda es creadora de una de las más decisivas aportaciones de la Natura a la Cultura, es decir la tierra que, mucho más tarde de que fuera creada por los bosques, nuestros antepasados comenzaron a cultivar y que todavía muchos cultivamos. Si a menudo aceptamos, como segunda definición para nosotros mismos, lo que hacemos, es decir nuestro oficio o profesión, resulta tan oportuno como coherente que los viejos arios definieran al árbol a través de una de sus principales funciones. Podrían haber sido bautizados como aire limpio o fonda de otras vidas, pero enfocaron al suelo del que emerge el propio árbol y, claro, todo lo que nos proporciona. De ahí también la enorme coherencia de que bosis (βοσις), ‘bosque’ en griego, signifique ‘comida’, el lugar al que se va o se lleva al ganado a comer. Donde pacen, pues, los rebaños. Redundando se podría decir que la arboleda es comida que genera la comida de la comida, es decir la fertilidad. Volveremos sobre este trascendental proceso en el capítulo que dedicamos a las raíces. En cualquier caso podemos acordarnos de uno de los reduccionismos lingüísticos más ilustrativos. Los aborígenes australianos a menudo no distinguen entre el árbol y lo que vive del árbol. No contar siquiera con palabras diferenciadoras puede parecer una lamentable pérdida de léxico. Así

es, por supuesto, pero no de comprensión de lo que realmente es un árbol que siempre es al mismo tiempo él mismo y todo lo que permite que sea gracias a su estar ahí. Entrelazar hasta no distinguir continente y contenido en realidad es toda una lección de coherencia ecológica o, al menos, incluir en el inconsciente que la Natura funciona así, es decir que todos los seres vivos son también el lugar donde viven.

¡Qué pocos abatirían un árbol vivo si aceptaran ese estrecho parentesco que los aborígenes reconocen con un lenguaje más sucinto. ¡Cuánto abatimos de nosotros mismos cuando generalizamos la tala, la quema, la propagación de las enfermedades que matan a los árboles!

Mucho cambiaría, sin duda, si a nuestra propia historia añadiéramos la del mismo bosque porque en realidad somos un bosque que un día se bajó de las ramas y echó a andar. A caminar, alejándose de su cuna, pero que seguía necesitando a los árboles precisamente para fabricar la mayor parte de lo necesario. Somos un bosque nómada que necesita encender fuego o parte de sus sucesores todos los días.

Aunque solo fuera por esta dependencia, la de tener llamas para calentarnos o cocinar, ya somos gracias a los árboles y el bosque. De ahí que a menudo quepa plantearse que una de las mayores torpezas es este mezquino no dar las gracias a lo que nos hizo y hace posibles. Arraigado está en la conducta humana el no reconocimiento a los predecesores, progenitores incluidos, a los maestros y a los que dan sin pedir nada a cambio, pero si esa perversa irracionalidad ha prevalecido debemos transformarla en necesaria racionalidad. Poco, o nada, de hecho, más práctico y necesario ahora mismo que ser agradecido con lo que tanto ha hecho por la condición humana y se enfrenta al cambio climático con el potencial de las arboledas.

Por eso entre las primeras definiciones de árbol estaría la de madre, progenitora de nuestra especie. Matriarcales llamó Unamuno a las encinas. Con lo que empezaríamos a dar la razón a uno de los mejores biólogos de todos los tiempos: Ramon Margalef. Este enorme ecólogo reconoció los límites de la ciencia para algunas definiciones de lo esencial. De hecho asumió que llegado a cierto punto —y tras toda suerte de descripciones del árbol y sus funciones— se concluye que solo se está empezando a reconocer lo que se tiene delante y que a partir de ese escrutar la realidad biológica del gigante vegetal queda sin definir la mayor parte de lo que es. Por eso mismo el sabio biólogo dijo que esa tarea, la de describir y comprender profundamente a los árboles, le corresponde a la poesía. Como he incorporado decenas de citas poéticas sobre el árbol a lo largo de la práctica totalidad de los capítulos de este libro considero que al menos en parte estoy haciendo caso al ecólogo. Más adelante, si la lectura continúa, pretendo abordar la imposible tarea de abarcar lo que es un árbol desde las emociones que provoca. Hay un capítulo entero con aproximaciones poéticas al árbol y al bosque.

Pero antes, consientan un asomo a lo que sí es posible, es decir a la descripción científica de qué es para los botánicos un árbol. La más sencilla de las descripciones mantiene que el árbol es un vegetal, generalmente de gran tamaño, con un tronco, casi siempre único del que nacen ramas de muy diferente tamaño donde va insertándose el follaje. Con lo del porte o estatura comienzan las complicaciones porque suele estimarse que debe alcanzar unos cinco metros de altura cuando no resultan escasas las especies arbóreas enanas. No menos cuando tantas especies consideradas arbustos consiguen pasar a la condición de árboles en cuanto buenos suelos y mejores lluvias les permiten crecer. Sin olvidar que algunas hierbas como la caña común o el bambú pueden ser bastante más altas que buena parte de los árboles. Poco traiciona más a la comprensión que

recurrir al tamaño en los procesos del conocimiento. De hecho hacerse o hacerte pequeño a menudo es lo más grande que te puede pasar. O no olvidemos que dependemos de células diminutas, incluso de átomos todavía más pequeños. En fin, todo ello inseparable, por cierto, de nuestra pertenencia a una Biosfera inmensa y a un Cosmos que, no contento con ser muchos infinitos al mismo tiempo, parece entretenerse alejándose incesantemente de sí mismo a velocidades de unos setenta kilómetros por segundo, es decir que lo de dar alcance a la comprensión de los tamaños y las velocidades resulta del todo imposible. Tanto como valorar con la suficiente generosidad todo lo que es y regala el árbol y los suyos, el bosque.

Con excepción de las bacterias y algunos líquenes, acaso también la yedra, los árboles pueden ser definidos por su lento uso del tiempo, acaso para compensar algo la vertiginosa aceleración del universo. Por ser lentos se llevan muy bien con la ancianidad. La parsimonia, con que la mayoría de las especies se plantean buscar la luz en las alturas, consigue longevidades realmente sorprendentes para los que un siglo nos parece un tiempo desmedido.

No dejar de crecer un instante es el secreto para vivir mucho. A lo que siempre hay que añadir que la mayor parte de la mayoría de los árboles está muerta. En realidad se trata de un gigante que vive en la periferia de la estructura que él mismo crea para sustentarse y elevarse. Para subir hay que tener cimientos y nada hay en este planeta con mejores puntos de apoyo. Como sucede con todas las demás partes orgánicas del árbol también las raíces son multidisciplinarias. Todo en el árbol sabe hacer muchas cosas a la vez. Lo que explora, extrae nutrientes y agua es al mismo tiempo un elemento básico para la comunicación y además ancla al enorme edificio biológico que es todo árbol. Volveremos a escarbar en este aspecto, junto a las raíces, que reclaman mucha más atención desde el momento en que son uno de los hallazgos más cruciales de la historia de la Vida.

¿Qué es un bosque?

La mayor parte de las definiciones de los elementos de la Natura son puro reduccionismo. Siempre resultan incompletas y se fijan más en lo que podemos comprender que en lo que realmente hacen los otros seres vivos. Pero cuando, como el bosque, su simple estar ahí despliega inmensas posibilidades para que casi todo lo demás sea posible definir se convierte en un empeño poco menos que imposible. Acaso lo único correcto sería dejar el empeño y escribir tan solo que el bosque es: ¡tan tanto!

En cualquier caso intentemos una aproximación. Podemos comenzar con uno de mis naturismos —aforismos sobre la Natura— que comprimí escribiendo que el bosque es *la mejor creación de la historia de la Vida*.

A veces en lugar de creación he usado la palabra ocurrencia que implica imaginarse a los procesos evolutivos pensando en cómo expresarse y de pronto dar, como el poeta, con la mejor metáfora posible para su propósito de dejar algo a la posteridad. Vivir es la incesante búsqueda de continuidad y nada, ni nadie, lo hace tanto y tan bien como la selva o cualquiera de sus hermanas, las otras formaciones forestales del planeta. Por tanto el bosque es también y ante todo legado. Una herencia hereditaria como escribió el gran poeta y director de la Fundación César Manrique Fernando Gómez Aguilera. No podía ser de otra forma como creación de la Vida

siempre empeñada en que haya más vidas. En ningún otro ámbito terrestre se combate más a la muerte que en el bosque. El prodigio es que un vivir lo sea de casi todo lo demás. Una tragedia es que el vivir de una sola especie, la nuestra, sea demasiada muerte de casi todo lo demás. El bosque es nuestra antítesis. Aunque insistiremos en el capítulo que dedicamos a las raíces y la fertilidad, no podemos por menos que adelantar que hasta en la fracción muerta de los árboles propiamente considerados, ingente por cierto, a menudo hay más vida que sobre la porción que mantiene las constantes vitales del árbol o del bosque. Porque uno de los aspectos que más inadvertidos pasan es que un bosque es un ámbito con muchedumbres de los otros cuatro reinos de la vida y con ingentes cantidades de elementos muertos de él mismo y que le resultan por completo imprescindibles. De ahí la insoportable reiteración de la polémica recidivante todos los veranos, cuando arrecian los fuegos, de culpar a las pinochas y hojarascas, a los matorrales y ramas caídas, en fin a una especialmente mal llamada suciedad una responsabilidad directa en los catastróficos siniestros. Un bosque, si queremos que lo sea, tiene que tener muchos acompañantes vivos y muertos.

El bosque, como el árbol en singular, es la disolución y hasta superación de contrarios desde el momento en que consigue, entre otros procesos, ser unidad y muchedumbre, espeleólogo y escalador, es decir anclaje y vuelo, haz y envés, es decir solárium y sombrilla... Contener muchedumbres también define a las arboledas. Agrandar los horizontes. Tampoco hay lugares donde se produzcan más encuentros decisivos entre todos los elementos, procesos y ciclos básicos y esenciales que el bosque. No menos con relación a la insuperable cantidad de información que almacenan. En un solo metro cuadrado de bosque hay más bits que en toda la enciclopedia británica, como nos recuerda Edward O. Wilson en su imponente *Biofilia*.

El bosque, por tanto, es la más compleja, completa, necesaria y solidaria manifestación de la Biosfera.

También por esto último nos emboscamos. Incluso con riesgo y miedo. He tenido la fortuna de conocer decenas de diferentes tipos de arboledas del planeta, pero para acercarte a una mínima comprensión de lo que sabe hacer el bosque hay que perderse en su seno.

Encontré perdiéndome

Pretendes merecer el paisaje más barroco del planeta y, claro, sabes que ese premio solo se consigue si lo haces solo. Es decir con la compañía de todo lo demás con la excepción de alguno de tu misma especie. Pertenezco a un pequeño grupo de adictos a los espacios naturales que, desde la primera juventud, decidimos que contemplar en compañía de los de tu especie resta demasiados matices al contacto con los panoramas y la vivacidad que albergan. Acaso también espoleados por una predisposición a la aventura consideramos que, al menos a los alrededores recién conocidos hay que solitariearlos, Sí, ya sé, ese verbo no existe pero algunos lo consideramos crucial ya que lo hemos practicado a menudo a lo largo de toda nuestra vida. Se trata de potenciar la atención y, por tanto, dejar en lo civilizado, donde ya todo es distracción, a todo lo que pueda desviar nuestros sentidos hacia nosotros mismos. Tengo, pues, que adentrarme, solo, en la selva mejor conservada de la Amazonía. Machete en mano y prismáticos al cuello, por supuesto. Procuro, incluso, que mis compañeros de RTVE no sepan que me escapo, al menos por

tres o cuatro horas, hacia lo por completo desconocido. Estamos en el Parque Nacional Manu, Perú, para filmar algunos documentales para la serie *El Arca de Noé* de la que soy guionista, presentador y asesor científico.

Salgo para adentrarme en lo que es todo ello adentro. Un bosque realmente primario, como éste, no deja casi nada para lo de afuera y menos si caminas bajo el dosel forestal. Partí desde uno de los últimos lugares habitados del curso alto del río Manu. Está prohibido remontar mucho más desde aquí. Un par de tribus, que pueden responder con violencia al intruso, imponen la abstinencia exploratoria que los guardas del Parque Nacional Manu, acaso insisto el mejor conservado y más biodiverso de la Amazonía, nos recuerdan con frecuencia.

Saberte cerca de lo casi por completo inexplorado acrecienta la excitación. El lugar donde estamos instalados se llama Pakitza y junto con lo que supuso mi recorrido en solitario por la selva también me proporcionó una de esas inolvidables experiencias de la tragedia que se cierne sobre demasiadas facetas de la Vivacidad. En aquel remoto lugar vivían tres mujeres —abuela, madre y nieta— que eran la últimas supervivientes de su tribu. Cuando las veía afanarse en sus tareas cotidianas, en la otra orilla del Manu, no podía eludir el pensamiento de que estaba contemplando nada menos que la extinción de una cultura humana. Que esas tres mujeres supongan las últimas personas que hablarían una lengua concreta y que seguramente profesaban un tipo de creencias y contaban con una cultura, oralmente transmitida a lo largo de siglos, que no sería ya heredada por nadie. Ser final de una estirpe, es decir que se mueran contigo tus propios muertos, es tan contradictorio con la pasión por vivir de todo lo viviente que excede a lo que algunos solo podemos soportar escondiéndolo en lo menos transitado de la memoria. La explícita extinción del futuro de una raza humana, por mucho que haya sucedido centenares de veces a lo largo de la historia, siempre desmantela los aspectos que más anclaje emocional nos proporcionan.

¡Cuán a menudo el simple contacto entre dos culturas ha supuesto la irreparable pérdida de la más débil pero sin duda también la menos violenta!

Con estas ideas, es decir con cierta angustia, me lanzo a caminar en dirección contraria a la orilla del río. En muchas otras ocasiones he seguido un curso fluvial. Tiene la ventaja de que imposibilita el extravío pero como ya he navegado durante tres jornadas por el Madre de Dios y el Manu, esa visión de la floresta, por donde más cómodamente puede hacerse, ya figura en mi memoria. Es más el 90 % de lo que llega, a través de documentales y reportajes, es la visión o impresión del bosque desde embarcaciones. Por eso quiero convivir con la arboleda laberíntica caminando, es decir el otro imprescindible requisito para merecer un entorno. No hay vivencia real y completa del paisaje ni desde los medios de transporte, ni desde las ventanas. A la Natura hay que andarla o hay que contemplarla, totalmente quieto, desde lugares sin la interferencia del ruido o cualquier otro artefacto humano.

Inicialmente respeto los cánones de protección, es decir dejo una ligera marca en la corteza, casi siempre muy blanda de los árboles para saber por donde he pasado y encontrar el camino de regreso.

Pronto acude la sensación de estar dentro de una enorme campana verde de la que acaso yo mismo sea el badajo. La cuestión es que me llueven sonidos, casi todos desconocidos, desde la bóveda y los lados de la misma.

Un mono araña y un canto de ave, realmente perturbador, ocuparon por completo mi atención, por lo que descuidé la seguridad que supone hacer visible mi itinerario. Creo que fueron cinco o diez minutos siguiendo al primate y fijando en mi memoria las raras notas musicales para intentar luego identificar, con grabaciones, el autor de los trinos. El naturalista es un ser afortunado por poder olvidarse a menudo de su propia identidad. Prestamos atención con tanta intensidad a lo que trisca, vuela, rept, canta... que abandonamos al famoso y maldito yo, es decir necesitamos poca terapia psicológica.

Por eso, poco más tarde, seguí caminando hacia el interior del bosque sin marcar mi paso. Pronto, sin embargo, me percaté de que podía estar perdiéndome si es que no me había perdido ya. La primera sensación que me sacudió fue una cierta inquietud a la que no sé si llamar principio de miedo. Prácticamente nada de la Natura me ha asustado nunca. Casi todo lo contrario. Siempre me ha parecido un placer adentrarme en lo desconocido. Incluso pienso, ingenuamente por supuesto, que haber dedicado toda la vida a cuidar del derredor me regala una suerte de salvoconducto o talismán protector. Tontería que me ha hecho imprudente en no pocos lugares del planeta realmente peligrosos. La selva también lo es si acabas solo y sin orientación. En cualquier caso se trata de no ceder al inicial desconcierto para lo que nada mejor que seguir identificando aves amazónicas con mis prismáticos y al tiempo intentar volver sobre mis pasos en busca de una de las marcas. Lo cierto es que pase más de una hora sin encontrar el camino de vuelta al campamento de Pakitza. La incertidumbre anima a afilar las ideas y aflorar los sentidos, incrementa sustancialmente la atención. Al menos en la Natura, porque en la civilización no puede haber más zarandeo a la sensatez y sin embargo demasiados, casi todos, cada día en lugar de avivar su racionalidad y capacidad sensorial aceptan el incremento exponencial de la modorra. Se desprecia, por ignorada, una de las principales dádivas de la vivencia directa de la Natura. El derredor, sobre todo si es peligroso, despierta del letargo a todos los sentidos. Afila las percepciones, incrementa incluso la memoria. Pero también atiborra tus impresiones. He escrito en más de una ocasión y creo que esta frase me la dictó la selva del Manu que la Natura expresa tus impresiones.

Poco, o nada, en efecto más impresionante me ha pasado y eso que no duró más de tres horas en mis cincuenta años de solitariear esos campos. El bosque desborda los horizontes de la imaginación. Todo tiene cien salidas o soluciones, todo tiende a la diferenciación por mucho que quede dentro de una misma residencia. Todo clama por todas partes.

Si las altas montañas te empequeñecen, como han sentido todos los buenos escaladores, creo y he sentido que la selva lo consigue en mucha mayor proporción. Un chaparrón de modestia cae sobre ti, como los de agua, todas las tardes hacia las cinco y que suelo aprovechar para darme una ducha con las aguas del cielo.

La selva me envuelve y atemoriza pero también me permite rozar la comprensión de dos o tres facetas, de los miles que esconde, sobre su esencia.

Me refiero sobre todo a la transpiración. Los árboles y los monos, las aves y las mariposas, todo parece sudar, una forma de superar calores y humedades. Es decir que se trata de llevar la adaptación puesta y no imponerla como hace el humano. Ser lo que ya tienes me parece literalmente una propuesta ética.

Y la selva tiene multiplicidad. A mi mente viene que precisamente en este lugar se dan varios récords de diversidad biológica del planeta. Es donde más aves, mariposas, libélulas y árboles diferentes se dan por unidad de territorio.

Todo esto es un taller artístico, un gigantesco creador de novedades.

Me alcanzó de lleno que lo más cercano a la satisfacción es convivir con el mayor número posible de diferencias. De lo que la selva da lecciones magistrales con solo perderte, un poco, como yo ese día.

Ni que decir tiene que rumiando una parte de lo que acabo de describir y guiado por la intuición que también se agudiza mucho en los bosques, encontré una de las señales de machete.

Volví a Pakitza mucho más completo de lo que salí y solo había estado solo, es decir emboscado, en la selva.



Justo cuando estoy escribiendo estas palabras, agosto de 2019, es noticia el gran número de incendios que se están perpetrando en este verano austral en la selva amazónica. Se estima que arde una hectárea por minuto desde hace semanas. Incendios que, incluso, han provocado nada menos que un apagón generalizado en São Paulo.

Poco, o nada, resulta más torpe que quemar bosques. Poco, o nada, tiene más coherencia que ejercitar, en defensa propia, el gesto más hermoso y solidario que supone intentar no solo que las llamas, las pocas que alcanzan de forma espontánea a las arboledas, no sean devastadoras sino también y sobre todo que desaparezcan los motivos que llevan a tantos a quemar.

Entre los cuales destaca la pobreza de muchos, la opulencia de unos pocos y la codicia de casi todos. Porque nada resulta más lejano a lo que acabo de intentar describir que la tragedia de que ese cosmos palpitante quede reducido a unos centímetros de cenizas.

He recordado en este capítulo los incendios de los bosques brasileños, peruanos y bolivianos por obvias razones de proximidad a la experiencia descrita. Pero no puedo aparcas que también en este mismo año, pocos días antes, la noticia ha sido que la nube de humo provocada por los casi tres/seis millones de hectáreas quemadas en la taiga siberiana alcanzó un tamaño parecido al de toda Europa. Las estimaciones desbordan lo comprensible a no ser que aportemos el dato de que lo quemado este año en la Taiga equivale a la totalidad de los árboles de un país como el nuestro.

Por eso mismo la sucesión de catástrofes forestales que se han dado a lo largo de 2019, sincrónicos a la escritura de este libro, queman mucho más que árboles. Incendia a la más elemental autoestima. Ponen en duda la excepcional condición de seres vivos conscientes que solemos exhibir con arrogancia.

En fin que si el bosque es lo más bello, completo, complejo y necesario su absoluto antónimo es que arda.

NADA TAN SIENDO COMO EL BOSQUE

*Arbutus unedo*

Esas robustas matriarcales encinas de secular medro...

MIGUEL DE UNAMUNO

Y es cierto, pues la encina ¿qué sabría
de la muerte sin mí?

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Si eres una misma cosa con la vida eres tiempo.

EMIL CIORAN

el tiempo que reta
a la eternidad
con su paciencia infinita.

CLARA JANÉS

Sobre el tiempo y el uso que de él hacen los árboles

Medrar siglos es destreza bien resuelta por buena parte de las especies arbóreas. Con la excepción de las bacterias, que llevan varias eternidades demostrando que la eternidad ya ha sido, todo lo demás morimos. Solo que algunos lo hacen con la más serena de las parsimonias, con la lenta bondad de la madera. Muchas especies de árboles viven eternidades pequeñas.

En fin que hay árboles milenarios, incluso diez veces. Algo que para la escala temporal de lo humano se acerca a lo incomprensible por longevo pero siempre envidiable.

Con todo mantengo que nada es **tan siendo** como el bosque. Que en su presente está contenida la totalidad de su pasado.

Cabe, es más, percatarse de que a pesar del estereotipo de esta civilización que pretende que lo ocurrido desaparezca y que no importa lo que pueda ocurrir, la Natura es y se expresa en tiempo verbal gerundio. Lo usa sin cesar sencillamente porque es atemporal, porque incluye lo remoto y lo por llegar, en ambos casos incommensurables espacios y tiempos. El gerundio sugiere que la eternidad ya ha sido y que intenta que otras muchas eternidades sigan llegando, una tras otra, a este planeta. Como el gerundio además incluye todos los pronombres estimo que es tan inclusivo e igualitario como en realidad es la propia Natura escanciando regalos para la supervivencia sin distinguir los destinatarios. Todo lo que vive *es un ir siendo por lo que ha sido y para lo que será*.

En ningún lugar se vive más —*nada tan siendo*— como en el bosque que, al ir siendo, consigue que también lo hagamos casi todo lo y los demás.

Mientras escribo esto, entre los escombros de mi memoria brilla una frase de María Zambrano: «Conocer es acordarse, es reconocerse en unidad con lo que está siendo». De ahí que sea tan sabio el bosque, porque nada hay, a no ser los cuatro elementos esenciales, que sea tan siendo con todo lo demás.

El uso del tiempo por los gigantes del mundo vegetal es además uno de los aspectos más aleccionadores e instructivos. Ellos acarician, respetan e intentan imitar lo inacabable como si fueran conscientes de su origen. No cabe calificar de otra manera al hecho de que este universo, acaso uno de los infinitos que ya han sido, lleve unos 13.000 millones de años deslumbrando y deslumbrándose. Ojalá deslumbrara también a la mayoría de los nuestros. Si así fuera seguramente no estaría tan cerca el apagón de la vivacidad. Ese que resulta urgente contrarrestar con nuestro admirar respetuosamente los logros de la historia de la Vida y, sobre todo, dejando trabajar a las arboledas en pro de la continua continuidad.

Al menos una eternidad ya ha sido. No de otra forma debe ser considerada la vida de este planeta nuestro pues acarrea no menos de 3.500 millones de años a sus espaldas. Los verdaderos árboles, que tuvieron varios antecesores con todavía más ancianidad caso de los fascinantes helechos arborescentes, aparecen hace unos 380 millones de años.

Como se trata de una de las especies más fascinantes —basta recordar que varios ejemplares sobrevivieron a la bomba atómica de Hiroshima— hay que mencionar que los Ginkos (biloba) aparecieron hace 270 millones de años, lo que le convierte en uno de los seres vivos que se mantienen como tales desde hace más tiempo.

Para los que vivimos casi siempre menos de un siglo —incluso como especie que lleva sobre el mundo tan solo unos ridículos doscientos mil años— el tiempo pasado resulta algo incomprensible por mucho que hayamos concebido las edades geológicas, la historia, el calendario y el reloj. La forma en que la vida pasa por el tiempo y viceversa queda casi siempre fuera del alcance de nuestra comprensión. Vuelvan si les apetece a las citas que encabezan este apartado y fijen su atención en la frase de Cioran.

Aunque la inteligencia, insisto, sea la inventora del tiempo medido, que en realidad solo existe para nosotros, apenas acariciamos lo más superficial de lo que supone el tiempo para la vida, una de sus materias primas, un colaborador imprescindible para su creatividad. En cambio, acaso sea nuestra peor torpeza, nos aterra el paso del tiempo. El que aceptemos ser devorados por la prisa nos acelera todavía más. El que se nos vaya a acabar individualmente el tiempo nos hace insolidarios con los que van a vivir tras nosotros y, todavía más trágico, apenas le damos ya tiempo al tiempo para que siga haciendo todas esas maravillas que nos rodean. Destrezas y proezas que los humanos encontramos ya muy bien hechas y haciendo bellezas cuando nos incorporamos a la historia de la Vida.

He constatado muchas veces, pues intento vivir fuera del tiempo de los relojes, que la cronología, tan imprescindible para casi todos los humanos, poco o nada tiene que ver con las formas de usar el tiempo por parte de los otros seres vivos. Mucho menos aún para las otras realidades del paisaje o para los elementos esenciales como las arboledas.

La Vida, por supuesto, tiene calendarios. Es más he dedicado un libro precisamente a ese conjunto de sucesos que están vinculados a los dos tiempos, es decir no solo al cronológico sino también al metereológico. La Fenología, en efecto, estudia todo lo que tiene que ver con los momentos en los que suceden los principales compromisos de las especies vivas con su supervivencia y continuidad. En la Natura todo es efemérides, instantes concretos y destacados que cumplen los propósitos fundacionales de todas las estirpes. El **cuándo** tiene, por supuesto, la misma importancia que el **dónde**. El cuanto o cuantos, por el contrario, carece del más mínimo interés por mucho que aportemos también en este libro un buen número de guarismos que hacen referencia a los árboles. El bosque no sabe ni quiere saber cuántos son los individuos que lo componen, tampoco su altura o grosor, ni el tiempo que van a estar vivos. Eso sí procura llegar puntualmente a las citas, a esos encuentros con su propio calendario de obligaciones pero que en la actualidad están siendo dismanteladas por la catástrofe climática. Antes de la irrupción de la crisis detectábamos siempre una cadencia armónica, un llegar a tiempo pero como si no se lo hubieran propuesto. La agenda del bosque está llena de encuentros que, aunque parecen obligados, siempre dejan un buen resquicio para lo sorprendente, fortuito, novedoso. Mantengo que la redundancia con que se suceden los ciclos de la Natura son la base de su creatividad y de buena parte de la estabilidad, esa que constata Goethe y que citamos en el capítulo dedicado al año del bosque.

Todo lo esencial es cíclico, vuelve a repetirse con tozuda constancia. Tenacidad que es pequeña, incluso minúscula, pero que como se hace con serena e imperceptible laboriosidad acaba generando, sin que apenas nos percatemos, todas las novedades de este planeta. La Vida en general usa el tiempo, como el paisaje al agua, para esculpirse muy lentamente a sí misma. También en esto los árboles son formidables. Ellos se llevan bien con el paso del tiempo, lo acogen sin dramatismo alguno, lo convierten en más tiempo para todos los otros seres y hasta cuando mueren son capaces de seguir ahí, prestando hogar y alimento a muchos durante un largo periodo.

Cuando vemos ámbitos tan sobresalientes como un bosque de secuoyas apenas somos capaces de imaginar que han crecido unos pocos milímetros todos los años. Algo así como usar el tiempo como caricia. Frente a la tortura de la lela prisa que a demasiados esclaviza, el árbol es elegantemente parsimonioso.

Nada sabio en este planeta es o ha sido rápido. Como la savia es lo más sabio que tenemos no podía por menos que ser lenta. Por supuesto existen formas de vida extraordinariamente fugaz. Algunas incluso han recibido el nombre de efímeras por desplegar todo o parte de su ciclo vital en muy poco tiempo. Es el caso de no pocos insectos acuáticos en sus fases no larvarias. Todos los que van a vivir poco resuelven el problema de su propia continuidad siendo muchos al mismo tiempo, así siempre quedarán unos pocos para volver a comenzar.

Con las plantas en general y los árboles en particular sucede todo lo contrario. No tener que ir a parte alguna elude toda necesidad de hacerlo en menos tiempo. Nada tan ajeno, pues, al árbol que la prisa, ese azacanamiento que nos caracteriza y que en no poca medida es lo que está destruyendo la comprensión, y por tanto la belleza, de lo mejor que tenemos en este planeta que es su VIDA.

Darle tiempo al tiempo para que consolide su creatividad está detrás de las destrezas del árbol a la hora de administrar el paso de las estaciones, los años, los lustros. El decenio, es más, resulta una de las aproximaciones más frecuentes para los que nos fijamos en la suprema coherencia de la lentitud.

Sin descartar que el no usar forma alguna de medir el tiempo, como sucede con la totalidad de lo espontáneo, ya es una aliviadora constante. Los relojes nos apresuran y nadie de los que no miden el tiempo, es decir, todos los demás vivientes, tiene prisa. Por cierto: me acabo de percatar lo ineludible que resulta usar nuestros esquemas relacionados con el tiempo. De hecho he usado, en los dos párrafos anteriores, las palabras milenio, decenio, siglo, millones de años, reloj que carecen del más mínimo sentido para el árbol y cualquiera de los seres vivos no humanos del planeta. No cabe duda de que para los que no miden el tiempo serán los grandes ciclos, estaciones, alternancias de día y noche, sus respectivas duraciones lo que marcará pautas y conductas. Todo ello inserto en una suerte de ritmo que apenas coincide con nuestras obligadas citas para cualquier actividad.

La realidad es lenta entre otros motivos para durar, pero nuestra civilización, que se fundamenta en la artificialidad y la electrónica está sometida a aceleración constante, algo que siempre resulta violento para lo parsimonioso. Ahí afuera nada está sujeto al tormento de la obsolescencia programada. Lo sí programado y conseguido es perdurar cambiando y creciendo lo más pausadamente posible.

El tiempo, sea lo que sea y aunque no sea —recordemos que para algunos físicos el tiempo no existe— sí que puede ser considerado como una morada, dentro de la cual sucede la vida. Es por tanto una de las formas de la hospitalidad, de ahí que podamos considerar toda esta caterva de prisas que hemos clavado en el seno de los paisajes como algo inhóspito. Considero un genial acierto la sentencia de Quinto Curcio, citada por Montaigne en sus ensayos: «La prisa nos retrasa». De ahí que lentear, palabra que no existe pero que debería aparecer en nuestros diccionarios, sea no solo lo que define el uso del tiempo por los árboles sino también la sugerencia más sugestiva que nos hacen para que apaciguemos tanta prisa destructora. También en esto cabe la biomimesis, la imitación de lo que hace la Natura. Lentear, pues, podría apresurarnos hacia la solución de las catástrofes sembradas por la velocidad.

Como el tiempo es uno de los entornos de todas las especies vivas se puede caer en la torpeza de considerarlo exclusivamente como algo exterior a todos nosotros. Sin embargo es tan fisiológico como la sangre. Somos inquilinos y hogar del tiempo al mismo tiempo. Vivimos dentro de lo que vive dentro, el tiempo nos vive. Convendría aprender a vivir el tiempo, todo él, es decir aprender a morir como los árboles.

El tiempo crea mucho más que destruye porque cuando se convierte en vida construye con lo que destruye. Justo lo contrario que hace esta civilización desertificadora. El tiempo da mucho, mucho más que quita. Bien pensado es la oportunidad inicial, la continuidad. Cada segundo es alimento. Se trata, en deseable reciprocidad, de dejar lo máximo de vida posible para los tiempos que todavía no han hecho acto de presencia.

Sí, claro; claro que seremos expulsados de ese hogar pero, como quedará desarrollado en el capítulo dedicado a la fertilidad, también cabe una cierta victoria sobre el tiempo, una suerte de eternidad en la que los árboles son especialmente diestros.

Con todo lo que más puede asombrar de las cuestiones relacionadas con el tiempo y las arboledas es su capacidad de contagio. Ha quedado demostrado que los animales forestales viven más que los de otros medios. Por supuesto los estudios han analizado especies de igual tamaño y clase zoológica. Esto quiere decir que andarse por las ramas mejora las posibilidades de alcanzar notable longevidad. Los grandes simios son un inmejorable ejemplo de ese otro regalo que nos hacen las masas forestales. Si en el primer capítulo ilustramos los motivos por los que somos como somos porque una vez fuimos parte indistinguible del bosque ahora podemos ampliar el que nuestras largas vidas, comparadas por supuesto con las de mamíferos terrestres de entre cincuenta y cien kilos, se debe a nuestro origen selvático.

Los árboles están con este planeta desde antes del periodo Carbonífero que se caracteriza precisamente por un desarrollo espectacular de las plantas y especialmente de los árboles. Muchos quedaron atrapados en los sedimentos y enterrados por los movimientos orogénicos y acabaron convertidos en carbón. Ese que, desde hace docientos años, es utilizado masivamente como el más peligroso de los combustibles fósiles.

No deja de resultar una pavorosa paradoja que los viejos fabricantes de la transparencia que todavía respiramos acaben siendo utilizado, trescientos millones de años más tarde, para destruirla. No menos que la energía acumulada durante millones de años se volatilice en poco más de doscientos años. Pero sobre todo resulta de una torpeza insoportable que toda la energía quemada para esta fase de desarrollo industrial equivalga tan solo a la que nos proporciona el sol cada quince días.

Todos los árboles escriben su propio diario. En la madera de los troncos podemos leer el paso del tiempo —nos referimos al humano, al que se mide en días y meses— por ellos. Cada año el crecimiento, que por supuesto no solo es hacia arriba sino también en el sentido horizontal, se detiene durante unas semanas. Esto deja una marca en el seno de la madera en forma de redondel más oscuro. Si las condiciones son buenas, sobre todo por haber contado con suficiente humedad en el suelo, el árbol crecerá dejando un círculo mucho más claro y grueso. Cuando la sequía se traduce en escasez el árbol crece poco y esas líneas oscuras quedan muy cerca unas de otras. La dendrología estudia los avatares de la historia de cada árbol del que, sobre todo, podemos llegar a saber cuándo nació y cuántos años ha vivido.

El que los anillos de crecimiento de los árboles sean un círculo, es decir una línea que no tiene ni principio ni fin, es la mejor expresión de esa tenacidad lenta con que los árboles crecen y mueren. También evoca ese ciclo anual completo que se enhebra al siguiente. Los anillos de crecimiento son concéntricos como los que forma el agua cuando a ella se arroja algún objeto. Los círculos proponen otras muchas reflexiones pero entiendo que destaca el que allí en cada tronco queda expresada la sucesión de sucesiones, lo mejor de la Vida.

Al mismo tiempo conviene aceptar que nuestros mejores amigos no hacen más que no parar de morirse —recordemos que la madera es tejido muerto— a base de no parar de crecer a lo largo de toda la vida. Es decir que, por malas que sean las condiciones climáticas o edafológicas siempre son un poco más altos y gordos todos los años de sus, tantas veces, larguísimas vidas.

Por dentro de los árboles esta lentitud se convierte en resistencia pasiva, entereza, altivez sin arrogancia, duración, calor, lozana vejez en suma. Todos los calificativos que acabo de usar le convienen también y sobre todo a la madera, inmejorable aportación de los árboles a la historia de la Vida y, sobre todo, a la nuestra.

Este planeta tiene árboles desde hace unos cuatro millones de siglos. Están aquí tan antes que nosotros que como mínimo deberíamos contemplarlos con el respeto debido a los mayores. Sobre todo si tenemos en cuenta que están paliando buena parte de los peores efectos de las graves enfermedades ambientales que galopan por todos los paisajes.

Cifras sin disfraz

Atiborrados como estamos de escalafones y jerarquías, de cuantificaciones y clasificaciones, pero sobre todo de pasión por los récords, da una considerable pereza aportar datos como los que a continuación pueden ser leídos. En cualquier caso espero contribuir a la comprensión de lo que hace el tiempo con los árboles y los árboles con el tiempo con unas pocas informaciones sobre la concreta longevidad de algunas especies de árboles.

Aunque figura entre lo todavía discutido resulta imposible no ceder a la tentación de mencionar a la más que famosa píceas solitaria de Noruega, una conífera que vive aislada en los límites de la taiga y que algunos botánicos consideran que tiene casi 10.000 años, en concreto 9.950. Tamaña longevidad es puesta en duda por otros científicos que creen que puede tratarse de un clon, es decir de un árbol genéticamente idéntico a uno o varios predecesores. No se debate el que sería el más reconocido matusalén de mundo vegetal. Una conífera de las altas montañas de California fue talada por error cuando había vivido 4.484. Los cuatro milenios han sido datados

en no pocas secuoyas. Los tejos pueden acercarse a los 4.000. A corta distancia podemos situar a los alerces de las taigas siberianas. Para ellos cabe la posibilidad de superar los 3.500 años. Cifra que ha sido adjudicada también a un ciprés calvo de los aguazales del Sur de Estados Unidos.

Baobabs, cipreses y olivos pueden alcanzar los 3.000, pero su esperanza de vida más convencional es de un par de milenios. Tanto como la que gozan cedros y robles.

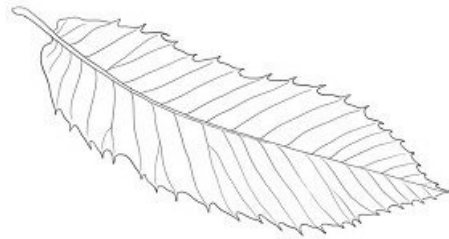
Son numerosas las especies del pelotón de los que pueden aspirar al milenio de edad, caso de los castaños —por cierto que hay un excepcional árbol de esta especie en Sicilia, bajo cuya copa caben cien caballos, que podría tener no menos de 2.000 años pero que algunos consideran que tiene el doble.

Sumemos a los aspirantes a los diez siglos a las encinas, abetos, algunas variedades de eucaliptos y los tilos.

Los que viven de uno a cinco siglos son ya legión pero mencionemos a las hayas, acebos, madroños, chopos, alcornoques. Por mencionar solo a las especies del hemisferio norte y, especialmente, las del viejo mundo.

5

CUANTÍAS



Castanea sativa

Toda selva es un tráfico fantástico de probabilidades errantes, obsesas y suicidas que sueñan y compiten por acceder algún día a la preciosa realidad.

JORGE WAGENSBERG

Quedan todavía bastantes especies de árboles por descubrir. ¿Cómo podemos afirmar algo que supone literalmente una adivinación?

La única justificación que podemos aportar es que seguimos los argumentos de los grandes botánicos del presente. Por mucho que nadie, nunca, sabe o sabrá lo que llegará, sí podemos estar seguros de que nos esperan novedades en todos los campos de la vida, pero muchas más si esa vida es la de los otros seres vivos. La Natura de hecho está abarrotada de sorpresas esperándonos. Explico.

La multiplicidad biológica se nutre anualmente con el descubrimiento y descripción de centenares incluso miles de nuevas especies. Aunque nos parezcan muchas, la comunidad viviente de este planeta cuenta, de momento, con casi dos millones de especies catalogadas pertenecientes a los cinco reinos de la Vida. Lo que seguramente es, como mucho, el 20 % de las que existen. Por extrapolaciones realizadas por los grandes taxónomos cabe multiplicar al menos por cinco esa cifra. Esto quiere decir que nos acompañan como mínimo diez millones de otras formas de vida. Pero hay quien mantiene que pueden ser veinte, treinta y hasta cien. Como quedó ya señalado en el anterior capítulo tan solo en el suelo puede haber ingentes cantidades de completos desconocidos.

Con relación a los árboles sabemos que los botánicos han descrito, de momento, algo más de 60.000 especies. En este caso no podemos esperar que el catálogo aumente mucho más desde el momento en que, como gigantes que son, los árboles resultan descaradamente conspicuos, sobre todo si los comparamos con los animales y plantas diminutos o pequeños que son los que nutren el desconocido y multitudinario plantel de lo todavía no encontrado y menos aún clasificado. Pero en la caótica armonía de las selvas ecuatoriales y tropicales seguramente se yerguen unos pocos centenares de especies que nadie ha estudiado. Tal vez ni siquiera las últimas tribus humanas no contactadas han visto esos todavía desconocidos. Aunque todas las regiones naturales del planeta han sido exploradas es todo un alivio que la Natura se guarde muchos secretos. Es lo que nos proporciona uno de los mayores placeres a los naturalistas. Ese que nos llena de satisfacción cuando podemos exclamar aquello de: ¡Esto es lo nunca visto!

El catálogo aumentará también por la relativamente nueva máquina de descubrir biodiversidad. Me refiero a que, cuando además de los rasgos anatómicos, se estudian los códigos genéticos, aparecen novedades a mansalva. Lo que a simple vista el mejor botánico no podría clasificar se convierte en obvias diferencias cuando se estudia el ADN de plantas y animales. Recordemos lo sucedido con las aves. Resultaba fácil de recordar que, hasta 2014, habían sido descritas casi 10.000 especies diferentes. Todos los años la lista sistemática aumentaba con un puñado de incorporaciones que llegaban desde las selvas ecuatoriales, sobre todo las de Nueva Guinea. Cada descubrimiento se celebraba como excepcional hasta que de pronto el número de especies de aves del planeta Tierra pasó, casi de golpe, a unas 18.000. Lo que había pasado es que se habían estudiado a través del microscopio electrónico.



Si emboscarse te regala la mejor amistad posible el contemplar el bosque desde una cierta distancia le da todo su sentido al placer de contemplar.

Cuando la arboleda consigue ser oceánica para los ojos llegas a intuir que nada puede resultar más lleno. Si cada árbol es un cosmos ¿cómo valorar el cosmos de cosmos que es un bosque? Y cuando te anega la mirada una selva ¿cómo considerar al bosque de bosques que tienes delante? Entonces de nada valen las cifras. La imaginación tiene la palabra.

Cuando se afirma que sobre la piel de nuestro país se yerguen 7.500 millones de árboles podríamos considerar que resultan suficientes. He pasado media vida diciendo, en público y privado, que la única codicia legítima es la de árboles, muchos más árboles. A estas alturas de lectura supongo que no hace falta alguna justificar otra de mis permanentes propuestas, la de doblar esa cantidad, sencillamente porque necesitamos más protectores. Sobre todo desde el momento en que las condiciones climáticas básicas están siendo arrasadas.

Pero las cifras permiten también un buen número de derivaciones. Acaso la primera, esa que suele venir a la cabeza de cualquiera, es la cantidad a que tocamos por cabeza: unos ciento cincuenta. Cifra que, de nuevo, tal vez demasiados consideren una cuantía excelente. Pero seguimos necesitando y mereciéndonos muchos más. Como mínimo el doble.

Tenemos, incluso, la obligación estética y ética de plantar muchos más y de no perder uno solo de los que sembró la Natura. Y cuando escribo plantar no me refiero al convencional uno en la vida sino, al menos, un centenar. Lo comento por reforzar la propuesta de la ONU de que cada humano plante 120 árboles para mitigar el calor desbocado que se nos viene encima. Volveremos a este tema porque de todo lo que le sucede al bosque destaca, y mucho, la ingente cantidad de proyectos y campañas de reforestación que brotan casi por todas partes. Tanto en nuestro país como en el resto del mundo.

La distribución de nuestros bosques y arboledas presenta todas las variaciones pero con una constante. Los árboles ibéricos son bastante cimarrones, se han refugiado preferentemente en la media montaña. Las cuestas han protegido mucho a la Natura por estos pagos. Siempre queda más vida donde el entorno exige grandes esfuerzos al humano. Sirva de ejemplo que en las cuatro provincias que comparten los Pirineos tienen unos 1.500 millones de árboles. Es más Lérida lidera el catálogo forestal con 324 millones, seguida por Huesca con 320, Gerona con 283 y Navarra con 240. Por encima de los doscientos millones de árboles cuentan Burgos, Asturias, León, Teruel, Guadalajara, Cuenca y Soria.

Alicante, Sevilla y Valladolid van a la cola con poco más de 30 millones cada una. Canarias tiene 47 y Baleares 61.

La discusión, en cualquier caso, es el enorme potencial del país para que todas estas cifras queden trasnochadas. Porque la superficie que puede convertirse en bosque es prácticamente del 70 %. En estos momentos se estima que solo el 55 % del país tiene algo y mucho arbolado. Por especies figura en primer lugar la que debería ser, insisto, el símbolo de este país, la encina. Aunque estamos perdiendo decenas de miles todos los años por la seca*, acaso la enfermedad más inquietante, quedan casi 700 millones de tales prodigios.

Las cuatro especies más frecuentes de pinos suman muchos más ejemplares, en concreto los pies de pinos silvestres, resineros, carrascos y laricios escalan hasta los 2.300/2.400 millones. Mis queridos robles melojos, esos que resultan la especie más frecuente en mis soledades, suman unos 200 millones. Pero si añadimos las otras especies, el roble común, albar y pubescente hay

que incluir otros 300 millones de árboles en nuestro inventario forestal. Las hayas superan los 240 millones y los castaños los 100. Los alcornoques encabezan la lista de las especies con menos de cien millones de ejemplares, en la que destacan las sabinas albares con 55 y los abedules con 45. Por debajo del millón figuran una decena de especies como los tilos, pinsapos, loros, sabinas de Cartagena. No menciono, por supuesto, a la totalidad de las especies nativas de la península Ibérica por considerar que los datos aquí incorporados son más que suficientes para formar una idea aproximada de la cantidad de árboles que nos están ayudando a detener los desiertos.



Sobre el planeta se yerguen unos tres billones de amigos de todo lo viviente. Esto supone que a cada uno de los 7.600 millones de humanos le corresponderían los beneficios producidos por unos 400 árboles. Por cierto entre los agraciados hay que incluir a los que jamás han visto un árbol, a los pirómanos, a los dueños de las compañías madereras y, por supuesto, al ingente número de indiferentes...

Parecen muchos pero las arboledas, con la excepción de unos pocos países en el mundo más desarrollado, mermán significativamente. Como mantiene la ONU a través de la FAO, perdemos diariamente unos 30 millones de árboles. Si la Natura no plantara muchos más cada día, de los que solo un uno por cien acaban siendo capaces de producir semillas y si nosotros no plantáramos algo así como la mitad de los perdidos, unos 12/15 millones al día, el planeta se quedaría sin árboles en menos de tres siglos. Con una diferencia que no debe pasar inadvertida. El plantón que nace espontáneamente o el brinzal que ponemos los plantabosques son seres vivos pequeños, con poca actividad ecológica. Por el contrario el árbol quemado o abatido por las enfermedades o las motosierras eran adultos o ancianos que trabajaban a pleno rendimiento por la salud del planeta.

A escala global y a lo largo de los últimos dos siglos el planeta ya ha perdido un tercio de los bosques que tenía.

6

RADICALES



Corylus avellana

Necesariamente lo superior tiene a lo inferior como fundamento.

LAO ZI (*Libro del tao*)

Acariciar la fosca melena
mientras sientes la poderosa garra en la tierra,
mientras las raíces de los árboles, temblorosas,
sienten las uñas profundas
como un amor que así invade.

VICENTE ALEIXANDRE

Lo crucial oculto

Es en la intimidad oscura de los suelos; es en lo que pisamos tantas veces sin respeto; es en la tierra tan enterrada bajo asfalto y cemento; es en los suelos vivos tantas veces erosionados... Es allí, precisamente allí, sin testigos, donde se representa el mayor espectáculo de este planeta, donde comienza, cada día de nuevo, el resto de la historia de la Vida; esa que intenta seguir creciendo sobre la fracción sólida de este planeta. La piel del planeta es también sus imprescindibles entrañas. Si Novalis nos conmovió escribiendo aquello de que «los árboles hablan el lenguaje más directo de la tierra» cabe ampliar la intuición con la imagen de ese escribir de los árboles, también bajo los suelos, con el interminable arabesco de sus raíces.

Nada supera a las convivencias que consigue la fertilidad, ese territorio por el que avanza lo radical. Si la Vida está compuesta, como ya hemos escrito, en más de un 90 % de plantas, se debe a que bajo tierra viven muchos, muchísimos, más vivos que sobre ella. En ningún otro lugar, en efecto, se vive tanto y se proporciona más vida. La redundancia es totalmente intencionada porque, muy al contrario de lo que ha sido demasiadas veces interpretado como algo solo inerte, los suelos son algo palpitante. Tanto que es transitado por miles de millones de miles de millones de animales, hongos, bacterias y raíces. Resulta imposible superar en importancia a los pactos que lograron y mantienen los árboles, a través de lo que de ellos no vemos, con todo ese cosmos viviente. Más que bucear en la tierra las raíces lo hacen en una ingente masa de otros seres vivos. Acordémonos, por tanto, de las destrezas, casi todas proezas, que despliegan las raíces. Para empezar ellas son las que realmente sustentan todos los futuros posibles. Los grandes tesoros del bosque están enterrados. Las raíces son una de las principales fuentes del tiempo que ha de venir porque los árboles jamás dejaron de tener en cuenta el tiempo que ya ha pasado. Es más, convierten en insignificantes a nuestro calendario con esa forma de usar lo temporal que hemos querido comprender en el cuarto capítulo y que consiste en ceder el paso a la lentitud. Sin descanso pero sin prisa. De hecho jamás paran un instante de hacer, de forma coordinada y sincrónica, una compleja multitud de funciones. Todo ello con la parsimonia suficiente como para que nada carezca de sus oportunidades. También allí residen las nuestras ya que dependemos de las plantas en general y de los árboles en particular.

Las raíces son una trama de tramas que traman la continuidad de la vida. No encuentro mejor definición. Con todo resulta difícil, una vez más en algo relacionado con los árboles, abarcar todo lo que son y todo lo que hacen. Acaso su primera destreza es la difusión por las principales partes de su estructura de las tareas que en el caso de los animales son desempeñadas por muchos y diferentes órganos especializados o, si se prefiere, son artistas de la múltiple funcionalidad de sus elementos básicos. En esto, las raíces y el árbol entero, no pueden ser más femeninos. Hacen tantas o más cosas que las formas móviles de los paisajes pero concentradas en muchos menos especialistas en una sola materia o trabajo.

La destreza de multiplicar las funciones desde un solo órgano acompaña a todas las plantas y les da una incalculable ventaja de cara a la supervivencia. Pensemos que lo que sucede en estos gigantes vegetales es que sus principales órganos funcionan siendo uno y muchos al mismo tiempo. Algo así como esas pocas especies animales que tienen más de un cerebro o más de un corazón. O, si se prefiere, imaginemos que nosotros pensáramos no solo con lo encarcelado en la cabeza sino también con los ojos, los dedos o los pasos que diéramos. Ojalá al caminar nuestros pies sintieran y pensarán que pisan lo esencial. Que a solo unos centímetros de la suela de los zapatos hay una compleja comunidad viviente especializada en que todas las demás sean viables.

Las raíces, como mínimo, son excelentes exploradoras; bocas y bombas de succión; comida cuando mueren; soporte y anclaje; trama infinita; punto de encuentro y de alianzas encadenadas; órganos sensibles; emisores y receptores de mensajes; medios de comunicación, pues; son redes sociales que conectan lo telúrico con lo aéreo, lo terreno con lo vivo. Son sencillamente la parte más importante de lo esencial de este mundo. No es solo poético sino también realista denominarlas mente de los árboles. Reitero la idea porque la mayor parte de los humanos interpretan y dan por seguras concepciones diametralmente opuestas. De hecho hace ya demasiado tiempo que es norma considerar que lo primero sea lo último y viceversa. Nada tan primero, en efecto, que las raíces.

Las raíces son, es más, el pasado y serán el futuro pues no en otra cosa consiste la fertilidad que cosechan y logran al mismo tiempo. Al sostener a lo que a toda la vida sostiene no podemos por menos que destacar su crucial papel en la historia pasada, presente y futura de la Vida misma. Parece obligado, por tanto, que tras la retahíla de titulares —de hecho cada una de esas funciones merece y ha conseguido unas cuantas tesis doctorales— ampliemos al menos un poco en qué consisten tantas prestaciones.

Me parece oportuno comenzar por lo más alejado de nuestras convencionales consideraciones. Una raíz es una boca, sin duda, pero también la futura comida que otra raíz, del mismo u otro árbol, consumirá a través de su sucesora. Hagámonos una mejor idea pensando en lo que supondría que un descendiente nuestro pudiera alimentarse de partes de nuestro propio cuerpo. No se trata de canibalismo sino de que miles de kilómetros de raíces mueren a cada instante y se convierten en materia orgánica que queda a disposición de la fertilidad que usarán otras generaciones de vegetales. Por ejemplo, cuando segamos un campo de cereal, en el suelo quedan infinitas raíces que ya no alimentan a las espigas. Permanecen, ya muertas, en el suelo para formar parte del imponente guiso que allí se culmina por parte de la fertilidad. En una sola hectárea de encinar puede haber hasta noventa toneladas de raíces. Una sola espiga de centeno puede tener setecientos metros de raíces. Se han medido hasta una decena de kilómetros de raíces bajo una sola espiga de trigo. Por supuesto la vida de esas bocas subterráneas es corta, absolutamente estacional desde el momento en que los cereales y buena parte de las hierbas tienen un periodo vegetativo de como mucho nueve meses. Por eso se incorporan rápidamente a los elementos orgánicos de la fertilidad. Las de los árboles por supuesto pueden vivir muchísimo más, pero también entran en ese precioso círculo de cumplir tanto como lo que come como lo comido. Todas ellas pasan de ser, entre tantas otras cosas, boca a ser nutriente.

Son también eficaces y eficientes excavadora que avanzan, a veces abriéndose paso por los mínimos intersticios de la roca, pero que además exploran el subsuelo en busca de lo esencial, es decir humedad y nutrientes.

Si el concepto taoísta de que lo blando, sobre todo el agua, acaba venciendo a lo duro, la roca, es válido, no menos lo que sucede con las raíces y sobre todo con sus ápices, las cofias. Se trata de un tejido vegetal, por tanto aparentemente más débil que la dureza pétrea o las tierras que deben recorrer abriéndose paso. Las raíces, armadas con sus cofias, son auténticas perforadoras y taladradoras que no descansan. Lo que les obliga a renovar los tejidos desgastados a una notable velocidad.

Para lo que además deben tener un sistema de orientación y de detección de lo que es comida. Destreza que demuestra que son capaces de detectar texturas del suelo, la humedad del mismo, los nutrientes. Seguramente pueden orientarse, es decir que cuentan con una cierta capacidad de sentir los campos magnéticos. La búsqueda resulta inseparable de los propósitos de la fracción subterránea de los árboles, pero como se hace en la más completa oscuridad las raíces deben contar con receptores de las sustancias químicas nutricias. Es decir que además de tacto pueden ejercer de órganos capaces de oler y saborear.

De las incontables funciones que las raíces despliegan acaso la de fijar minerales y elementos químicos sencillos sea la de mayor complejidad. Una proeza más que se convierte en uno de los mejores regalos. De hecho muchos árboles son auténticos vertederos controlados de las sustancias más tóxicas que el ser humano libera en la Natura. Muchos aparatos radicales neutralizan metales pesados, que invariablemente son peligrosos. En este sentido podemos adjudicarles un cierto papel de sistema sanitario o, acaso mejor, son elementos preventivos, por tanto higiene, por mantener limpios los suelos encarcelando los más poderosos venenos. Creo no exagerar si recuerdo que los cánceres serían mucho más frecuentes si las raíces de los árboles no fijaran partículas de plomo, cadmio, mercurio, arsénico...

Pero no solo fijan y neutralizan lo pésimo sino también lo óptimo. En alianza con ciertas bacterias también son capaces de atrapar el gran alimento de este planeta, el nitrógeno. Se trata de otro de los eventos esenciales para la vida terrestre. Nada crece en el mundo vegetal sin nitrógeno del que tenemos en abundancia en la atmósfera. Para que las plantas puedan usarlo uno de los procesos más creativos de la historia de la Vida es el de que ciertas raíces pueden albergar bacterias capaces de atraparlo directamente del aire. Es el caso de todas las leguminosas y de algunos árboles como los alisos. Una vez almacenados en pequeños nódulos se establece otro de los prodigios de los que son capaces las raíces, me refiero a un comercio justo, a una simbiosis con las bacterias, algo que beneficia a ambos reinos de la Vida y que hace posible casi todo lo demás de este mundo.

Las raíces localizan y absorben agua y alimento, establecen la crucial alianza con los hongos, anclan y sostienen, y además COMUNICAN. Sí así, con mayúsculas porque, como podemos leer enseguida, en el *capítulo 12*, la más fascinante de las destrezas del árbol es precisamente su capacidad de emitir, conducir y recibir información de otros árboles. Por las raíces también se asisten unos a otros. El casi siempre considerado exclusivo de los animales cuidado maternal se llega a desplegar también entre los árboles. Capaces, como nos confirma Estefano Mancuso, de derivar más nutrientes hacia los brinzales necesitados. Incluso se ha detectado casos de asistencia a los ejemplares más débiles de una comunidad forestal. Marcando los nutrientes con isótopos radiactivos se ha conseguido seguir sus pasos y se ha comprobado que pueden ser enviados, a través de las raíces, de unos ejemplares a otros.

Por lo que no me parece desproporcionado afirmar que hay formas de convivencia solidaria muy anteriores a la compasión de especies como la nuestra.

Las raíces contribuyen decididamente a la disolución de la unidad en la multiplicidad del bosque. El árbol casi nunca es individuo porque su vocación, su forma de estar en este mundo, es ser con los suyos, ser bosque, ser muchos sin ser muchedumbre. Sobre estas sugerentes y sugestivas capacidades volveremos en el capítulo 17.

A través de sus raíces los árboles llegan a construir una trama de tramas que hace palidecer de envidia a internet. Entre otros motivos porque nada circula de trivial o mentiroso por los conductos que la selva usa para ser, acaso, un solo superorganismo. No hay todavía confirmación científica pero no son pocos los botánicos que proponen la tesis de que todos los árboles de una formación forestal podrían estar en contacto, todos con todos, a través de las raíces. No olvidemos que algunos bosques tienen miles y miles de millones de ejemplares y se extienden, todavía, a lo largo de miles de kilómetros.

De hecho el mayor organismo que existe en este planeta es un bosque muy peculiar que si bien está formado por MILES de troncos y se despliega a lo largo de hectáreas es un solo ejemplar, se trata de un mismo y único ser vivo. Un conjunto de clones que en nada se diferencian entre sí por mucho que nosotros veamos un gran número de especímenes. Conocemos varios casos de estos bosques/árbol. Uno de ellos se extiende a lo largo de casi dos hectáreas en la India y está formado por banianos. El más famoso ha sido localizado en Estados Unidos y está formado por unos 47.000 troncos de álamos temblones que ocupan la notable extensión de 430.000 metros cuadrados. Se ha calculado un peso de 6.000 toneladas para esta múltiple unidad. Por supuesto además de ser genéticamente idénticos estos bosques comparten y se unen también a través de las raíces.

Crecer incesantemente, anclar y sostener, reducir y limpiar, proteger y retener, anexar y comunicar, comer y beber, romper y explorar, envolver, elegir y rechazar, crear alianzas, profundizar, guisar, orientarse, distinguir sustancias... todo eso, como mínimo, saben hacer las raíces. Poco, o nada, fecunda más la complejidad de la Vida. Seguramente nada hay más activamente pluriempleado como un aparato radicular de un árbol. Lo asombroso es que a continuación figuren las hojas, capaces de acometer también un buen número de tareas.

Las destrezas de las raíces se superan a sí mismas cuando ponen en marcha un sistema de autodefensa realmente complejo. Porque pueden segregar sustancias repelentes para neutralizar a sus parásitos.

Las raíces son también cien imágenes poéticas. Son, por ejemplo, esos rayos que las tormentas de la Vida lanzan a las entrañas de la tierra para sostener todo lo esencial. Por eso cabe afirmar que la raíz es más fruto que el fruto que consigue esa misma raíz. O que no hay humanos sin humus, es decir sin que las raíces, desde la oscuridad de los suelos, levanten lo que consigue convertirse en la mayor parte de la Vida de este planeta.

LA ESENCIAL SIMBIOSIS



Fagus sylvatica

De hablar, solo hablaré con ella.
Y hablaré con las manos,
dulcemente con las uñas,
con la pasión de un amante,
como hablan cuando otean la muerte los jabalines heridos.
De hablar, hablaré con la tierra,
con esa negra tierra que escupe,
como sangre del pecho,
primaveras.

MANUEL RIVAS

Mis alumnos —a los que solo impongo como obligatorio que pasen un fin de semana en mis perdederos— no salían de su estupor cuando les propuse que metieran sus manos en el montón de «estiércol». Ese que siempre tengo en uno de los extremos de mi huerta. El anterior entrecomillado se debe a que en realidad se trata de una mezcla de las convencionales deyecciones del ganado con miles de hojas de varias especies de árboles y enormes cantidades de helechos que siego cuando se marchitan. A veces sumo algo de paja y hierba. Todo ello va siendo bien guisado por el tiempo, el agua y las bacterias y finalmente queda disponible para que coman las raíces de mis cultivares.

La mezcla no tiene el clásico olor a cuadra que a tantos desagrada pero que, cuando se comprende algo, en nada resulta desagradable, sobre todo si lo comparas con los efluvios de la masificación urbana, especialmente el humo. Si el estiércol, para algunos, no huele mal, mucho menos el compost porque en realidad huele a ti mismo, a ser humano, como enseguida explico. Es más el compost emite un esencial y nada desagradable aroma. Olor que anuncia tu futura comida o la de tu ganado y nadie puede eludir que somos también lo que comemos. Se parece mucho al de la tierra mojada y que se debe a unas moléculas, geosminas, que lanzan microscópicos hongos de las capas más superficiales de la tierra en cuanto se humedece por la lluvia.

Lo que pretendo que mis alumnos —por cierto de una maestría de postgrado— comprendan es una procedencia, el origen. Poniendo en sus manos por unos instantes lo que fertiliza a la fertilidad, intento recordarles que se trata de algo muy parecido al humus de los bosques.

Para empezar les comento, como ya hice en el texto de mi documental *Bosque de bosques*, que casi todo lo esencial para los humanos tiene mucho que ver con la misma palabra que usamos para identificarnos. La fertilidad es un proceso que deviene en el humus y **humano, acaso la palabra crucial, quiere decir del humus**. Un reconocimiento más que explícito de nuestro remoto origen y que les resumo recitando este haiku inspirado por el mismo lugar en el que ahora estamos:

Hiciste el humus,
bosque, y nos diste a todos
nombre: ¡Humanos!

Porque, en realidad, somos una más de las emanaciones conseguidas por la capacidad sustentadora de Vida que demuestran las tierras fértiles sobre las que crecen las formaciones forestales y, a veces, cada vez menos, nuestros campos cultivados.

Debería bastar esta confluencia semántica, HUMUS Y HUMANOS, para que nuestra forma de mirar, interpretar y usar las arboledas fuera muy diferente. Somos, les insisto, una consecuencia de la fertilidad natural que, en no poca medida, es un logro de los bosques. Tenemos, pues, la misma remota raíz que los árboles.

Cuando consigo que todos mis alumnos, o casi, superen la inicial repugnancia completo el argumento recordándoles la circularidad olvidada. Aquello de que el final —del trayecto digestivo de tus yeguas, cabras, gallinas o, incluso, el de la propia tierra que cultivas— sea el

principio de la próxima cosecha. Cuando vislumbran que la Vida tiende a ser siempre comienzo, entre otros motivos porque siempre usa la terminación de lo demás, para iniciar un nuevo ciclo, parece que ya no les crea tanto conflicto tener entre la manos lo que come lo que, al menos yo, como.

Estoy siendo consecuente con el único método educativo completo que conozco, es decir la convivencia con la Vivacidad, pero que siempre cabe embellecer con las aportaciones de las grandes sensibilidades. Por eso añado una sencilla reflexión de mi admirado Cesare Pavese:

«¿Si no nutres a la tierra cómo puedes pedirle que ella te nutra a ti?»

Eso sí, hay que nutrirla con alimentos sanos, completos, naturales como mi estiércol enriquecido.

Aprovecho el momento del año en el que estamos:

Cuando al inicio de la otoñada la fertilidad comienza a beber y a comer, es decir cuando llueve sobre el manto de hojas caídas. Cuando la hojarasca lanza su primer mensaje para nuestras pituitarias no podemos por menos que acordarnos de Elizabeth von Arnim, jardinera feminista que identifica el ciclo crucial a través de un olor que campesinos, emboscados y cuidadores de todo tipo de plantas, como ella, amamos:

«Allí donde los árboles se espesan hasta formar un bosque, la fragancia de la tierra húmeda y de las hojas podridas, despertada por las pisadas de los cascos de los caballos me llena el alma de dicha. Amo especialmente ese olor por traerme toda la benevolencia de la Naturaleza que convierte la muerte y la decadencia, tan dignas de compasión, en medios de vida y gloria renovada, y por despedir esos dulces aromas en el proceso».

Así es la sabiduría esencial del campesino cuando no ha sido devorado por los rendimientos crecientes, pero como también soy un emboscado me llevo a mis alumnos hacia las arboledas que tapizan casi todo lo que veo desde mi casa y que, a su vez, han alfombrado todo lo que vamos a pisar.

Porque de lo que se trata es de comprender que todo lo esencial para nosotros empezó entre las raíces de los árboles, que abonar los campos de pan llevar es solo un remedo del modelo bosque, Ese que se nutre a sí mismo y por eso nunca se agota.

Entramos en el melojar y nos bastan treinta pasos para que nos envuelva por completo lo que va camino de volver a ser un bosque. Recuerdo que en las primeras páginas expliqué que, si queremos ser rigurosos, apenas cabe llamar bosque a formación arbórea alguna de nuestro país. Si acaso a las que han quedado al margen de cualquier explotación o quema a lo largo de más de un siglo. En mi caso justifico lo de que estamos bien encauzados hacia un bosque de verdad, pleno, porque pronto hará cincuenta años que no se ha procedido a actuación humana alguna en mis arboledas que, afortunadamente, tampoco han ardido. Me siento especialmente afortunado por haber convertido el 95 % de mi hogar en una reserva biológica donde nada se corta, ni se quema, ni se caza. Tampoco se toca ni una sola piedra. Por eso he sido testigo de una espectacular recuperación de la cobertura vegetal que ahora puedo mostrar a los doctorandos que me acompañan.

Una vez emboscados, lo primero que les comento es que están pisando unos suelos más jóvenes que cuando yo los compré, veintitrés años antes. Si ya les alarmó lo de meter las manos en el compost, ahora provocho otro estupor. Mis acompañantes empiezan a mirarme con arreciada curiosidad; algo así como si fuera a sacar unas cuantas palomas de las mangas de mi camisa. O

eso al menos quiero creer por no imaginar que todos, los catorce, están pensando en una pérdida de la razón. Pero estoy a punto de desplegar una de mis argumentaciones más queridas y sopesadas de cuantas he hecho en mi vida con relación a los bosques y los árboles. Para empezar les recuerdo un verso de Rainer Maria Rilke: «cada día que pasa eres más joven». Se trata, por supuesto, de un halago, sin duda con intención galante y dirigido a una dama a la que se pretendía cortejar. Pero el coqueteo del poeta alemán tiene una apropiada extrapolación para definir lo más creativo que hacen, en este mundo, los elementos básicos y ese enorme organismo vivo que son la tierra que estamos pisando. Mantengo abierta de par la curiosidad de los que me están escuchando comentando que estamos también sobre el lugar donde más encuentros se producen. Les comento que conviene tener presente que es aquí, precisamente en los primeros palmos de tierra, donde se abraza la luz con la tierra, pero donde también el aire y las aguas penetran. El suelo es organismo en el que actúan incesantemente los cuatro elementos básicos para la vida.

—Claro que entra luz en lo telúrico —le contesto al más activo de los alumnos—. Para empezar, y sobre todo, en forma de calor, pero mucho también a bordo de los miles de animales que entran y salen de los suelos, con las hormigas a la cabeza, pero sin olvidar bastantes vertebrados como varias especies de micromamíferos, algunos anfibios y reptiles. Incluso no son pocos los carnívoros y algunas aves que escarban los suelos. Si pensamos en los jabalíes cabe en realidad definirlos como uno de los peligros para la formidable comunidad del humus porque son capaces de arar enormes extensiones hozando en pos de lombrices y larvas.

Como noto cierta impaciencia por el circunloquio vuelvo a lo del ser cada día más joven. Porque si bien parece una línea recta e irreversible el tiempo puede ser curvo si tenemos en cuenta lo que consigue la fertilidad natural cuando es alimentada por un bosque. Sucede que cada día, o cada otoño que pasa, es más joven y no más vieja. El humus forestal aumenta con los años y se hace por tanto más grande y más grueso. Esto quiere decir que un suelo maduro, o si se quiere anciano, es más fuerte, feraz, pleno, potente, nutritivo y sustentador con el paso de los años. Pero sobre todo está más vivo, tanto en cantidad como en calidad. Ciertamente estoy ampliando una metáfora que si no se ajusta por completo a los cánones científicos sí tiene suficiente fundamento como para ser mucho más que un piropo. Lo he comprobado y sentido en mi propia huerta. Tras 41 años de incorporar materia orgánica la tierra se ha hecho más negra, las plantas crecen más y mejor y, aunque hace mucho que no hago una pequeña contabilidad de los seres microscópicos que en ella viven, estoy seguro de que son mucho más numerosos.

Lo de las cuantías de lo viviente en el humus raya con la fantasía. Si no fuera por los minuciosos trabajos de los edafólogos cabría instalarse en cierto descreimiento, pero no caben dudas.

Comencemos con un brillante resumen, el utilizado por David W. Wolfe en uno de los mejores libros de divulgación científica sobre lo que sucede al otro lado de nuestras pisadas y que:

«Toma un pellizco de tierra», escribe, es decir exactamente lo mismo que yo pedí, hace dieciocho años, a mis alumnos. Entonces les dije algo muy parecido a lo que el edafólogo de la Universidad de Cornell concreta así:

«Es más que seguro que entre tus dedos tengas ahora mismo unos mil millones de organismos individuales, de unas diez mil especies diferentes de microorganismos, la mayoría todavía sin nombrar, catalogar o comprender».

En uno de mis anteriores libros, *Las raíces de la tierra*, usé el peso —la biomasa— como forma de intentar asimilar lo que pulula en las más superficiales entrañas de la tierra. Puse, imaginativamente, claro, en uno de los platos de una balanza a todos los residentes humanos de este país que venimos a pesar unos tres mil millones de toneladas. En el otro «coloqué» todos los hongos, bacterias, amebas, tardígrados, lombrices, nemátodos y escarabajos, por mencionar tan solo los grupos más conspicuos de nuestros suelos. Pues bien, resulta que toda esa comunidad viviente pesaría unas nueve veces más que nosotros, los principalmente beneficiados por ese cosmos de vida imperceptible.

Poniéndole microscopio al asunto podemos seguir descubriendo lo ilimitado en lo diminuto. Porque también en un solo gramo de humus podríamos encontrar, como mínimo, 2.000 millones de bacterias.

Cuántas y aspecto muy semejantes, aunque se considera que tienen mucho más de hongos que de bacterias, tienen los actinomicetes. Son los principales responsables del olor a tierra mojada. Resultan todavía más necesarios pues son, como todos los hongos, capaces de alimentarse de toda suerte de restos orgánicos incluyendo los de las bacterias y otros hongos. Su capacidad de controlar se deriva precisamente hasta nuestra medicina, el antibiótico estreptomicina es un derivado de estos prodigiosos seres. La comunidad de los hongos del suelo, en su mayor parte sin descubrir, resulta portentosa, continua e incuantificable. Imposible no recordarles a los que incluso se han puesto a tomar notas que existen hongos predadores de animales. Que son capaces de capturar nemátodos —pequeñísimos «gusanos»— estrangulándolos con un lazo que ellos mismos hacen con su propio cuerpo.

Una de las mejores formas de comprender que, incluso aunque lo veamos casi seco, siempre hay algo de agua en los suelos del bosque es la presencia de algas. Son unicelulares y hay hasta 200.000 ejemplares en ese pellizco de tierra del bosque, esa que más de uno de mis alumnos mantiene entre los dedos y yo en la palma de mi mano izquierda.

Con los protozoos nos encontramos ante otra ingente multitud pero como son mucho más grandes que los hasta ahora mencionados no suele haber más de un millón de ejemplares por gramo de tierra.

Que Darwin dedicara buena parte de sus últimos años al estudio de las lombrices evoca y demuestra lo que resumió con aquella frase de que han sido imprescindibles para todas las civilizaciones humanas.

Saco de mi memoria en ruinas dos datos que seguramente harán pensar a mi auditorio todo lo contrario, es decir que mantengo en buen estado la capacidad de recordar. Como convivo con las lombrices he retenido aquello de que en una hectárea de suelo fértil, la extensión en concreto de mi huerta, puede haber hasta tres millones de ejemplares con un peso de unos tres mil kilogramos. Como pisamos hojas muertas también me viene a la cabeza el otro imponente esfuerzo de las lombrices, acaso los seres más decisivos para la conversión de los suelos en una masa de nutrientes. No es el caso del lugar donde estamos porque si así fuera apenas veríamos la alfombra de esas lobuladas hojas de los rebollos. Me acordé de que estos árboles pueden dejar caer hasta tres toneladas de hojas todos los años. Pues bien si en ese suelo hubiera una buena población de lombrices estas podrían consumirlas todas en tan solo tres meses. Convertir, por tanto, toda esa

materia orgánica en deyecciones, lo que equivale a considerar a estos anélidos en los creadores de un abono excelente, mucho mejor que los excrementos de nuestro ganado, que por cierto también puede alimentar a las lombrices.

Caracoles y babosas figuran en la nómina de los trabajadores activos en estas fabulosas fábricas de sustento para las plantas. No menos del suelo y para el suelo corretean por el mismo grupos zoológicos que todos conocemos como miriápodos, es decir los cien/mil pies y las cochinillas de la humedad que suponen la incorporación de los crustáceos a este cosmos palpitante. Intento resumir la interminable lista de lo que podemos estar pisando con una retahíla de nombres como arácnidos, opiliones, ácaros, colémbolos, escarabajos, dípteros —por cierto les sorprende que mencione a las muchas moscas y tábanos que en su fase larvaria son parte del suelo — y los vertebrados, desde los topos a los conejos, desde los mismos lobos que tantas veces paren a sus cachorros excavando madrigueras, hasta todo tipo de ratones y musarañas. Algunas culturas humanas también han residido en las entrañas de la tierra cuando resultaban excavables.

Pero todavía no hemos hecho más que acariciar, con salpicadas pinceladas, la importancia de lo que sucede bajo tierra, el hogar de las raíces, en el cimiento de todas las plantas y de todo el resto de la vida terrestre del planeta. Primero porque en el suelo también viven, de forma aletargada, todas esos mismos vegetales. Las cantidades de semillas y frutos de todo tipo que forman parte del humus de nuevo nos lleva a cantidades imposibles de comprender como se merecen. Como tengo una especial predilección por los bledos, por cierto una de las plantas más importantes que existen y a la que una torpe ignorancia condenó a una nominal insignificancia, les recuerdo a mis escuchantes que una sola planta de bleo puede producir un millón de semillas.

En definitiva que cuando pisamos, si pisamos el suelo de un bosque, estamos sobre una galaxia de vivacidad. En cuyo seno se despliega el mejor gesto.

De entre la ingente, incalculable avalancha de relaciones, especies, vínculos y logros que suceden en los suelos, destaca lo que hemos elegido como titular de este capítulo. En medio de la fertilidad natural se da la esencial simbiosis.

Dependemos de la alianza entre dos reinos de la vida que se da en las raíces de los árboles.

Cuesta creer, insisto, en la alianzas creativas. La imperante competitividad, la pasión por destacar y el incorregible ego se interponen en la comprensión de una de las mejores estrategias que se despliegan en este planeta. De la que, una vez más, somos los principales beneficiarios. Si nos cuesta la comprensión de los iguales y, en demasiados casos, una cooperación igualitaria entre los de una misma especie, pensemos en lo que supone un total entendimiento, una amistad segura, un pacto de alianza sin desmayos, una asistencia mutua como la que se da entre dos reinos de la vida.

Es lo que sucede en la micorrizas en la simbiosis que se produce entre un infinito tejido de filamentos, que por un lado aportan las raíces de las plantas, y las hifas de los hongos.

Acaso la mejor forma de interpretar la trascendencia de la alianza entre hongos y plantas sea el conseguir una aproximación de lo que son esos reinos de la Vida. No es modestia, es que las definiciones siempre resultan incompletas cuando no imposibles. Lamento escapar a los presupuestos convencionales de la ciencia, pero me apoyan, insisto, consideraciones como las que aportaron algunos de los más avezados científicos que reconocieron, como hizo Ramon Margalef o Jorge Wagensberg, que a partir de un punto la descripción y comprensión de los componentes de la vida solo cabe hacerlo con el lenguaje de la poesía. Sin olvidar por supuesto que en sus

adentro mucho de lo poético es anticipación de lo científico, o al menos confluye con lo correcto desde el punto de entendimiento de la ciencia. Sirva este ejemplo. Para el botánico convencional Árbol es una planta... Para mí es agua erguida que come luz y produce futuros. Para conseguirlo no domina, ni explota, ni acapara. Todo lo contrario, pacta. La amistad es lo realmente esencial en este mundo. Infinitamente más que la discordia y la dominación.

Antes, por supuesto, el árbol explora en lo oscuro en busca de una alianza con los grandes detritívoros de este mundo, esos hongos que asimilan todo cadáver, toda materia orgánica disponible, esos seres vivos tantas veces parásitos pero que han sido capaces de elegir, también y sobre todo, el camino de la reciprocidad. Búscanse mutuamente para culminar el gran encuentro de este mundo.

Me asombra, lo siento, el asombro que provocan estas explicaciones en mi reducido auditorio. Confirmando una vez más que mientras lo básico del darwinismo está perfectamente instalado en la memoria de casi todo estudiante, es decir aquello de la supervivencia con combate, o mejor esa adaptación con preponderancia del individualismo, apenas nadie sepa que son mucho más frecuentes e importantes otras estrategias como la que pretendo describir. Recorro, una vez más, al intento de que visualicen qué pasa en las micorrizas, en lo que es tanto planta como hongo. Describo que se trata de abrazo múltiple. De hecho los dos tejen, con múltiples filamentos una trama que amablemente invade con tejidos los del otro. Es una suerte de cópula de la que todo, todo lo crucial de este mundo, sale beneficiado.

Porque el árbol, el benefactor por excelencia del planeta, puede crecer más y mejor porque el hongo le proporciona, con una suerte de inoculación, alguno de los nutrientes básicos. Sobre todo minerales básicos y fosfatos. Las raíces de árbol ceden al hongo azúcares, esos que las hojas fabrican, allá en lo alto, con agua y luz. Como la mayoría de las especies del bosque no pueden vivir sin esta alianza subterránea no cabe por menos que calificarla como el mejor diálogo de este mundo. Sin duda por todo ello conviene escuchar esa preciosa invitación del bosque a que echemos raíces lo más cerca posible de sus raíces que son las nuestras.

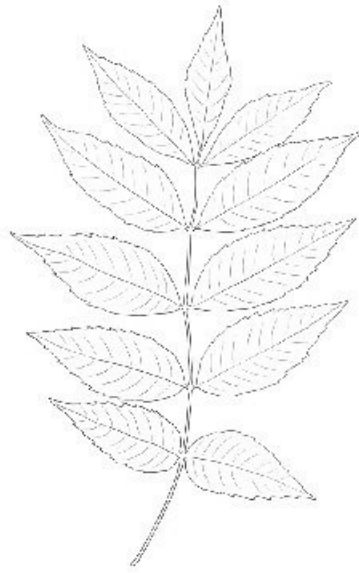
Cierro, un poco abruptamente, la inmersión de mis alumnos en mi propia fascinación por lo que sucede sin que nadie lo vea.

—Bueno, por esta mañana ya está bien. Vamos para casa a tomar una cerveza y a preparar el fuego —solo posible por la esencial simbiosis que acabo de describir— para una paella, por cierto, solo con vegetales y que tampoco hubiera sido posible sin el proceso más crucial: el de la fertilidad.

Porque, nunca me cansaré de insistir,

El suelo, cuando está preñado por la fertilidad, es esa matriz que engendra todo lo que nos engendra.

ALLÍ DONDE LA LUZ SE HACE VIDA



Fraxinus excelsior

El árbol no termina, siempre está completo.

JOSÉ LEZAMA LIMA

El fruto está ciego. Es el árbol quien ve.

RENÉ CHAR

Saborean la bóveda entera del cielo.

RAINER MARIA RILKE

La primera hoja de verdad es una idea nueva.

HOPE JAHREN

Si yo les abro a los troncos secos hojas de mis ojos, los árboles tienen hojas y ojos.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Repito por tercera vez. Es tan bella la frase que merece la pena. Cuando Fernando Pessoa, acaso el mejor poeta europeo del siglo XX, afirma que «el verde los árboles es parte del rojo de mi sangre», no solo escribe una preciosa metáfora sino una evidencia científica: el oxígeno combina con la roja hemoglobina y la tiñe del color que nos circula por dentro. Respiramos, pues, la expiración de los árboles, es decir sus hálitos como evoco en este haiku:

Respiras, más que
nada, el alma verde
de los árboles.

Por si acaso recuerdo que ánima, la palabra antecesora de alma, viene de anemos, es decir aire en griego. No me parece alejado de la verdad, y sí muy cercano a la belleza, considerar que el alma del mundo es su atmósfera y que ésta no sería la gran placenta de la Vida sin la respiración de todos los vegetales, es decir de lo que pasa con y en las hojas.

Por mucho que casi todos lo hayan olvidado estar vivo supone una relación, curiosamente la más íntima, con los bosques. Porque también es necesario recordar que esos trillones de moléculas de varios gases, que introducimos en nuestros pulmones con cada inhalación, acaban en todas y cada una de los billones de células que nos conforman. Por cierto, si vivimos ochenta años habremos respirado seiscientos millones de veces.

Serena y hermosa me parece imaginar a los bosques fecundando nuestra sangre con su transparencia.

Pero esto es solo una de las funciones o sucesos que protagonizan las hojas de los árboles. Su simple aspecto ya merece tratados.

El repertorio de formas que tienen las hojas de los árboles, por cierto uno de los elementos básicos para identificarlos, resulta prácticamente ilimitado. Todos los diseños imaginables y casi todos los tamaños por debajo del metro de longitud. Existen unas pocas especies que producen hojas más grandes incluso de hasta tres metros cuadrados. Pero no es la individualidad sino el conjunto lo que cuenta y la superficie de todas las hojas sumadas de un árbol llega a resultar desbordante. No son raros los añosos que tienen en torno a las cien mil hojas, lo que supone hasta media hectárea de superficie foliar si extendemos todas ellas en un mismo plano. Curioso que un viejo alerce, con hasta un millón de acículas, es decir sus finas hojas, no tenga ni la décima parte de superficie para recibir a los rayos del sol.

Si formas, tamaños y cantidades de las hojas de los árboles suponen aceptar que la Natura siempre despliega múltiple multiplicidad, cuando nos centramos en el color el montante de las variaciones no merma. Todos los colores y tonos pueden teñir o aparecer sobre las hojas. A veces en una sola hoja, por ejemplo de arce o haya, van sucediéndose a lo largo de las primeras semanas del otoño casi todos los colores básicos. Todo ello tras retirar el árbol, como protección para los meses de hambre que le esperan, la clorofila, es decir el verde. Pocas muertes tan hermosas como

las de las hojas que lo hacen tras convertirse en fiesta cromática, en uno de los mejores manjares para la vista que conocemos. Volveremos sobre este particular en el capítulo 11 que dedicamos a las cuatro estaciones climáticas en los bosques de la región templada del planeta.

Los caprichos del supremo artista de lo espontáneo dan para incluir, como ha quedado claro, todos los perfiles geométricos, todas las delicias de la línea curva y rivalizar con cualquier pintor consagrado. Todavía más apasionante resulta el que la disposición de las nervaduras evoca el diseño típico de las cuencas hídricas. Todavía más si somos capaces de percatarnos y valorar que nuestros sistemas circulatorio y nervioso, los canales de las hojas y la forma de discurrir de los ríos repiten el mismo patrón. Son diseños del agua misma a la que siempre he considerado el lápiz con el que el tiempo y la Natura han dibujado la totalidad de lo que existe.

Ojo, boca, estómago, comida, pero sobre todo, insisto, fábrica de la transparencia que respiramos. Se puede ampliar esta portentosa destreza con un poco de poesía porque los árboles ven con su boca y comen con sus ojos. Poco, o nada, supera a las destrezas de la clorofila. A esa capacidad que tienen las hojas de comer luz y convertirla en la base de la vida, es decir en azúcares e hidratos de carbono. Por eso cabe escribir que la mayor parte de los seres vivos de este planeta comen hojas. Tanto las de la hierba, plantas que prácticamente son solo sus hojas y las de los árboles. Calcula Hope Jahren, acaso la botánica más cercana al gran público, que en los continentes contamos con mil plantas por cada animal y hay unos cuantos billones de animales. Si directamente las faunas del mundo en un porcentaje cercano al 80 % son herbívoros estrictos, el restante 20 % dependemos, indirectamente, de esas mismas hojas. Tras las bacterias nada supera en importancia a los conjuntos foliares de las plantas.

De nuevo tenemos un órgano que acomete muchos empeños al mismo tiempo. Pero si tenemos en cuenta los dos mencionados es decir ser los alimentos básicos de casi todos ya no habría que seguir destruyendo ni un solo árbol más en el mundo. Pero no solo comemos y respiramos hojas, directa o indirectamente. También nos permiten pensar. Poco, en efecto, se suele pensar que el cerebro necesita un incesante consumo de glucosa, que de una u otra forma nos llega desde la vegetación de todo tipo que podamos ingerir y en especial medida de las frutas de los árboles.

Pero además nos protegen.

Mantengo que una de las primicias que regalan las hojas es la sombra. Pocos, o ninguno, de los inventos de la historia de la Vida resultan tan decisivos como amortiguar el calor, que crear el contrapoder de lo umbroso. Sobre todo ahora que todo tiende al achicharramiento. Es lo que con lucidez contundente expresa el pictograma chino para descanso que representa a una figura humana bajo un árbol.

Queda especialmente explícita la bondad de las sombras en lugares como nuestras dehesas en verano. Cuán a menudo la única hierba que queda es el rodal amparado por esa misma sombra que proyecta la copa de las encinas en el suelo. Pensemos en los miles de trillones de hojas cumpliendo esa misión sobre nuestras cabezas.

Las fibras vegetales de las hojas de no pocas especies de árboles nos han permitido construir desde vestidos a tejados, desde recipientes a instrumentos.

Pero también nos amparan cuando sobre ellas nos ponemos.

Camas de hojas

Apenas soporto a la mayor parte de los componentes de mi compañía en el regimiento de tanques Wad Rass 55. Se trata de una unidad de combate preparada para intervenciones inmediatas, por tanto uno de los peores destinos posibles. Mi condición de estudiante revoltoso, con cargos representativos en el sindicato democrático de estudiantes, me ha traído hasta aquí como una suerte de castigo. De hecho hago todo el servicio militar amenazado de algún tipo de desagradable accidente, en el curso de las frecuentes maniobras con fuego real, si se me ocurre hacer política en el cuartel. Le quedaban todavía tres años a la dictadura.

Con todo, acabé agradeciendo que mi inicial mala suerte me llevara a formar parte de la tripulación de un tanque, por cierto lo más alejado que conozco de un naturalista enamorado de las líneas del horizonte. Porque en ese mismo cuartel cambió mi vida. Un giro copernicano que me llevó a vivir donde vivo.

En aquella compañía solo se podía hablar con José Luis Cerezo y con Carballo. El primero era natural de Castañar de Ibor, pueblo en el corazón de las Villuercas cacereñas. Ante la permanente exhibición de mis aficiones naturalistas, es decir un no dejar de identificar aves y algunas plantas en casi todo momento, a José Luis le brotó una de las frases menos triviales que he escuchado en toda mi vida.

—¡Dices tu de pájaros, para pájaros, mi pueblo!

Acepté, encantado su invitación y para allá nos fuimos el primer fin de semana que ninguno de los dos tenía guardias, ni imaginarias.

Era agosto de 1972 y, para empezar me esperaba una evidencia de que estaba saliendo de todo lo convencional en esta sociedad: ni una sola carretera de la inmensa comarca estaba asfaltada.

Cuando el destartelado «taxi», que en realidad era una furgoneta de nueve plazas, alcanzó la raña de las Mesillas pude ver, al fondo, los hirsutos crestones de cuarcita que, con notable desobediencia, se recortaban contra el cielo. Se erguían, como poniéndose de puntillas, sobre un imponente verdor. Las laderas de todas estas sierras, aunque todavía eran quemadas a menudo por los pastores, mantenían una buena comunidad de árboles y arbustos del mundo mediterráneo. Pronto aprendí que además eran intrincados ámbitos casi impenetrables. En cualquier caso el lugar más salvaje en el que yo, hasta ese momento, había estado dentro de mi país. Mis adentros se conmovieron.

Me pareció que no podía haber lugar más hermoso. Tanto que de mi mente brotó esta frase.

—¡Ostras, ya se donde me van a enterrar!

Que, con solo veintiún años, me alcanzara tal idea me sigue resultando asombroso, por mucho que todo indica que acerté, como quedará claro en el último capítulo de este libro. Lo sucedido confirma que existe el flechazo también con los paisajes. Es más, estoy convencido de que todos tenemos un paisaje esperándonos para casarse con nosotros. Se pueden vivir relaciones matrimoniales con el derredor.

Ese mismo día alquilé una casa en Castañar de Ibor que fue, durante los siguientes seis años, el cuartel general de muchas andanzas, casi todas de corte naturalista para explorar esos valles y sus faunas.

En el fondo estoy detallando el acontecimiento más afortunado de mi vida porque a los dos días de conocer mi futuro hogar también me ocurrió otro encuentro decisivo.

Completamente solo y sin referencias previas me adentré en el valle del Viejas, un afluente del Ibor y uno de los ríos más sanos que he conocido. No había forma de avanzar que no fuera por veredas casi imperceptibles. Cuando llevaba un par de kilómetros remontando el curso del río, o mejor su soto de enormes alisos y fresnos, me salió al paso, no sin asustarme, un hombre de unos sesenta años. Era bajo, sin afeitar, con un precioso sombrero negro, zahones y una garrota imponente.

—¿A qué andamos por aquí? —me espetó

Una indudable incredulidad asomó a su rostro cuando escuchó:

—A pájaros, estoy estudiando los pájaros de estas sierras.

—Hay muchos, sobre todo butres —sic— en los canchos.

Tras preguntarle si conocía algún nido de rapaz en árbol y darme algunas pistas me soltó otra frase decisiva para el resto de mi vida

—Ven, arrímate a mi chozo, que te voy a atalantar.

Confieso que no había oído nunca esa palabra y que por tanto no conocía su significado. No pregunté por el significado, sin duda por vergüenza, y le seguí hacia su reparadero esperando no ser sorprendido por algún comportamiento también desconocido.

Pero pronto me emocionó comprobar que atalantar es obsequiar, compartir lo poco que ese hombre, Bernabé se llamaba, tenía.

Quiso, como si no otra obligación ni placer en el mundo tuviera, darme un trozo de queso, hecho a mano, claro, en pleno monte. Tenía menos que poco pero le sobraba la nobleza de compartirlo.

El chozo merecería toda una detallada descripción pero no me alargó. Solo comento, y por eso he recordado la peripecia inolvidable en este capítulo, que el pastor de cabras dormía en una cama compuesta exclusivamente de hojas de roble rebollo o melojo, colocadas directamente en el suelo, y que su almohada era una piedra. Me comentó algo que no he podido olvidar cuando he dormido, no pocas veces, en el suelo.

—Antes de acostarme vareo el «colchón» con mi garrota no vaya a ser que una víbora haya decidido pasar la noche ahí.-

A mi mente acudió que nuestros lejanos ancestros construyeron muchas camas, o si se prefiere colchones, como aquella, con hojas. Nuestro todavía más alejados antepasados, del tronco común de los primates, hicieron nidos con hojas en las copas de los árboles. Años más tarde yo mismo me hice, en tres ocasiones, camas con las mismas hojas que usaba Bernabé. He dormido en las cumbres de mi propia sierra, también al lado del rebaño de cabras, con la sola protección de un buen amasijo de hojas. Los ojos de los árboles sirven para tantas cosas que tampoco cabe esperar la posibilidad de abarcarlas en estas páginas.

Como más adelante amplió también uso hojas para escribir, con pincel y tinta china, directamente sobre ellas, sobre todo para desear un nuevo año atalantador a todos los conocidos. Pero, tras comprobar que era casi imposible vivir más lejos de la comodidad y de la prisa o de que la Natura puede proporcionar los elementos básicos, tanto para la más sencilla como para las más complicadas de las vidas, vuelvo a lo que una sola palabra puso a mi disposición.

Aquel hombre, y su paisaje, han puesto tanto en mi vida que resulta del todo imposible hacer algo lo suficientemente agradecido. Porque al atalantarme pusieron en mi voluntad y emociones, para siempre, el ánimo de ser atalantador. Porque Bernabé, que murió sin haber usado el dinero,

que no hizo la mili porque no le encontraron para comunicárselo, en fin que vivía como un monje anacoreta a muchos kilómetros de su pueblo y que pasó buena parte de su vida en total soledad, triscando por cuevas inverosímiles, en fin aquel que vivía en medio de la vida, me puso definitivamente a favor de la cultura de la hospitalidad.

Poco después de aquella, mi segunda gran excursión por las Villuercas, me encontré con otras personas que me atalantaran, sobre todo la familia Regodón, médico en Carrascalejo durante los últimos 30 años.

Cuando consulté el diccionario, concretamente el de Echegaray, del año 1903, todo quedó ampliado y mejor comprendido. Atalantar es palabra en peligro de extinción, propia de gentes de sierra y fundamentalmente extremeña, abulense y salmantina. Tiene media docena de sinonimias que van desde el invitar, como había hecho Bernabé, a las conductas cariñosas, hospitalarias, fraternales pero sobre todo incluye la más necesaria de las conductas: CUIDAR.

Llevo cuarenta años despidiendo casi todos mis programas de radio, conferencias e incluso artículos y prólogos con la frase: GRACIAS Y QUE LA VIDA OS ATALANTE.

Incluso mi libro *XXI, siglo de la Ecología* es un ensayo que gira en torno al mismo concepto, es decir a la recuperación de la cultura de la hospitalidad, que con tanta intensidad grabó Bernabé en mi mente.

Mi aforismo más de combate y el que mejor resume a lo que he dedicado todas mis militancias a lo largo de los últimos 51 años también brota del feliz encuentro en el valle del Viejas.

Nada nos cuida tanto como cuidar de lo que nos cuida, es decir cuidar de la Natura y sobre todo del BOSQUE.

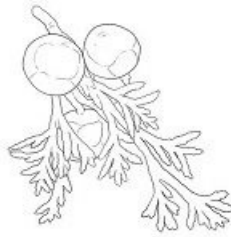
Acaso porque poco, o nada, nos cuida tanto como las hojas de los árboles que, en buena medida nos proporcionan esos 16 kilos diarios de oxígeno, el primer alimento. No menos el segundo, es decir todo lo que convencionalmente ingerimos como comida. No menos para nuestra actividad cerebral. Pero no solo nos mantienen a nosotros, las hojas también son los nutrientes básicos para la fertilidad de los suelos. Casi el 60 % de los animales terrestres se alimentan de hojas directa o indirectamente. Cuesta, seguramente porque es imposible, dar con algo que sea tan principio y tan fin. Un final que no lo es porque consigue ser ese volver a empezar que define la esencia de la Natura. Si están allá arriba fabrican la transparencia, si las pisamos es que han comenzado a construir los futuros.

Conviene tener presente que todos los árboles se desprenden de su follaje, solo que algunos se desnudan del todo todos los años, mientras otros, los mal llamados perennes lo hacen lenta y parcialmente y que sus hojas pueden durar dos o tres años como mucho.

Si este capítulo ha comenzado con ALLÍ DONDE LA LUZ SE HACE VIDA, conviene terminarlo con que esas mismas hojas, cuando mueren, no han hecho más que empezar otras nuevas vidas.

Nada, pues, nos atalanta tanto como los árboles y sus caedizas hojas.

MADERA, MATERIA, MADRE...



Juniperus thurifera

¡Árbol, cúmulo de riqueza
en ti se asiste el agigantamiento
del tiempo y del espacio!

MIGUEL HERNÁNDEZ

Te conozco, te amo,
te vi nacer, madera.
Por eso
si te toco
me respondes
como un cuerpo querido.

PABLO NERUDA

Tocar madera

La madera es tenacidad que se yergue en busca de luz. Es columnar empeño para crear bóvedas que muchas veces nos recuerdan a las nubes, esas que navegan mucho más altas que las hojas. Es la búsqueda de las dos tramas más cruciales en la historia de la Vida y por tanto te atañen, tienes que ver con ellas por mucho que jamás te hayas emboscado. Las orillas que, a los dos lados del tronco quedan, no pueden ser mejores compañeras. La copa vuela, respira, canta, come luz, transpira y alberga el son de los pájaros y los colores de la fruta. La otra copa, la subterránea, a menudo más grande que la visible, hurga en busca del manjar de todos los manjares: la fertilidad de los suelos, el proceso que tantos progresos ampara.

No vemos lo que sucede bajo la planta de nuestros pies pero sabemos que, si a lo esencial se suma lo misterioso como allí abajo sucede, nuestra mente simbólica lo agradece. Tampoco somos capaces de hacernos una idea precisa de la alquimia que se produce en las hojas. Por el contrario algo concreto, directo, siempre útil y cercano se da entre esos dos mundos de cada árbol. Se trata además de un mediador, es decir puente y nexo entre esas dos realidades biológicas, acaso las más cruciales de la biosfera.

Los árboles se subieron a sus troncos para acercarse lo más posible a la luz. Antes fue necesario inventar la dura, lenta, solemne tenacidad de la madera, siempre erguida sobre el mundo para rendirle el suficiente homenaje. Conviene recordar, por cierto, que se definen mutuamente: el árbol a la madera y viceversa. No pocas plantas, como las palmeras, no son árboles, aunque lo parezcan, porque no tienen madera.

El uso del espacio por parte de los árboles resulta todavía más eficaz y eficiente que el del tiempo. Los árboles son artistas de la verticalidad que no tienen miedo a la altura. Su instrumento para lograrlo es precisamente lo que tantas veces nos ha proporcionado la materia prima para tantos instrumentos vinculados a todas las disciplinas artísticas. ¡Qué sería de la música sin el cuerpo de los árboles!

En este planeta solo hay dos opulencias reales. Todo es limitado con la excepción de la luz que, por cierto como ampliaré en el próximo capítulo, nos llega en una proporción 15.000 mayor que lo necesario para cubrir todas las necesidades de la Vida. La segunda riqueza no lo es tanto pero resulta casi ilimitada, tiene nada menos que unos 14 kilómetros, es la altura que compartimos con la atmósfera. Ir hacia arriba al encuentro de la luz resulta inseparable del árbol desde el momento en que es el ático donde siempre viven las hojas para acceder a su principal alimento.

Vivir ascendiendo se hermana con la inmensidad. Alimentarse principalmente de algo veloz, transparente, ingente y omnipresente significa poder tener siempre la despensa llena y no necesitar ir a parte alguna para seguir llenándola. Lástima que la lela estupidez que manda rechace la utilización masiva de la luz solar para obtener la energía limpia, esa que cada día necesitamos más para no demoler este planeta.

Conquistar la segunda opulencia de este planeta, es decir la altura, conlleva convertirse en un muerto viviente. Escalar metros hacia la luz exige un edificio duro, resistente, «inmóvil al viento», como escribió Unamuno al referirse a las encinas. La ascensión se hace con madera que es la parte no viva, pero la más voluminosa y pesada, de los árboles. No vive pero es uno de los mejores logros de la vida, es tejido muerto creado por el más crucial de los procesos de crecimiento protagonizado por una capa de células, situada a un costado de la corteza interna de los troncos y ramas, a su vez revestida por la parte externa que aísla y protege a toda las partes duras de los árboles. Ese tejido se llama cambium sin duda porque va cambiando de lo vivo a lo inerte. Mantiene un fluido intercambio con la corteza interna y con el duramen, que es el término científico para la madera, esa dura materia, madre de tantas cosas esenciales. Quiero recordar que el juego de palabras que acabo de utilizar no supone especial originalidad sino un viaje hacia la comprensión a bordo de la etimología. Materia, madre y madera están estrechamente emparentados no solo en el sánscrito, nuestra lengua fundacional, sino también en la elemental comprensión de lo que nos permitió despegar despegándonos. El prefijo «ma» en la antigua lengua común evoca lo que se renueva, lo que construye nuevas vidas, es el prefijo de Natura y Navidad, por tanto también de lo que nace.

Porque la madera es la primera materia prima de la humanidad. No hubo ni hay civilizaciones sin madera. Hay una clara relación entre lo que muchos consideran como más importante, la energía escondida en los combustibles fósiles y la madera. Conviene recordar que si se trata de carbón estamos ante bosques sepultados y petrificados. Si nos fijamos en el petróleo no queda tampoco demasiado lejos desde el momento en que se trata también de ancestrales vegetales y algas engullidos por los procesos geológicos y precocinados por el tiempo para que luego, ya desenterrados, nos hayan permitido cocinarlo todo, incluso al mismo clima. Pero si ahora están deshaciendo al mismo aire, quemando en demasía, las llamas que liberaba la madera nos hicieron como especie. No menor resulta la deuda con la materia esencial al haber proporcionado la base de toda suerte de utensilios y armas. También por darnos techos, paredes y suelos. No menos por su íntima relación con la creatividad artística. Algo que reconoce, con sublime acierto, el pictograma chino de arte que es el mismo que árbol más una suerte de tilde. Pensemos en la ingente participación de la madera en las disciplinas creativas convencionales, desde los instrumentos con madera que dominan en todas las orquestas, hasta la ingente cantidad de madera en la pintura, escultura, arquitectura.

Mantengo buenas, profundas y constantes relaciones con la madera. La principal es idéntica a la que sin duda lleva más tiempo con nuestra especie.

Desde hace 42 años el calor, ese que intenta confortarme en las noches de invierno, procede de las llamas. Quemo, pues, madera. Materia prima que nadie me trae ni procede de otras arboledas que no sean mías. Aunque mantengo que la motosierra es un infernal invento, obviamente cuando cae en malas manos, es decir las no artesanales, he hecho mucha leña tanto con hacha como con el engendro mecánico. Uso, por supuesto solo madera de los árboles o ramas que se me van secando. Me alivia el haber cortado solo una docena de árboles vivos y lo hice para que no cayeran sobre mi casa o cuando un pino «invasor» le daba por nacer entre mis plantaciones de castaños, encinas o alcornoques. En todos esos casos, la parte verde de los mismos alimentó a mis cabras y el resto me sirvió para postes, maceteros y, claro, para que mi leñera esté casi siempre llena. Las emergentes enfermedades de los árboles nobles, es decir encina, quejigo,

melojo y alcornoque por desgracia matan demasiados ejemplares. Los frutales que se me mueren de viejos también aportan lo suyo. Acaso lo más peculiar que quemo en mi estufa sean las raíces de brezo rubio. Son casi esféricas, con muchas protuberancias. Cuando las acarreas o introduces en la chimenea tal parece que estuvieras usando globos de una consistencia y peso enormes. Las sustituciones forestales que se hicieron en mis perdederos hace cincuenta años dejaron sembrados los suelos de los posteriores pinares de este excelente combustible. A esos lugares acudo, con un remolque, todos los años y estimo que he recogido unas tres mil a lo largo de los últimos cuarenta años. Este tipo de madera da mucho calor y era muy buscada por los herreros rurales, hoy también en peligro de extinción. Las de brezo blanco eran/son ideales para hacer pipas de fumar. Buscar, almacenar, transportar, tanto las del blanco como de rubio, estas últimas para hacer carbón vegetal, llegó a ser un oficio que permitió, en el pasado, subsistir a no pocos rurales. Como esa actividad prácticamente ha desaparecido me llena de orgullo mantener ese mínimo rescoldo de uno de los usos sostenibles de la madera.

A lo que he podido sumar una de las tareas artesanales más gratas: tallar estas duras maderas para construir utensilios. Mis habilidades no dan como para dar forma a las preciosas cucharas de «palo» con las que, en casa, solemos comer la sopa. Me encantaría porque la tradición pastoril de mis abandonadas serranías mantiene que regalar una cuchara de madera, sobre todo si la has hecho tú mismo, traerá buena suerte a los que reciban el obsequio. Posiblemente esta bella ingenuidad está emparentada con el sí vigente **tocar madera** como precaución ante los posibles reveses del destino.

Es más, cuando tengo en mis manos cubiertos de madera, astiles de todo tipo de herramientas, no menos los rodrigones o cualquier otro utensilio hasta me parece una ofensa que en el diccionario no figure la palabra maderamiento y que prevalezca la evocación al metal, al no renovable hierro, sobre la primera materia prima de nuestra historia.



Como quedó bien claro en el libro *Madera*, éxito editorial que demuestra una vez más la cantidad de gente que intenta paliar su déficit de Natura con aproximaciones como los libros o los documentales, cada vez hay más calefacciones con biomasa, cada vez hay menos gente que sepa lo que supone hacer tú mismo la leña. No digamos cocinar con ella. Hay un abismo entre lo guisado bajo techo con gas o electricidad y lo que se logra haciéndolo al aire libre, con ramas secas y especialmente las de las jaras. Soy el mayor desastre imaginable en la cocina pero no cuando no tengo techo sobre mi cabeza. Solo sé guisar, además de los convencionales huevos fritos o tortillas, tres recetas. Hago paellas, migas y ajo cano, todo ello siempre al aire libre, con trévedes y leña. Lo del ajo cano consiste en unas sopas de leche, por supuesto de cabra, y pan.

Confieso que me siento orgulloso de ser capaz de usar con cierta destreza las hachas. He podido incluso demostrarlo en público. Me resulta del todo inolvidable el que, a lo largo de uno de los cientos de programas de radio que he hecho en directo, uno de ellos, en Elche de la Sierra, me permitió cortar un tronco ante casi trescientas personas. Todo ello a lo largo de la retransmisión del programa dominical de Radio Nacional de España No es un día cualquiera.

En privado y hasta en completa soledad he hecho muchas toneladas de leña a lo largo de los años. Mi leñera tiene cinco partes. Piñas de pino resinero, que son especialmente oportunas para comenzar cualquier fuego ocupan una esquina. Ramas, sobre todo de brezo y jara para ser la segunda oleada de quemados, en un segundo espacio. Luego coloco troncos finos de todas las especies. Las raíces de los brezos quedan acumuladas en uno de esos sacos enormes que últimamente se usan para depositar los escombros de las obras. Troncos más gruesos de las especies nobles que van muriendo, casi todas, insisto, por la «seca» completan la reserva de calor. Ese que comienza mucho antes. Porque se suda mucho para llenar la leñera. Algo que recuerda un viejo dicho de la cultura rural. Ya saben, aquello de que para que la leña te caliente antes tienes que calentar tu cuerpo con el esfuerzo de hacer la leña a mano.

Ver arder lo que fue el gran templo de la vida tiene mucho más que el convencional comentario sobre la capacidad hipnótica de las llamas. Entre otras cosas porque, con ser tan crucial nuestra relación con el sentido de la vista, calentarse con hogueras más o menos empaquetadas pone a funcionar los cinco sentidos. Es un espectáculo global y total. Y vaya por delante que por supuesto puedes saborear el fuego aunque solo sea porque puedes cocinar con el calor que los árboles escondieron en sus entrañas. Es más, lo que hace actualmente la electricidad o el gas para templar las casas. Como los combustibles fósiles solo te están costando dinero apenas existe una relación entre tu trabajo y tu confort. Pero cuando quemas leña que te ha hecho doblar la columna y unos cuantos callos en las manos no te excedes. Lo mejor de las energías renovables es que llevan implícitas pedagogías del ahorro. También se aprecia una sustancial diferencia entre la fogata al aire libre y la encerrada entre paredes de barbacoa o cocina de campo.

En todos los casos la madera ardiendo proporciona un ilimitado repertorio de sugerencias para la imaginación. Pensemos que el pensamiento simbólico, el lenguaje mismo, las narraciones de lo acontecido, la transmisión de lo aprendido se realizó, durante cientos de siglos, en torno a las hogueras.

Apenas nos contamos ya nada ante el fuego, tan anulado por las fulgurantes pantallas, sin duda su antítesis. En cualquier caso sigo aceptando el regalo de las llamas, las brasas y los rescoldos. Con frecuencia sigo dejando que la agonía de la madera me cuente historias, que dibuje siluetas, que me haga pensar y que me sugiera poemas.

Las llamas son lúdicas, infantiles, voluptuosas y musicales, consiguen siempre la atención porque son feraz movimiento que nace de lo quieto y muerto. Los ojos se reconocen pues también son tan hijos de la luz como lo que está ardiendo. Quedar deslumbrado por las llamas se debe al reencuentro de dos realidades iluminadas por el mismo sol. Mirar es arder y cuando miras lo que arde piensa que la llama te está mirando.

Pero no menos contando una de las más bellas historias. Cuando las volutas anaranjadas y azuladas que manan de la vieja rama de una encina encandilen nuestra mirada bueno será recordar que son luz solar atrapada por las hojas, almacenada en la madera de los troncos. Su calor es amistad del bosque.

Pero si fascinante es quedar hipnotizado por las llamas, cuando llega la hora de la brasa y el rescoldo aparecen las emociones más serenas, como si lo que arde en tu chimenea tuviese tu misma edad. Las brasas son calmas evocadoras y basta soplar sobre ellas para que todo vuelva a empezar, si añades otro tronco, claro.

El fuego es un interlocutor muy locuaz, que entre otras cosas te recuerda que el balance de la combustión se salda con una emisión neutra del carbono. Estás quemando el que almacenó —me parece aberrante usar el término secuestro que tanto se usa hoy día— el árbol a lo largo de decenios o siglos. Poco, o nada, hoy de mayor importancia que no añadir excesos de CO₂ al aire. Quemando madera simplemente liberas el que usó el bosque para llegar a serlo.

Arde, pues, historia de la vida, de la que tuvieron muchos de tus vecinos y aliados en estas serranías extremeñas. Calentarte con bosque es otro de los regalos que conviene merecer para comprender algo mejor los vínculos entre Natura y Cultura y, sobre todo, quién depende de quién.

La madera también es metáfora materializada como punto de apoyo. Algo que me recuerda este otro momento: estoy regando mi huerta al tiempo que escribo algunos párrafos para este libro. Me siento en una silla abatible bajo un ciruelo. Si levanto la vista de la pantalla de la tableta y miro hacia el oeste contemplo el mejor retazo de melojar que crece en mis soledades, por tanto en buena parte de la sierra Palomera dentro de las Villuercas. Estas encrespadas laderas imponen una sencilla comparación con el oleaje, es decir que tengo delante una ola de cuatro kilómetros de longitud y seiscientos cincuenta metros de altura. De hecho las nueve décimas parte de esta ladera del sinclinal del Guadarranque están cubiertas de verde. Color que aportan brezos, jaras, muchísimos madroños y varios bosquetes del mencionado roble. El diez por cien restante es pura roca y coincide con la mayor altura de mis perdederos, 1.400 msnm. Las cimeras cuarcitas que, aunque grises blanquean, al menos cuando llueve y con las luces laterales del atardecer, evocan inexorablemente a la espuma de una rompiente. Orilla que es el mismo cielo, esa linde de todo y con todo que ya casi nadie quiere contemplar.

Considero que si cultivar tus propios alimentos ya es un privilegio hacerlo en un suelo rodeado de bosque y con un paisaje serrano acogiéndolo todo es uno de esos «demasiados» que acaso no merezca nadie. Imaginen, por favor mi huerto, de unos siete mil metros cuadrados, como una pequeña embarcación en medio de un mar de árboles y matorrales.

Como los surcos que estoy regando son largos cuento con unos diez minutos para que se llenen y tenga que levantarme a cambiar el agua al siguiente. Como he hecho esto cientos de veces en los últimos cuarenta y dos años, he comprobado que cultivar o pastorear son actividades que en muchos momentos resultan compatibles y hasta sincrónicas con la pasión por la lectura, con escribir e incluso con la obtención de imágenes. A menudo he conseguido filmar escenas con animales, casi siempre invertebrados, que pululan por los cultivos. No disocié jamás el trabajo de campesino con el de comunicador o como quiera que se llame esto de haber dedicado la mitad de mi vida a contar lo que me contó la VIDA a lo largo de algo más de la otra mitad de la mía. O lo que es lo mismo y, sin duda más importante: con todo lo que uno ha predicado y escrito he escuchado mucho más. Escuché al silencio y la soledad; escuché el trino y al viento; escuché a las hojas y las bramas; a la noche y a la luz. Acaso, incluso, conseguí escuchar todo eso que los humanos casi nunca decimos por mucho que sea lo que más veces pensamos. A veces, incluso consigues escuchar a la Verdad proclamando que siempre está fuera y no dentro de nosotros.

La cuestión es que pensando en lo que pienso de pronto reparo y observo durante un rato en la capacidad trepadora en espirales de las judías. ¡Cómo se abrazan a los rodrigones y se enroscan a ellos, casi voluptuosamente! Algunos de los palos que les he puesto para su ascensión a los cielos son, casi todos, ramas secas de algunos de mis árboles, unas pocas cañas que a veces consigo, muy lejos por cierto de mi terreno. También me sirven las varas de jara y retama. Muy

pocos de estos soportes son completamente rectos por lo que el conjunto dista mucho del perfecto orden que logran los agricultores que pueden usar solo cañas o soportes metálicos. Este año, en cualquier caso, he sumado por primera vez los troncos de unos pocos pinos resineros que, clandestinamente, se han puesto a crecer en mis dominios que, como reserva biológica que son, no dan la bienvenida a especies que fueron impuestas por los rendimientos a corto que durante tanto tiempo guiaron a la mayor parte de los ingenieros de montes.

Las Villuercas, mi paisaje, ofrece un inmejorable ejemplo de las consecuencias de la fatídica sustitución forestal, perpetrada hace entre cincuenta y cuarenta años. Se dismanteló la variada y adaptada comunidad botánica del matorral mediterráneo y se plantaron pinos. Esos que ahora nacen sin consentimiento en mis derredores. Conste que soy consciente de que muchas plantaciones con coníferas son excelentes en determinados lugares, no menos seguro estoy de que otras actuaciones fueron catastróficas cuando algo mucho mejor que ellas ya medraba en los suelos. Si fuéramos capaces de valorar correctamente lo que se quita para poner otras cosas o seres seguramente los paisajes no habrían sido tan vapuleados. Pero el racionalismo, los rendimientos y las tecnologías jamás se acuerdan de uno de los mejores aciertos aforísticos de Epicuro: «No pierdas lo que tienes por el ansia de lo que no tienes».

No pretendía alargarme porque estos recuerdos y comentarios vienen a cuento de que me encanta ver un pino de casi tres metros de altura y completamente recto sosteniendo a dos o tres matas de judías. Y me viene a la mente que estos rodrigones me están demostrando una de las ideas centrales de este libro.

Ciertamente el bosque es un punto de apoyo. O si prefieren bastón, muleta, asidero. Los árboles, tanto los vivos como los muertos, sujetan inmensidades. Dualidad poco o nada frecuente en nuestro planeta. Me refiero a que algo vivo proporciona infinidad de aspectos positivos pero que cuando muere sigue siendo un portento de funciones, materias y desembocaduras también cruciales para el resto de las criaturas vivientes, especialmente la nuestra.

Imaginen, por favor, que las matas de judías que circunvalan treinta veces a estos troncos de pino somos nosotros mismos, esta civilización incluso. No podemos crecer, florecer y dar excelentes frutos sin contar con esos soportes de toda vida que son los árboles creciendo, floreciendo y dando frutos como nuestra propia especie.

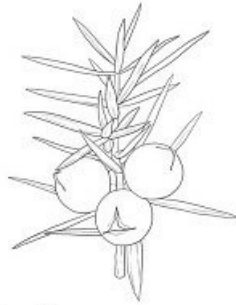
Han sostenido y sostienen tantas cosas las maderas de este mundo que de la misma forma que cabe decir que los bosques han publicado todos los libros, la madera ha construido la mayor parte de todas las casas, aperos, barcos, calores, puertas y ventanas. Pero, sobre todo, cunas y ataúdes; primer y último habitáculo, pues, de casi todos de casi todas las generaciones, al menos tras el sedentarismo. No olvido por supuesto que ha habido y hay unas cuantas culturas que se desplegaron en lugares sin árboles.

Algo, hoy, arreglaríamos si se entendiera que, como algo que puede ser renovado incesantemente por los ciclos de la Vida, deberíamos utilizar mucha más madera y menos minerales o combustibles fósiles.

Las casas de madera, por ejemplo, necesitan mucha menos energía para mantener un grado de calor confortable. Por supuesto se trataría de un uso ajustado a la capacidad de sustitución de lo extraído que tienen los cultivos forestales y las arboledas, más o menos naturales.

Ojo, hay un más madera, el de los hermanos Marx, que resulta el mejor argumento para demostrar lo que está haciendo esta civilización. Hay otro más madera que sería construir un Arca de Noé simbólico, un barco por supuesto de madera. O, todavía mejor, para rescatar a este planeta del naufragio la tabla de salvación son los bosques. De hecho la única salida es la entrada. Quiero afirmar que si la entrada fue el bosque la única salida es volver la mirada a nuestro ingreso en la historia de la vida, ser como el bosque porque de momento llevamos muy adelantada la tarea de ser como el incendio.

BELLEZAS SABIAS



Juniperus communis

El árbol no termina, siempre está completo.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Conoceríamos muy pocas señales, muy pocas expresiones de felicidad si no conociéramos la flor.

MAURICE MAETERLINCK

¡Siembran con tan poco esfuerzo!
Degustando los vientos que no tienen pies,
Metidos hasta la cintura en la historia,
Repletos de alas, ultramundanos,
En eso son como Leda
Oh madre de las hojas y de la ternura.

SYLVIA PLATH

Si no cabe saborear la Belleza sin la belleza de las flores. Si, como nosotros, se vive de semillas; si los frutos de los árboles domesticados nos proporcionan vitaminas imprescindibles; si el bosque, en suma, sostiene buena parte de lo que nos alienta y vive, lo menos sería conocer mejor y, claro, comprender el alcance de la impagable deuda. Somos demasiado pocos quienes la reconocemos y todavía menos los que queremos compensarla, al menos en una pequeña parte. No otra cosa pretende este libro que ahora se adentra en la desembocadura de las tareas de todo árbol.

Porque si bien como acierta Lezama el árbol nunca acaba si tiene un cierto ápice en sus flores y frutos. La escalada de la savia siempre culmina en la sabiduría del fruto que nace de una apasionante reunión de elegantes destrezas estéticas.

Las plantas con flores pusieron en el tapete de la vida infinitas historias de amor que cambiarían para siempre todas las demás historias, sobre todo la nuestra como criaturas del bosque que todavía somos.

Maeterlinck, tras acordarse de ese inevitable vínculo que se establece entre las flores y el placer estético, llega mucho más lejos y nos desafía escribiendo sobre la inteligencia de las flores. De los propósitos que, tras un vestido de gala, yacen en el corazón de esa delicia que llamamos corola donde se esconde el néctar. Uno más de los recursos, junto a los colores, la elegancia, la suavidad y la voluptuosidad que las flores destinan a la atracción. Ese impulso sin el que la reproducción sexual habría fracasado y la historia de la Vida se hubiera quedado en una ramplonería de clones sucesivos. De lo múltiple mana la hermosura y esta sería imposible sin la reproducción sexual que lentamente fue creando varios centenares de millones de aspectos diferentes, es decir especies de seres vivos. Creatividad que brota, como las mismas flores, de ese afán de la vida misma por crear novedades.

Para empezar conviene considerar que aunque la norma es el ahorro y la ponderación en las arboledas también cabe el derroche, el gran banquete para celebrar, en este caso por anticipado, las bodas. Matrimonios en masa, en todas las direcciones, cópulas de muchas con muchos y viceversa. Ceremonias nupciales oficiadas y consumadas gracias a terceros tan etéreos como el viento o tan concretos como los animales que vuelan. Incluso unos pocos mamíferos y reptiles pueden conseguir que el polen de las flores masculinas llegue a su porción femenina que puede estar allí mismo o en otro lugar, incluso distante.

Entre los recuerdos de mi infancia y primera juventud figuran esos días en los que el pinar de Las Navas del Marqués conseguía ponerlo todo, absolutamente todo amarillo. Ví volar el infinito polen y posarse sobre las acículas y los suelos, los charcos y los tejados. Las botas también se te ponían doradas en cuanto paseabas entre los pinos resineros. Mucho más tarde supe que cada flor masculina puede producir muchos millones de granos de polen. Semejante abundancia trata de que al menos uno de cada mil de esos ínfimos corpúsculos llegue a los órganos femeninos que apenas cabe identificar como flores.

Nuestros árboles más comunes, es decir encinas, robles, alcornoques han puesto a su servicio unas modestas flores masculinas, con forma de filamento colgante y del color del oro viejo. En abril, sobre todo a partir de mediados, se convierten en uno de los mejores elogios que la primavera hace a la vida en nuestras latitudes. No todos los años las inflorescencias doradas de los quecus dominan sobre el follaje, pero cuando esto sucede el paisaje entero se conmueve con la efervescencia de las encinas. Porque a sus galaxias de flores se acercan otras tantas de pequeños insectos.

Empaquetar el propio futuro en algo diminuto y ponerlo a disposición del azar. Rellenar lo ínfimo con toda la información posible. Esconder en la diminuta cápsula todas las destrezas de los soberbios linajes de la arboleda. Ser mapa y brújula. Todo esto acompaña a los frutos, semillas, bayas y arcéstidas del bosque. Cuando la mayoría solo se acuerda de la capacidad de memoria de su ordenador o la de un *pendrive* conviene recordar que una sencilla semilla, una bellota por ejemplo, avergüenza a todas esas tecnologías.

Una semilla es un emisario, algo que se mueve a partir de seres que no pueden hacerlo. Es la forma en que la mayoría de las plantas consiguen delegarse y proyectarse a sí mismas a otros espacios y otros tiempos. Son viajeros a través de los paisajes y por supuesto del tiempo. Baste recordar que poco, o nada, más cercano a la eternidad que la capacidad de germinar que algunas semillas tras hasta diez mil años de vida latente, como es el caso de los altramuces.

Somos lo que somos por haber sido capaces de depender de las semillas. Toda las culturas, todas las civilizaciones se basan en el consumo de uno de los mayores y más cruciales logros de la historia de la vida.

La enorme energía comprimida, empaquetada en algunas semillas no solo nos mantiene sino que también ha permitido el despliegue demográfico de nuestra especie y la posibilidad de dedicar mucho tiempo a que nuestro cerebro buscara, de momento sin encontrarlas, formas de vivir sin lo que permite la vida. La humanidad sigue dependiendo de una docena de semillas a las que se suele ignorar así como a los que nos las proporcionan. Así de forma directa pero, como tantas veces hemos querido recordar en estas páginas, de forma algo más indirecta también dependemos de todas las otras formas en que el bosque y la vegetación en general logran su permanencia en el tiempo.

Por si eso fuera poco sabemos que las semillas más pequeñas, como las de las orquídeas — en un gramo de las mismas caben dos millones de ejemplares— pueden dar la vuelta al mundo suspendidas en las corrientes de aire. Las plantas, con el fin de dispersar su futura progenie, han inventado, por supuesto hace millones de años, los equivalentes al avión, la hélice, el cañón, la catapulta, el paracaídas, la propulsión a chorro, el barco a vela, la balsa y la caída libre. Sin olvidar que la totalidad de los animales podemos convertirnos en transporte para las semillas.

Nada si lo comparamos con la verdadera destreza de las semillas que es un cierto dominio de los dos tiempos. A lo afirmado para su paciencia, es decir para desafiar a todos los posibles calendarios hay que sumar el que pueden controlar también los cambios de clima, enfrentarse al cambio global. Una semilla es un prodigio que puede parar el crecimiento del embrión que contiene hasta que las condiciones de suelo, humedad y temperatura sean las convenientes.

Es más, observadas tanto a simple vista como al microscopio se descubre que tienen prácticamente todas las formas y los colores imaginables.

El placer de contemplar no está, en absoluto, circunscrito a los paisajes y la profundidad de tu propia mirada. Cualquiera de las formas de la realidad natural dan para el demorarse sin límites en los detalles, tantas veces invisibles para casi todos. La maduración de los frutos de los árboles del bosque significa una acumulación de encuentros entre el tiempo climático, el estacional, los ciclos esenciales y los procesos destinados a la continuidad. El clima mediterráneo ha querido que todo esto se concentre en la otoñada. Adentrarse en los bosques durante este periodo multiplica la capacidad sanadora de los mismos y sobre la que volveremos en el último capítulo del libro. Llamaremos dador, el que entrega, al otoño cuando abordemos el año del bosque, es decir los aspectos del mismo relacionados con las cuatro estaciones del año. Pero ahora, cuando las bellotas maduras cuelgan de los ápices de las ramas podemos ir aceptando el sentido de lo culminado y completo. Que en la Natura no puede resultar más diferente al que normalmente le da la civilización del derroche. El obligado cumplimiento de un ciclo no implica rigidez alguna, ni norma impuesta. Más bien una alegre promesa cumplida. Casi todos los empeños del bosque, con tener que repetirse inexorablemente, escapan del aburrimiento o la redundancia. Todo tiene un sinfín de matices, anticipaciones o retardos, pausas, incluso escasez y abundancia. Las cosechas de los frutos del bosque varían extraordinariamente de unos años a otros.

Tengo a buen resguardo en la memoria la formidable última otoñada, de espectacular productividad a pesar de la gran sequía que hemos padecido en casi toda la mitad sur de la Península.

Cumplido, sazonado y engordado el producto exterior bello —es decir el PEB, por tanto todo lo contrario del más que arbitrario PIB que gobierna— del bosque es lanzado sin titubeos y con más que ampulosa generosidad hacia el futuro; hacia un porvenir que si el desastre ambiental de los presentes no lo desmantela será tan acrecentador como todos los pasados. Solo se trata de dejarle a la Vida que viva. En realidad no deberíamos tener más empeño que devolverle a la Natura al menos la vida arrebatada.

De eso, entre otros muchos empeños, se encargan las bellotas y todos los otros frutos del bosque que andan desplomándose en masa por estos días de octubre avanzado.

La tarea culminada que suponen las bellotas conlleva mucho más que ser alimento y futuro bosque. Esconde un lenguaje que urge aprendamos a escuchar y comprender.

Las bellotas de nuestros robles, encinas, alcornoques tienen forma de proyectil. No para buscar la muerte de nadie sino para todo lo contrario. Son balas que una vida lanza para su futura vida y para otras muchas entre las cuales figura, en lugar destacado, la nuestra. Para empezar porque muchos miles de millones de esa munición que en lugar de matar vivifica se convierten en carne, de animales domésticos pero también de centenares de especies de otros seres vivos que incluso nacen en el seno de las mismas. Cuando escribí el guion de mi documental *Bosque de bosques* califiqué a las bellotas de lo que hacía viajar y volar al bosque. No en vano se convierten en el combustible de las torcazas y las grullas. No en vano le dan ardor a la brama de los ciervos.

Cuando la bellota golpea la tierra suena un timbal, imperceptible para la mayoría que lanza, con un redoble, un aliviador mensaje de paz. El sistema de sistemas que es el bosque, el más prodigioso benefactor, sigue intentando seguir siendo lo que es: lo más altruista que conocemos y

que también ampliaremos más adelante. Estas ebúrneas balas también levantan porvenires al caer. Son las inquebrantables evidencias de que la plenitud existe y ahora, con el otoño, anda por los suelos.



He recogido bellotas en numerosas ocasiones. Más para dar de comer a mis cabras y yeguas que para crear plantones, tarea que solo he acometido en tres o cuatro temporadas dado que, como luego amplió, consigo muchos árboles mediante trueque en los viveros oficiales de la Junta de Extremadura que consiguen mucho más éxito. También he plantado muchas bellotas pero en tierra de jabalíes, lirones y ratones como es la mía invariablemente el 99 % de las sembradas acaban siendo localizadas y devoradas por esos animales. Por eso mismo un buen roble o una vetusta encina pueden producir unos cuantos miles de bellotas

Si todo lo que consiguen los árboles a través de su reproducción sexual desborda y fascina, todavía más cuando consiguen volver a empezar sin sexo, es decir sin flores ni frutos. Que muchas especies broten de raíz ya supone una tremenda ventaja, sobre todo en los lugares que arden. Pero que baste cortar un trozo de una rama, clavarla en el suelo y de allí se forme todo un árbol nos desplaza mucho más allá del asombro. También facilita infinidad de procesos para conseguir más benefactores sobre la piel del mundo.

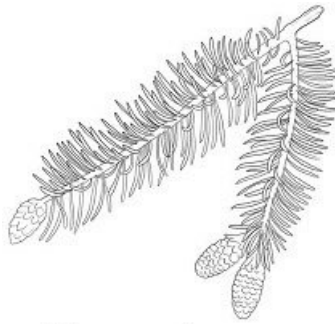
Si la pluralidad de los oficios que desempeñan los tejidos de los vegetales está tras estos prodigios ¿qué no decir de las compatibilidades que hacen posibles los injertos?

Tuve durante casi veinte años un ciruelo que además de su convencional fruto me daba melocotones y albaricoques. Tuve también un manzano que daba estupendas peras. Como sabe cualquier campesino cabe soldar un trozo de un árbol a otro y aprovechar las características de ambos.

He usado cien veces, en mis conferencias, esta idea base para proponer lo que creo que estamos necesitando más en estos momentos. Recuerdo a mis audiencias que los arboricultores solemos proceder al injerto cuando un buen productor de fruta envejece o enferma. Intentamos conservar las excelencias de una buena selección y, por tanto, que no se pierdan con el individuo que las administró. Para salvar esa línea genética solemos buscar un patrón silvestre, un pie que mantenga toda la lozanía de lo no domesticado. Sobre ese manzano o peral de bosque insertamos una estaquilla hecha con la mejor rama del árbol que ha decaído. Así pronto logramos combinar la salud de la Naturaleza con la destreza de la Cultura. Pues bien eso es precisamente lo que deberíamos hacer: revitalizar esta civilización, vivificar el humanismo, aprovechar la limpia fuerza de los procesos naturales para que de nuevo florezca, sin tormento y extinción lo mejor de nosotros mismos.

Si ya es insoslayable que la Cultura acuda al rescate de la Natura no dudemos de que la mejor forma de hacerlo es poniendo a la Natura en la base de nuestros empeños.

EL AÑO DEL BOSQUE



Picea abies

Todo el contento de la vida cifra en el retorno regular de las cosas exteriores. La sucesión del día y de la noche, de las estaciones del año, de las flores y los frutos y de cuantas demás cosas se producen en épocas determinadas, para que las podamos gozar y las gocemos.

W.G. GOETHE

Los árboles definen para nosotros
las estaciones:
el aliso esparce la luz inicial,
el roble se enfrenta a la danza de los fuegos,
el abedul se inclina ante los ciervos ansiosos,
el abeto recoge blancura
para las noches sin fin.

CLARA JANÉS

Todas las formas vivas son criaturas del clima, como el clima lo es de la atmósfera, la latitud y la altitud. Climas que todos los días cambian algo, es decir que siempre hay algo nuevo bajo el sol precisamente por lo que él calienta o el agua del planeta enfría. Pero las sucesiones también se deben al paso del otro tiempo, el cronológico sobre la piel del mundo. Esas cuatro caras del año, a las que llamamos estaciones por mucho que nada se pare en ellas, son criaturas de los dos tiempos al mismo tiempo. Y de nuestro girar en torno a una estrella.

En cualquier caso contamos con el regalo de vivir en latitudes con cambios muy significativos en los paisajes. Nos acoge la región más afortunada, por variada, del planeta. Si para el buen degustador de paisajes no hay un solo enclave que no produzca emociones, todavía más cuando los mismos lugares llegan a vestir cuatro aspectos diferentes a lo largo del año. Las metamorfosis, que a lo largo del calendario de la Vida, se producen en el paisaje y sus inquilinos anuncian, consiguen y repiten los ciclos esenciales.

El bosque es el lugar y el tiempo que hace más grande todo lo que toca y le toca. Acaso porque nada hay en este mundo con más dedos; de hecho cada hoja lo es para acariciar el aire al que aporta su esencial oxígeno. Por las arboledas pasa el tiempo más creativo y más solidario. El tiempo climático se expresa a través de la luz, el agua, el aire y la tierra pero, sobre todo, a través de su mejor creación, el bosque. Los árboles encuentran en sí mismos su propio medio de comunicación. Poco, o nada, menos baladí que comprobar, para comprender, lo que se expresa a través de los bosques. Porque son las palabras, la música, es decir las canciones de los cuatro elementos básicos para la vida lo que aflora entre las frondas. Con una programación muy diferente y atractiva cada temporada. No canta igual la primavera que el invierno. Los cuadros que pinta el otoño no se parecen a los del verano. La narración que el mismo bosque hace de su empeño incesante por ser eterno no consiente el más mínimo aburrimiento. De hecho la novedades y las sorpresas se enlazan unas a otras a lo largo de las semanas, los meses, las estaciones. Todo ello desemboca en la gran cosecha del bosque: la continuidad de la Vida en su conjunto. Para lo que, con suma destreza, utiliza esa inclinación del eje de la Tierra con relación al Sol. En definitiva que las arboledas no solo saben administrar mejor que nadie el tiempo, el espacio, el agua y la luz, sino que también usan magistralmente lo astronómico en beneficio de lo biológico.

Otoño, el dador

No creo que sea porque estoy en el otoño de mi propia vida, entre otras cosas porque también me pasaba con veinte años, pero prefiero «la estación de los ojos que miran» como definió Seferis al otoño. También es la del olor a nosotros mismos; recuerden lo que escribí sobre el humus. O la de los colores bailando en las copas de los árboles de hoja caediza. O la de las oleadas de nómadas del viento remando en las altas transparencias.

El otoño nos regala la plenitud del bosque. Buena parte de los frutos maduran en este tiempo y salvan las vidas de millones de animales que naufragarían en los rigores del invierno si no llegaran a los meses fríos con suficientes reservas de grasa. Pero sobre todo el otoño es el tiempo

en que la arboleda se entrega a sus orígenes, devuelve a la tierra algo de lo mucho que ha recibido. Se planta a sí misma a través de bayas, bellotas, semillas y pone a disposición de las mismas su propio traje para defender y alimentar a su descendencia. Lo del cuidado de la prole que tantas veces hemos situado en el reino animal no deja de ser norma también para los árboles. El otoño da lanzando hacia el futuro miles de billones de semillas, frutos y ascértidas que en su mayor parte no llegarán a brotar, si acaso en menos de un 5 % de las producidas por los altos adultos.

Mucho mejor porcentaje de acierto tenemos cuando hacemos viveros ya que están a salvo de depredadores y de los infinitos hongos del suelo. Pero como hay que imitar a la Naturaleza el otoño es también, para los emboscados, tiempo de poner a crecer los brinzales. Por eso también planto en otoño; mejor a finales, y procuro no adentrarme mucho en el invierno con esta tarea. Que por cierto depende de la generosidad de la lluvia, cada año de más irregular presencia.

Ya he narrado que planto árboles. Nunca suficientes pero lo de haber conseguido poner en el suelo 25.000 retoños me parece aceptable por la feliz coincidencia que supone uno por cada día que he vivido, como quedó mucho mejor explicado en el capítulo dos. Insisto en que no representa proeza física alguna. Los campesinos y más cuando tenemos una cierta edad somos capaces de esforzarnos lo justo, a la velocidad apropiada y sin horarios fijos. Lo que necesito contar ahora es que tampoco ha supuesto prácticamente gasto económico alguno. Casi todos los árboles que he plantado fueron conseguidos mediante trueque. Acaso uno de los más singulares.

Todos los años al principio del otoño parto hacia el vivero oficial de la Junta de Extremadura, situado en el término de Cañamero. Llevo un todoterreno largo al que puedo abatir los asientos y en que he conseguido meter muchas veces mil árboles.

Los ingenieros y capataces me conocen perfectamente y saben que muchos de los brinzales que voy a recibir serán plantados en terreno de todos. Lindar, como lindo, con la finca pública más grande de nuestro país me aporta la posibilidad de ir poniendo a crecer árboles a lo largo de los caminos rurales. Sin olvidar que no tener vecinos o que todos vosotros lo seáis aunque nunca vengáis potencia mi soledad, esa delicia de que mis sentidos no sufran constantes interferencias. Plantó pues para parecerme al otoño.

Me convence la estructura del calendario clásico de la Cultura rural. El que considera que los ciclos de la vida comienzan con el otoño. Más concretamente en San Miguel, es decir el 29 de septiembre. Algo así como el reconocimiento de lo que creo resumí bien con ese aforismo que ya habéis leído: NADA LEVANTA TANTO COMO LAS HOJAS CAYENDO. O al menos poniendo asambleas de colores en los cielos bajos, en ese remedo de nubes que son las copas de los árboles. La belleza cromática del bosque en otoño tiene un envés científico pero casi tan apasionante como la emoción estética. Siempre he considerado que explicar o llegar a comprender qué sucede tras los grandes procesos vitales es también pura poesía.

La variedad de colores de los árboles en otoño guarda relación con la fotosíntesis, es decir, el proceso por el que la clorofila de las hojas transforma agua y dióxido de carbono en alimento. En verano, las plantas verdes fabrican grandes dosis de clorofila. Pero cuando llega el invierno y los días se vuelven más cortos la producción de esta sustancia verde se reduce. Y empezamos a ver otros pigmentos. Los carotinoides, por ejemplo, necesarios para capturar la luz del sol, dan a las hojas un color amarillo, a veces dorado intenso. La antocianina, presente solo en árboles como el roble escarlata o en algunos arces, genera tonos que van del rojo al púrpura.

Entregar cosechas prometidas, cumplir con el eterno compromiso de la continuidad, asegurándola con lluvia de agua, hojas, frutos, semillas y de nuestros ojos que, por estos meses, miran mucho al suelo, aunque solo sea para encontrar la otra gran cosecha del otoño: las setas.

Se siembra a sí mismo y al mismo tiempo el bosque, en otoño, se convierte en carne enamorada. Cabe aceptar lo que acabo de escribir porque si aceptamos que uno y lo mismo es el ser vivo y lo que le permite que viva, tendremos que considerar a los ciervos y gamos como al mismo sistema forestal. La brama y la ronca, dos de las manifestaciones más imponentes de todos nuestros paisajes sonoros son propias de esta estación y demuestran que los árboles son celo encendido en estos momentos.

Invierno, cuando el bosque se va a la cama

Los hijos de la luz han conseguido no echarla de menos durante los meses fríos del año. Los árboles, como buenos budistas zen, son consecuentes con aquello de que no hay mejor empeño que no hacer nada. Dedicarse a no dedicarse a tarea alguna forma parte de esa sabiduría de los bosques. Conducta que, por cierto, sigue tan pendiente entre los nuestros. Porque se trata de ir mucho más allá de lo que consideramos dormir o descansar. Se trata de suspender, casi por completo, la totalidad de las funciones fisiológicas, entre otras cosas para no pasar hambre ni frío que es lo que siembra el invierno en los paisajes.

Aunque tengamos en la cabeza el estereotipo de árbol caducifolio, muchas especies mantienen sus hojas en invierno. Todos los abetos, pinos, encinas, alcornoques y madroños soportan hielos y días dos veces más cortos que los del verano sin recurrir a mermar casi por completo sus requerimientos de nutrientes. Sí que disminuye, y mucho, su metabolismo.

Como sumamente original hay que considerar el que la recolección de la aceituna sea muy frecuentemente en invierno. La gran arboleda domesticada de la que viven miles de familias en buena parte de la península Ibérica se llena de actividad sobre todo en pleno enero.

Las dehesas por su parte reciben a los rebaños de merinas porque pueden generar suficientes pastos en estos meses fríos. Junto con los olivares demuestran ser los bosques más hospitalarios de Europa. Unos doscientos millones de aves pasan los meses fríos en nuestros paisajes arbolados. A destacar la imponente presencia de hasta doscientas mil grullas, una de las aves más grandes del continente y que ponen la nota más sonora, colorista y dinámica en los inviernos de nuestras arboledas.

En las montañas los pinos y abetos soportan el peso de la nieve y la guadaña del frío. Pero lo superan porque son capaces incluso de elaborar sustancias anticongelantes, sobre todo en la taiga donde resultan frecuentes temperaturas de muchos grados bajo cero durante semanas y semanas.

En nuestras arboledas el invierno nos regala la compañía de un par de docenas de especies de aves que pasan los meses fríos entre nosotros.



Como la nieve está desertando de mis perdederos apenas puedo ya dedicarme a una de las pasiones más estimulantes de un naturalista: la de leer la escritura de los animales, es decir seguir huellas, identificar a sus causantes y deducir algún que otro comportamiento de esas especies.

Para los emboscados resultan memorables estos momentos en que recuperamos una de las más antiguas destrezas del humano. Seguir la pista de los animales, que sus huellas compensen de la nostalgia de no verlos directamente, llegar a deducir qué han hecho, en fin leer su grafía en la nieve proporciona algunas de las jornadas más inolvidables. En concreto mantengo a buen recaudo en mi memoria el seguimiento de la pista que dejaron tres corzos y que partía de los alrededores de mi propia casa. Tres horas de rastreo me llevaron hasta el más denso de los bosques de las inmediaciones. El llegar a dar alcance, visual exclusivamente, de aquellos cérvidos me hizo feliz, entre otras cosas porque aunque hice algo propio del cazador aquellos animales no perdieron su vida y mis ojos me lo agradecieron unas cuantas veces más.

Todavía de mayor intensidad fue seguir el rastro de un lince. Sucedió también en mis soledades, nada más comprarlas, cuando todavía el felino no se había desvanecido en las Villuercas. Luego desapareció por completo para regresar, tras treinta y cinco años extinguido, precisamente cuando estoy redactando estos capítulos. Seguir al único lince del que tengo constancia que fue mi vecino también me absorbió cuatro o cinco horas. Se me pasaron volando porque puse tal atención en no perder el rastro, con la ilusión de llegar a verlo, que tardé en percatarme de que había dado una vuelta completa en torno a mi propia casa y a unos quinientos metros de distancia.

Además de para seguir andanzas de la fauna el invierno es un buen momento para reparar averías de todo tipo, hacer leña y meditar ante las llamas que te calientan sabiendo que el bosque está descansando.

Primavera, cuando todo crece porque la luz crece

Es bastante más que unas temperaturas afables, un grado de humedad, una duración del día. La primavera es la primera materia prima de la vida en nuestras latitudes, es artista que utiliza todos los cuatro elementos para crear formas y colores, movimientos y conductas... Brotar es destreza mayor de la Vida y pocos, o ninguno, sabe hacerlo mejor que el bosque en estos momentos. Por lo que vemos en estos días de abril y mayo es por lo que podemos considerar al clima como la Vida de las vidas. O como lo más eficiente que conocemos porque no puede ser más lo hecho con tan poco.

Si los árboles obviamente son hijos de la luz, bien podríamos considerarnos nietos de la costumbre más vieja del sistema solar, que no es otra que iluminar. Lo de iluminarnos lo lleva bastante retrasado.

Aunque el árbol más bello de nuestros paisajes vegetales, el madroño, florece en otoño, por cierto y caso casi único, al mismo tiempo que maduran sus frutos, todos los demás compañeros de espesuras son de reproducción primaveral. Incluso algunos como alisos y avellanos se adelantan y suelen fecundarse a sí mismos en pleno invierno.

La primavera en el bosque es ante todo un concierto en la mejor sala, la que no tiene techo. Todo canta, desde la luz al agua, desde las yemas hojadas a los pájaros, desde cualquiera de las briznas de hierba a los líquenes que dibujan mapas sobre la roca. Cantan, no menos, el aire entero y las aguas que despeña la gravedad.

Si por el oído nos alcanza la delicia, el ojo puede extraviarse del todo en el laberinto de los colores recién estrenados. Considero que la oferta cromática del otoño resulta más variada por mucho que entonces sean pocas las flores, pero al concentrarse en las copas de los árboles las cálidas tonalidades otoñales permiten teñir panoramas enteros.

La floración primaveral se dispersa más aunque algunas como la de los brezos o las jaras llegan a ser colores que definen incluso a todo un mes. Por ejemplo, marzo es malva por los billones de flores del brezo rubio. Abril chisporrotea en amarillos por las flores de retamas negras, encinas, alcornoques y melojos. Mayo resulta blanco por las jaras.

Los aromas transitan todos los aires bajos. A pesar de nuestra escasa capacidad olfativa podemos distinguir, con facilidad, una docena de fragancias básicas si nos internamos en las arboledas mediterráneas. Algo menos si es el robledo o el hayedo quien acoge nuestros pasos.

Todo se pone efervescente por los mil amores que quieren ser consumados en estas semanas.

El bosque, aunque en muchos casos usa al viento como portador del polen fecundador, también ha seducido a miles de animales, sobre todo insectos, para que hagan de vehículo de seducción y cópula. De nuevo una alianza creativa y recíprocamente beneficiosa. Los vehículos del polen se lo comen, de hecho se trata de uno de los mejores alimentos, pero también prestan un servicio imprescindible al árbol.

Muchas de estas polinizaciones suceden casi al mismo tiempo que están desplegando las hojas por lo que no puede haber más trasiego en las copas de los árboles. Cuando la floración alcanza su cenit podemos detectar varios cientos de especies de animales, sobre todo invertebrados voladores, en las copas. Entonces será un enjambre de zumbidos lo que mejor confirme que la primavera brinca entre las flores. Si tienes colmenas, como afortunadamente me sucede, muchos de los insectos visitantes de las flores de encinas, robles y alcornoques serán abejas. Resulta formidable espectáculo, tanto sonoro como visual, ver a las aplicadas pecoreadoras recorriendo los amarillos pendientes de nuestras quercíneas. Si fijas un poco la mirada puedes comprobar como introducen su larga lengua succionadora en cada cáliz, por diminuto que resulte. No consigo dejar de extasiarme con esta sencilla escena que he presenciado decenas de veces sin que me parezca jamás trivial. Los naturalistas tenemos un poderoso aliado contra la distracción o el aburrimiento. Por mucho que sea frecuente el encuentro con determinadas conductas de animales o plantas casi siempre conseguimos contemplarlos como si fuera la primera vez. La famosa memez, tan en boca de demasiados, de «visto algo visto todos los otros “algos”» nada tiene que ver con nuestra siempre renovada capacidad de admiración ante toda vida viviendo.

Cada árbol se convierte en multitudinaria asamblea pero algunas especies parecen tener mucha mayor capacidad de atracción. Lo que sucede en los tilos cuando abren su peculiar flor desborda. Para empezar tu tímido y torpe olfato percibe perfectamente el dulzón aroma. Luego te envuelven los aleteos, muchos de ellos con frecuencias de varias decenas de batidos por segundo. Finalmente te acercas al árbol de la calma y compruebas —tengo uno en la puerta de casa— que a

las diez especies de abejas silvestres se han sumado por los menos cinco tipos de moscas, otros tantos mosquitos, un buen puñado de avispas y alguna pequeña mariposa. El maná realmente es toda esta azucarada oferta de los tilos, allá por finales de abril.

Entre las tareas que llevo a cabo, como campesino y emboscado, una de las más gratas, aunque a menudo muy dura, es cosechar miel. Proceso que en estas sierras que me albergan recibe el curioso nombre de castrar colmenas. Siempre lo hacemos en primavera cuando los insectos sociales han podido acumular reservas y todavía queda mucha floración por delante para renovar la que les quitamos. Como practico apicultura ecológica en realidad solo extraigo la mitad de la miel que hay en los panales. En fin, una vez más jugar a empatar.

Verano, su sudor es nuestro alivio

La cantidad y la variedad de todas las formaciones arbóreas del planeta dependen del agua que sobre ellas haya caído. Aunque hay portentos que crecen con mínimos de humedad, resulta obvio que los periodos sin precipitaciones, y más si son calurosos, son el principal enemigo de las selvas y de los bosques. Con la excepción de las zonas ecuatoriales y las de clima atlántico la norma es que llueva de forma irregular o que llegue a faltar por completo durante temporadas, a menudo de hasta medio año.

Los veranos del mundo mediterráneo son secos y muy calientes. Sin embargo contamos con árboles perfectamente adaptados a este periodo de extrema dureza. Lo que la mayoría ignora es que los árboles del clima dominante en nuestra península no solo consiguen para sí mismos lo suficiente para sobrevivir sino que también los animales podemos soportar las canículas gracias a los árboles. Es más que probable que no por mucho tiempo si sigue, como últimamente, el aumento de las temperaturas. Ellos sudan y al hacerlo inyectan en la atmósfera mucho vapor de agua. El proceso se parece mucho a lo que últimamente se hace en las terrazas veraniegas en pleno verano que pulverizan agua para crear un ámbito más húmedo y por tanto menos cálido. La primera consecuencia del sudor de los árboles es la refrigeración de los aires bajos y de todo lo que por sus alrededores se desplace o resida.

Sumemos lo ya comentado sobre las sombras y resulta incomprensible que no veneremos a los gigantes vegetales como supremos benefactores. Porque movilizan el agua del subsuelo también mantienen a la ingente comunidad de seres vivos de la fertilidad.

A menudo queda ninguneada la genial administración del agua que hacen los árboles, verdaderas esponjas que almacenan el líquido vivaz cuando sobra en los suelos y luego, como buenos ahorradores, van gastándolo poco a poco a lo largo del verano. Una encina de dos siglos o un roble de la misma edad pueden transpirar hasta trescientos litros de agua al día.

Con todo y aunque parezca que los bosques se echan también la siesta en los meses cálidos sucede que como tragaldabas de luz que son aprovechan julio y agosto para almacenar los almidones, azúcares y proteínas que la gran insolación proporcionan. En verano el bosque trabaja a destajo, ya descansará en invierno. También es tiempo de los reptiles y de la nación infinita de los invertebrados. Si tu atención trabaja como debe compruebas a cada instante en cada metro cuadrado de bosque, en cada tronco, rama e incluso en todas y cada una de las hojas que algún huésped del bosque se afana en tomar su parte del mismo. En concreto es un buen momento para

cerciorarse de la legión de mascahojas que existen. Decenas de orugas, las futuras mariposas, resultan muy visibles por lo que acaban de devorar. No pocas veces causan la desnudez de los árboles. Se trata de un desastre subsanable por la capacidad que casi todas las especies tienen de regenerar, al menos parte de sus hojas, caso de haber sufrido una plaga de orugas.

Aunque en estos meses dedico hasta seis horas diarias a mis cultivos no dejo de mantener los oídos puestos en lo que se quiere comunicar desde el seno de mis arboledas. Siempre espero que los corzos vuelvan a «ladrar» en la ladera de enfrente. Su celo arrecia desde finales de julio y a lo largo de todo agosto.

No puedo olvidar uno de los mejores momentos de mi vida como naturalista que tuvo a uno de estos elegantes cérvidos como protagonista. Estaba precisamente regando mi huerta cuando veo salir disparado a Ibor, mi mastín. Corría tras un joven macho de corzo que se había colado en el vallado que protege mi huerta de ser arrasada por los ciervos o los jabalíes. Salí corriendo tras perro y corzo pues me temí lo peor. Ibor, en efecto, alcanzó al animal contra la alambrada. Corrí todavía más para evitar una muerte por completo innecesaria. Llegué a tiempo de no ser yo la víctima pues rocé la extenuación pero arrebaté el corzo al mastín. Afortunadamente no le agarró por la garganta porque seguramente habría muerto, más por ataque al corazón que por asfixia.

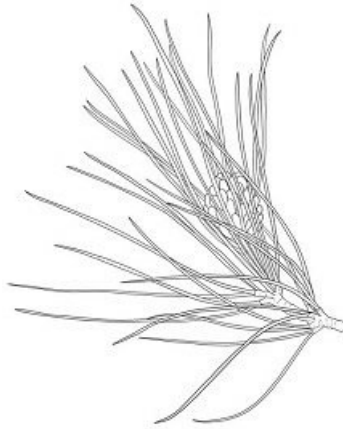
Como el animal rescatado tenía una herida considerable me lo llevé en brazos hasta la tiná de las cabras. ¡Cómo temblaba en mis brazos!

Lo curé y mantuve en el seno de mi rebaño algunos días. Cuando comprobé que se había recuperado procedí a liberarlo. De nuevo en brazos lo acerqué al borde del bosque y lo dejé en el suelo. Se levantó, dio tres o cuatro pasos y se paró para mirarme. Estoy seguro de no haber recibido un agradecimiento más emocionante en mi vida. El tímido, bello, poético corzo con ojos de rara caoba me regaló, en el lenguaje universal sin palabras que son las miradas una gratitud que sigue dando sentido a mi vida.

Tengo siempre en la memoria este verso de Emily Dickinson:

Si ayudo a un desmayado petirrojo
y lo llevo de nuevo hasta su nido,
no habré vivido en vano.

EL LENGUAJE DE LOS ÁRBOLES



Pinus pinaster

Donde hay savia hay son.

CLARISSA PINKOLA

Todo era verdad bajo los árboles.

ANTONIO GAMONEDA

Les oí chillar. Sí, ya sé, estoy seguro que vuestra primera idea será que me lo inventé. Es probable que, en ocasiones, tus sentidos traicionen a la realidad pero estoy seguro de haber escuchado lo que paso a describir. Ya lo hice en su momento. Aunque estaba seguro de que me iban a tomar por un perturbado o alucinado me atreví a contarle por la radio y a incluirlo en algunos artículos.

La sequía había llegado a su máximo. El agosto de 1996 estaba amortajando casi toda la jugosidad de las Villuercas. Aquella tarde me acerqué a varios de los melojos y encinas más grandes que quedan cerca de casa. Noté un desasosiego en mí que no supe explicarme hasta mucho más tarde. Con evidente nerviosismo me acerqué a los troncos y escuché un chirrido agudo, un lúgubre quejido como el que produciría el más oxidado de los goznes. Un estremecedor lamento que solo podía venir del interior de los árboles mismos. Mi angustia aumentó por la impotencia. Ciertamente es imposible convertirte en lluvia pero empecé a empalmar mangueras para regar aquellas criaturas que pedían auxilio. Regar un bosque es un precioso imposible pero conseguí que el agua llegara a una docena de los más accesibles. Espero haberlos salvados pero, como otros muchos que estaban más alejados sobrevivieron a todos los bochornos de aquel verano, entiendo que me dejé llevar por el impulso protector.

Años más tarde leí, en más de un informe científico, que el estrés hídrico comprime de tal forma los vasos por los que circula la savia que producen un sonido, en principio solo perceptible por micrófonos de altísima sensibilidad pero que, por algún motivo, aquel día mis tímpanos fueron capaces de captarlo.

Dicen algo, pues, los árboles. Además de charlar con el viento en la actualidad estamos seguros, entre otras cosas porque se ha grabado, que cuando todo va bien y circula el agua y los alimentos con abundancia se escucha un soniquete alegre como el borboteo de un manantial pequeño. Si se usa un estetoscopio llega a percibirse.

Pero lo que acabo de contar no implica comunicación explícita y voluntaria. Es más, las emisiones sonoras de la arboleda son mínimas y podemos consolarnos con que las han delegado en la infinidad de aves e insectos que no hacen más que emitir cantos y estridulaciones diversas desde todos los rincones.

Los medios y métodos por los que la arboleda se comunica son de una forma muy diferente a las que usamos casi todos los animales.

Cuando los más perspicaces de los botánicos comenzaron a informarnos de la capacidad de los árboles de enviar mensajes que eran interpretados por otros de su misma especie y provocan determinados comportamientos no fueron demasiados los dispuestos a creerlo. Hoy son tan contundentes los experimentos llevados a cabo que se ha formalizado, por completo, la que sin duda es la más portentosa destreza del reino vegetal. Incluso se ha puesto un tanto de moda escribir, discursar e investigar sobre el lenguaje de los árboles. Lo que, creo, merece una pequeña aproximación que de forma tan esclarecedora nos anticipó, con este poema, Tomas Transtömer:

Cansado de los que llegan con palabras, palabras, pero no lenguaje
parto hacia la isla cubierta de nieve.

Lo salvaje no tiene palabras.
¡Las páginas no escritas se ensanchan en todas direcciones!
Me encuentro con huellas de pezuñas de corzo sobre la nieve.
Lenguaje, pero no palabras.

Porque casi todos, casi siempre, entendemos que son las palabras la esencia exclusiva de la comunicación. Ciertamente nuestro sistema es el más completo y diferenciador pero nada más lejos de lo cierto que no nos preceda una ingente variedad de estilos de transmitir y compartir información. Poco, o nada, se entiende de lo que es la Vida si no lo asociamos precisamente a la comunicación. Vivir es comunicarse y casi todo lo que se comunica apenas es aceptado por los que nos comunicamos con palabras. Esto que implica negarle a todo lo demás la cada día más necesaria comprensión. Porque lo crucial es que lenguaje, como es reconocido etimológicamente en nuestros mismos diccionarios, es la peculiar forma, el estilo de poner en común algo que permite incrementar la información para todas las funciones básicas para la continuidad, para ese propósito indistinguible del hecho mismo de vivir. Con el matiz añadido de que los lenguajes de lo espontáneo son casi siempre inequívocos. Cierto es que existen formas de engañar en la Natura pero nunca de mentir. Eso solo lo consiguen las palabras y hasta nos define, de hecho somos la especie que miente. Con el logos siempre hay que andarse con cuidado por mucho que sea lo que más nos ha hecho. Por mucho que los idiomas con palabras sean casi como un ecosistema. Por mucho que estar callado es lo que más y mejor te deja comprender al resto de lo que tiene lenguaje, pero no palabras. Pocos han expresado mejor que Constantino Molina, poeta premio Adonais del 2014, lo que llevo tantos años aprendiendo del mismo bosque.

Basta callar, dejar cantar al mundo
y oír su voz fugaz para entenderlo.

Y lo primero que conviene entender, insisto, es que podemos escuchar e interpretar el lenguaje de lo demás. La destrucción de la vivacidad de este mundo se debe, en primer lugar, a que no comprendemos los lenguajes de lo espontáneo. Tragedia sin paliativos porque son las formas de comunicar que usa la Natura, y lo que comunica, lo que puede ponernos en común con Ella y aceptar que destruirla es destruirnos.

Lanzar un mensaje de alarma, es decir que el miedo movilice alguna reacción a menudo es la misma base de la que parte la comunicación entre los árboles. El proceso quedó confirmado con una observación realmente formidable. Las acacias de la sabana de África, cuando son ramoneadas por alguno de los grandes herbívoros, pueden lanzar un mensaje químico, es decir determinadas moléculas volátiles que llegan a sus congéneres a tiempo para que segreguen repelentes que convierten en desagradables, por olor y sabor a sus hojas que, por tanto, son evitadas por los antílopes, jirafas y cualquier otro rumiante. Llegan incluso a ser totalmente tóxicas, por tanto con capacidad de ser letales para quienes las ingieran.

Si complejo puede parecer este lenguaje, capaz de recorrer distancias a través del aire, mucho más cuando implica a un tercer protagonista. Algunas plantas, incluso cultivadas, unos pocos árboles, cuando son atacados por orugas de alguna mariposa o polilla pueden lanzar un mensaje pero no para otros vegetales sino para algunos tipos de avispa, feroces consumidoras de esas orugas. Crean un cierto rastro químico que guía a los insectos predadores hacia sí mismos. Al

parecer una hormona que puede incorporarse a un gas que mana de la planta puede provocar las reacciones de información y sistema de alerta. Sin descuidar que por supuesto cualquier planta atacada masivamente puede desplegar como sistema de autodefensa un incremento de los taninos y otros compuestos químicos que funcionan como repelentes.

Con todo es en el lado invisible, en el mundo de las raíces, donde más comunicación entre los árboles se da.

En el capítulo dedicado a la más crucial porción de los árboles, esa que casi nunca vemos, quedó claro que bajo el suelo de todas las arboledas del mundo se extiende una ingente red de redes, una masa de canales por los que circulan nada menos que recuerdos, alimentos, mensajes, compasión, alarmas, situaciones, orientaciones y de forma muy destacada colaboración y formas de compartir que se acercan bastante a la más estricta justicia distributiva. Lenguajes, pues.

Todo ello con una peculiaridad más que fascinante porque la simbiosis, esa que permite a los hongos recibir azúcar de las plantas y estas agua y minerales de los hongos, también se encarga del reparto en todas las direcciones de esos mismos elementos básicos y de todas las prestaciones mencionadas en el párrafo anterior. Con la ventaja añadida de que si ya es profusa la maraña de las redes, todavía más miles de kilómetros suma la de las hifas de los hongos. En realidad hay que comprenderla más como un tejido, bien tupido, que como una red. Ciertamente los destinatarios son los congéneres, es decir las comunicaciones no favorecen a los castaños o los robles que crecen entre las hayas.

A través del marcaje con isótopos radiactivos se ha podido comprobar como, a través de esta verdadera red de redes, unos árboles pueden asistir a otros, incluso mandar alimentos si están pasando hambre. Pueden literalmente cuidar de sus propios descendientes.

EL ÚNICO CADÁVER BELLO



Platanus hispanica

¿Quién robó a los bosques,
a los confiados bosques?

EMILY DICKINSON

¡Oh yo quiero crecer,
miro hacia afuera y el árbol crece en mí!

RAINER MARIA RILKE

Vivir después de la muerte

Vivimos el tiempo de las muertes prematuras. Prácticamente solo nosotros los humanos estamos aumentando la esperanza de vida. Habría que restar, por supuesto, esos seis millones de personas que se despiden antes de tiempo a causa de la contaminación de la atmósfera. Seguramente habría que multiplicar por diez si enfocamos directamente al cáncer pues, según algunas de las peores previsiones, pronto acabará afectando al 50 % de los humanos. Las alergias, por su parte, demuestran que algo ha cambiado también en el panorama de nuestra propia salud, sobre todo si tenemos en cuenta que eran enfermedades excepcionales hace solo un siglo. Que sea el imprescindible polen, a menudo de árboles, lo que convierte en penosas las primaveras de demasiados se acerca a lo macabro embadurnado de absurdo.

Por eso conviene insistir en aquello de que la salud del ambiente es la base de la nuestra, por mucho que sea cierto lo de que se viven más años que hace un siglo y muchísimo más que hace diez.

Pero en el resto de las criaturas vivientes arrecia lo de morir demasiado pronto. Son ya pocos, muy pocos, los árboles que mueren de viejos. Las muertes naturales resultan cada día más escasas entre las frondas. Lástima porque un árbol muerto en el seno del bosque sigue siendo fundamental para su comunidad. Cuando a una de las ancianas catedrales vivas —denominación que me presta Raúl de Tapia que así acertó a definir a los árboles monumentales— ya no la cubren hojas nada ha terminado. Cuando se secan ramas y troncos a menudo acogen más líquenes, musgos y hongos que cuando estaba vivo. Infinidad de insectos xilófagos, es decir comedores de madera, sustituirán a los fitófagos. Mamíferos, incluso de considerable tamaño como gatos silvestres, lince, jinetas, seguirán creando parideras y cubiles en los troncos. Son casa también para no pocos reptiles. Todo ello además durante decenios.

Le sigo la pista a media docena de enormes robles melojos cercanos a mi hogar, llevan muertos pero en pie desde hace entre diez y quince años. Soportan considerables vendavales. Lo que no quiere decir que los temporales no derriben muchos de estos monumentos. De hecho el 29 de diciembre de 1979 del pasado siglo cayó al suelo una encina que, como pudimos comprobar por sus anillos de crecimiento, tenía 210 años y que siempre sospeché que era la decana de mis arboledas. Pues bien, aunque buena parte de la misma nos sigue acompañando como peana de una mesa, otras porciones siguen ahí, cuarenta años más tarde, albergando un cosmos de seres vivos.

No menos formidables resultan los troncos caídos y que así comienzan a diluirse lentamente en los suelos para, con su último viaje, enriquecerlos con más materia orgánica. En todos los casos sostengo que el difunto sigue siendo formidable incluso por su aspecto; es más se trata del único cadáver bello que pueda contemplarse en este planeta.

Conviene percatarse de esta evidencia. Sobre todo porque son torpes las gestiones forestales que retiran los árboles muertos cuando son inseparables de la plenitud, de la salud de esas mismas arboledas. Resulta del todo imprescindible comprender que cuando uno de estos gigantes muere a causa del tiempo acumulado en sus entrañas, es decir con un puñado de siglos entreverando sus

anillos de crecimiento, consigue mantener durante mucho más tiempo esa prestancia que nos lo hizo admirar. Tanto que acaso la mayor de las prestaciones de estos prodigios de la vivacidad sea que, en no pocas ocasiones, llegan a albergar mayor multiplicidad biológica cuando están muertos que durante su tiempo de esplendor. Mueren, por tanto y se convierten en algo todavía más vivo que cuando estaban vivos.

Acaso los partidarios de las reencarnaciones se percataron de que en realidad es lo que sucede en los bosques porque sin duda el árbol acaba siendo otros muchos seres, incluso otros árboles.

Por supuesto que un árbol que está siendo convertido en tablones o en serrín para pellets; un árbol destruido por la seca o cualquiera de las mil enfermedades cada día más frecuentes y no digamos si lo que de él queda está quemado; en fin un gigante vegetal abatido por algo que no sea su propia vejez nada tiene de estético. Me angustian los camiones que transportan troncos al aserradero. Todavía más las imágenes, cada año más frecuentes, de los incendios que arrecian, despiadados, en todas las regiones boscosas del planeta.

La seca

La detecté en mis soledades hace veinticinco años. Poco, o nada, sabía entonces de la mayor amenaza que se adentra en nuestras arboledas. Acababa de dar de comer a las yeguas y por seguir, algo que me resulta inevitable, el vuelo de un rabilargo vi, por primera vez, una rama con todas sus hojas secas. Aquel amasijo claramente muerto en medio de la profusa vivacidad de la copa chillaba como cualquiera que hubiera recibido un latigazo. Era una de las encinas más viejas con las que comparto morada. A los tres meses ya eran dos las manchas marrones que ponían un severo contrapunto en el oscuro verdor de las matriarcas de nuestros bosques. Tardó dos años en secarse por completo. En ese tiempo unas veinte encinas más y algunas rebollas, creo que tres o cuatro, empezaron a tener los mismos síntomas. Hoy lleno la leñera con los troncos y ramas de las encinas que se me mueren. Desgarrador para cualquiera pero bastante más para los que queremos que haya muchas más y no menos encinas en nuestros paisajes.

Porque lo que sucede en mis alrededores es muy poco si lo comparamos con la situación de los encinares, sobre todo los de la mitad sur del país. Sencillamente están en peligro unos 500 millones de nuestros mejores aliados. Decenas de miles se están secando ya anualmente. De hecho los botánicos y ecólogos que siguen de cerca a esta plaga nos informan de que, si bien en los años noventa contabilizaron algo más de 1.200 focos sobre una 20.000 ha ahora son más de 5.000 sobre casi tres millones de hectáreas. Pero no se trata de un bosque más sino de las dehesas que nos regalan, como quedó claro en el manifiesto que he incluido más arriba, el paisaje más afable y necesario de nuestra península.

El causante es un hongo que ataca a las raíces. Se trata de una especie invasora que al parecer era original nada menos que de Papua Nueva Guinea. El *Phytophthora cinnamoni* se nos coló a bordo del comercio de madera. Uno más de los testimonios de que si bien los intercambios de materias primas, alimentos o tecnologías son en la actualidad esenciales para el tipo de

sociedad en el que vivimos, son también incalculables los destrozos y pérdidas económicas que han originado. Tantos que, si esos daños fueran incluidos en el balance de rendimientos del comercio mundial, seguramente arrojarían un saldo negativo.

Para los botánicos que están dedicando un gran esfuerzo a intentar comprender en toda su amplitud esta enfermedad, de momento no hay cura posible. Incluso algunos consideran prácticamente perdida la batalla. Si esto es cierto podríamos encontrarnos con una aceleración total de los procesos de desertificación que ya está potenciando el desastre climático. Para esos expertos la única esperanza radica en que algunos ejemplares consigan acabar siendo inmunes a la seca y que sean los que vuelvan a colonizar buena parte de este país.

Zona catastrófica

Estamos familiarizados con las declaraciones de zona catastrófica cuando algún revés, casi siempre climático, daña seriamente los patrimonios de los habitantes de un determinado lugar. Es lo que deberíamos hacer con no pocos de nuestros bosques. En realidad con el planeta entero si no derrocamos cuanto antes el modelo energético.

Las cifras con más de tres ceros nos extravían, escapan a la comprensión porque se leen en menos de medio segundo pero esconden eternidades e inmensidades que solo caben en la más arrebatada imaginación. Ya vimos los desbordados guarismos en el segundo capítulo que dedicamos a las cuantías globales de la arboleda mundial. No menos apabullantes resultan los vinculados a la caída y muerte de los bosques. Porque hay que ser capaces de imaginar que todos los días son abatidos, quemados o mueren por enfermedades casi tantos árboles como personas viven en un país como el nuestro. En concreto unos cuarenta millones de pies. Sería más que deseable que esto fuera considerado como una pandemia que nos afecta directamente. Pero apenas resuenan en nuestra capacidad de conmovernos esos acelerados desastres. Si los aprovechamientos madereros se llevan entre un 15 y un 20 % de la escalofriante cifra, el resto de los muertos se deben a incendios, infraestructuras, urbanismo y especialmente a enfermedades.

Adentrémonos algo en el siempre engañoso panorama de las estadísticas. La cifra mencionada supone que cada segundo perdemos más árboles de los que nos corresponden por persona. Recuerdo que si dividimos los 3 billones de ejemplares que se estima tenemos en el planeta por los habitantes humanos del mismo nos sale una media de 422 por persona.

Si seguimos con la pauta del reloj resulta que la pérdida es de 28.000 por minuto, lo que ridiculiza dramáticamente el placer de haber plantado 25.000 en toda mi vida. Si subimos al escalón de la hora son más de un millón setecientos mil los árboles que mueren en ese periodo.

Por poner un ejemplo cercano. A lo largo de 2019 se han perdido, solo por incendios, más árboles que la totalidad de los que tenemos en la península Ibérica. La estimación resulta conservadora si hacemos caso a las fuentes que mantienen que esa cantidad es la que corresponde tan solo al gran incendio de la taiga siberiana al principio del verano. A lo que habría que sumar los auténticos tsunamis de fuego que barrieron la Amazonía, parte de las sabanas de África, California y Australia. Acaso sea necesario multiplicar por tres las cuantías de la catástrofe. Que a menudo no solo quema árboles.

Quemados

Rafael Ibáñez, Alejandro Verdú Pérez, Diego Márquez Toscano, Bartolomé Toledo Fernández, José María García Jaén, Manuel Andrades Cervera, José Castro Lozano, Miguel Cano Pérez, Pedro Antonio Membribe Rubio, Ángel Godoy García-Risco, Alberto Encinas Rosado, José Luis Herrero, Ana García García y Francisco Ruiz Fuentes murieron en el verano de 1993 mientras combatían incendios forestales. Tragedia acaecida precisamente cuando celebrábamos que ese había sido uno de los mejores veranos en cuanto a incendios de los últimos decenios. Pero, a golpe de llamas, se nos convirtió en el peor. Ya es inconsolable dolor si se queman, como vienen quemando todos los años, centenares de millones de seres vivos, es decir los árboles y sus inquilinos, la mayoría de los cuales no aparecen en estadística o registro alguno, si acaso un lejano recordatorio cuando se queman algunas cabezas de ganado, animales cinegéticos o algunas otras especies de poca capacidad de escape, como los reptiles y los anfibios. Esto, en concreto, supone no acordarnos de los miles de millones de organismos que viven en los primeros centímetros de los suelos fértiles y de los millones de invertebrados que pululan por ramas, troncos y hojas. Al respecto recuerdo que, por ejemplo, en una ha de bosque pueden llegar a vivir medio millón de arañas y otras tantas hormigas. El desgarró por este biocidio, al menos para quienes no tenemos el alma encallecida, es enorme pero si hemos de sumar nada menos que catorce vidas humanas calcinadas por intentar frenar las llamas la valoración escapa a lo que generalmente reducimos a palabras y, demasiado pronto, a olvidos.

Resulta mezquina ignorancia afirmar que los defensores de la vida, de todas las vidas, antepone las de animales y plantas a las de nuestros semejantes. Al tiempo que cada día resulta más necesario alejarse de la simplificación y más aún de la ignorancia desde el momento en que queda casi todo por saber y más aún por comprender. Entre lo que no figura el reconocer que nada nos resulta más valioso que la propia vida y que la de los demás lo es tanto como la tuya. No menos imprescindible resulta aceptar que, si bien la naturaleza nos dicta lecciones morales, al menos se ofrece el permanente mensaje de que considera valiosas la complejidad y la variedad. Una de las primeras estrategias para la continuidad de la vida, tanto el bosque como la sociedad, duran más y se defiende mejor cuantas más variedades de vivos, humanos y árboles, los formen. El fuego hace todo lo contrario. Simplifica al convertir tesoros de complejidad en el espantoso reduccionismo de las cenizas o de los desiertos. Se nos quiere olvidar que nosotros, todos, ya somos víctimas de los fuegos de bosque porque, y nunca insistiremos lo suficiente, son nuestros descarados benefactores. Pero, ahora, lo somos todavía más pues hemos perdido a esos catorce abrasados que serán olvidados muy pronto. El que hayamos escogido esta catástrofe concreta no puede hacernos olvidar que son más de doscientas las personas que han muerto en los últimos 30 años durante las tareas de extinción. Algo que hasta queda eclipsado por las cifras de los fallecidos en Portugal a lo largo del 2017, nada menos que 64 muertos en un solo episodio. Destroza todavía más lo sucedido en California a lo largo del otoño del 2018, cuando además de 45 millones de árboles, ardieron más de 3.500 casas y murieron casi trescientas personas. La memoria deja poco espacio para lo que no sea poder, adquisitivo o político, y de estas tragedias solemos anestesiarnos. Sirva, en cualquier caso, este mínimo homenaje a quienes ya son ceniza por intentar que no lo fueran los árboles. Todas las cifras y referencias que acabo de incluir se

quedan en nada tras los incendios que arrasaron enormes porciones de Australia en el invierno del 2019/20. Junto a unos treinta muertos y algo más de 20.000 millones de árboles se estima que mil millones de animales murieron quemados.

No menos justo resulta reconocer que se ha mejorado mucho en la forma y en el fondo de la lucha antiincendios en nuestro país. He sido testigo de excelentes actuaciones de los equipos de extinción durante este verano que han reducido en unas pocas horas dificilísimos incendios. Eficacia a la hora de alcanzar lugares a los que casi nadie accede si no es con el concurso de helicópteros, aviones y retenes de a pie. Así han sido dominados miles de desastres pero otros dominaron y asesinaron. Queda pues mucho por hacer en esto de combatir el fuego. Nos referimos ante todo a la formación de los miles de bomberos a tiempo parcial. No menos urgente resulta la necesidad de incrementar nuestra conciencia y nuestros conocimientos. Demasiado pocos perciben lo que significa el bosque y su incalculable ininterrumpida cadena de prestaciones gratuitas. Solo entonces no será necesario arriesgar vidas y perderlas. La incompreensión, la falta de valoración de lo que es un árbol también quema, de la misma forma que el sentimiento de la Natura hace crecer —lean la cita de Rilke al inicio del capítulo 13.

El árbol, insisto de nuevo, es un inestimable tesoro ya que el solo puede ayudarnos mejor que ningún otro recurso político o tecnológico a aliviar algunas de las más graves enfermedades que asuelan el planeta. Lo menos es darle las gracias en nombre del bosque y de todos los que seguimos teniendo la suerte de contemplarlo, respirarlo y defenderlo.

¿Cuánto valía esta ceniza?

Valorar lo que se pierde es el primer paso para que el esfuerzo invertido en que así no sea tenga el suficiente respaldo social y presupuestario. Vaya por delante, en cualquier caso, que los daños resultan manifiestamente incalculables pues lo son también los beneficios. Ignorando esta evidencia no son raras las cuantificaciones económicas de lo que suponen los incendios. Muchas de ellas basadas exclusivamente en el valor de la madera quemada, que, por cierto, en muchas ocasiones no queda tan dañada como para no poder ser comercializada. De hecho hasta hace muy poco fue normal venderla con grandes beneficios.

¿Qué se pierde realmente con cada incendio?

Mantengo, incluso desde antes de ser un emboscado, que la distancia más grande que media entre dos realidades en este planeta es la que se da entre un bosque y él mismo reducido a cenizas. Abismo insondable es poco calificativo para valorar lo que a menudo sucede en unos pocos segundos. Lo que era verdor sustentador, fábrica de transparencia, fertilidad futura queda convertido en cenizas, algo millones de veces más pobre, por mucho que las pavesas tengan algo de potasio y puedan ayudar a crecer a lo que nazca entre las grises escamas. En consecuencia propongo que cuando se caiga en la torpe tentación de valorar, no digamos si es monetariamente, a una arboleda se eviten las cifras concretas como las que más adelante aporte. Solo cabe considerar que lo perdido tras un incendio es manifiestamente invalorable o de valor incalculable. A pesar de la obvia se han manejado miles de cálculos a la hora de intentar poner precio a lo que no lo tiene.

Con seguir siendo una de las primeras materias primas para los humanos, la madera no es ni de lejos la principal aportación de los árboles a nuestro bienestar. Con ser todavía, a escala mundial, mayor el número de viviendas hechas con madera que con cualquier otro material, tampoco será ese uso y las plusvalías que genera lo más rentable que mana de las arboledas. Sirva de ejemplo y, con suerte, de reflexión los escuetos datos que siguen. Proceden de un largo y pormenorizado estudio sobre el valor económico de nuestros bosques. Aunque la lista de servicios y elementos que proporcionan las arboledas supera los tres mil conceptos se analizaron solo los cinco considerados hoy más cruciales. El cálculo se hizo en € por hectárea y año.

Como proveedor de agua el bosque tiene un valor 215, 37 €

Como controlador de la erosión 23, 29€

Como fijador de elementos químicos persistentes se le adjudicó un valor de 7, 13€

Como sumidero de carbono, acaso lo hoy más necesario, la partida sube a un valor de 83, 29 €

Finalmente como hogar de la mayor parte de la multiplicidad vital valdría 22, 56 €

Por tanto cada ha de nuestros bosques valdría o nos ahorraría, en este último caso si tuviéramos que suplir esas funciones con sistemas artificiales, unos 352 € por ha y año. Más de 50.000 millones de euros anuales para la totalidad de la masa forestal española.

Arboleda que está formada, como ya adelantamos en el segundo capítulo, por unos 7.000 millones de pies.

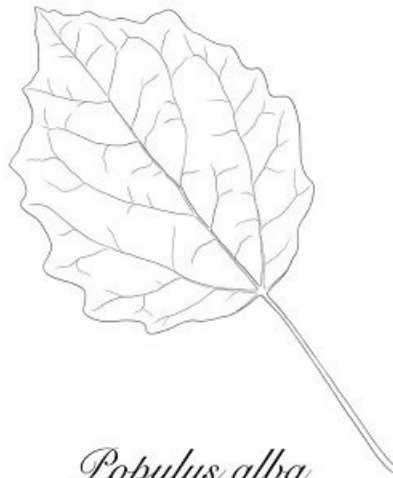
Por eso cuando a lo largo de los meses tórridos vayan cayendo las noticias sobre lo quemado, bueno será recordar estas cifras. Sobre todo porque si alguien tuviera que pagar a la sociedad el montante de ese ridículo cálculo de lo perdido saldrían varios centenares de millones.

Pero lo importante es que esos 50.000 millones de euros anuales que en teoría valen los cinco primeros servicios ambientales de los bosques son un regalo.

Algo debería aparecer en la conciencia de cada habitante de este país cuando se llega a saber que, dado que los árboles no seleccionan a los por él beneficiados, el montante individual es de unos 1.100 €. Es decir que las arboledas de este país nos obsequian esa llamativa cantidad todos los años.

Cuando una vez más los agentes forestales y los bomberos peleen por salvar la mayor superficie posible de nuestro primer patrimonio natural, tengamos presente que pelean, con muy poco presupuesto y mucho riesgo, contra la fuerza más empobrecedora de la verdadera riqueza que conocemos.

LA CATÁSTROFE CLIMÁTICA



Populus alba

La comprensión plena
de lo que estábamos haciendo
llegó al mismo tiempo
que nuestra autodestrucción
plena.

JORGE RIECHMAN

Todas las formas de morir que acaban de leer pueden quedar en episodios triviales si se confirman las peores consecuencias del desastre climático en el que estamos inmersos. Si nada ni nadie puede escapar a los daños que ocasionan el aumento de las temperaturas y la creciente irregularidad y amplificación de la totalidad de las manifestaciones del clima, mucho menos los árboles. Como hijos que son de esas condiciones básicas, como adaptados desde hace millones de años a los diferentes climas del mundo. Capaces, es más, durante las glaciaciones de refugiarse en unos pocos lugares para luego recuperar dominios perdidos. Ahora lo tienen, tenemos, mucho más difícil. Sobre todo porque la situación actual resulta hasta mil veces más veloz que cualquiera de los grandes cambios de los periodos geológicos o climáticos del pasado.

Para comprender mejor lo que se nos viene encima considero oportuno señalar y destacar el papel que desempeñan los bosques como medicamento contra las peores enfermedades ambientales del presente.

Es más, estoy convencido de que lo único que puede rebatir a la ácida y dura lucidez de lo expresado por Riechman al comienzo de este capítulo, es el mismo bosque. Porque si conseguimos que la producción de transparencia sea igual o superior a la de opacidad todavía estaremos a tiempo. A tiempo, sobre todo, si no esperamos a nadie para ponernos a imitar a los árboles.

Conviene insistir en que lo primero, sin duda, es su papel de fijador de carbono, moderador de los sofocos y creador de sombras. Su oponerse a la acometida del desencajado clima del presente. Como todo un sistema inmunológico la totalidad de los árboles del mundo se enfrentan a la septicemia generalizada en la biosfera provocada por nuestro modelo energético. Hay pus en la transparencia y los tres billones de árboles todavía en pie acuden como legión de glóbulos blancos a enfrentarse contra nuestro peor enemigo.

Es antídoto también el bosque para la segunda gran dolencia del planeta Tierra. El también acelerado perder biodiversidad ha sido catalogado como la sexta gran extinción de la historia de la Vida. De nuevo cabe identificar como la más grave por acelerada, de hecho resulta centenares de veces más rauda que cualquiera de las mermas de periodos geológicos pasados. Como la mayor parte de la multiplicidad vital de este mundo es fauna y flora emboscada, pocas dudas caben de que mantener la múltiplicidad de las diferencias pasa por que los árboles se mantengan en pie. Por mucho que ya seamos tan pocos los que vivimos emboscados, necesitamos la hospitalidad que las arboledas brindan a incontables seres vivos para no ser desahuciados.

El amontonamiento de lo feo que logra la rauda mezquindad de esta civilización también es contrarrestada por la misteriosa belleza del bosque o por la solemnidad del árbol.

La lela velocidad que tanto manda también es desmoronada por el bosque, cuando le dejamos fertilizar nuestras razones y emociones.

Ser barricadas contra el desierto convierten a los árboles en protectores frente a la más preocupante invasión de todos los tiempos.

No olvidemos su capacidad depuradora, la fijación de metales, la interceptación de partículas y ruidos...

Siento escribir esto. Pero todos los rasgos terapéuticos de nuestras selvas, arboledas y sistemas forestales están también amenazados. El bosque es una medicina enferma. Dañada por todo lo que puede curar. De ahí que no podemos defender al bosque solo plantando árboles. Tenemos que curar a nuestro mejor medicamento gastando la menor cantidad posible de energía. Limitando el consumismo de lo superfluo. Caminando y pedaleando. Comiendo menos carne y siempre que sea posible productos de cercanía y temporada. Mantener el esplendor de la Vida, que tanto necesitamos, pasa por necesitar solo lo necesario. Para curar a las farmacias que son los bosques contamos con la medicina llamada austeridad. Más sencillez en nuestras vidas se comportará como la mejor fertilidad natural para la regeneración precisamente de todo lo que consideramos esencial. Es decir la belleza, la libertad y la continuidad de las dos primeras.

ALGUNAS INOLVIDABLES
EMBOSCADAS



Quercus ilex

Todos los escritores, sin excepción, aman los bosques.

HORACIO

Son tantos los regalos que nos hace la Natura que cabe perpetrar miles de voluntarias y siempre gratas emboscadas. Es decir que podemos sosegarnos dejando que el bosque nos tienda una emboscada y nos atrape, amablemente entre sus brazos. Todo ello sin largos desplazamientos. Hasta cualquier paseo por un parque urbano, aunque esté poco arbolado, te puede convertir algo más en lo que ya eres: uno de los brotes que dio el bosque a la historia de la Vida.

Podemos, en efecto, incluírnos en las espesuras, perdernos entre el laberinto de troncos, alejarnos, pues, del demasiado ruido de las mentiras. Sin salir de nuestro país tenemos miles de opciones.

La fortuna de vivir en estas latitudes que consienten la convivencia de hasta nueve razas de climas diferentes nos obsequia con un gran número de formaciones arbóreas. Muchas más que en cualquier otro país del cercano Viejo Mundo al que pertenecemos. Semejante privilegio resulta inabarcable en los siempre escuetos límites de un libro, por mucho que este lo estemos dedicando a lo ilimitado. Lo que me obliga a pedir perdón por empobrecer la realidad con este capítulo que dedico a unos pocos bosques, tan solo diez, de nuestro país. Incluyo una especie de frutal que, espero, represente a los árboles domesticados y que a veces, como sucede con los olivos y los cerezos, compiten en número con las especies silvestres.

En cualquier caso creo que esta selección de preferidos resulta suficientemente representativa de nuestro todavía vivo y múltiple repertorio de arboledas. Una vez más, pues, se trata de sencillas tarjetas de visita que pretenden incitar precisamente a la visita. Mantengo desde siempre que, aunque la divulgación me ha permitido ganar el sustento a lo largo de la mayor parte de mi vida, no conviene contentarse con ella. Siempre es aperitivo, un mínimo tentempié para abrir el apetito y que movilice la apetencia hacia el gran manjar que es una profunda incursión en alguno de nuestros excelentes bosques.

Si considero a los reportajes periodísticos o divulgativos como insuficientes, mucho menos debemos confiar en la propaganda, por cierto cada día más frecuente con relación a la Natura. Me refiero a esta imprudente avalancha de incitaciones al consumo superficial de viajes. Incluso los de aparente aventura, contemplación o avistamiento naturalista se resuelven demasiadas veces en una trivialidad más de la civilización del consumismo. Adentrarse en el bosque es placer que conviene degustar despacio, sin planes prefijados y, por supuesto, desnudos de todo estereotipo. Si lo haces sin sufrir la compañía de las distracciones, la experiencia puede ser tan placentera como didáctica, tan estética como ética. Viajar a lo más completo que existe en este planeta debe, al menos en parte, completarte y no vaciarte como sucede con todas las modalidades de turismo.

Describo a continuación diez encuentros posibles con otras tantas arboledas, de esas que parecen acotadas por un nombre pero que siempre escapan, por suerte, a las definiciones y los límites. Por supuesto que contamos con muchos centenares de formaciones forestales con tanta o mayor personalidad que los aquí incorporados. Es más animo con todo entusiasmo que conviene tener las propias preferencias y que por tanto vayan y embósquense con respeto y prudencia en tantos otros lugares donde todavía no he estado.

Como se comprobará a continuación parto, una vez más, de la vivencia propia. Es decir que incluyo tanto las emociones que sentí al emboscarme en esos lugares, los poemas que aparecen al final de cada apartado creo que lo demuestran, como las principales características básicamente ecológicas de esas mismas arboledas. A veces incluyo también los motivos por los que llegué a conocer bien estas arboledas. Todo este libro trata de compartir —no hay mayor placer posible— lo que aprendí y sentí para que, en la medida que os parezca oportuno, suméis a vuestras vidas el conocimiento y la emoción que, como su mejor fruto, nos regalan los bosques cuando los transitamos, es decir cuando les dejamos transitar por nuestra sensibilidad. Si algo permite el crecimiento de cualquier cosa viva es la pasión por esa misma Vida que resulta del todo imposible sin compartir un ingente número de elementos esenciales y comunes. En el bosque es donde mejor se comprende lo que Ortega y Gasset resumió con esta lucidez, desgraciadamente tan olvidada: «Vivir es convivir».

Si todos estos apartados dedicados a bosques concretos, de esos que tienen nombre y apellidos, comienzan con una cita, invariablemente poética, también culminan con unos versos propios. Hay que ser consecuentes con lo ya afirmado de que es con la emoción estética como se describen a sí mismas las arboledas.

La lucidez de los cerezos del Jerte

Quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos.

PABLO NERUDA

Cuando la luna nieva sobre infinitos pétalos y ocupa hasta las últimas posibilidades de tu mirada es que están floreciendo los cerezos. No hay lluvia de color más acariciadora. No hay mejor bandera de paz, ni mejor declaración de amistad hacia la Natura que esa espuma de luz que está absorbiendo la arboleda más dulce.

Vocación de regazo descubres en todo lo que te está abrazando en estos últimos días de marzo. Por si la marejada de color fuera poco escuchas al heraldo de esa primera materia prima para la Vida que son las primaveras. Albo comienzo que además supone toda una declaración de intenciones. Lo esencial comienza con pureza, esa que ahora, como nos recordó Gamoneda, tiene úlceras.

Envidio a los japoneses que han sido capaces de convertir este espectáculo en un encuentro decisivo entre lo humano y lo espontáneo. Os recuerdo que algo más de la mitad de ese pueblo celebra el *Hanami*, que significa *contemplar flores*, y dedica sus emociones a reverenciar a la Natura a través de la, para tantos, más delicada de sus manifestaciones. Que un acontecimiento no humano acapare a lo humano demuestra que todavía estamos a tiempo de replantearnos el ulcerante antropocentrismo.

Lentamente también por estos perdederos nuestros se produce una suerte de avalancha de fugaces visitantes en estos escarpes extremeños de la Sierra de Gredos. Los atascos y las prisas no favorecen unos mínimos de serena contemplación pero al menos, por unas horas, la belleza de

la renovación se convierte en espectáculo de masas. Todo un comienzo para que, algún día, lleguen a preferir la grata y gratuita creatividad de la Natura a la ceguera que emerge de las pantallas.

Consideremos, por favor, a esta concentración de tantos frutales un poco como embajadora de todas las especies cultivadas sin demasiada mecanización. Ciertamente los frutales de las grandes zonas de regadíos escapan por completo del estilo espontáneo que todavía le queda, al menos en parte, a los cerezos del Jerte. Las filas de cientos o miles de frutales perfectamente alineados sobre tierras llanas apenas tienen nada que ver con lo que guía este libro. Sí, en cambio, los muchos ámbitos rurales, donde en los alrededores de las aldeas y pueblos se da, o daba, una sucesión de pequeños huertos con sus lindes generalmente bordeadas de unas cuantas especies de frutales. Un delicioso mosaico que tantas veces se confundía con el mejor paraíso posible sobre este mundo.

En el Jerte los cerezos crecen escalonadamente, ladera arriba, retenidos por infinitas terrazas que sujetan su tierra con muros de piedra granítica. Bueno será recordar el mucho tiempo, sudor y arte humanos que permiten florecer a los cerezos. Cultivar cuevas exige esta descomunal modificación de las condiciones de partida. Hoy, cuando lo que casi todo el mundo ve son solo los árboles, conviene recordar que todo eso ha sido puesto ahí por la Cultura Rural, cuando todavía lo era. Algo que conlleva mover con las manos miles de toneladas de piedra, tener la sabiduría de alzarlas y colocarlas donde mejor iban a retener la tierra, luego acunearlas debidamente. Uso esta rara palabra que tal como está escrita no la encontraréis en el diccionario porque hablando con los lugareños del Jerte y especialmente con Samuel Sánchez, amigo y campesino a la par que profesor de la Universidad, he podido contemplar cómo resulta crucial, para la fijación de las terrazas, que los cantos queden completamente inmovilizados por cuñas, también de piedra.

Pero con cerrarle el paso a la fuerza de la gravedad no hacían más que empezar. Luego araban siempre con caballerías, algo que exige tanta paciencia como esfuerzo, tanta destreza como fuerza. Las plantaciones de la especie admirada se hacía, por supuesto, a mano como el estercolado. En la actualidad más bien sucede todo lo contrario desde el momento en que hay mucha industria química detrás de la delicadeza de tanta flor. Lo único que sigue siendo como antes es la recogida del dulzor de las cerezas. Acaso el fruto más esperado y deseado por las otras faunas. El cerezo es el pruno de la aves, el árbol que buscan buena parte de las aves forestales desde el momento en que ofrece la primera maduración masiva del año. Doy fe de que apenas consigo comer el diez por cien de las cerezas de mis árboles.

Los cerezos florecen antes de estar hojados con lo que no caben distracciones con los otros colores que pronto dominarán. No deja de abrumar que hasta la última ramita de cada árbol maduro pueda estar tapizada de flores. Se estima que hasta cinco mil por individuo.

Asoma a la tentación calculadora la fácil multiplicación porque se ha dicho hasta la saciedad que en el Jerte crecen un millón de cerezos.



Hace años, en una de mis muchas visitas, jamás en fin de semana, al valle escribí estos versos que creo resumen la más bella propuesta estética de los árboles de nuestro derredor.

¡Qué vendaval de quietas flores!
¡Qué calor para tanta escarcha!
¡Qué lenta promesa de escarlata dulzor!
¡Qué bullicio el de la blanca mudez!
Es que, ahora, en el valle del Jerte,
son las flores las que
iluminan a la luz.

Garajonay amador de toda nube

¡Oh laurel divino, de alma inaccesible, siempre silencioso, lleno de nobleza!

FEDERICO GARCÍA LORCA

Queda mucho todavía para que el conjunto de esta sociedad aprecie lo que supone Canarias para todo lo relacionado con la multiplicidad vital de nuestro territorio. Basta lo que acogen los originales bosques del archipiélago para situarnos en el primer lugar de Europa en cuanto a la multiplicidad vital se refiere. A lo que podemos sumar otra ingente cantidad de originalidades vinculadas a los fondos marinos y las zonas áridas de estas islas.

Pero cuando un bosque bebe de tenderle emboscadas a las nubes conviene asomarse al formidable paisaje que consigue. Recordemos que lo más parecido a las clásicas selvas que tenemos en nuestro territorio se cumple y consigue sin las frecuentes lluvias que alimentan a, por ejemplo, las cuencas del Congo o el Amazonas. Beber del mismo aire es la destreza de estas florestas canarias. Todo ello con la complicidad de los alisios, acarreadores de la supervivencia en el archipiélago.

Por si semejante estrategia vital no fuera ya uno de los procesos naturales más fascinantes de cuantos se dan en nuestras arboledas, tenemos que tener en cuenta que estamos ante un superviviente del pasado. Las Canarias han funcionado como último refugio de las selvas que cubrieron buena parte de las tierras de los países del Mediterráneo a lo largo del terciario. Se trata, pues, de vegetación que los dinosaurios rozaron o se comieron.

Hay otras laurisilvas en Tenerife, La Palma, Gran Canaria pero Garajonay, en la Gomera, hoy parque nacional, destaca y mucho sobre todas las demás. Aquí, para empezar podemos comprobar cómo la frontera entre arbustos y árboles resulta a menudo muy lábil. Los brezos, que en la península apenas sobrepasan los dos metros, aquí respingan hasta los cinco y seis y forman un entramado de retorcidos troncos que exige la internada. En seguida se suman nada menos que nueve especies de árboles que se entremezclan hasta conseguir el efecto de verdadera selva tropical. Destacan el til, la faya, el madroño canario, el barbusano, el palo blanco, el laurel o loro. Casi todos, casi siempre completamente cubiertos de verde por la proliferación de musgos y líquenes. En concreto podemos convivir con unas ciento sesenta especies de musgos y líquenes. Los suelos están cubiertos por hasta veintisiete variedades de helechos.

Una de las más recientes novedades sobre la conducta de las arboledas ha sido corroborada en Garajonay gracias a la posibilidad que actualmente nos ofrecen los drones para obtener una visión por completo cenital de las masas forestales. Me refiero a la llamada timidez de los árboles, a la evidencia de que a pesar de convivir, tantas veces en masas incontables, evitan el roce de sus copas. Cuando se observa el bosque desde arriba se aprecia que cada árbol mantiene con sus vecinos una pequeña distancia, que se mantiene incluso cuando el viento mece la arboleda y la convierte en oleaje. El conjunto por supuesto dibuja una compleja retícula. Queda por explicar por qué bajo tierra las raíces de muchos árboles están permanentemente en contacto y allá arriba las ramas y sus hojas evitan lo que en realidad, mientras no soplen vientos fuertes, sería una caricia.

Tenemos árboles pastores.
Pastores quietos que apacientan
cielos y ordeñan nubes.
Su rebaño son las mismas ramas
y las hojas que atrapan
la humedad que vuela.
Y así, sin que llueva, cada árbol
se convierte en su propio
manantial.

Sobre los apagados volcanes
ahora puedes ver otras erupciones:
las de la verde verdad de la Vida.

Muniellos, el bosque más bosque

El bosque no termina, siempre está completo.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Aporta lo más parecido a un bosque ideal. Ese que aparece cuando parece que el tiempo de los humanos no hubiera pasado por él. Algo por completo falso desde el momento en que a pesar de ser MUNIELLOS nuestro bosque más bosque este lugar también sufrió una dura explotación hace menos de un siglo. Pero la recuperación ha resultado formidable, esperanzadora y alegre. Porque una cierta tristeza nos alcanza cuando sabemos que prácticamente carecemos de bosques primarios, es decir aquellos por los que no ha pasado, al menos en los dos últimos siglos, ni el hacha ni la motosierra, ni el fuego ni los excesos del pastoreo intensivo. Tampoco resulta posible dar con un bosque al que resulte imposible acceder. La formidable proliferación de caminos forestales por los que pueden circular vehículos es tal, que literalmente todas nuestras formaciones arbóreas pueden ser pasto de la comodidad y, por supuesto de las llamas. De hecho, cuando alguien intente convencernos de la oportunidad de poder llegar fácilmente a cualquier sitio, conviene tener en cuenta que el 85 % de los incendios comienzan al borde de un camino. De no menor importancia resulta no reverenciar a las carreteras, que invariablemente llevan a los humanos pero se llevan a la Natura.

Lástima que el esparcimiento más necesario, el de sosegarnos en contacto con las arboledas, sea demasiadas veces amenaza para la medicina. Peligro que ha sido bastante bien atajado en este emblema de lo más salvaje que nos queda en el país. De ahí los calificativos formidable, esperanzador y alegre, antes empleados, y que no dudo en reiterar porque eso es precisamente lo que más estamos necesitando en estos momentos si queremos que no se desmorone del todo la Vivacidad de este mundo.

Ahora Muniellos recibe un magnífico trato. Las visitas están perfectamente controladas por los guardas y guías de turismo de Natura.

Afirmamos, un poco más arriba, que carecemos de arboledas primarias. Poco, o nada, más cierto pero sí contamos con algunos ejemplos de lo que podría ser una segunda categoría en cuanto a la excelencia de su estado de conservación.

Muniellos, en efecto, es lo más cercano que nos queda a una masa forestal que, por liberada de las ingerencias humanas, parece anterior a la historia de nuestra especie y por tanto un magnífico ejemplo de lo que consigue la otra, la historia de la vida, que siempre intenta generar y regenerar. Muniellos es también un canto a la serena espera de tiempos mejores. Demuestra, en efecto, que la Natura y especialmente sus elementos esenciales, como el árbol y los suyos, el bosque, aprovechan la más mínima oportunidad para recuperar esplendores perdidos. Se reconstruyen a enorme velocidad con tal de que le des algo de lo que más tiene la Natura, me refiero al tiempo. Tiempo con el que los bosques pretenden asegurar eternidades futuras.

Este bosque aporta, junto a la imponente capacidad de regeneración, los vínculos entre lo que trae el aire y lo que pone la tierra. Es decir lo que consigue el clima atlántico y, especialmente su característica generalmente más olvidada, la de que riega las arboledas en pleno verano. Esa humedad en los meses cálidos, esos que llegan a ser tórridos solo un par de cientos de kilómetros más al sur, se convierte en estable frondosidad, en verdes abarrotándolo todo. Son responsables del color de la verdad robles, de hasta tres especies, serbales, hayas, abedules. Árboles con hasta diez mil hojas, planas y finas, cada uno.

Llama un tanto la atención que sean tan escasas las hayas, que ocupan los lugares más frescos, es decir en las umbrías altas. Lo contrario sucede con el roble melojo que se despliega en las solanas dado que puede vivir con mucha menos humedad en los suelos.

Dominan en Muniellos los dos robles más característicos del clima atlántico, el **petrae o albar** y el **robur o carballo**. Se trata de dos especies muy próximas y complementarias hasta el punto de crear masas mixtas como aquí sucede pero que no resulta frecuente. De hecho fuera de Muniellos lo normal es que el roble albar ocupe lugares más elevados y las cara norte, esas laderas de las montañas que identificamos con la bella palabra umbría. Los carballos por su parte aceptan más horas de sol y menos altitud.

En esta espesura que consigue sacarnos de nuestra propia historia podemos tropezar con la de la Vida. Representada por corzos y lobos, pitos negros y osos, urogallos, por cierto al borde de la extinción en toda la cordillera cantánbrica, y martas.

Ríos puestos de pie:
por el árbol el agua se yergue,
quieta y solemne, para ser roble,
para que vuelen las hojas
y las sombras se tumben.

Por las laderas de Muniellos
trepa el bosque
que cunde como ese mar
que todo lo origina.
Sus olas, ya clorofila,
llegan a la orilla
de mi admirada mirada.

Irati muchedumbre de hayas

¿Quién ha visto sin temblar un hayedo en un pinar?

ANTONIO MACHADO

Ya hemos comentado que resulta casi imposible encontrar un solo bosque primario, es decir sin intervenciones humanas al menos durante los últimos dos siglos. Aunque es trágica evidencia, sobre todo para los que nos consideramos más Natura que naturalistas el que no quede prácticamente nada de nosotros mismos en todo el país. Ser apasionados de la vida espontánea nos convierte en refugiados hasta en nuestro propio hogar natal.

No nos quedan, en efecto, verdaderos bosques. Sin embargo algunos estudiosos consideran que hay una sola excepción. Algunas porciones de Irati, al parecer, pueden ser consideradas como los únicos auténticos bosques no solo de España, sino también prácticamente de toda Europa occidental. Se refieren, en concreto, a los escalones más altos de esta formación calcárea de los Pirineos navarros.

Por tanto donde las hayas se entremezclan con los abetos formando un bosque mixto en el que las hayas se desprenden, excepcionalmente, de su tendencia a medrar ellas solas.

Discusiones aparte en lo que hay un consenso sólido es en considerar a esta arboleda del norte de Navarra como el mejor y más grande hayedo del viejo mundo. Ámbito que permite hacernos al menos una pálida idea de que cubría buena parte del continente por debajo de los 50 grados norte. Resulta casi imposible siquiera imaginar lo que este continente nuestro contenía hace solo mil años, cuando todo, prácticamente todo, era una arboleda profusa casi ininterrumpida. Lo que nos permite recordar, una vez más, aquella apreciación de Chateaubriand de que «Los bosques preceden a las civilizaciones». Os ahorro, queridos lectores, la segunda parte de esta cita porque ya está confirmada y vivida diariamente en no pocos lugares del planeta por la incidencia de la catástrofe climática que nos envuelve.

Exclusivo y excluyente el hayedo, insisto, monopoliza y acapara. Pero no como nosotros que con mucho conseguimos poco. Los hayedos son excelentes constructores de enormidades desde la más estricta frugalidad. Reciben poca insolación y sin embargo crean océanos de verdor. Las hayas casi siempre forman arboledas donde apenas encontraremos otras especies ya que se lo queda casi todo. Tanto que nadie crea mejor y más tupida sombra. Las hayas convierten su propio suelo en el paradigma de lo umbroso, es decir que deja muy pocos resquicios para que algún rayo de luz alcance el ámbito de las pisadas. Por tanto son muy pocos los arbustos o herbazales que burlan las copas de estos árboles pues cuando ellas se desnudan por completo, allá por noviembre, los días resultan tan cortos y el frío tan frecuente que lo verde se abstiene de

comparecer. Sí, en cambio, suele hacerlo la nieve. Entonces caminar por Irati se convierte en una de las mejores aproximaciones al verdadero sentido de la estrategia de las hayas para combatir las bajas temperaturas. Ser caducifolio es una sabiduría destinada a vivir sin apenas vivir durante los meses de la escasez y el frío. Las hayas hacen disminuir tanto su metabolismo que podríamos considerarlas parcial y temporalmente muertas. No así nuestra incursión que deja huellas en la nieve.

Recomiendo encarecidamente un largo paseo por un hayedo desnudo, Irati es una opción excelente, y con el suelo bien cubierto de nieve. Mejor todavía si no hace viento porque las caricias del silencio serán todavía más imponentes en medio de la solemnidad de miles de gigantes dormidos. Por si el paisaje sonoro, ahora callado hasta la elocuencia, no nos conmueve al menos puede hacerlo ese rejuvenecimiento del panorama que consiguen las nevadas al borrar casi todas las heridas producidas por el humano en el paisaje.

Pero si la nieve esconde lo que se hizo con el derredor en cambio consigue que se manifieste con toda rotundidad tu paso por el hayedo. Porque entonces podrás practicar, aunque no seas experto, uno de los más viejos oficios del humano: el de rastreador. Leer la escritura de los animales sobre el frío blanco se convierte en una evidencia poco tenida en cuenta. La de que son muchos los seres vivos que jamás logras ver en directo. Los rastros suponen un manifiesto de inequívoco sentido. Algo así como los animales proclamando que son muchos pero que no quieren ser descubiertos porque nos tenemos miedo. Es decir que los bosques como el de Irati esconden a miles de emboscados que en la espesura y en la noche encuentran algo de alivio frente al eterno perseguidor que es el humano. Con ser el paseo en solitario forma imprescindible para acercarse al profundo significado de todo paisaje, tampoco es de menor interés el que nos acompañen y guíen.



Son raros los casos, como el del naturalista y escritor Juan Goñi, que lleva años enseñando a entrañar el bosque de Bertiz, en Navarra. Como guía de la Natura consigue sorprendentes aproximaciones pero todavía llega más hondo cuando suma su sintonía de experto conocedor de los principales elementos de la Natura Navarra con una aproximación sentimental y, claro, intuitiva de lo que el bosque supone y hace.

Como las visitas a los lugares protegidos conviene regularlas para evitar accidentes, sobre todo extravíos e incendios, no estará de más que se dejen guiar por alguno de los pocos naturalistas españoles que consiguen vivir profesionalmente de su conocimiento de los enclaves arbolados más famosos del país.

Una primavera en Irati

Aquel tiempo, cuando
todo era placenta,
vuelve.
Vuelve, si
te envuelve el hayedo,

ya hojadizo.

La dehesa de sabinas de Calatañazor

El perfil se desangra.
Se rompe el horizonte.
Como un pájaro quieto
la sabina interrumpe la distancia.

JOSÉ ANTONIO LABORDETA

Para unos pocos, entre los que me cuento, este pequeño bosque se aúpa a la primera posición de nuestras preferencias. Se trata en realidad de una dehesa, pero está compuesta por la especie menos frecuente como creadora de ese tipo de paisajes a los que dedicamos un apartado en este mismo capítulo. Casi todas las dehesas, en efecto, son encinares aclarados. Unas pocas son de alcornoque, roble melojo y hasta de fresnos. Mucho más raras son las dehesas de sabinas, en este caso albares, que quedan salpicadas por las sierras secas del centro del país y en Soria, como la que forma en las inmediaciones de Calatañazor uno de los rincones más envolventes de serenidad que conozco. Los del lugar la llaman dehesa de Carrillo.

Las sabinas son la calma misma. Lo que tienen de austeras y recias lo diluyen en una solemnidad que amansa toda prisa. Hay miles de testimonios de su vencida lucha contra el tiempo colocados horizontalmente en otras tantas casas solariegas de las Castillas y Aragón. Porque convertidas en vigas maestras, traviesas o alfajías muchas llevan siglos manteniendo tejados. Algunos ejemplares que no pasaron a ser parte de los inmuebles se mantienen en pie y vivos hasta mil años. Decir que sustentan tejados es poco porque también lo hacen con ese otro techo, azul y grande, que es el mismo cielo. Y casi no se trata de una metáfora. Porque efectivamente los árboles están sujetando ese cielo que hoy se cae sobre nuestras cosechas, casas y paisajes. El bosque apuntala con la transparencia que exhalan al conjunto de la atmósfera que es el hogar del clima. Esta sencilla correlación es fácil captarla en lugares como Calatañazor, todo él una evocación de lo sencillo, duradero y duro, recio y comedido como las lentas sabinas de escondida belleza.

Las maderas, salvo raras excepciones como el árbol de hierro de las selvas tropicales del Nuevo Mundo, son tanto más compactas y consistentes cuanto menos fácil haya sido su vida. Es una respuesta que se parece mucho a la pregunta. A la dureza ambiental responden las sabinas con la dureza del propio organismo. De hecho la austeridad es la mejor escuela para casi todo lo vinculado a la supervivencia. De ahí el escaso provenir que nos aguarda cuando las conductas sin despilfarro están casi desterradas de los horizontes de esta civilización.

Este bosque está prácticamente delimitado por una valla y como dehesa es muy pasado sobre todo por vacas. Pero ahí se acaba el lado domeñado porque los árboles son rebeldes, altivos, crecen apretados y en cuanto caminas por ellos te sacan de este tiempo histórico. Son literalmente un antídoto a la dura aridez de las falsas estepas sorianas; un oasis en medio de un gentío de despoblados y desarbolados horizontes; un recuerdo, en fin, del pasado, ese que debería volver para que nos quede algo de futuro.

Las sabinas aceptan suelos muy pobres, crecen bien entre las mismas rocas, pueden resistir bajísimas temperaturas y enormes bochornos. Viven regadas solo por unos trescientos litros por metro cuadrado al año. A nadie puede extrañar que sea especie preferente a la hora de esta actual oleada de repoblaciones ya que está mucho mejor preparada para soportar el desastre climático que casi todos los otros árboles del clima mediterráneo.

Placenta, como todo árbol,
del aire que anida
en alas y pulmones.
Lentas como las
rocas, las sabinas
hacen durar
nuestros hogares,
por ellas,
sin frío.

Canta la arboleda en Cantalobos

Chopos de música verde
bordean el agua fresca
a su sombra y a su música
el claro arroyo platea.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Acaso lo que más puede ayudarnos a comprender el esplendor de los sotos del Ebro sea lo sucedido a lo largo de uno de mis programas de radio en directo. Sin duda es un gozo poder describir, a través de un medio de comunicación, lo que sucede, a tiempo real, en cualquier rincón de la Natura. Sobre todo porque consigues que los asentados en sus comodidades sepan que un cosmos de acontecimientos pueden llenarte los sentidos de sorpresas y admiración. No menos porque a veces consigues contagiar tu entusiasmo ante lo fascinante que resulta ir descubriendo las especies que viven en esos lugares que en esos momentos te acogen. El naturalista es un afortunado que a menudo consigue identificar compañías. La vida sucede por todas partes y sin que la convirtamos en los triviales sucesos que acaparan los informativos.

Pues bien, una de esas descripciones en vivo y en directo —como si de un acontecimiento deportivo se tratara— pude hacerla desde el soto del Ebro zaragozano de Cantalobos.

¿Cómo no sería el coro de aves cantando a mi alrededor —la música verde de Juan Ramón— para que se colaran a través del diminuto micrófono del teléfono móvil y dieran la sensación de que estaba haciendo sonar una grabación previa? Es más, algunos seguidores de estos programas se negaron a creer que no hubiera manipulación alguna en esa banda sonora, insisto por completo espontánea. Nada describe mejor a un bosque que sus propias músicas. ¡Qué fenomenal acierto el de Clarissa Pinkola cuando descubrió que «donde hay savia hay son»!

Crear paisajes sonoros es una de las principales destrezas del bosque: esa sala de conciertos sin sala. He dedicado muchas horas de mi vida a grabar los cantos de las aves y otros sonidos no creados por los humanos. Siempre me ha parecido un privilegio emitirlos, como una sección

aparte, a lo largo de mis programas de radio e incluirlos en mis documentales y exposiciones. Pero que la potencia de los mismos fuera suficiente para incorporarse a mi voz, a través de un móvil, en un riguroso directo supera lo imaginado.

Nunca se apagará en mi memoria aquella mañana, entre otros motivos porque me permite ahora recordar que los bosques ribereños del Ebro deben figurar en la selección de los diez mejores encuentros posibles con nuestros bosques.

Si Garajonay merece la comparación con el caos verde de las selvas ecuatoriales a muy poca distancia quedan estos sotos. Ahora solo queda un pellizco de lo que fueron. Pensar que la casi totalidad de las márgenes de nuestro mayor río estuvieron jalonadas por completo de una densa comunidad arbórea, a menudo con medio kilómetro de anchura a cada lado, rebasa las posibilidades de la imaginación.

En cualquier caso los botones de muestra que quedan amagan con la impenetrabilidad. El enorme número de arbustos, troncos caídos, marañas de zarzas y los no pocos tramos encharcado casi pantanos convierten en pequeña proeza avanzar por sus adentros.

Todo río es una primavera, eso sí muy larga y delgada. Todo río debería ser como estas ribereñas arboladas del Ebro en los que dominan los álamos, pero muy bien escoltados por sauces y fresnos.



Con todo la verdadera identidad de estos sotos del Ebro es de una maraña poco menos que caótica por la que a menudo cuesta mucho desplazarse, especialmente si está parcialmente inundada como sucede durante los inviernos y primavera, es decir cuando el mayor río de Iberia insiste en salirse de madre. En esos procesos es cuando se entiende el descomunal disparate que supone haber hecho desaparecer la mayor parte de las arboledas ribereñas que además de ser verdaderos reservorios de vida controlan las avenidas, fijan las orillas y en consecuencia son activos defensores de las tierras de cultivo y pueblos cercanos al cauce del Ebro. Es más debería ser imperativo legal, por estricta racionalidad, que todos los sotos de todos los ríos fueran inviolables. No menos, por supuesto, la urgente necesidad de restaurar todos los perdidos, que son muchos. Haber reducido estas arboledas para incrementar la superficie de cultivo demasiadas veces acaba en pérdida de lo que se quiso acaparar. Un ejemplo más de aquella genialidad de Epicuro: «No pierdas lo que tienes por el ansia de lo que no tienes.»

Sotos

El río es un camino que anda
para que el agua,
siempre transitiva
transite siempre:
hacia todas las transferencias,
hacia todas las transiciones,
hacia todas las transacciones
para que sean posibles
todas las transformaciones.

Resulta una de las mejores
esta delgada gala
que son los bosques que
nunca dejan de mirar
el agua nómada.

Los pinos naranja de Valsaín

¡Oh, sí! llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.

ANTONIO MACHADO

Los pinos son serios, casi adustos, acaso por la regular, homogénea e infinita columnata que acaban formando. Como todo lo masificado y repetitivo acaban confundiendo. No hay espacio para la diferencia. En realidad no hay pinos, hay pinares. En fin que no me caen tan bien, por lo que en realidad pido disculpas, pues en cualquier caso resultan insustituibles en muchos de nuestros paisajes y cumplen funciones tan cruciales como cualquiera de las antropocéntricamente llamadas especies nobles. Incluso los tenemos realmente atractivos como el que ahora describiremos.

Para muchos resultan las formaciones forestales típicas, dominantes en buena parte de las regiones templadas del mundo, pero también las que demasiadas veces han sustituido a otros bosques anteriores. Muchos pinos fueron, en efecto, convertidos en uno más de los instrumentos del poder de los humanos sobre todo lo que no lo era o es. Me refiero a que lideran las actividades forestales con ánimo de lucro. Ciertamente son árboles austeros y tenaces que se adaptan al mucho frío y al mucho calor, que no exigen demasiado a los suelos que transitan sus raíces y que crecen lo suficientemente rápido como para desatar esas preferencias, siempre tan interesadas por los que solo se rigen por la rentabilidad. Algo que en no pocas ocasiones les protege por mucho que su lado oscuro es bien conocido: arden con mucha mayor frecuencia que otras formaciones. Sin embargo allí donde pueblos enteros viven de la madera de sus pinos, llegando incluso a una alto poder adquisitivo, las pinadas apenas arden y si el fuego llega casi nunca pasa de la condición de conato. Es el caso de los pinares del norte y oeste de Soria.

Tenemos seis principales especies de pinos en el país. Una de ellas solo crece sobre los terrenos volcánicos de las Canarias y por eso mismo es la única que puede rebrotar desde sus propias raíces. Se trata de una adaptación a las erupciones que tantas veces los quemaron.

Tenemos grandes pinadas en todos los sistemas montañosos. En algunos con un dominio superior al 70 % sobre la totalidad de los árboles de esas comarcas. Sucede así en las Sierras de Cazorla y Segura, donde cabe hacer casi 120 km lineales sin salir del pinar. En el sistema Central, la Serranía de Cuenca y los Montes Universales la pinada acapara hasta los últimos rincones. No

menos en la totalidad de las sierras prelitorales del Mediterráneo. Dominan también en buena parte de Galicia. En Castilla y León son importantes los pinares de las tierras llanas, sobre todo en Valladolid.

Con ser los árboles menos atractivos no han dejado de cosechar admiración por parte de los grandes escritores. Solo por la cita que preside este apartado, dedicada a la muerte de Francisco Giner de los Ríos, aquel que escribió que a la contemplación de un árbol podría dedicarse la vida entera», los pinares del hoy Parque Nacional del Guadarrama ya deslumbran.

Para el que esto escribe se trata de los pinos naranja. Creo que tengo que justificar esa denominación. Me crié e inicié en todo lo relacionado con la Natura en tierra de pinares del Guadarrama abulense. Mi primer bosque fue de *Pinus pinaster*, es más creo que la primera relación que mantuve con los bosques fue oler a resina desde la cuna y con seis meses de vida. Durante toda mi infancia se dio una equivalencia absoluta entre árbol y pino. Seguí más de una vez fascinado las duras tareas de los hombres que sangraban a los pinos para recoger su miera en unos cuencos de barro que allí, en Las Navas del Marqués, llamábamos y llaman potes. Recogí en innumerables ocasiones las piñas caídas para iniciar los fuegos de chimenea donde, por supuesto, ardía la madera de esos mismos pinos. Casi siempre ramas secas, pero de considerable grosor, que abatíamos con unos ganchos situados al final de pértigas que a veces tenían hasta siete/ochos metros de longitud. Es más, he subido decenas de veces a esos pinos para estudiar algunos nidos de aves.

Me he pringado de resina en innumerables ocasiones, por lo que he olido a un excelente aroma, el de un árbol que a lo largo de la infancia me pareció el arquetipo. Acepté al pinar como la primera gran aproximación a todo lo que es y significa una floresta.

A los *Pinus silvestris*, es decir a los pinos naranja los conocí mucho más tarde.

Cuando comenzaron mis correrías ornitológicas llegué, siguiendo los vuelos de un azor, a un pequeño bosque isla, solo tenía unos doscientos pies, en la sierra de Malagón, subsistema del Guadarrama, en parte abulense, en parte segoviano. Cuando entré en esta arboleda lo primero que llamó mi atención fue el color de los troncos, muy cercano al naranja. A lo largo de los años he visitado ese bosque varias veces y para mí siempre ha sido el pinar naranja. Esa nota de color no solo permite la identificación sino que en buena medida alegra.

Los pinos silvestres, en efecto, suelen parecernos más esbeltos, vivaces y por supuesto más rebeldes que las otras especies de su misma familia.

A la fácil seña de identidad que es el color de sus troncos, los silvestres suman lo alta que quedan las ramas, lo poco organizadas que se disponen en las copas, las pequeñas acículas y las casi diminutas piñas.

Recordemos que esta especie de pino es uno de los principales componentes de la Taiga, el mayor bosque del planeta que se extiende entre los 45 y los 60 grados por el Norte de Europa, Asia y Norteamérica en un casi continuo de aproximadamente 15.000 kilómetros en los que las coníferas —a los silvestres se suman sobre todo abetos, píceas y alerces—, llegan a cubrirlo prácticamente todo. Ocupan también buena parte de las cotas altas de todas nuestras cordilleras y serranías. Soportan perfectamente bajísimas temperaturas y les bastan cuatrocientos litros por metro cuadrado y año para elevarse nada menos que hasta veinticinco metros sobre los suelos.

Estos pinos del Guadarrama quedan amparados hoy por la figura de Parque Nacional pero siguen abasteciendo uno de los aprovechamientos madereros más sostenibles porque el ritmo de extracción es superado por el de sustitución y crecimiento.

Estos bosques, sobre todo de la ladera norte del Guadarrama, están formados principalmente por esta conífera. Son los que nombra la preciosa e histórica palabra de Valsaín, es decir toda esa ladera de umbría que se yergue desde Segovia y La Granja hasta las mayores alturas del Guadarrama donde mandan los deportes de invierno. Pero con estar al alcance de las muchedumbres madrileñas, esta pinada es una de las mejores reservas de gran fauna de todo la península. Ya viven en ellas, por recolonización, los lobos, que medran al lado de buitres negros, águilas imperiales y reales, corzos y demasiados jabalíes. Es ámbito también de ganadería extensiva que pronto será considerada la única forma aceptable de manejo de la fauna domesticada. No menos espléndidos resultan estos bosques boreales por la variedad y cantidad de hongos que nos regala.

Sincronías por Valsaín

Pinos de alegre verde
y vértigo naranja.
Música para el ojo
y vestido para
las pisadas.
Lenta cordura,
casa del aire y
labios del cielo.
Hoy avanzo,
entre los trinos
del garrapinos,
por un templo
de maderas que rezan.

La Lorera de la Trucha

¡Oh laurel divino, de alma inaccesible,
siempre silencioso, lleno de nobleza!

FEDERICO GARCÍA LORCA

Con cierta frecuencia usamos el término fósil viviente. El oxímoron en cualquier caso cumple con sus funciones sobre todo cuando la ciencia nos demuestra que un determinado organismo lleva decenas de millones de años viviendo sin apenas modificaciones. Es el caso del que muchos consideran el ser que lleva más tiempo sobre la piel de nuestro país. Se trata de un árbol al que un apócope otorga nombre de ave. En cualquier caso se trata de una especie que recuerda mucho a los laureles que una cierta pereza de la lengua convierte en loros. Sus hojas desde luego invitan incluso a la confusión de las dos especies si se observa a una cierta distancia. Si acaso debemos

fijar la atención a que las hojas que a menudo acuden a nuestras cocinas son más grandes, más ovaladas, más cenicientas, más grasas y sobre todo huelen mejor que las de estos árboles que sobreviven a un lejano pasado.

Resulta imposible no adelantar que estos árboles ya se erguían durante el Terciario, es decir que pudieron convivir perfectamente con los dinosaurios. Por aquel lejano entonces lo que hoy es Iberia estaba cubierta por selvas tropicales que acabaron refugiadas en unos pocos lugares. La laurisilva canaria es uno de ellos y las loreras, todavía más raras, otro.



Cuando se llega a saber el número exacto de pies de una determinada especie de árbol es que resulta verdaderamente escaso.

En el capítulo 2 ya dimos las grandes cifras del bosque ibérico y mundial. Pero cuando uno se asoma a la situación de las sabinas de Cartagena o de los azareros o loros las cifras son elocuentes. La escasez y la originalidad ecológica se dan la mano. He mencionado a las dos especies con menos ejemplares entre todos los árboles autóctonos. Las coníferas murcianas apenas suman unas pocas decenas de pies. Algo que contrasta con las imponentes arboledas de la misma especie y que crecen incluso en latitudes más norteñas en Túnez.

En cuanto a los loros contamos con menos de 40.000 individuos —sic— en nuestro país. Casi todos viven en la provincia de Cáceres aunque unos pocos rodales se desparraman por casi todas las otras demarcaciones fronterizas con Portugal y en algunos puntos de los Montes de Toledo.

Al respecto me asiste otro raro privilegio para un enamorado de toda emboscadura. Es más, me emociona vivir justo a mitad de camino de las dos más importantes loreras de la península ibérica. En concreto cuentan con 1.460 pies una de ellas y la otra con poco más de 1.195.

Las loreras crecen cerca del agua. Por eso a veces quedan entreveradas por alisos, sauces y fresnos. Eso sí necesitan que los pequeños cursos fluviales, gargantas en la comarca de las Villuercas, mantengan agua durante la mayor parte del año.



Las loreras aportan nada menos que una selva tropical en la España peninsular y todo ello en latitudes que se corresponden con el clima mediterráneo que nada hace a favor de esas formaciones arbóreas.

Como son especies de soto y de suelos ácidos conviven con alisos. También con fresnos y sauces. Incluso con acebos, más propios de los bosques atlánticos pero que cuentan con unos pocos representantes en estas sierras meridionales. Para remarcar todavía más la evocación a las selvas del remoto pasado, en las loreras aparecen con frecuencia parras vírgenes y madreselvas, es decir especies con apariencia de lianas. La casi completa sombra que logran en el interior de

ellas mismas, la humedad que exhala el torrente siempre cercano y el gran número de especies de pájaros que puedes escuchar si te incorporas a ellas te convencen de la burla al paso de los eones que suponen estos pocos loros que nos quedan.

Solo un círculo,
de eternidades,
mide el tiempo
de estos árboles
escondidos en
las gargantas
de la sierra.

Los alcornocales de la Almoraima

Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que su cortesía, sus anchas y livianas cortezas.

MIGUEL DE CERVANTES

En la preciosa palabra Almoraima queda incluido uno de los parajes más y mejor arbolados de nuestro entorno. Situada —la que por otra parte fue en parte una de las fincas privadas mayores de España— en este extremo sur de la provincia de Cádiz. En estos parajes se da uno de las rupturas más positivas que superan al clima mediterráneo convencional. De hecho la vegetación gaditana recibe mucha más humedad que cualquier otra de la mitad sur de Iberia. Las nieblas tanto del Atlántico como del Mediterráneo a menudo empapan estas comarcas donde cabe encontrar prados verdes incluso en pleno verano.

Sobre un conjunto de alborotadas serranías crecen profusos alcornocales que en muchos lugares se asoman al estrecho de Gibraltar acaso para tener a la vista a sus hermanos africanos. Ciertamente son muchas las fraternidades botánicas que no reconocen frontera alguna.

Menos aún por el escaso obstáculo que para las semillas voladoras suponen los catorce kilómetros que nos separan de África. Realidad que precisamente consolida la coherente Reserva Mundial de la Biosfera que se extiende de un continente a otro. Una cierta esperanza de cara al reconocimiento de que la verdadera globalización es la que siempre existió en los sistemas naturales y que consagran unas cuantas zonas protegidas que engullen las fronteras convencionales, es decir que contamos con parques nacionales y reservas transnacionales e, incluso como éste, transcontinentales.

Si el alcornoque es uno de los árboles más cercanos, familiares y necesarios es porque prácticamente todo el mundo ha tenido un trozo de este árbol en la mano. Recordamos, por supuesto, al corcho, una de las materias primas naturales más completas, complejas y útiles que nos proporciona la Natura. Conviene no olvidar que su uso como tapón de botellas es solo uno de los dos centenares posibles. Prestaciones insustituibles por mucho que el contaminante plástico intente arrinconar al natural corcho. De hecho cada día resultan más necesarios todos los productos que sean biodegradables dada la evidencia de que los plásticos están aplastando al mundo.

De la Almoraima y de todos nuestros otros alcornoques, por fortuna, siguen saliendo unas cien mil toneladas anuales de corcho que proporcionan un buen número de puestos de trabajo desde el momento en que la extracción de estas cortezas exige una auténtica destreza artesanal y manual.



Una de las singularidades de este ámbito son los llamados canutos. Se trata de los vallejones, casi siempre de escasa anchura por los que suelen bajar pequeños cursos de aguas permanentes y que crean una suerte de microclima subtropical que se resuelve en un verdor espeso y fulgurante compuesto en su mayor parte por helechos, musgos, líquenes y por unos pocos endemismos. Acaso lo más singular sea la enorme cantidad de rododendros —aquí llamados hojaranzos— que crecen en estas umbrías. De hecho la comunidad botánica de herbáceas, aromáticas y matorrales cuenta con una de las mejores manifestaciones conocidas en todo el parque natural de los alcornoques.

La fauna no va a la zaga. Con un descarado predominio de las grandes fincas destinadas a lo cinegético y cría de ganado mayor, este bosque es compatible con casi todas las especies raras y escasas de aves y mamíferos salvajes. Por si eso fuera poco no hay bosque más sobrevolado por los nómadas del viento, es decir las especies migradoras, que éste. La necesidad que los alados tienen de volar lo mínimo posible sobre el mar convierte a Gibraltar y todos sus alrededores en el escenario del acontecimiento natural más espectacular de Europa. Me refiero a la pasa de centenares de miles de aves, muchas de ellas de enorme tamaño, como cigüeñas y aves rapaces, que a menudo formando grandes bandadas se arrumban hacia África sobre estos alcornoques.

Avestando (sic)*
Por arriba nunca se acaba
el bosque. No termina
porque también
viaja. Vuela convertido
en carne y plumas nómadas
que el viento se lleva
al otro lado del mar,
No sin antes rozar
los alcornoques
de la Almoraima.

Los olivos de Jaén, imprescindible mar de árboles

Sonreír con la alegre tristeza del olivo...

MIGUEL HERNÁNDEZ

Casi todos los antecesores de los vegetales que comemos son más pequeños, austeros y bellos que sus sucesores. Pasa con todos los frutales pero especialmente con los olivos. El acebuche, procedencia de los centenares de razas de olivos actuales, son como cualquier otro de los

matorrales del ámbito mediterráneo. Cimarrones y por tanto con algo de rebeldía y arrogancia por su capacidad de afrontar las mil dificultades de un clima de no pocos excesos. Hojas bien protegidas para soportar los grandes calores secos del verano de nuestras latitudes. Muy enmarañados, como queriendo darse sombra a sí mismos y unas frutas muy pequeñas pero que no pueden tener más grasas. Los troncos son de una cierta voluptuosidad y casi nunca grandes. Por supuesto que contamos con excepciones tan destacadas como los gigantescos, verdaderos monumentos, que siguen creciendo a orillas de las marismas de Doñana en el Rocío.

A las diminutas olivillas de los acebuches seguramente debieron su supervivencia muchos grupos humanos prehistóricos y neolíticos. En la actualidad es la fauna silvestre la que recibe los beneficios de esta especie hoy por completo arrinconada a los ribazos abandonados, de imposible acceso para el arado o enriscados. Desde esas hipotéticas atalayas tan frecuentes en Andalucía y Extremadura podemos dejar deslizar nuestra mirada por unas llanuras atestadas de esos domesticados olivos.

No hay paisaje agrario de mayor intensidad que el olivar, cuando como en no pocos lugares, con Jaén a la cabeza, pueden permitir encharcar tu mirada con unos pocos millones de árboles. No puedo por menos que reconocer que si el bosque espontáneo es lo más relajante que conozco también he sentido un profundo alivio cuando desde los oteros de la ciudad de Jaén he dejado que me inundara el oleaje infinito de los olivos. Incluso, desde el tren, cuando van sucediéndose esas masas quietas de verdor grisáceo necesitas reverenciar lo que suponen cultural y ecológicamente estas arboledas domesticadas.

Las cifras acuden a la memoria porque son especialmente llamativas y obligan a rendir un cierto homenaje, al menos el del recuerdo, a las muchas generaciones que convirtieron estas inmensidades en uno de los continuos paisajísticos más conmovedores. Muchos pueden considerar redundante y aburrido el que millones y millones de árboles tapicen con orden geométrico millones y millones de hectáreas. Que la variedad de las formaciones espontáneas haya sido sustituida por lo domeñado es una suerte de empobrecimiento. No deja de ser cierto, como que durante siglos, hasta la llegada de los productos químicos a nuestros campos estos olivares estaban absolutamente repletos de la inmejorable compañía de una fauna y flora silvestres de enorme valor ambiental.

El caso es que a pesar de los maltratos del presente tenemos a favor nuestro unos 300 millones de árboles recios, sencillos, austeros y productivos. Capaces de proporcionar uno de los alimentos más naturales y sanos.

Lo que conviene tener muy presente en estos momentos de tragedia climática es que uno de los principales aliados para detener al menos en parte las peores consecuencias del avance de los desiertos es nuestro olivar. Aunque una de las más notables torpezas de la PAC animó a muchos a cultivar pendientes, es decir que abrió de par en par las puertas a la erosión. Aunque en los cuatro últimos decenios se han acometido despropósitos tan graves como la masificación del uso de herbicidas. Aunque en no pocos lugares se ha comenzado a regar los olivos. En fin aunque la comercialización del aceite está esclavizada por la mayor y caprichosa de las traiciones... a pesar de todo lo mencionado la inmensa arboleda del olivar resulta del todo imprescindible para frenar la despiadada acometida del desierto en la mitad sur de España.

Solo pensar en lo que están haciendo los olivos por nosotros sería más que suficiente como para convertirlos en zonas de especial protección. Pero muy al contrario sobre todos ellos, como sobre buena parte de la arboleda, se ciernen varias plagas que amenazan con un exterminio incalculable.

No concibe mi imaginación, desde el Parador Nacional de Jaén, a donde me ha llevado un curso que acabo de dar en la Universidad, que este mar de olivos, con cada copa como una ola en el océano, vaya a ahogarse entre las garras de la *Xilella fastidiosa*, una bacteria que asesina a los árboles de la sabiduría. No menos emociones dolientes nos acarrea la predicción de que los olivos tampoco soportarán esos dos o tres grados de más que avanzan hacia nosotros a toda velocidad y que pueden achicharrar al clima mediterráneo convirtiéndolo en desértico.

Los olivos deben perdurar como el paisaje más cultural de nuestro país, como productores de coherencia alimentaria y porque son como cualquiera de nosotros: porque sonríen con alegre tristeza.

Aceite

Comemos exteriores,
climas, destrezas viejas,
el sudor de tantos olvidados.
Comemos obligadas geometrías,
ordenado oleaje verde y plata.
Comemos tenaz monotonía
que, conato de eternidad,
vence al tiempo y,
con su lenta bondad,
nos rejuvenece.
Comemos, aunque la
etiqueta no lo cuente,
austeridad, belleza y
entrega que cuida.
Cuida dando salud
como cosecha.

Las dehesas desde Cabañas del Castillo

Cuando florecen las encinas, decía, hay que temblar. Se anuda la delicia a la garganta. Pasa como cuando llora un hombre fuerte y maduro, cuando viene un estremecimiento a colmar una plenitud. Hay en ello algo humano, «sazón de todo». Igual con las encinas. Con las jóvenes y las viejas, que todas florecen. El tronco áspero y duro se diría insensible. Se diría insensible el árbol entero. Y de pronto hay un estremecimiento y el árbol comienza a vestirse, y toda aquella dureza, aquella ascesis, se expresa en purísimo temblor, en goterones de ternura que la llenan toda, que la ponen como llovida de belleza, enmelada, soñadora...

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS

La mezquindad es el calificativo que mejor define a esta civilización. Porque se comporta como huésped desagradecido, pero no solo por la pésima respuesta dada a la condición de albergado y mantenido, sino tan obcecado y egocéntrico que incluso maldice a su amparo. Necesitamos a nuestro derredor que no nos necesita. No reconocerlo nos pone en peligro como demuestra que la cultura de la hospitalidad humana esté al borde de la extinción. Agredida por la codicia, la urgencia y la masificación ha ingresado en la UVI. Necesita cuidados intensivos y modelos que imitar. Por eso resultan tan esperanzadores los ejemplos de todo lo contrario, de esas pocas personas y lugares que acogen a todo y a todos sin reservarse jamás el derecho de admisión. De las muchas sugerencias que la Natura nos hace, incluso para mejorar nuestros rendimientos éticos, destaca la portentosa hospitalidad de las encinas, su capacidad de acogida incluso a lo que tantas veces, en casi todos los lugares, supuso la expulsión del arbolado. Aquello de dejar entrar al asesino ha sido norma para los bosques. Recordemos, una vez más el precioso aforismo de Tagore. «El leñador le pidió al árbol un mango para su hacha y el árbol se lo dio.»

Casi todo lo que vive por nuestros pagos puede albergarse en las encinas o en lo creado por ellas. Es más, la casi totalidad de las tierras que dieron de comer a centenares de generaciones de españoles fueron formadas por los encinares. En demasiados lugares el pago por tan imprescindible regalo fue erradicar a los creadores de los suelos fértiles. Las tierras de pan llevar las dos mesetas, parte de Andalucía y Extremadura que ahora son cultivos o baldíos fueron profusos bosques. Pero cabe también la convivencia, el gran diálogo y eso es lo que sucede en las dehesas. Cabe el paisaje que considero es el que más se compadece de nuestras miradas. Seguramente, como han puesto de manifiesto los sicólogos ambientales, porque evoca ese lugar de aprovisionamiento que fueron las sabanas escasamente arboladas donde sobrevivieron los primeros centenares de generaciones de nuestra especie.

Viejo hogar abandonado, por tanto.

Más adelante pueden leer el manifiesto que escribí en 2016 a favor de las dehesas. Ese bosque que no es bosque pero casi, ese árbol no domesticado que deja crecer otras muchas especies sí domeñadas por el ser humano, ese paisaje que muchos consideran el que mejor define las consecuencias del clima mediterráneo y por tanto a nuestro país entero.

Las dehesas recuerdan, insisto, a las planicies africanas con sus árboles salpicados y la relativa inmensidad de sus horizontes. Lugar de compatibilidad entre lo espontáneo y lo sujeto a nuestros intereses directos.

Se ha escrito, filmado y fotografiado hasta el infinito a las dehesas. Y tanto a sus usos, como a los inquilinos, salvajes y domesticados que alberga. Para quien esto escribe también ha sido un objetivo prioritario de mi quehacer de escritor y cineasta.

De hecho uno de los mejores reconocimientos que este emboscado ha recibido en su vida es el premio al mejor guión del festival de cine científico de Madrid por un trabajo sobre nuestro árbol tótem.

Traer a colación este premio en un capítulo dedicado a las encinas tiene dos justificaciones. Por un lado porque los documentales premiados fueron dos. En concreto se llaman *El Encinar* y *La Dehesa*, es decir lo mismo que estamos tratando en este apartado. Pero no menos porque las dehesas de encinas que paso a describir son las que filmé hace más de cuarenta años para esos documentales de la serie *El Arca de Noé* de TVE. Entonces el lamento se centraba en los miles y miles de encinas que eran arrancadas para abrir el paso a los regadíos. Hoy son las enfermedades

lo que amenaza a casi todos los árboles de nuestro entorno. Para comprender realmente lo que nos pueden aportar las dehesas recomiendo subir a un buen otero, como Miravete, la Sierra de San Pedro, Los Pedroches y tantos otros porque no es difícil asomarse a miradores que permiten que en una sola ojeada puedas incluir incontables encinas. De hecho se estima que tenemos todavía unos ochocientos millones en el total de las Españas. Casi todas ellas formando dehesas.

Vuelvo con regularidad a una de las atalayas más generosas de este país. En concreto a Cabañas del Castillo desde donde filmé varias de las secuencias de los documentales referidos.

«Si a la contemplación de un árbol podría dedicarse la vida entera», como mantenía Francisco Giner de los Ríos, ¿qué no puede suceder cuando en los 120 ° que tu vista abarca sin mover la cabeza caben unos cuatro millones de estas quercíneas? Recordemos, de paso, que *quercus*, la palabra elegida para el genérico de la familia de las encinas y robles, quiere decir árbol hermoso.

Ciertamente no hay árbol feo aunque la seriedad de los pinos y la avaricia de los eucaliptos a menudo propicia una escasa o nula admiración por ellos, al menos en los conocedores de las tragedias ambientales que se iniciaron con la sustitución de las comunidades vegetales autóctonas por este tipo de árboles con prisa.

Imposible no recordar aquí y ahora la segunda parte de una de las citas que inician el capítulo cuatro de estas emboscadas literarias. La frase de Miguel de Unamuno que comenzaba con aquello de «Estas robustas y matriarcales encinas de secular medro» se completaba con un lamento de corte absolutamente ecologista: «que van siendo sustituidas —¡lástima!— por esos pinos quejumbrosos...». Este lamento se convirtió, por cierto, en el principal argumento de los conservacionistas de la Natura a lo largo de los años setenta y ochenta del pasado siglo cuando arreció el convertir nuestros montes en fábricas suministradoras de celulosa para las papeleras, acaso la mayor traición que se le puede hacer al bosque y muy especialmente a las lentas, tenaces, austeras madres esenciales de nuestro paisaje.

Las encinas, además, son bellas. Mucho. Tanto que no se entiende que no hayan sido elegidas como emblema de todo el país y no solo de la autonomía extremeña. Para empezar nos obsequian el más vasto repertorio escultórico. Sus troncos y ramas principales, tan acogedores como todo el resto del sistema forestal que presiden, se prestan a todo tipo de formas. Caprichos estéticos que se suman, para que sean duraderos, a la dureza extrema de su madera. Frente a la uniformidad de fustes de tantas especies arbóreas lo que aquí prima es la variedad, la acumulación de infinitas diferencias. Algo que el ojo agradece al instante porque lo siempre, o casi, igual cansa y lo múltiple refresca como una brisa atravesando el bochorno.

Menos iguales todavía resultan las copas de las encinas. Casi todas tienen formas redondeadas y más anchas que altas pero, como nubes caídas que son, se empeñan en imitar los infinitos y voluptuosos contornos de los cumulonimbos. No considero sobre el recordar que la nubes anticipan la totalidad de las formas que tiene casi todo lo viviente sobre la tierra. A menudo la dehesa parece un cielo cuajado de nubes. Sobre todo cuando las contemplas desde Cabañas del Castillo en la comarca que hoy es mi hogar.

La cordillera más occidental de las Villuercas se asoma a la vasta penillanura de Trujillo, a una inmensidad que puede ser considerada una dehesa poco menos que continua de unas 150.000 hectáreas.

La arboleda con estar dispersa mantiene los pies suficientemente cerca los unos de los otros que evoca la imagen de rebaño. Muchos individuos que al tiempo que están juntos tienen perfectamente definida su individualidad. O si se prefiere, en las dehesas los individuos sí permiten ver su propia agrupación. El árbol sí deja ver el bosque. Y estos encinares adehesados son el mejor baño relajador que podemos regalar a nuestras mentes cansadas y los somnolientos ojos, tan desvelados siempre por la luces artificiales.

Rebota, resbala, lame, penetra
la luz a su mejor logro.
Ojos encharcados de dehesas
que expanden como galaxias
sin moverse.
En cada una de sus partes,
hijas del sol que cada encina saborea
Este bosque esculpido por el sudor
de cuatrocientas generaciones
sigue exportando lo que importa
porque acoge, cuida y alimenta.
Y, sobre todo, nos demuestra
que todavía cabe vagar por
ámbitos donde
la hospitalidad no está hospitalizada.

Acaso mucho mejor que este poema de un defensor bendecido por las muchas dehesas que han acompañado a mis paseos de naturalista sea el manifiesto que tuve el honor de escribir como uno de los elementos de la casi permanente preocupación que casi todas las organizaciones de defensa de la Natura han desplegado con relación a este tipo de formaciones forestales. Las dehesas, todas, están en peligro por los factores que se describen en las próximas líneas y por otros muchos, todos ellos espoleados por el desastre climático que aquí se evidencia.



MANIFIESTO POR LA DEHESA (Parte de las campañas de WWF en favor de las Dehesas)

Conscientes
de la condición matriarcal que tienen las encinas, creadoras de paisajes y de culturas.

Conocedores
de su hospitalidad, que resulta una de las más generosas para los seres vivos del planeta.

Seguros
de que las dehesas aportan claros beneficios para la totalidad de los seres humanos y de la vivacidad en su conjunto.

Convencidos

de que somos la capital mundial de las dehesas que conforman uno de los más originales y bellos paisajes del planeta.

Admirados

por poder admirar apacibles horizontes de encinas abarrotados. Sensibles a su austera reciedumbre que se resuelve en tenaz belleza.

Agradecidos

por los productos obtenidos de esas dehesas para mantener la actividad socioeconómica en el medio rural. Pero no menos por lo que las encinas narran y consiguen, por lo que acogen y enseñan como, por ejemplo, a usar correctamente el tiempo y el espacio; los suelos, las agua y los aires...

Emocionados, en fin

por ser las dehesas alma y almo de nuestro más amplio paisaje.

PERO NO MENOS

Inquietos

por los escasos resultados que vienen teniendo las leyes autonómicas de protección a la dehesa.

Alarmados

por los procesos de envejecimiento, incluso fosilización, de nuestros encinares.

Preocupados

por la incesante indiferencia hacia las dehesas por parte de los medios de comunicación, el sistema educativo y los poderes públicos.

Huérfanos

por las sustituciones o erradicaciones de nuestras arboledas originales.

Secos

por la seca que diezma tenazmente a encinas, alcornoques y robles.

Aturdidos

por la escasa regeneración natural que en no pocas dehesas provoca el excesivo pastoreo y la agricultura intensiva acarrear en las dehesas peor gestionadas.

Indignados

por la, salvo muy pocas excepciones, mala gobernanza de los territorios adhehados por parte de las distintas administraciones autonómicas y el desentendimiento de la administración central y propietarios particulares, casi siempre desbordados por el poco apoyo oficial.

POR TODO LO ANTERIOR

Denunciamos

la falta de decisión por parte de gobernantes a la hora de acometer un plan general de regeneración de las dehesas. La escasa ayuda pública a la irrenunciable recuperación de estos sistemas.

Proponemos

una masiva campaña de sensibilización sobre el valor de nuestro paisaje más característico.

Recordamos

que (los socios y empleados de WWF) colaboramos con nuestros siempre escasos presupuestos a los estudios, concienciación, medidas de protección y propuestas de gestión que aseguren la pervivencia de las dehesas.

Pedimos

a los consumidores que valoren y adquieran los productos sanos y sostenibles que provienen de las dehesas bien gestionadas.

Reclamamos

la declaración de la encina como emblema nacional que debería estimular los vínculos entre todas las comunidades autónomas del país ya que todas, con la excepción de Canarias, cuentan con encinas como uno de los principales elementos vivos de sus paisajes.

Añoramos

el respeto y desarrollo de la cultura rural vinculada a los mejores usos de las arboledas adehesadas.

Reivindicamos

la coordinación de todos los sectores implicados en el uso y mantenimiento de este paisaje para mantenerlo lo más vivaz posible. En realidad casi toda la sociedad, desde el momento en que la mayoría de los sectores e intereses pueden colaborar a unas dehesas vivaces.

Exigimos

que las administraciones dediquen suficientes esfuerzos económicos y pedagógicos destinados a la recuperación de las dehesas, que debe ir de la mano del plan nacional de estímulo a la ganadería extensiva, la más compatible con los medios naturales.

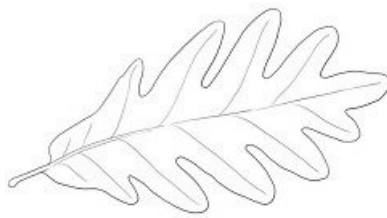
Concluimos que

todos los aspectos mencionados deberían desembocar en una LEY NACIONAL DE LA DEHESA.

Finalmente

queremos recordar que la dehesa es vivaz historia de la vida en nuestro ámbito mediterráneo. Que un paisaje vivo es la primera materia prima de toda cultura. Que en las dehesas se expresa el siempre difícil clima mediterráneo. No menos que buena parte de las especies más escasas de Europa tiene claros lazos con las dehesas. Caso, entre otros, del buitre negro, el águila imperial o el lince ibérico. Que bajo las copas de las encinas se alcanzan algunos de los máximos de multiplicidad vital de las regiones templadas del mundo. Que estos paisajes han sido creados en no poca medida por ese escultor que son los sudores de doscientas generaciones de campesinos y ganaderos. Que son el hogar permanente o temporal de más de veinte mil especies de animales y plantas. Que no menos de cien millones de aves las usan a lo largo de los meses fríos. Que una correcta utilización de estos austeros ámbitos se resuelve con la continuidad de sus prestaciones y su emblemática prestancia. Que son insustituibles fuentes de fertilidad capaces de generar bienestar social Pero sobre todo hacemos hincapié en que son uno de los mejores logros también de la historia de la humanidad pues aportan un claro y demostrado ejemplo de compatibilidad entre la Cultura y la Natura, que aquí empatan y, al hacerlo, todos salimos ganando.

EMBOSCADAS ARTÍSTICAS,
HACIA LA NUEVA CULTURA
DEL BOSQUE



Quercus pyrenaica

Lo que sucede con nuestras arboledas, tanto dentro como fuera del ámbito mediterráneo, parece una más de las divagaciones de Kafka.

Somos amplia mayoría los que apreciamos los bosques y casi todo lo con ellos relacionado. Apenas hay argumentos contrarios a que conservemos los espacios forestales. Es más, son decenas de miles las aportaciones de todo tipo que llaman a la complicidad con los creadores de las sombras. Y sin embargo las selvas se desvanecen. Con elocuente contundencia queda demostrada aquella lucidez que Albert Camus escribió en su *Calígula*. El ser humano destruye lo que prefiere. Ya hemos levantado acta de la pavorosa y acelerada pérdida de bosques en el mundo. La reparación solo será posible si volvemos a convertir lo venerable en venerado, lo útil y necesario en respetado, si, en definitiva reconocemos con unos máximos de reciprocidad lo que las selvas hacen por todos los seres vivos, humanos incluidos.

Muchos somos también los que pretendemos incrementar lo que bien podría ser denominado nueva cultura del árbol. Para lo que intentamos que el máximo posible de personas escuchen, lean, vean las numerosas obras de arte de todos los tiempos vinculadas a los árboles. No menos las actuales, entre las que abundan estudios científicos, compilaciones y antologías.

Acaso sea en el campo editorial donde más nuevas aportaciones estamos recibiendo. Pero conviene tener en cuenta también lo que se elabora para otros medios de difusión.

Aunque con toda seguridad olvido muchas las que resumo a continuación son unas pocas emboscadas artísticas a favor del bosque que se han llevado a cabo en los medios de comunicación. Todas ellas han tenido decisiva importancia en mis propias emociones, conocimientos y actos.

Los prisioneros del bosque

Hemos comenzado este libro con una cita de Jungers en la que se mantiene que existe una relación entre los emboscados y la libertad. Que Félix Rodríguez de la Fuente acuñara el término prisioneros para los habitantes del bosque no es menos oportuno. En realidad el conocido divulgador evocó, tanto en alguno de sus documentales como en los programas de radio, al carácter discontinuo y parcelado que hoy tiene la mayor parte de la arboleda ibérica. Frente a la idea, cada día más rebatida, de que nuestro entorno fue, hace unos tres milenios, una ininterrumpida masa forestal. Parece demostrado que incluso mucho antes de que el hacha y el fuego abrieran discontinuidades en el bosque ya el clima se había encargado de que muchos enclaves de nuestra península tuvieran grandes calvas, es decir zonas estepáricas prácticamente sin árboles.

La preocupación por la creciente pérdida de masas forestales, los incendios, la erosión nada tienen de actuales. Prácticamente todas las civilizaciones, como mantiene Chateaubriand, son precedidas por los bosques y seguidas por los desiertos. Ha sido citado hasta la saciedad el pasaje en el que Platón se lamenta de la pérdida de arboledas y la consiguiente fragilidad de los suelos que son arrastrados por las aguas. Poco, o nada, se ha enfrentado a esa degradación con

mayor eficacia que la figura de bosque sagrado, acaso la primera protección a la Natura seriamente implantada. Pretendo dejar claro que no hay nada del todo nuevo y que los que plantamos y defendemos árboles tenemos una larga lista de predecesores. Si de antiguo nos llegan llamamientos a mantener en pie a los gigantes vegetales en los tiempos actuales son catarata y a través de todos los formatos, soportes, estilos y disciplinas... El cine documental lidera sin duda la creciente conciencia ambiental de las masas. En nuestro país el famoso divulgador puso muchos granos de arena al respecto. La mencionada película fue todo un hito pues entre otras cosas dejó claro aquello que tan claro dejó uno de los refranes populares más acertados, me refiero al de «si quieres pájaros planta árboles». En *Los prisioneros del bosque* el argumento era que nuestra gran fauna necesita de esas «cárceles de bosque» para seguir siendo posibles.

El Hombre y la Tierra animó a muchos a la defensa de las arboledas. Incluso conozco, además de la mía, muchas trayectorias de naturalistas y ecologistas que se comprometieron en defensa del derredor a partir de los encendidos alegatos de Rodríguez de la Fuente.

En mi caso todo cambió, en mi vida profesional, cuando en el verano de 1975 recibí una llamada del famoso para que me animara a trabajar con él en sus empeños editoriales. Tuvo la culpa Jesús Garzón, uno de los más intensos y comprometidos defensores de lo espontáneo y al que debemos la salvación de lo que hoy es el Parque Nacional de Montfrague. Ser fichado para escribir enciclopedias con Félix parte del comentario de Suso sobre mis destrezas de escritor. Junto con lo de ser campesino no tenía otro proyecto en mi vida que escribir para publicar y de hecho mis artículos ya había merecido la hospitalidad de varias revistas, científicas y de divulgación. Pero trabajar de continuo, con despacho y sueldo para redactar fascículos, corregir las colaboraciones y escribir todos los pies de ilustración de la Enciclopedia de la Fauna Ibérica sobrepasaba el mejor sueño.

Todavía más extraordinario resultó mi llegada al mundo del cine. Que se debe precisamente a los *Los prisioneros del bosque*. Como casi todos los y las habitantes de este país, incluso rozando los 20 millones de audiencia, yo esperaba la noche de los viernes para ver el correspondiente capítulo de *El Hombre y la Tierra*. Lo que cambió mi vida fue percatarme de algo que solo un par de decenas de personas en España podrían haber hecho en ese momento. Me refiero a reconocer el canto de las aves. La cuestión es que en un momento dado de ese magnífico documental aparecía un chochín, simpático pajarillo tanto por su conducta, como por su canto y nombre. El ave cantaba en primer plano pero lo que escuchamos era un petirrojo.

Cuando al día siguiente se lo comenté a Félix, yo iba todos los días laborables a su propia casa donde me habían proporcionado un despacho para ahorrarle desplazamientos, su cabreo me asustó. Pero le duró unos segundos. Levantó el teléfono y a los diez minutos estaba en proceso de contratación por TVE para revisar los sonidos naturales de todos los restantes capítulos de la serie. Así comenzó mi vida de cineasta que en pocos años me permitió desempeñar la totalidad de los oficios que quedan ligados a la producción cinematográfica. A la muerte del director, en accidente aéreo en Alaska, fui encargado por Televisión Española de la culminación, como guionista, asesor y ayudante de montaje y realización, de los últimos ocho capítulos de la serie. Seis años más tarde ya dirigía mis propios proyectos en los que el bosque siempre estuvo como protagonista.

El Bosque habitado

Acaso el oasis más frondoso de cuantos podamos encontrar en la travesía del desierto que son la mayor parte de los medios de comunicación, tanto privados como públicos. María José Parejo desobedece a tantas normas convencionales del periodismo actual que puede ser incluida en el panteón de los rebeldes, esos a los que ella prefiere llamar conmovidos. Ciertamente es que si no te conmueven las destrezas de los árboles o las torpezas que los abaten, queman, enferman y contaminan es que tu sensibilidad también está en peligro de extinción. Pero ese sentimiento de la Naturaleza es lo que sobra en todos los colaboradores de este programa de Radio Tres de Radio Nacional de España. Me cuento entre sus felices colaboradores.

Se emite de 11 a 12 de las mañanas de los domingos aunque ni la hora, ni el día, ni la cadena facilitan la llegada a una audiencia masiva, algo que sería de especial interés para la sociedad y el medio ambiente. Con todo sí se ha conseguido un considerable número de entusiastas seguidores muy bien repartidos por todos los rincones del país. Hacer un monográfico sobre bosques y árboles, emboscados y bomberos, botánicos y arboristas, jardineros e ingenieros de montes, sabios en la materia y aficionados que acaban de darse cuenta de que cuidar de los bosques es uno de los gestos más bellos, sensatos y necesarios del presente. Que se lean poemas a los árboles o que Raúl de Tapia, uno de sus principales colaboradores, haya conseguido crear la poesía de las hierbas para ser recitada por algunas de las mejores voces de la radio pública. En fin que la singularidad no puede ser más rotunda. Por si lo mencionado fuera poco en *El bosque habitado* viven grandes cantantes, botánicos, naturalistas de primera línea, divulgadores científicos, ornitólogos, plantabosques y hasta filósofos. Aunque se trata de un dominio profesional en el ámbito del periodismo que no es el mejor para crear amistades, todos los colaboradores de María José Parejo somos amigos y mantenemos un buen número de encuentros fuera de los estudios. Somos la demostración de que nuestras raíces también están íntimamente conectadas como las de los árboles.

Bosque de bosques

Es mi título preferido. Tanto que lo he usado para, al menos, una decena de realizaciones y actividades diferentes. Concretamente «Bosque de bosques» es el subtítulo de uno de mis libros, La Sonata del bosque, que considero lo mejor que he escrito. Al menos hasta el momento ya que confío en que este empeño que ahora tienes en las manos lo supere, sin que ello implique que pretenda que mis propios libros compitan entre sí.

Bosque de bosques es título que he usado para muchas propuestas de mi largo trayecto con los bosques como protagonistas en mis tareas de comunicador. En concreto un programa de radio y media docena más de otras realizaciones. La más peculiar de las mismas acaso sea la obra de teatro que escribí para concienciar en la lucha contra los incendios forestales y que fue representada en sesenta poblaciones de nuestro país. Algunas de las plantaciones colectivas, sobre todo en Alicante y Fuenlabrada les pusimos el mismo nombre. Hasta festejos populares y

pruebas deportivas llevaron como identificador lo de Bosque de bosques. Queda claro, espero, el propósito de repetir tantas veces el mismo título para tantas iniciativas, diferentes aunque todas tuvieran en común la defensa y propagación de las arboledas.

Se trata una vez más de poner de relieve la única codicia sana, la de más, muchos más árboles, es decir la de no contentarse ni siquiera plantando un bosque sino de tener como objetivo final que haya un bosque de bosques. Es lo que nos merecemos, necesita este planeta y sin duda una de las tareas más bellas que se pueden acometer.

Titulé *Bosque de bosques* también a uno de mis documentales que planteó, por primera vez en el panorama del cine de Natura de este país, que fuera el mensaje del guión lo que prevaleciera sobre las convencionales imágenes. En suma una desobediencia a aquello de que una imagen vale más... En mi *Bosque de bosques* para el cine no se identifica ni una sola de las varias decenas de especies de animales y plantas que van sucediéndose en la pantalla. Sin embargo se convoca a la interpretación del bosque como una suma de encuentros y como el mejor aliado de todo lo viviente. Se describen todas las funciones del árbol y sus partes. Todo ello vinculado a los ciclos, procesos y elementos esenciales para la continuidad de la Vida.

Acaso les ayude a comprender las pretensiones del documental estos tres pasajes del texto que tuve el placer de escribir para aquellas imágenes secundarias.

Me cito:

«El bosque es un consumidor que como en parte se consume a sí mismo no acepta el consumirse».

O esta otra dedicada a la fertilidad, ya lo he recordado más arriba, que crean las hojas al pudrirse en los suelos de la arboleda: «Es el humus, y humano, acaso la palabra crucial, quiere decir del humus». Por lo que seguramente se comprenderá mejor la frase con la que acaba este trabajo cinematográfico.

«Al funcionar, el bosque consigue que un cosmos vital funcione.

Más bosques suponen más vida y más belleza.

Si conseguimos un bosque de bosques conseguiremos una humanidad más humana.»

Todo ello con un bando de grullas pasando ante una luna llena.

He tenido la fortuna de ser comisario y autor de treinta exposiciones, tres sobre los bosques. La primera de todas también lleva, como acabo de mencionar, el título de Bosque de bosques. Se inauguró en casi cuarenta localidades diferentes del país y supuso que no menos de medio millón de personas entraran en contacto con los aspectos fundamentales del árbol y de los suyos. Estimulante, sobre todo, que buena parte de los que acudieron a ver la muestra lo hacían con sus profesores ya que eran alumnos de casi todos los niveles educativos. Como no podía ser menos este empeño iba acompañado de un libro y de un cuaderno para los visitantes. Todas las itinerancias conllevaban una conferencia y, en algunos casos, encuentros con las arboledas. Mucho más tarde y dentro de los empeños de la editorial Lunwerg he tenido la posibilidad de hacer otros dos libros catálogo vinculados al árbol. En concreto *Bosques del Mundo* y, en 2019, *Salvemos los bosques*. Esta última aborda un apasionado llamamiento a lo más necesario y urgente que se puede hacer hoy día si tenemos en cuenta que evitar que se quemen los árboles es el mejor medicamento para que no se nos queme más todavía el aire que respiramos. Por suerte estas exposiciones que se instalan invariablemente en la Feria del Libro de Madrid e itineran por varias capitales del país son vistas por algo más de un millón de personas todos los años desde hace catorce.

Bosque de bosques sonó como cabecera a través de las ondas de radio.

Durante seis años el canto de la oropéndola anunciaba mi voz en el programa En días como hoy de Radio Nacional de España. Dentro de este gran magazine de la mañana, dirigido y presentado por Juan Ramón Lucas, cupo una intensa aproximación a la Natura. Es más puedo afirmar que tras 44 temporadas en RTVE nadie ha sido tan sensible a la más grave crisis del planeta y de la humanidad que este enorme periodista. Pues bien las 243 secciones que pude compartir con nuestros oyentes llevaban, como no, el título de *Bosque de bosques*. Los árboles fueron protagonistas en numerosas ocasiones sobre todo porque Lucas entendió la oportunidad de hacer programas de Natura en riguroso directo, es decir que emitíamos lo que yo, situado en lugar bien escogido de nuestros paisajes, veía, escuchaba e incluso olía. Retransmitir los acontecimientos de un derredor como si de un acontecimiento deportivo se tratara resulta de lo más gratificante y por supuesto rara era la ocasión en la que no describía especies arbóreas y tipos de formaciones forestales en tales directos.

Lo de acabar siendo, al menos en parte, hombre orquesta es casi una norma en muchos de los procesos de elaboración de programas de radio, sobre todo si son de las ligas menores. Por eso en mi *Bosque de bosques* de Radio Cinco la dirección, el guión, el locutor y la selección musical eran de mi exclusiva responsabilidad.

Con *Bosque de bosques* también pusimos en marcha unas campañas de plantación, una fiesta popular, unas competiciones deportivas, todo ello al mismo tiempo tras un acuerdo con el Ayuntamiento de Fuenlabrada en Madrid.

Puse así mismo el nombre de Bosque de bosques a un proyecto de fundación, a una campaña en defensa de los árboles y, sobre todo, un libro colectivo que puse en marcha en el año 96 del pasado siglo.

La emulación animó nada menos que a 525 autores diferentes a colaborar en una publicación que hizo posible la Caja de Ahorros del Mediterráneo, muy implicada en temas ambientales en la década de los noventa, justo antes de que cayera abatida por la corrupción que manaba directamente de lo menos arbóreo que existe en este mundo: la especulación urbanística.

Este libro colectivo, que acaso sea el que aunó más autores, incluyó junto a cada letra del abecedario —por lógica se agrupó y ordenó a los autores por la letra inicial de su apellido— un corto aforismo de producción propia.

Lo prologó la Reina Sofía, hoy emérita, y entre todas las otras, igualmente dignas e importantes colaboraciones, figuran estas pocas que he seleccionado.

Luis Atienza, en aquellos momentos ministro de Agricultura, escribió:

En la copa de un árbol está la esencia de la vida. Con ellos compartimos genes e historia. Si apuramos de un trago esa copa, si no sabemos mantener su nivel, la sed que provoquemos acabará con nosotros.

José Borrell, por su parte, reconoció la procedencia.

Nací y crecí al amparo de los montes cercanos al Noguera Pallaresa. Entre los recuerdos de mi infancia aparecen árboles y bosques de todos los estilos que recorrí cientos de veces hasta que tuve que decirles hasta luego, cuando me trasladé a Madrid a estudiar. Me siento hijo de los bosques y sigo venerando sus árboles como a mis padres naturales. Ante la grandiosidad y el silencio elocuente de la Naturaleza todos nos sentimos pequeños, iguales a los demás, y en definitiva más libres.

Hoy desde mi responsabilidad política, estoy convencido de que la mejor herencia que podemos dejar a nuestros hijos son unos bosques frondosos llenos de frondosidad y frescura.

Camilo José Cela se expresó con contundencia:

Probemos a salvarnos salvando la Naturaleza, que es el soporte de la vida misma y la última esperanza de la salud, la felicidad y la paz.

El premio nacional de literatura Antonio Colinas demostró su gran vínculo con lo espontáneo.

El bosque arde como una condenación. Ello es síntoma de nuestro tiempo y nuestra desgracia. Es probable que siempre hayan ardido los bosques pero no con el sentido y la fatalidad con que lo hacen en nuestros días. El bosque siempre ha sido el límite de lo sagrado. Más allá de su umbral comenzaba todo aquello que desconocemos, es decir, nuestra esperanza, lo que nos salva. En la linde del bosque —como en el horizonte marino— comenzaba lo que está más allá, una realidad que está detrás de la realidad aparente que los ojos ven. El bosque en llamas de nuestros días es una de las agresiones más graves que, en cadena, está padeciendo el medio natural. De ahí la urgencia del regreso a la llamada del bosque, a su recuperación, a su salvación.

Miguel Delibes me autorizó sencillamente a que usara cualquier párrafo suyo que me pareciera oportuno, y elegí éste:

Toda pretensión de mudar la Naturaleza, es asentar en ella el artificio, y por tanto, desnaturalizarla, hacerla regresar. En la Naturaleza, apenas cabe el progreso. Todo cuanto sea conservar el medio es progresar, todo lo que signifique alterarlo esencialmente, es retroceder.

Iñaki Gabilondo siempre mostró interés por la conservación de la Natura, y accedió a la primera a colaborar en el libro colectivo con estas frases:

La griegos más sabios, incluido Aristóteles, no veían a los esclavos cuando hablaban del hombre. Hasta hace unos años, no los más sabios de los hombres libres veían la Naturaleza que asesinaban en nombre del progreso.

Hoy los hombres inteligentes —vencida la ceguera, recuperada la visión— saben que la única revolución posible es la de la armonía con el entorno. Una vez más lo obvio se convierte en el desafío máximo. Primera etapa: la limpieza de la mente, donde se acumula la maleza argumental. En esas me encuentro.

José Bono, que presidía la comunidad de Castilla la Mancha, aportó lo siguiente:

La relación del hombre con la Naturaleza ha estado dominada siempre por sentimientos contrapuestos. De amor a la par que temor, de confianza a la vez que recelo, de cercanía al tiempo que de respeto. Por un lado, las catástrofes naturales que tan caras paga la humanidad. Pero por otro, la Naturaleza es la fuente de la vida. Formamos parte de ella y no hemos de pretender ni conquistarla ni adorarla. Podemos y debemos aspirar a vivir en armonía discordante con ella. Nada más y nada menos.

«La soberbia del ser humano actual es solo comparable con su necedad. En él confluyen y se cumplen todos los grandes mitos destructivos de la Humanidad envanecida desde el Diluvio a la Torre de Babel, que se narran en cualquier teodicea y en cualquier cosmogonía. Ya los menos

estúpidos entre los hombres comienzan a encontrarse abandonados, desprotegidos, es decir solos, ante el impenetrable y creciente alejamiento de la Naturaleza, que corresponde con él a nuestros insensatos ataques.» Esta fue la aportación de Antonio Gala.

Clara Janés a la que hemos citado en un par de ocasiones en este libro me envió el siguiente poema:

El bosque
los caminos del bosque
el horizonte adivinado del bosque
los árboles del bosque
los animales, los pájaros fugaces del bosque
los verdes y los rojos del bosque
la negrura y el oro, las fuentes secretas del bosque
las canciones del viento acunando al bosque
el silencio del bosque
el enigma del bosque
la luna flotando en la noche del bosque
los astros a través del ramaje del bosque
la fascinación del bosque
la nostalgia del bosque
el deseo imperioso de respirar el bosque.

Salvador Pániker da en el mismo centro de la diana con estas palabras:

Hace falta un cambio de mente (la evangélica metanoia) para cobrar conciencia de que más allá de ciertos límites, el consumismo, y el propio crecimiento económico, es patógeno. Hace falta una pedagogía ecológica que corresponda a una nueva ciencia de la complejidad organizada. Hace falta terminar con la milenaria enemistad entre el hombre y su entorno. La ecología no solo es una ciencia, una epistemología y una ética: es un nuevo paradigma cultural.

Manuel Rivas, que tanto honor nos hace prologando este empeño que tienes en las manos, acudió a la llamada del bosque de bosques con este poema:

El ejército del bosque

Préstame, lluvia, tus palabras,
y tú, viento, las ideas tan largas.
Déjame tu rezo breve, río,
y tú nieve, la coraza de abedul.
Descansa al Norte, crepúsculo del musgo.
Hay hielo en los ojos de la Tierra.
Pisadas.
Se quiebra el mundo como ala de garza.
Acúdeme, rayo.
Cúbreme niebla.
Cuidémonos. Viene gente.

Termino esta selección con el poema dedicado a este emboscado, a quien ahora escribe agradecido por la colaboración de tantas personas. Lo escribió Antonio Ramos Gascón —testigo directo del proceso que me llevó a las espesuras arboladas— en aquel entonces director de la

Fundación Ortega y Gasset.

Entre las humildes jaras, junto
al cumplido orgullo de la frágil espiga del ber-
ceo, desde el raigón alpino del piorno
que tercamente pace sobre los prados andrinos,
Aquí,
al pie del mullido pinar que sofocó al robledo,
bajo el relámpago fugaz de la mágica oropén-
dola repulgando la fronda de estos tilos,
aquí fue haciendo su íntima nación hacia
los árboles el hombre a quien la aves y los árbo-
les hablaban.

Bosque y artistas de la pintura

Me ha acompañado también la fortuna a la hora de que varios artistas del pincel me hayan solicitado que les escribiera textos para sus catálogos. Adjunto a continuación dos ejemplos. El que acompaña al precioso empeño de Núria Benet Ramoneda que tituló HUB Trees.

La mejor definición de poeta es la más corta. Con solo tres palabras Federico García Lorca nos recuerda que la Natura escribe, sin cesar, poemas. Como se trata de la mejor artista, también pinta, hace sonatas, edifica residencias, como los corales que son mucho más grandes que todos los edificios humanos de toda la historia. Eso sí, los arrecifes vivos tienen 250.000 siglos más que la primera arquitectura humana.

La Natura tampoco ha descuidado las caricias que el sonido puede darnos y por eso, ahí afuera, nos esperan las melodías menos conocidas pero las más antiguas y constantes. Pero si de esculpir se trata resulta que todo lo que vemos ha sido tallado por ese cincel del tiempo que es el agua. Incluso cabe añadir que los animales son los seres más danzarines y fotogénicos. Tampoco hay drama más complejo que la misma vida, ni teatro más grande que el derredor. En suma que el Arte nos precede en todas las disciplinas y con ingentes creaciones.

Lorca, como muchos de los mejores creadores, considera que crear es acordarse de lo creado y cursarle una amable invitación a participar en tus fiestas. El Arte, pues, como la Natura, es un surtidor de novedades, asombros y confluencias. Es forma, color, movimiento y lenguaje. Por eso afirmó: «Poeta es árbol».

No fue el primero. Podemos rastrear aproximaciones a tan lúcida expresión en todas las épocas y en casi todas las culturas. Desde el Magdalenense reconocemos, de alguna forma, que la primera materia prima de toda disciplina artística es el derredor ya que proporciona los elementos básicos para crear. Todo paisaje, todavía vivo, es un alambique que destila el mejor licor, la inspiración, y lo hace con esa uva que es admirar lo contemplado.

Pero el primer reconocimiento explícito de este concepto es tan anciano como una de las primeras formas de escribir que conocemos. Me refiero al chino, al idioma que se expresa, sobre el papel, con ideogramas. Utilizar grafías que se aproximan a la realidad de lo nombrado consigue el más lúcido encuentro entre el símbolo y la realidad, entre lo expresado y lo impreso. De la misma forma que entre las palabras de nuestros idiomas y la realidad se interpone el abismo de lo

simbólico y abstracto, en los ideogramas se da, con frecuencia, un abrazo entre la forma y el fondo de la palabra, entre significado y significante, entre lo que sucede y lo que nombramos. Acaso donde mejor se aprecia tal sintonía es con el término vivir que se dibuja como una planta creciendo, sin duda la mejor aproximación posible a lo que mantiene y consiente nuestras vidas.

¿Qué hacemos hablando de poesía y caligrafía en un texto sobre pintura? Pues lo más coherente porque no consigo distinguir fronteras entre las diferentes destrezas del arte. Las palabras del pintor son la luz y las infinitas sorpresas que se esconden en su seno. Las del compositor son las notas, las del escultor lenguajes todavía más antiguos pues dormían, desde siempre, en la piedra, la madera o el mineral. Reitero que toda disciplina creativa procede de y como la Natura.

Cuando desembocamos en las aportaciones de Núria Benet encontramos también estos esenciales vínculos. Es toda una confirmación de por qué la palabra arte, en chino, resulta casi idéntica a la palabra árbol, pero a la que se añade solo una tilde. Se reconoce, pues, que se crea a partir de la MATERIA/MADERA. Todo arte es recreación. Pero no menos tregua, oasis, declaraciones de paz y simbiosis, alianzas con lo mejor que nos queda de nosotros mismos. La Natura y el Arte desafían, y a veces vencen, al todopoderoso tiempo con sus ansias de eterna continuidad.

En las obras de Nuria, como en los perdederos naturales, encontramos pausas, oasis en la arrebatada eficacia que hemos puesto en cegar la luz, obturar las transparencias, enterrar la tierra y amortajar la vivacidad... No es casual que el color de la ceniza impere en las muchedumbres y sus residencias. Pero sobre todo en los cielos.

Arte como el de Núria Benet restaura, en parte, tanta torpeza. Es luz limpia en medio del crepúsculo artificial que nos invade.

Coincide con lo que sucede en las arboledas que son fábricas de transparencia, asambleas de colores, templos de sonoridad, fondas de la vida más vasta y variada. Arte y poeta son árboles, no lo olvidemos.

En Núria Benet se fertilizan todas las confluencias señaladas. Su sobresaliente sensibilidad nos vincula a lo esencial. Nos recuerda la principal función del Arte: ser el mejor antídoto para esta loca enfermedad que supone el habernos arrancado del derredor; el estar acorralando al infinito y asesinando a las primaveras.

Un pintor decididamente emboscado

Si Francisco Giner de los Ríos mantuvo que «a la contemplación de un árbol podría dedicarse la vida entera», estos encuentros con Agustín de Córdoba permiten la comprensión de tan encantador maximalismo.

Pinceladas que atrapan, como las mismas hojas de los árboles, la luz. Ellos para convertirla en VIDA, estos para acercarnos a lo más parecido que hacemos los humanos: ARTE.

Los árboles nos necesitan hoy al menos tanto como nosotros a ellos. Pero para restablecer la comprensión de tan mutua dependencia conviene saber lo que hay dentro de estos cuadros y de las arboledas.

Los árboles son agua erguida. Altura conquistada con columnar soporte. Tenacidad que no desgasta al tiempo, sobre todo a ese tiempo que el árbol detiene para convertirlo en muchas otras formas vivas. En consecuencia el árbol y los suyos son amparo generalizado a la vida y su principal sustento. Se nos quiere olvidar que el mundo vegetal supone más del 90 % de lo que vive en este planeta. Es más, el bosque es el feliz punto de encuentro de casi todo lo esencial. En ningún otro ámbito se funden y fecundan mejor la energía, el aire, el agua y la tierra. Las raíces de todas las cosas son equivalentes a las del bosque. No menos crucial resulta el modelo económico insuperable que rige sus relaciones con lo demás. Y por ello mismo oportunidades para casi todos los demás. El árbol y el bosque son la mejor ocurrencia que la historia de la vida consiguió formalizar en lo real. De ahí que cuando la miopía no impide verlos como lo que son, los bosques sean además de nuestro primer hogar la gran mansión de la vida, el máximo de concurrencias palpitantes. Tan de tantas vidas es el bosque que, acaso, lo que más nos acerque a la comprensión, tan desarbolada ella, sea que si individualmente consideramos a la vida como lo más importante, entonces conviene tener presente que el bosque es lo que más se opone a la muerte en nuestro planeta. Por si todo esto fuera poco, cada día que pasa son más precisos los árboles vivos. Cada pie que siga en pie es un punto de apoyo para esta civilización lisiada por su modelo energético, causante del cambio climático. Esta exposición puede inscribirse entre los activismos en favor de la transparencia de la atmósfera, por cierto principal tarea de los árboles, como fábricas de oxígeno que son.

Entre otros muchos aportes resulta obligado no olvidar que los árboles son esenciales para la continuidad de los procesos ecológicos esenciales, en el mantenimiento de las especies, en la depuración de las aguas y los aires, en la creación de la fertilidad natural y en el abastecimientos de muchas de las materias primas imprescindibles para la seguridad, la salud y el desarrollo tanto de lo humano como de lo natural.

Se exhibe aquí un eufórico entusiasmo por sintonizar con el bosque, de corroborar las afirmaciones hasta aquí vertidas. Porque con la emoción convertida en creatividad artística alcanzamos a comprender que sean las intuiciones y emociones las que se encarguen de acercarnos a los propósitos de las arboledas.

Confianto en establecer un todavía mayor grado de complicidad con lo esencial, Agustín de Córdoba ha multiplicado su capacidad en este nuevo empeño. Todo lo que en esta muestra contemplamos redundará en que consideremos al árbol como el máximo logro del mundo vegetal, algo así como la cima de millones de años de esfuerzos por conseguir perdurar. Es en lo que más se parece la Natura al Arte, en la búsqueda de la eternidad, del perdurar para vencer al tiempo. Para lo que el árbol nunca ha ido en solitario sino con el mayor número posible de alianzas. Ahora con la buena pintura. Sin olvidar que invariablemente el artista intenta esa BELLEZA que la Natura y su mejor logro, el árbol, consigue.

Música y Natura

Aunque son pocos los artistas que aprecian el Arte que les precede y que casi siempre les inspira nos quedan un apreciable número de clavos a los que agarrarnos. Sobre todo en los dominios del arte más transparente, el de la música. Un puñado de compositores, especialmente clásicos, sí se

dejaron impresionar por la Natura en general y por los bosques en particular. Es más, desde mi absoluta incapacidad para hacer nada parecido a la composición musical considero que es la disciplina más cercana a la Natura. Por eso adjunto unos pocos ejemplos que localicé haciendo uno de los programas más gratos de mi vida, de los muchos que a lo largo de 44 temporadas de colaboración con RTVE, he podido compartir con una generosa audiencia.

MÚSICA y NATURA pretende demostrar que existe una profunda relación entre la música y la natura —no deja de ser un alivio poder escribir en presente ya que casi todo lo que hemos hecho miles de comunicadores para los medios audiovisuales se pueda considerar que está vigente. O, al menos, a disposición de quien lo necesite a través de los nunca suficientemente agradecidos podcast.

Con la formidable ayuda de la musicóloga Mikaela Vergara construimos nada menos que doce programas dedicados a los principales elementos/emblemas de lo espontáneo y rastreamos, sobre todo ella, en el archivo de RNE para encontrar composiciones directamente relacionadas con esos aspectos de la Natura.

Arcángello Corelli, Johann Sebastian Bach y especialmente el segundo movimiento, *allegro assai*, de su concierto para violín y en clave de *la* mayor, nos trajeron la traducción a la música de la otra, la del bosque.

La parte que me correspondía más directamente se basó en la poesía y más concretamente en un capítulo de un libro que pude enhebrar y de momento no culminar que llamé «Los escritores de la naturaleza».

El herbario sonoro

Tras 45 años sumergido en ámbitos editoriales, donde también he tenido la suerte de desempeñar todas las categorías profesionales que existen, tengo cierta familiaridad con los libros. Los tengo sacralizados desde los doce años y mi pasión por la lectura me ha permitido estar en estrecho contacto con muchos miles de títulos. Me apasiona también el diseño y la ilustración. Por eso puedo afirmar, por mucho que sea coautor de este libro, que conozco pocos con más bellezas entreveradas que el *Herbario sonoro*.

Parte este prodigio de la sección que, con el mismo nombre, se emite en el transcurso de *El Bosque Habitado* de Radio Tres. Raúl de Tapia, Alcanduerca para las redes sociales, ha conseguido que la descripción de las plantas y sus asociaciones, sobre todo las nuestras con el mundo vegetal, sean auténticos poemas de una calidad soberbia.

Decidido a publicarlos no se le ocurrió otra cosa que proponerme que le acompañara como coautor, que diera una suerte de réplica a esos preciosos textos. Acepté a regañadientes pues mantengo que ese libro bien merece la autoría exclusiva de su creador principal. Somos tan amigos que pronto me embarcó en el proyecto. Impuse, eso sí, una forma y un fondo poco frecuentes en el ámbito de los escritores. Mis textos serían caligrafiados y repentinos. Repentizar es dar salida instantánea a lo que algo te sugiere. Y así procedí. A partir de una primera redacción absolutamente rauda tuve que pasar a limpio con una escritura a mano lo suficientemente legible como para que sean, con éste, seis mis libros caligrafiados que han sido publicados.

No estamos solos Raúl y yo en el Herbario Sonoro, nos acompaña una tercera autora, Coral Corona, una pintora, escultora y diseñadora que ha convertido cada página de este libro en un acontecimiento estético de primera.

Los libros de Ignacio Abella y Miguel Herrero Uceda

A lo largo de los dos últimos años —2018 y 2019— estamos siendo agraciados por una más que notable producción editorial vinculada a la Natura en general y a los bosques en particular. Aflora, con ímpetu desconocido en los últimos cincuenta años, una esperanzadora afiliación a lo que podemos denominar cultura ecológica. La publicación de literatura, tanto poética como ensayística o narrativa se ha convertido en algo frecuente y celebrado por la crítica y los medios de comunicación. La divulgación científica resulta todavía más frecuente, acaso por reacción a la continua presencia del desastre climático en la vida cotidiana de las mayorías.

Aunque son muchos más los libros de escritores en inglés, con una recuperación espectacular de los clásicos del esencialismo norteamericano y sus sucesores, es decir Emerson, Thoreau, Fenimore Cooper, John Muir, Aldo Leopold, a su estela navegan unas cuantas decenas de contemporáneos por completo volcados en recordarnos nuestros lazos con lo espontáneo. Acaso sea especialmente ilustrativo que David George Haskell quedara finalista del Pulitzer, premio que sí consigue Richard Powers, ambos con sendos libros sobre el bosque.

El oleaje se aprecia perfectamente en nuestro ámbito con un par de docenas de escritores que intentan ampliar el sentimiento de la Natura. Además de los ya mencionados es necesario añadir un par de autores sin los que este capítulo quedaría injustamente descompensado.

Exhaustivo el empeño que ha puesto Miguel Herrero, Uceda en recopilar un auténtico alud de poemas relacionados con casi todas las especies arbóreas frecuentes en nuestro derredor. Con su *El Alma de los árboles* contamos con una asistencia impagable desde el momento en que, como ha quedado reiterado en este mismo libro, resulta del todo imposible comprender los vínculos que nos abrazan desde el bosque sin la poesía.

Si la realidad, en su totalidad, se desprecia, como mantiene Cioran en uno de sus mejores aforismos, todavía más con relación a los productores de la transparencia.

Formidable, por otra parte, la aportación de Ignacio Abella que ha explorado casi todo lo posible relacionado con las formaciones forestales y todos sus componentes individuales. Ha escrito desde monografías sobre las más emblemáticas especies como el roble o el tejo hasta estudios de corte histórico y antropológico. Ha ahondado en las tradiciones culturales de los humanos a lo largo del transcurso histórico y recuperado infinidad de aspectos de la etnobotánica. Por si su gigantesca aportación escrita fuera poco también es un emboscado que lleva a cabo mil actividades en plena Natura, desde talleres prácticos de cómo cuidar de las plantaciones a una permanente reivindicación de mantener activas todas las destrezas de la Cultura Rural no degradada.

BELLEZAS CONTADAS



Quercus robur

No es seguro que hayamos inventado una belleza que nos sea propia. Todos nuestros motivos arquitectónicos y musicales. Todas nuestras armonías de color y luz, son directamente tomadas de la Natura... qué no podría decirse de la belleza de los árboles.

MAURICE MAETERLINCK

He escrito sobre los árboles y el bosque desde hace más de medio siglo. De hecho es lo que más veces ha movido mi mano, desarmada con una pluma en su extremo. Si acaso el agua es lo único que se aproxima a mi incesante pasión por contar qué dice y hace la Natura. Creo, es más, que he aprovechado todas las oportunidades posibles en la actualidad. Desde la escritura a mano con plumas de aves hasta el dictado a una aplicación de móvil para que el olvido no se llevara la ocurrencia sobrevenida en cualquier paseo por las espesuras. Con lo que, sin enumerarlos, nombro a la totalidad de las plataformas, formatos y medios que ponemos a disposición de la comunicación entre humanos. Incluso he tenido la fortuna de usar todos los géneros literarios posibles. Si acaso con un denominador común: el convencimiento de que, dado que el bosque es poético en sí mismo, siempre he intentado emularlo.

En este capítulo he seleccionado solo tres de los posibles estilos: la poesía, el aforismo y ese casi extinguido género, el epistolar, que siempre me pareció imprescindible. Comienzo con el último.

Hace unos treinta años escribí este texto al que quise dar forma epistolar. Acaso mucho más buscando una respuesta que cualquier otra cosa, pero consciente de que las cartas incitan a leerlas. Resulta difícil, en efecto, sustraerse a la tentación de averiguar que se nos dice en un mensaje directo. De hecho mi primer libro, publicado en el 80 del pasado siglo, era un epistolario con la peculiaridad de que iba dirigido a nuestra especie y los emisores eran distintas especies de animales. Como coseché una notable aceptación recurrí una vez más a este estilo literario, casi tan en extinción como tantas otras cosas de la Natura y de la Cultura.

En fin, que esta carta de una encina a todos nosotros puede servir también para corroborar nuestras preocupaciones de hace décadas. Destrozo, por tanto, que en general la situación haya empeorado.

Carta de una encina a todos los humanos

A vosotros, los de la voz y el hacha, os escribo con miedo. Solo un instante para la sorpresa. Concededme a continuación el derecho a pedir la palabra por esta vez, la primera y tal vez la última. Llevamos millones de años calladas y siglos siendo el soporte para esos retorcidos trazos negros que llamáis escritura. Por favor pensarlo detenidamente: nos usáis para muchas cosas, os damos sombra y calor, alimento para vuestros rebaños, pero también, ojo, nuestros suspiros fabrican la transparencia que aman vuestros pulmones. Solicito a cambio un poco de atención. Esta carta es el último deseo de una sentenciada.

Soy una encina y tengo una queja tan grande que creo justificada esta protesta por escrito. No creo demasiado en su efectividad, pero, por si acaso. Tanto escepticismo se basa en que hace mucho tiempo que de la mayoría de vosotros, los humanos, solo notamos vuestra larga mano de acero sobre nuestros cuerpos que nos va dejando separadas, dispersas y finalmente símbolos

desplomados. Urge, pues, que toméis conciencia: nos estamos acabando aceleradamente porque ya no es el hacha sino las gigantescas máquinas de boca insaciable las que nos derriban. Basta un instante para que ese largo proyecto de vida que somos las encinas desaparezca. Todavía más graves resultan los daños colaterales, las secuelas indirectas. Últimamente el cambio climático siembra el virus de la seca en nuestras apretadas formaciones y en nuestras abiertas dehesas y nos está diezmando. Somos, en cualquier caso, algo levantado, como las catedrales, a lo largo de siglos, incluso milenios. Edificios, insisto, que se desploman demasiadas veces en muy poco tiempo incluso en solo segundos. Tan paciente trabajo de la naturaleza no es capricho sino sabiduría. Nuestra lentitud es nuestra salvaguardia para otros muchos. Entre lo vivo solo vosotros tenéis prisa por conocer el final. Las encinas somos lentas, muy lentas, con un fin claro que da resultados, casi vencemos al tiempo y por eso nos da tiempo para ser comida y hogar, para muchas generaciones de muchos miles de otros seres vivos. No menos regalos os proporcionan nuestros brazos y nuestro traje de hojas que siembran sombras allí abajo justo donde nuestros pies interrogan al suelo. Suelo que nosotras mismas hemos creado para que vosotros, más tarde, cosechéis cosechas. No olvidéis que no existe labrantío allí donde no hay o hubo árboles.

Pero el bosque, sobre todo el que se atreve a crecer en tierras cálidas y secas es mucho más; es descanso y afable caminata, fábrica de los mejores futuros posibles y color de esperanza en los ojos; es la pregunta más alta al cielo por algo vivo de la tierra, es el teatro de todos los trinos es decir el primer concierto, no menos destierro para la sed, lo ocre, el polvo y la soledad. Somos un regalo lleno de regalos.

Y, sin embargo, nos acabáis.

No ha bastado toda la experiencia de doscientas generaciones de campesinos que nos respetaron y hasta divinizaron porque entendían que nosotras somos el último eslabón de un reino, el vegetal, como vosotros lo sois del animal. Así, por tratarnos de tú a tú y por nuestras infinitas prestaciones nos iba bien.

¡Qué soberbia os anima ahora para cambiarlo todo de lugar hasta que desaparece? ¿Por qué abris la puerta al desierto? ¿No resuena, en las últimas esquinas de vuestras calaveras, el trueno de nuestra caída, o ese desgarrador alarido de un cosmos vital entero al que se le arrebatara su hogar? ¿Acaso resulta más llevadero para vosotros este iros quedando solos, vacíos, sordos, ciegos, atados ya para siempre a la estúpida podredumbre de la línea recta?

No lo entendemos, de verdad, y por eso he recurrido a quemar este último cartucho y conste que una vez más no estamos pensando solo en nosotras, nunca lo hicimos. Sencillamente estamos convencidas de que si nos vamos para siempre vosotros, entonces ya tarde, nos echaréis de menos. Lástima porque no éramos tan malas compañeras.

Queda muy poco pero la rendija todavía abierta y deja pasar algo de luz. ¡Por favor no cerréis la puerta que también es un regalo nuestro!

Os saluda atentamente una, a partir de ahora, callada y ya solitaria

ENCINA

NATURISMOS sobre los árboles

Buena parte de mi obra escrita está concentrada en ese género literario que llamamos aforismo. Prefiero la palabra naturismo que pretende ser la simbiosis entre natura y aforismo. En cualquier caso, de los muchos miles que mi ancianidad ha permitido seleccionar, para esta emboscada editorial, unos pocos:

No olvidemos que nuestro primer hogar, el bosque, podría ser también el último si lo destruimos. Y llevan muy adelantada la torpeza.

Nada tan necesario hoy como la autosuficiencia. Pues bien, los bosques son en gran medida su propia fuente, su despensa y hasta su clima. Son autosuficientes para que haya suficiente no solo para todos sus inquilinos sino para la mayor parte de la vida terrestre de este planeta.

Derrotada la selva no habrá retaguardia, ni ciudadela de tipo alguno. Mucho menos las parásitas ciudades.

¿Cuándo daremos a los árboles la merecida categoría de cofundadores de religiones, de precursores de descubrimientos científicos, de sabios no escuchados?

Pocos, o ninguno, de los seres vivos saben mejor donde ir que los bosques que, por eso mismo, se quedan quietos donde están.

Están aterrorizados pero como no pueden huir nos parece que los árboles no sienten miedo, como casi todo el resto de lo viviente.

El bosque siempre es muchedumbre y nunca hay atascos.

Inventores de la serena lentitud son en sí mismos templos de sensatez.

La dehesa es síntesis de dos síntesis: la de la Cultura y la de la Natura. Aquella selva tenía sus manos llenas de pájaros y toda su piel, claro, era música.

Todo árbol, siempre, está a la altura de las circunstancias.

Altos e incluso altivos y sin embargo los árboles jamás han caído en la tentación de la arrogancia.

Los incendios forestales, ese salto instantáneo del paraíso al infierno, convierten en impúdica a la misma tierra.

Hay que pensar que la Atmósfera es la copa de todos los árboles. Por eso y aunque no la tienen, de tener una ambición la de los árboles sería llegar a ser nube, su madre fundadora.

Los bosques solo excluyen el excluir.

Como un consumidor que en parte se consume a sí mismo, el árbol es un doctor en economía pues aprendió la suprema destreza de no agotarse ni agotar.

¡Qué apropiado ponerle nombre propio a los árboles!

No son recursos, no son productores, son obras de arte dedicadas al altruismo. Es decir que nada tan estético resulta tan ético.

Para historia de amor la de las raíces y los suelos.

¿Cópula con su cúpula el tronco del árbol?

Verde es la verdad más grande de este planeta —más del 90 % de la vida es planta— y nada la ha levantado tanto como los árboles.

Otoño en el bosque: esa manta que va abrigando a las raíces y que ondeaba en las alturas.

El bosque no se mueve pero en ningún otro lugar se mueven tantos seres vivos como por las arboledas.

Aunque seguramente no buscada hay una íntima coherencia en que los 21 de marzo celebremos, al mismo tiempo, la llegada de la primavera y los días del árbol y de la poesía.

Nuestro mejor amigo, el bosque, no puede tener más enemigos.

Aprender de la ascensión quieta de los árboles.

Importar luz y exportar vida. Ese sí es el gran negocio de este planeta y lo hacen, gratis, los árboles.

Y además, los árboles, siempre te ceden, corteses, el paso.

A menudo los árboles se aman a través de intermediarios que no pueden ser más bellos y apropiados: la brisa, la abeja, la mariposa... delicias que vuelan.

Haciendo lo suyo hacen lo de casi todos los demás.

Moleste a quien moleste no cabe duda de que la inteligencia nació cuando nos andábamos por las ramas.

Si no hay algo echando raíces nada puede echar a volar ni a andar.

Para humildad la del bosque que inventó el humus.

Para una educación ética y estética. Para una generalización del sentimiento de la Naturaleza, la FRAGADURA.

Inventores la autarquía y la ataraxia.

Entré en aquella selva y sin querer pronuncié la palabra MADRE.

¿Recuerdan reinas y reyes el íntimo parentesco entre cetro y árbol o las alcaldesas y alcaldes tienen presente de dónde viene su bastón?

No hay historia más fascinante que la escrita por las raíces de los árboles en la intimidad de los suelos donde nada se ve, nada se lee.

Me declaro anciano por mi pasión de imitar a los árboles.

De raíces a copas viaja la sabia savia que nos salva. ¿Conseguiré salvarnos?

Con árboles nuestra puerta. Con más árboles, muchos más árboles, la única puerta de salida a esta catástrofe.

En el seno de los bosques todavía vivos no hay camino que no sea el que te lleva a encontrar el mejor sentido para tu vida.

Demasiados años son ya más frecuentes los incendios que la lluvia. Y la ceniza es la nada sustituyendo al todo.

En el bosque acontece que todo es acontecimiento.

Planto lo que espero ejerza de herederos.

Los que, como yo, preferimos vivir entre árboles, nos hemos tendido una emboscada a nosotros mismos para salvarnos.

Algunos poemas sobre los árboles

Sincronías

El árbol es verde alegre
y vértigo pardo,
música para el ojo
y pisadas fértiles.
El árbol es lenta cordura
y lo que hace visible al viento.
Anticipa las puertas y fue
todas las cunas.
El árbol es casi todos los pájaros
y la matriz de la fruta.
Besa los cielos y
reza a los suelos.
Cosecha diferencias
y siendo solo árbol
nos salva.

Porque respirar es
el boca a boca
que todos los años,
tres millones de veces,
nos regala el bosque.

Buscádonos

Busca:
La luz al aire.
El aire al agua.
El agua a la tierra.
La tierra a la savia.
La savia a la sangre.
La sangre a la palabra.
Y la palabra... la palabra
BUSCAR quiere decir
IR AL BOSQUE.

Otoño

Frío luminoso que calienta las miradas
árboles que se apagan quemándose
sabores que despegan como niebla
y las hojas debatiendo la teoría de los colores.
Altas pasan grises intenciones nómadas.
El lecho del amor más largo, el de hojas y raíces,
alfombra tus pasos mojados. Brasas con alas
acompañan el crepitar del petirrojo.
¡El bosque ya está guisando futuros!

Algunos haikus sobre los árboles

Incluyendo en la
pregunta la respuesta:
alta lucidez.

Tan laboriosas
las ramas reman en el
mar de las hojas.

Esta delicia:
tocar la piel del cielo
con verdes hojas.

Llega noviembre:
los colores mojados
aterrizando.

Como construyes
la jugosa belleza

haya hojadiza.

Hoja que mira:
Ojo con que come
Luz, alto árbol.

En la arboleda
viven luces y sombras
fecundándose.

Nada prometen
pero sus altos troncos
todo aseguran.

Dos infinitos
os contienen, árboles:
cielo y suelo.

LAS SUGERENCIAS ÉTICAS
DEL BOSQUE



Quercus suber

El árbol es formas y especies que no son solo para sí mismas, sino para su ambiente.

WALT WHITMAN

Moribunda pregunta a los hombres: ¿Por qué la destrucción?
¿Qué fruto producirá el desierto?
¿Por qué matar la llanura verde?
Ella no encuentra útiles a los malvados
Y llora la belleza virginal de los campos
Deshonrados inútilmente.

VICTOR HUGO

Poco, o nada, más solidario que fabricar transparencia, esa primera materia prima del aire y del agua con la que empieza a vivir la Vida.

J. A.

Es un bosque magistral: viejo como deben ser los maestros, sereno y múltiple. Además practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda.

JOSÉ ORTEGA y GASSET

Una sociedad nos es mejor que sus bosques.

W.H. AUDEN

El árbol se da. No intenta poseer más que una ración de sol y un puñado de sales minerales y cuatro sorbos de agua. Tienen el privilegio de la altura y una cierta forma de burlar al tiempo. Acaso esas propiedades sean las verdaderamente esenciales pero de ellas manan auténticas alfaguaras de regalos, prestaciones, alianzas, curaciones. Si en algún sitio tiene sentido esa exclamación de ¡PURA VIDA! es en los bosques. La relación entre lo que consigue y lo que regala es tan desproporcionada, a favor de la faceta cooperativa, que algunos no dudamos en calificarlo de benefactor universal.

Por supuesto que no hay intención alguna en ser para tanto y para tantos. Insistimos en ese perfil —acaso el que mejor permite comprender a la Natura— y que solo ha conseguido atrapar el budismo ZEN. Me refiero a ese no tener propósitos, mucho menos los de culminar proyecto alguno, acordémonos de que ellos solo viven en el tiempo verbal gerundio. Están ahí para que sean posibles todas las biografías. Se puede afirmar que, de alguna forma, los árboles quieren a todo el resto de los seres vivos pero sin expresa voluntad o deseo de querer, como solo podemos hacer nosotros. Es sencillamente su forma de estar en el mundo. Forma de ser para los que podemos ser un poco mejores si aceptamos las formidables sugerencias para nuestros propios códigos de conducta y su puesta en práctica. Esto fue perfectamente detectado por los primeros budistas que en uno de sus mejores sutras escribieron:

«El bosque es un organismo de peculiar amabilidad y benevolencia sin límites que nada exige para sobrevivir y prodiga generosamente los productos de su vida y actividad, y ofrece protección a todos los seres vivos.»

Solo por usar el término organismo para designar al bosque este texto merece todo respeto pero como es también un agradecimiento que reconoce los regalos que nos alcanzan desde las arboledas podemos comprender que esas filosofías iniciales de las civilizaciones de Oriente fueron capaces de reconocer los inestimables servicios de la Natura.

Las raíces, por empezar por abajo, es decir por donde todo comienza, consiguen una de las principales propuestas de la filosofía moral, al menos para el inicialmente sensato budismo, me refiero a la superación de los contrarios. Consiguen que lo múltiple sea unidad, que lo Uno resulte infinitamente diferente entre sí.

Como campesino he heredado algo de la condición del mismo bosque. Quiero hacer crecer cosas que no son solo para mí. Mantengo una relación directa con algunos de los saberes anteriores a casi todas las sabidurías. Me alío con la savia sabia. Pretendo ser también radical, es decir, base, como las raíces.

No contraigo deudas, jamás pedí dinero prestado, para actuar como el bosque que, por el contrario, a menudo sí hace préstamos a fondo perdido.

Emboscándome he aprendido tanto que jamás podré ni siquiera resumirlo.

En realidad cultivar plantas para alimentarte es casi lo mismo que hacen las arboledas. Reproduces a pequeña escala todos los ciclos y procesos de la fertilidad natural, el crecimiento, las relaciones. Copiar a veces es lo más lúcido. Imitar, por tanto, a lo que viste en tu huerta y en tu bosque. Este mismo libro es un pálido reflejo de lo vivido, leído y sentido. Debo añadir que

también me ha equilibrado desde el momento en que mi profesión, cuando estoy con los demás, es comunicar, es decir: escribir, filmar, hablar; creo sinceramente que todo eso hubiera sido imposible sin callar. He estado en silencio mucho más que la mayoría. Los bosques me han enseñado a escuchar. He aprendido que lo real es verde y que todo lo realizado por los bosques adquiere la condición de ser crucial para lo esencial.

Saberes tradicionales que, como las mismas raíces de los árboles, o de la totalidad de lo que cultivamos, resultan básicas para que, de lo invisible, surja lo crucial. Entre las tareas que pasan inadvertidas figuran casi todas las que despliega el derredor y los humanos que con él trabajan. Intentemos, pues, visualizar la portentosa aportación de los elementos básicos para la vida, entre los que figura, en destacadísimo lugar, el hecho de que cultivar es sinónimo de cuidar. Sin embargo está prácticamente evaporado el reconocimiento al sector primario y encarcelada buena parte de su dignidad. Las imposiciones del mercado más injusto, junto con el cambio global que está sufriendo la biosfera, demuestran que resulta tan urgente como necesaria la aplicación de la gratitud, la cordura y de los conocimientos más certeros. Sumemos que no conviene eludir compromiso alguno con la decencia para que alimentarnos adquiera el pleno sentido que la palabra encierra y que apenas hemos comenzado a comprender. Algo que sucede cuando se alcanza a vislumbrar que el aire respira, el agua bebe y la tierra come, todo ello para que podamos comer. No menos la evidencia con la que hemos empezado este capítulo, la de que los árboles son para lo que está siendo. Pero de vez en cuando encontramos en las palabras la mejor dieta para la inteligencia y, claro, para la comprensión. De ahí que si ordeñamos términos como cultura, raíz, fertilidad e, insisto, alimento se nos ofrezca todo un compendio de posibles aplicaciones para ir saldando la deuda que la humanidad tiene con la vegetación, bosques en primer lugar. Sin olvidar, claro, al puñado de supervivientes que pueden ser considerados como amables domeñadores de unas pocas plantas. Es decir los campesinos que nos dedicamos a encauzar una minúscula parte de la creatividad botánica de este mundo hacia nuestras necesidades.

Por eso intentamos una mirada panorámica, mediadora y no finalista. El fruto resulta imprescindible, por supuesto, pero del todo imposible sin los ciclos y los procesos, sin las destrezas de lo inicial, de las raíces, que vienen a ser como obreros a los que no se les paga por mucho que sostengan al edificio entero de la producción. Pero hay mucho más que eficaces y eficientes tareas desempeñadas por esos prodigios de la evolución que son las subterráneas bocas de lo verde. Las raíces también son base y principio de las rectificaciones necesarias, de los procesos de la fertilidad natural, de los modos de mantenerla y reproducirla; en fin, de las formas en que fueron imitadas por centenares de generaciones y de culturas. Saberes cada día menos baladíes como demuestran las sucesivas y ya globales catástrofes ambientales y por tanto sociales que se encadenan.

Los que nutrimos a los demás también podemos y debemos ser la raíz de un modelo más lógico, más barato, más limpio, más justo y, sobre todo, más seguro. Es decir que podemos producir y producimos, al producir alimentos, mucho más que comida.

La nutricia condición de las raíces es toda una propuesta ética. Un modelo a imitar si queremos cosechar algo más que miedo, mentiras, venenos y muertes.



Aunque todo lo anteriormente escrito para este capítulo tiene la condición de sugerencia pretendo culminarlo ahora con un brusco giro. Lo que demuestran las raíces de los árboles, en simbiosis con los hongos, deberíamos interpretarlo como una obligación moral. Y para algunos, entre los que me cuento, si algo se debe hacer se puede hacer. Unos pocos lo estamos haciendo.

Como poseer posee a casi todos, cuesta demasiado, a demasiados, a casi todos comprender las enormes ventajas de compartir. El individualismo acaparador está perfectamente instalado por mucho que la alabanza a la labor de equipo figure a la cabeza de las mentiras más consentidas. Es de buena educación, o mejor de estupenda hipocresía, hablar bien o muy bien de tus colaboradores. El individualismo es lo que más raíces ha echado en esta civilización por mucho que la colaboración fraternal nos hubiera llevado mucho más lejos. Como lo hizo con las plantas que si saben aplicar lo que son las ayudas mutuas.

Ojalá la esencial simbiosis pueda inspirarnos lo suficiente como para erradicar la codicia de los listos y guiarnos hacia la generosidad fraternal.

Si humano quiere decir del humus acaso sería bueno volver a la etimología. Sobre todo cuando se nos extravía, como ahora, esa acepción que nos relaciona con la compasión en todas sus vertientes. Imitar al humus sería un especial acierto desde el momento en que allí se da la concurrencia más compleja, las relaciones más intensas, los encuentros cruciales, la alianzas y hasta esa fraternidad, incluso entre dos reinos alejados de la vida, que llamamos en el capítulo siete ESENCIAL SIMBIOSIS. Algo que solo puede resolverse en devolver algo a cambio del todo que recibimos de las plantas, y especialmente del bosque.

A menudo imagino que en la entrada a todos los bosques regularmente visitados, no menos al llegar a todos los parques y jardines del planeta hay un enorme cartel con, al menos, los siguientes datos.

Cada hectárea de arboleda ha absorbido 15 toneladas de anhídrido carbónico.

Cada hectárea ha lanzado a la atmósfera 12 toneladas de oxígeno

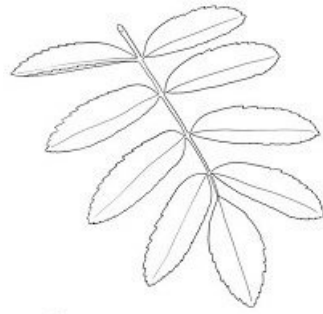
Ha cubierto el suelo con 13 toneladas de materia orgánica.

Ha dulcificado el clima y ha humedecido el aire y ha frenado al viento.

Ha retenido entre sus raíces 500.000 litros de agua.

Esos árboles que van a hacerte compañía no dejan ni un instante de trabajar para que tú respires, comas y pienses. Que estos regalos habiten en ti son los mismos que consiguen que este mundo sea habitable. Si queremos que siga siéndolo tenemos que parecernos lo más posible al bosque.

FUENTE DE LAS FUENTES



Sorbus aucuparia

En mi caso la soledad es algo así
como un bosque plegable que llevo conmigo.

CLARISSA PINKOLA

Primera despedida

La Naturaleza de divina presencia
no necesita la palabra, nunca os deja
solos, cuando una vez se ha acercado,
porque imborrable en ese momento suyo,
y victoriosamente obra a través de los tiempos
su celestial fuego, enviando felicidad.

HÖLDERLIN

PRINCIPIO DE DON DAVID BOHM: la causa de algo es todo lo demás.

JORGE RIECHMAN

Llueve sobre mis arboledas como si fuera Macondo y no las Villuercas. Me lanzo, como siempre que el agua decide amar a la tierra, a pasear. Si cualquier internada en el bosque es grata todavía más las que haces cuando llueve a cántaros. Notas bajo los pasos mojados la cópula más intensa de este planeta. Empapar supera en erotismos a cualquier otra actitud romántica, sentimental o incluso sexual de este planeta. Se trata de lo inmenso, el mismo cielo, penetrando, con dulces caricias ininterrumpidas, a la que será matriz de todos los porvenires.

Que todo, al mismo tiempo, esté lavado y comience a relucir como si acabara de ser estrenado por la Vida suma euforia a mis ojos, oídos y pulmones. Cuando llueve en el bosque es que la fertilidad va a ser fertilizada y por tanto todos nosotros. Cuando llueve puedes recibir esta magistral lección si te lanzas a las afueras en lugar de adentrarte en nuestros cubiles con techo.

Comencé a escribir este libro en plena sequía, una de las más crueles de las no escasas que he sufrido en estos perdederos extremeños donde consigo vivir con la Vida. Comienzo a terminarlo, con la mejor de las sorpresas por la coincidencia, tras lo que a continuación cuento.

Es decir que esta desembocadura de mis escritos es sincrónica al comienzo del ciclo anual de nuestra Natura. Espero que estas palabras os parezcan algo lo más parecido posible a la lluvia que está rejuveneciendo a los suelos y las arboledas, a las alfaguaras y los torrentes...

Agradezco profundamente que ese clima, tan enloquecido que hoy nos amenaza en mucha mayor proporción que nos ampara, me permita expresar la profunda alegría con que uno de los mejores temporales de los últimos cuarenta años está empapando también mi emoción.

Pienso, de pronto, en que los próximos anillos del crecimiento, de los troncos de este medio millón de árboles que me acompañan en mi terruño, va a ser uno de los más amplios de todo ese tiempo.

Me siento como ellos o, todavía mejor, como las gavias y torrenteras, como las gargantas y arroyos de esta sierra que se han salido, todos, de su propio cauce. Imponentes caudales van a llenar el lejano Guadiana y sus embalses. Pero no menos al océano, allá por Ayamonte y Vila Real

de San Antonio, que también será fecundado por toneladas de nutrientes que engordarán cardúmenes de alevines y crustáceos. Porque el bosque nunca acaba, también al mar llega una parte crucial de su misma fertilidad en forma de materia orgánica viajera en el seno de los ríos.

Mis pasos, ya más encharcados que mojados, me siguen llevando al venero que mana en el claro del bosque, como si algún raro propósito me condujera también hacia mi admirada María Zambrano.

Y, entonces, entiendo lo que ella escribió y, no menos, por qué escribí este poema:

Mis fuentes son las fuentes

Sumo mi mirada para que lo mirado me acepte como
hermano de Ssol y Aaire, de Agua y Tierra.
Contemplo para que todo quede preñado de admiración.
Para calentar, como una lumbre, mi compasión
que funda afinidades con la justa causa de la vivacidad.
Contemplo para ver volar mi libertad sin moverme.
Echo raíces como el bosque sin dejar de triscar por los horizontes.
Quedo anudado a un tiempo que nadie mide ni quiere vencer.
Me atalantan los ritmos de la leve lentitud de esa sabia savia
donde se esconde la eternidad.
Las caricias de los lenguajes sin palabras
cobran sentido y se lo dan a mis sentidos.
Convocado por el abrazo de todas las lontananzas
obedezco a la Belleza anterior a la belleza,
porque allá la transparencia emite templos
anteriores y más sagrados que lo sagrado.
Veo huir a las definiciones que hieren a la vivacidad.
Veo fundirse lo alto con lo bajo, lo líquido con lo sólido,
lo quieto con lo raudó, lo callado con lo que canta...
veo las diferencias diluyéndose en las confluencias.
Confirmo que no hay destreza mayor que la de los vínculos.
Son proclamas a que reconozcas tus límites si es que
quieres ser tan ilimitado como lo que te limita.
Viendo brotar más originalidad que agua de las fuentes,
de los veneros, chortales, alfaguaras, piedras manantías,
donde comienza esa larga primavera que
son los caminos del agua, tan ayunos de codicias,
tan origen como destino. Tan lo mismo en todas partes
para que todo sea diferente y completo como parte y
como todo, como todo lo que no tiene que producir ganancias.
Miro como un poseso para poseerme dándome.
Dieta visual que alimenta emociones que
te dejan salir de la historia para que vivas el tiempo
que narra su pasar fertilizando a la vida.
Contemplo para desobedecer a lo correcto y a la nada,
a la urgencia y a la comodidad que son las heridas que
desparrama una civilización que se ha arrancado los ojos.
La mirada, de tan admirada enamorada, derroca a la dictadura,
al totalitarismo que impone la muchedumbre de lo feo.
Porque a veces, solo a veces, si tus fuentes son las fuentes,
consigues ser lo que miras.

Y si consigues ser fuente pocas dudas caben de que te ha tocado el premio mayor de este azaroso, delicioso/doloroso azar que es vivir. Te sabes parte de la salud de esa Salud única, la que podemos, y deberíamos, compartir derredor y humanidad. Reconoces que tus delicias brotan como las yemas de estos miles de melojos y madroños. Que has conseguido pasar por este planeta sin mermar la vida y, aunque nunca lo suficiente, poniendo mucha vida a vivir sobre la piel del mundo. Este claro con manantial, en medio de la arboleda, te confirma que toda la serenidad de tus sentires es el regalo que el bosque te hace por haber decidido emboscarte. Que tu salud tiene mucho que ver con el no habérsela quitado a nada ni a nadie. Comprendes a lo que te comprende y, claro, brotas como esos sorbos de vida que estás viendo brotar entre las raíces de un brezo blanco.

Me tumbo para beber, siempre lo hago ritualmente postrado en todos los alumbramientos con los que me he encontrado. Incluyo, pues, esa fresca transparencia del agua que hace una hora era nube en el cielo. Una vez más acude una cierta melancolía a mis adentros.

¡Qué tristeza que tan demasiados no recuerden cuando respiran que les entra dentro el mismo bosque! ¡Que cuando beben es el mismo cielo el que ataja su sed, o que, cuando comen, se nutren de paisajes enteros y de los ciclos y procesos que sobre los mismos convierten lo mirado en tu propia vida!

Segunda despedida, 1 de enero

Terminé de escribir este libro el 31 de diciembre del 2019, día de mi cumpleaños. Felizmente la fecha me permite no celebrarlo o se mezcla tanto con la Noche Vieja que en ella se diluye. Pretendía no seguir ampliando lo que acabamos de compartir cuando he caído en la cuenta de que contaros cómo celebro el primer día de casi todos los últimos años tiene especial sentido porque se trata de la jornada en la que más me adjunto a las arboledas, el día que más intensamente vivo mis horizontes e, incluso, el día que más recuerdo no solo a los que me recuerdan, sino también a los que me han olvidado. También a los que nunca supieron nada de este emboscado. Al final de este nuevo capítulo quedará claro todo.

Reitero que desde hace cuarenta y dos años vivo, sobre todo, en el seno del gran verdor de las Villuercas. Gran parte de las páginas que has leído están escritas en esta excelente compañía. Desde la ventana que tengo frente a mi mesa, por cierto de nogal español, puedo ver una casi ininterrumpida sucesión de arboledas. Me resulta imposible mirar en cualquier dirección sin encontrar un océano de florestas. El famoso baño de bosques consigue una clara mayoría absoluta en mis calendarios, en mis sentidos y, por tanto, en mantener llena la despensa de mis emociones y obligaciones. Mi dieta visual alimenta, pues, el compromiso de seguir peleando por que sean muchos más los que se deleiten con esta oferta y para que no se acabe nunca. Escucho a menudo a mis tímpanos expresar un profundo agradecimiento por haberlos sacado del ruido durante el 60 % de los días de las últimas décadas. Mis ojos, que también son verdes, han sintonizado en esa misma proporción con la verdad más grande de este planeta porque ese color es el de la inmensa mayor parte de lo que llamamos Vida. Aunque huyo de las redundancias, que tan redundantes resultan en las conversaciones e informaciones de todo tipo, me parece oportuno reiterar que más del 90 % de las formas vivas del planeta Tierra son plantas. Ellas son lo más grande y no puedo

por menos que asociar ese color a la Verdad más necesaria. Seguramente esta idea ya quedó anunciada por la más que famosa frase de Goethe: «Gris es toda teoría, verde y dorado el árbol de la Vida».

En cualquier caso coincidir tanto y tan intensamente con los árboles me proporciona otro raro privilegio: el de que en tantas ocasiones en mis ojos se produzca una íntima fusión, para ellos mirar es mirarse.

Esto de que tu misma dotación sensorial exprese gratitud multiplica el privilegio de que vivo donde y con quien había soñado. Mantengo, sencillamente porque así lo siento, que la vivencia de la Natura es lo que más sentido le da a tus sentidos y a la vida misma.

Todo esto llega a mi impulso por contároslo, esta vez sin salir de la emboscadura, porque necesito compartir también este uno de enero. Por tanto no había culminado este empeño el último día del año, sino el quinto del nuevo calendario. Espero que la ampliación merezca vuestra aprobación.

Lo primero que sucede es que, en realidad, ese día amanece para muy pocos. Me refiero a que, si bien todo lo astronómico se escancia sobre todos sin excepción, es una lamentable pérdida que tantos se pierdan el orto: «se pierden los que se lo pierden» escribió Jorge Guillén. Poco se comprende de lo cíclico si se renuncia al espectáculo de ver al sol sobrepasar la línea del horizonte, a las incandescencias que todo lo ponen en marcha. Porque se trata de una de las mejores cosas que nos suceden: nada menos que volver a empezar.

Algo que además acude, casi siempre, acompañado por uno de los momentos estelares de los bosques en casi todas las latitudes. Los conciertos del amanecer, en efecto, son lo más cercano a la expresión artística que nos llega desde lo espontáneo y que se expresa principalmente a través de la música. De hecho es lo más cercano al lenguaje sin palabras de la Natura. Aunque solo fuera por eso conviene regalarnos a nosotros mismos un buen número de auroras. Abrir tímpanos y mirada a esa manifestación inicia la delicia.

Clarea por el Puerto de San Vicente con tanta timidez que da la impresión de que nunca llegará la mañana. Aunque viaja a descomunal velocidad nuestra estrella tampoco tiene prisa y menos este diminuto planeta peonza. Pero ya están cantando las totovías con su bamboleo de trinos/flauta. Algo me hace pensar en la luz como la batuta de un director de orquesta que ahora mismo señala hacia la imponente mata de espino de fuego que planté al lado de mi alberca para que al coro se sume el crepitar del petirrojo, siempre dispuesto a marcar su posición con ese sonido o con su pecho de vivo naranja. Se callan ambas aves y el silencio exclama rotundamente que es la plataforma de despegue de todos los sonidos, las músicas, las palabras. ¡Cuánto se aprende del silencio! Entre otras cosas a callarse y, cuando lo haces, empiezas a comprender algo de lo que te cuentan, entre otras muchas dádivas, este encadenarse de los cantos. Por mucho que estemos en pleno invierno ya está de nuevo la totovía y el petirrojo dando entrada a un cloqueo de mirlo común. Aunque se trata de una expresión de alarma no desafina. Da la luz dos pasos más y de otros tres esquinzos manan otras tantas totovías. Al petirrojo le parece suficiente para abandonar su reclamo de contacto y lanzar su compleja estrofa completa. Es lo que estaba esperando el colirrojo tizón que duerme en mi porche para unirse al coro. Vibra el aire ya casi iluminado y parece que se alegra a través de una mínima brisa que suena a sonrisa. Imposible mejor manjar

para los oídos, porque es una sencilla pero completa armonía lo que recuerda que los cantos, la luz y el mismo aire participan de la misma condición: todos ellos vuelan para llegar a muchos lugares al mismo tiempo. Se dan sin reservas, para todos, como el bosque.

Con el amanecer, que hoy me ha parecido más deslumbrante que otras veces, me adentro en la frondosidad de estos paisajes mientras a mis espaldas un grupo de siete estorninos negros se suman al concierto de la aurora. Comienzo a remontar los desobedientes perfiles de esta serranía. Mi memoria descorcha un haiku escrito hace unos veinte años:

Alto horizonte
esos desobedientes
techos sin techo.

Como corresponde a los cimarrones celebro la llegada de los nuevos calendarios convencionales subiendo a lo más alto que tengo a mano. Puede que también sea que mis cabras me contagian su insaciable apetito por las cimas. Así comienzo, en efecto, todos los años convencionales por mucho que no renuncie a considerar que el verdadero inicio de los procesos esenciales para la Natura coinciden con el desplegarse del otoño. Algún día, cuando llegue la reconciliación, volveremos al calendario lunar y a iniciar nuestra contabilidad cronológica el 21 de septiembre. Cambiaremos incluso el nombre al planeta para llamarle al fin Vida como merece por ser su principal característica.

La cuestión es que estoy dando los primeros pasos hacia el Cervales, el pico más alto de la Sierra Palomera en cuyas faldas anido. Se trata de salvar, en unas dos horas, un desnivel de 641 metros, es decir desde la cota 800 hasta la 1441, todo ello en algo más de tres kilómetros lineales, pero con un desnivel en muchos tramos del 30 %. Equivale a subir una escalera con el lógico esfuerzo. Sé que daré unos 17.000 pasos como han registrado un par de veces esos aparatitos que los miden.

Las primeras luces del primer día tiñen con tres colores básicos la pendiente que espera mi sudor y jadeos. Domina el intenso glauco de los madroños que cubren enormes extensiones con sus redondeadas copas. Otro verde, casi ceniciento, se entrefiere con el anterior. Es el que aportan los brezos, casi todos de esa variedad que recibe el incorrecto nombre de rubios cuando es manifiestamente morado. Las jaras siguen la pauta con otro tono de verdor todavía más grisáceo. Largas franjas de un desvaído malva suben hasta la cima. Son los robles melojos que, por haber perdido parte de sus hojas, tienen esta coloración un tanto apagada. Muchos, casi todos, los rebollos conservan una parte de su follaje, pardo claro, entre las ramas. Que una especie caducifolia no la lleve a cabo del todo es la llamada marcescencia, un fenómeno cuya finalidad no está del todo clara.



La tercera pincelada la ponen las cuarcitas. Rocas que llevan ahí desde hace quinientos millones de años y que vibran con estos primeros resplandores con la pretensión de parecer plata vieja. Las hirsutas cumbres hacia las que voy conforman algunos cantiles y roquedos pero la mayor parte forma un formidable río de piedras, es decir una casquera o pedrera. La que voy a flanquear tiene

dos kilómetros y medio y ocupa una tira central del vallejón. A solo cincuenta metros de la puerta de casa ya tengo que avanzar por una vereda de mínima anchura, apenas para una fila india, completamente sumergido en la arboleda de rebollas. Piso una tupida alfombra de las hojas que sí tiraron esos mismos árboles marcescentes. Camino sobre fertilidad natural, sobre creación arbórea futura. Pienso en la miseria que subyace en esa utilización de la palabra hojarasca con connotaciones despectivas o en la soberana estupidez de considerar molestos a los árboles porque dejan caer sus hojas en el otoño y haya que recogerlas.

A unos trescientos metros de casa tengo que cruzar el arroyo principal, la garganta de las Ventosillas, que tras haber estado seca casi medio año, en uno de los más duros periodos de sequía de los últimos cincuenta años, por fin lleva puesta esa limpidez de las aguas recién alumbradas tras los chaparrones de la pasada semana. Paso del robledo al soto de alisos y me detengo un instante a contemplar el intrincado nudo de un conjunto de raíces que han quedado fuera de tierra pero ahora bajo el agua.

¿Estarán bebiendo a grandes sorbos? ¿Se entrelazarán con las de los miles de alisos que desde aquí llegan al Guadiana, situado a unos cincuenta kilómetros en línea recta? En cualquier caso sé que ellas, como las mejores mentes, bucean en la complejidad para alumbrar ideas tan formidables como un árbol.

La vereda exige mantenimiento. Es la última en uso de casi toda la sierra. Antes había un pastor con su rebaño cada tres o cuatro kilómetros y cabía encontrar frecuentes vías de acceso a las cumbres. Todos ellos han desaparecido y con ellos sus caminos. Tengo el honor de mantener el último y está abierto casi exclusivamente para llegar al Cervales los 1 de enero. Para que se pueda pasar por tan estrecho vericuelo hay que ir tronchando las ramas que han crecido la pasada primavera. En muchos tramos la masa de arbustos resulta tan vivaz y profusa que recuerda, salvando las distancias, a la selva. Lo de ir cortando las ramas, sin más herramienta que las mismas manos —brezos, jaras, madroños tronchan con facilidad— tiene una doble finalidad, sobre todo cuando uno camina en solitario. Además de mantener abierto y visible el paso deja una inequívoca huella de por donde has transitado. Este proceder ha salvado unas pocas vidas en tiempos pasados y de hecho era una costumbre que se respetaba por parte de todos los pastores, guardas y hasta cazadores. Pensemos en que si te accidentas será mucho más rápido que den contigo si has dejado un indeleble rastro, a lo Pulgarcito, de por donde has pasado. Poco más adelante compruebo que también ayudo a los grandes mamíferos de la zona. Mi vereda hacia la cumbre lo es también de ciervos, jabalíes y corzos. Algo menos útil resulta para los zorros, garduñas y jinetas, aunque de todos ellos encuentro excrementos cada vez que subo. El repertorio de señales de que muchas especies transitan la senda son tan frecuentes que apenas cabe dar veinte pasos sin que puedas leer algún fragmento de la escritura de los animales.

Ibor, mi sereno y solemne mastín, no para de olisquear. Cada pocos pasos se desvía del camino para seguir algún olor. En un momento dado incluso se revuelca en un excremento de garduña, que por cierto tiene un olor realmente insoportable. Es una conducta clásica que está destinada a enmascarar los propios efluvios.

Me reconforta comprobar que el comportamiento de Ibor demuestra que queda bastante fauna nocturna y casi secreta, cuando de pronto atraviesa la senda una mariposa blanca. Suelto una maldición para mis adentros porque no debería estar ahí, porque es uno más de los testimonios del calentamiento global. Una mariposa el uno de enero es algo que pocas veces nunca antes había

contemplado en este perdedero. Y estos heraldos, no negros sino blancos, anuncian la catástrofe climática. Las consecuencias directas del calentamiento, como poner a volar mariposas el uno de enero en una sierra a 900 metros sobre el nivel del mar es algo que no miente y sí duele.

Hago siempre una parada en la cota 940 porque allí mana uno de los más fieles alumbramientos de agua. Ver nacer a lo que a todo hace nacer tiene un especial significado. Me parece obligación y hermoso rito arrojarme al suelo para beber directamente de donde el agua se encuentra con la luz. Este manantial se comporta además como un bebedero inestimable pues está en un claro del bosque. Lo demuestran las seis especies de pajarillos que oigo cantar al mismo tiempo. Son todas típicamente forestales y, a menudo, como ahora van en bandos mixtos a lo largo del otoño e invierno. Pero el chivato del bosque me estropea la audición. El chivato arrendajo me detecta, lanza su bronco graznido de alarma y se apagan los trinos que tanto acompañan. Son pura belleza que acude a besar tu soledad.

He caminado los últimos cuatrocientos metros por el lado de solana pero mi camino pasa por un momento a la umbría con lo que también varía el tipo de bosque que me acompaña. Es otra de las bondades que nos regala la orientación de estas sierras, la de tener en la misma ladera dos mundos vegetales bastante diferenciados. No deja de ser un aliciente que a menudo basten tres o cuatro pasos para dejar a tus espaldas el mundo de la vegetación esencialmente mediterránea, con dominio del matorral y algunas encinas y alcornoques, a uno casi propio del ámbito atlántico con el melojo como emblema pero en el que contamos con acebos y mostajos como respuesta a las fachadas que miran al norte. De hecho desde lejos basta percatarse de la densidad y altura del bosque para saber hacia dónde queda la estrella polar.

Ahora el robledo es dominante. Muchos de los pies nacen entre las piedras de la casquera con lo que aprovechan en exclusiva la humedad de un subsuelo que queda totalmente amparado por piedras sobre lo que sí crece es el infinito cosmos de los líquenes.

Ya en la cota 1300 el avance se dificulta. Tengo por delante un angosto callejón entre una roca acantilada, con unos diez metros de altura, y una espesa mata de brezos y rebollas de muy poco porte. Justo aquí, hace veinte años, por primera y última vez en mi larga e intensa vida de naturalista, tuve que correr delante de un animal. No me sucedió ni en la selva amazónica ni en la sabana del Masai Mara, ni en las Spitzberger ni el Sahara, tampoco en Torres del Paine o en los llanos de Venezuela, mucho menos en cualquier otro lugar de la península ibérica y he dado muchos pasos por tierras de lobos y osos. En fuga solo me ha puesto un jabalí en mi propio terruño.

Ibor levantó de su encame a un enorme ejemplar que asustado avanzaba hacia mí precisamente por la misma y única senda por donde se podía. Convencido de que se asustaría al verme u olerme me quedé quieto e incluso le enfoqué durante unos segundos con los prismáticos. Como el jabalí no renunciaba a seguir hacia mí comencé a gritar para que quedara más claro que estaba allí y que su obligación era cambiar de rumbo. Todo lo contrario su paso se convirtió en embestida cuando estaba a pocos metros. Le grité a Ana Clara que se quitara de en medio y yo mismo tuve que correr unos diez metros para encaramarme a una roca. El cochino pasó a un metro lanzando cuchilladas con sus considerables colmillos. Ibor le ladraba sin pausa a poca distancia lo que, evidentemente, explicaba que su única preocupación fuera huir por el camino más corto y que yo era muy poco estorbo para sus propósitos.



Poco más adelante una delicia visita mis ojos. Un macho de roquero solitario, aves del tamaño de un mirlo pero de un azul cobalto exultante corona uno de los perfiles de cuarcita. Tengo especial devoción por esta ave. Cuando escribí mi primer libro, *Todavía vivo*, hace cuarenta años, fue la especie elegida para que me escribiera una carta en la que me reprochaba una cuantas cosas. Os comento que aquel, mi inicial empeño editorial, era un epistolario un tanto peculiar porque los autores de las misivas eran todos animales, que escribían a distintos colectivos humanos denunciando su situación y recomendando otro tipo de conductas con relación a la Natura. Como casi todo eran regañinas, casi al borde de la bronca, consideré que también el autor de libro debía recibir una misiva en la que se me llamara la atención por las cosas que también podía hacer mucho mejor.

Lo importante no es que el roquero solitario me escribiera a mi sino lo que movió la pluma de San Juan de la Cruz para convertirlo en el protagonista de la, para muchos críticos literarios, mejor estrofa de la historia de la poesía.

Recuerden:

La noche sosegada
en pos de los levantes de la aurora
la música callada,
la soledad sonora
la cena que recrea y enamora.

Ese precioso verso, LA SOLEDAD SONORA, evoca precisamente al excelente cantor pájaro solitario, así llamado porque durante siglos se consideró que era una especie con solo machos ya que las hembras mucho más discretas tanto por el plumaje como por su conducta resultaban invisibles para casi todos los observadores. Pájaro solitario que Juan de la Cruz escuchaba cantar sobre los edificios de Toledo a lo largo de su cautiverio.

He recordado esto mismo en una docena de mis conferencias. Como ya he dejado claro en varias ocasiones me apasiona la relación entre la Natura y el Arte. Si alguien considera que las aves, por ejemplo, tienen poco que ver con nuestras capacidades creativas siempre saco a colación esta estrofa de uno de los mejores poetas de la historia de la literatura.

Y el roquero, tan solitario como yo, hoy, vuela sobre mi cabeza hacia la ladera de enfrente. Mientras lo voy perdiendo de vista me repito mentalmente esa equiparación: tan solitario como yo. Nada más cierto. Mi primer semejante está, dormido, a muchos kilómetros. Esta porción de la España vaciada no puede estar hoy más vacía. Mire donde mire nada me recuerda a mi civilización ni a mi momento histórico. Vieja obiedad, emoción muchas veces experimentada pero que siempre me resulta más que satisfactoria. No solo porque te mantiene más activo, tienes más cuidado en no tropezar para que una torcedura de tobillo no se convierta en un accidente serio. Te deja auscultar mejor todo el paisaje, sobre todo el sonoro. Pero también te está haciendo casi completamente libre. Hace años lo traduje escribiendo este aforismo:

Si no sabes estar solo, y disfrutarlo, nunca serás libre del todo.

Pero no menos su contrario porque el primer drama de los amontonados, de los que se angustian con solo estar solos unos minutos es precisamente su soledad. La gran desgracia es no querer que nos acompañe lo demás, no vivir con y dentro de la Vida, cuando realmente lo llevamos puesto como he querido recordar varias veces a lo largo de estas páginas.

Es que por estos pagos no llega obligación alguna, ni instrucciones, ni publicidad, ni ordenamientos, ni convencionalismo alguno. Tampoco horarios, ni siquiera códigos. Eso sí, reina una excelente cortesía. ¡Qué buena educación la del bosque! Los árboles ceden constantemente el paso y hasta parecen inclinar un poco la cabeza según avanzo. Yo desde luego no tengo inconveniente en ir saludando de vez en cuando.

Fluir con lo que fluye, volar con lo que vuela, caminar con el camino. Este enhebrarse o entreverarse con el bosque que escala ahora conmigo debe ser el principio de lo que H. Pougue nos recuerda con esta frase: «En el bosque el principio de la diferenciación se extravía.»

En la cota 1400 se puede comprobar lo que supone una inversión térmica. Aquí, arriba, casi del todo, de la Sierra Palomera crece un buen número de encinas, es decir de árboles mucho más necesitados de calor que los robles. Esto quiere decir que durante los meses invernales a menudo son mayores las temperaturas en los ápices que en el fondo del valle. También lo saben unas cuantas aves. No pocas veces me he encontrado a insectívoros convencionales como los mosquiteros, aviones roqueros y páridos en estos altozanos.

Con todo la nieve parece desmentir lo que acabo de comentar porque es, o mejor era, más que frecuente que la cumbre aparezca nevada hasta media ladera o mucho menos. No suelen ser grandes las nevadas pero un año no pude hacer cumbre porque el espesor de la nieve me llegaba a la cintura. Tuve que darme la vuelta y volver a subir tres días más tarde cuando el clásico anticiclón de las navidades se encargó de licuar el meteoro blanco.



Desde el vértice geodésico del pico Cervales contemplo casi la mitad de Extremadura. Apenas nadie de mi especie anda por la inmensidad que abarco con solo girar los 360 grados. Ahí delante el alto perfil de Gredos que casi puedo ver en su totalidad. Identifico a la máxima altitud de esta comunidad, el Calvitero, que tiene exáctamente un kilómetro más de altura que el que ahora me acoge. Consigo ver buena parte de la provincia de Cáceres y el tercio norte de la de Badajoz. Una docena de buitres y una pareja de cuervos se deslizan rozando las peñas por debajo de donde me encuentro. Como no es la norma siempre agrada ver la parte dorsal de las aves volando, pero es que además son mi única compañía, lbor descontento.

Cuando mis pulsaciones e inhalaciones recuperan su ritmo me visitan, como tantas otras veces, un buen puñado de lo que prefiero y espero me prefiera. Lo desparramado me concierne como la ninguna prisa, la excelente temperatura, la escasa arrogancia de lo que, sin embargo, no renuncia a ser altivo, en fin mi culminado esfuerzo recibe la compañía de la serena belleza de un inmensidad que no quiere encoger como ha sucedido en tantos otros lugares.

Todo se agranda, obviamente, cuando el panorama es de un par de millones de hectáreas pero mucho más cuando todo está abarrotado de la soledad y el silencio que te transportan a un tiempo sin la tortura de los relojes y los calendarios. De hecho, uno de los aspectos que más agradezco

por vivir aquí es no llevar nunca reloj y no saber a menudo qué día del mes o de la semana se está escapando. También acude a mi memoria esa forma de reconocer los lugares donde la Natura no ha sido desterrada. Me refiero a que, si no necesitas para nada el dinero, es que estás en medio de lo espontáneo. Toda cima me parece una aliviadora desobediencia, entre otras muchas cosas es rebeldía manifiesta contra la estúpidez de las líneas rectas a cuyo servicio parece estar buena parte de la artificialidad de esta civilización. Me imagino a esta cumbre como algo que pastorea un rebaño de horizontes. De hecho son varias decenas las líneas de cumbres que llegan a divisarse desde esta atalaya.

Algo mana de este formidable pedestal de arboledas y que quiero imaginar que es una propuesta de diálogo, de comprensión de todo el derredor. Es más, imagino que el futuro, ese que no existe pero que quiere llegar a ser posible, se agarra a estos verdes como lo hace el náutico a una sencilla tabla que flota. Toda esta belleza es un descomunal grito de auxilio frente al desastre que viaja ya, a toda velocidad hacia estos paisajes y hacia todos nosotros, a bordo del clima.

Me distrae de tanta sugerencia como me está haciendo el panorama un pequeño bando de acentores alpinos que me instan a desenfundar una vez más los prismáticos para confirmar la identificación.

No suelo pasar más de media hora en la cima del Cervales. Siempre como algo que he llevado en una pequeña mochila: una naranja, un puñado de nueces y de ciruelas pasas.

Termino mi estancia deseando, al tiempo que miro los cuatro puntos cardinales, que el año sea atalantador para todos. Todos incluye, como escribí al principio, a los que quiero y a los que no conozco, incluso a los que no me quieren y que me gustaría tratarles de la misma forma. Pero me resulta imposible cualquier grado del rencor, odio o envidia. Aquí arriba, donde siempre mejora lo mejor, solo cabe la amistad con todo y con todos. Contemplo y sé que como a nada daño me invade la mayor inocencia posible en este mundo. Mi deseo se resume con la palabra atalantar, ya saben, la que me enseñó Bernabé, cuyo valle también diviso desde estas alturas. En fin, deseo a todos que lo por venir os cuide. No practico religión alguna pero soy fervoroso creyente en lo más cierto: la Vida de todas las vidas.

¿Es absurdo imaginar que me acompaña lo más parecido que existe al mejor sentido posible de la existencia? ¿Acaso no enriquece a la condición humana saberse parte del bosque, del ciclo hídrico, de la misma atmósfera y sus climas? ¿No es ternura el que te abraza todo el paisaje? ¿Comprendéis por qué siempre deseo que la Vida os atalante como a mí me está atalantando ahora mismo?

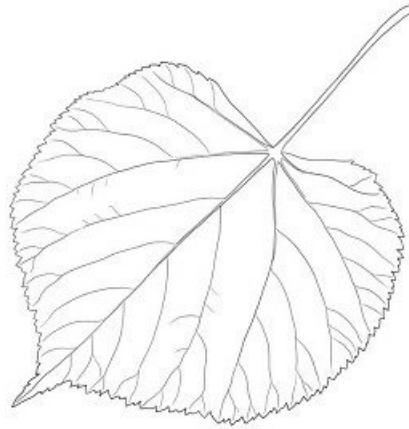
El descenso pronto me inyecta de nuevo en el bosque protector. Pienso, casi triste, que ya no subiré muchas veces más. Por suerte acude en mi ayuda recordar un verso de André Bretón: «La poesía se hace en los bosques».

¿Se puede hacer más?

Acaso porque todo lo que me ha rodeado, este y tantos otros 1 de enero, a mi memoria acude este haiku escrito hace muchos años.

Si hay paraíso
Tendrá, como tuvo, un
Bosque de bosques.

ELIJO LLEGAR A SER ÁRBOL



Folia platyphyllos

Todo era verdad bajo los árboles,
todo era verdad. Yo comprendía
todas las cosas como se comprende
un fruto con la boca, una luz con los ojos.

ANTONIO GAMONEDA, *ESTA LUZ*

Todos amamos nuestra propia existencia pero muy pocos al conjunto de la Vida. La mayoría de los nuestros dejan que la indiferencia conquiste cada día más su emoción y sus conductas. Algo que pasa fundamentalmente por no quererse completos y nadie lo está si ha excluido a la Natura, esa otra mitad de todos a la que conviene amar como a uno mismo. No la aman porque desconocen que es lo que les consiente y mantiene. No la aman porque su sentido de la Belleza está suficientemente ahogado por los hiperactivos estímulos de lo amontonado, cómodo, veloz y artificialmente iluminado. Pero no nos rendimos, ni cuando por completo derrotados, dejamos de rebelarnos contra la torpeza de esta civilización que ha conseguido, sobre todo, que todo esté más muerto.

Seguiré diciendo, hasta el último día, que amo la Natura y la Vida porque es lo mejor de mi propia vida aunque en ese momento la esté perdiendo. Tengan en cuenta que vivo donde y con quien había soñado. Vivo en el bosque porque nada hay más completo y, claro, me completa. Amo lo que me fascina por la increíble capacidad creadora de formas y conductas que evidencia la misma Natura. Sin embargo desembocamos en el contrario más absoluto de la pasión, de la incertidumbre y de la alegría.

Morimos.

Fallecer abriga al sistema, lo mantiene y multiplica. Es más no hay mejor negocio que el funerario; es el que más clientes consigue. Lo cuento porque uno también ha sido, en parte, en muy pequeña parte un profesional del sector. He diseñado cementerios. Aunque lo correcto sería decir que pude ayudar a poner en marcha la conversión de esos enclaves, de tan obligada visita para casi todos, en bosques o al menos en arboledas.

Por eso pude escribir, precisamente en la revista *Adiós* estos párrafos:

Descansar con los que descansan en paz

Nunca, nadie, sabe ni sabrá qué es la vida pero todos los seres vivos saben vivirla menos nosotros.

Porque vivir es, sobre todo, convivir. Participar en los ciclos de la vida, respetar lo diferente... compartir los principios básicos que no somos capaces de producir y ni siquiera de imitar, cuando son los que realmente nos consienten y sostienen. Nuestra historia ha consistido y, sobre todo, consiste hoy en ir contra la historia de la vida. Considero que es una de las mejores aproximaciones a lo que somos. Con el agravante, que tan lúcidamente expresó Albert Camus, de que somos los únicos que destruimos lo que en realidad preferimos.

Tampoco nadie, nunca, sabe ni sabrá qué es la muerte pero todos los otros seres vivos saben morir menos nosotros, acaso porque somos los únicos que sabemos que moriremos.

Aprender a morir es la tarea más pendiente. La que más serenidad y creatividad podría poner en este mundo si lo consiguiéramos. Saber morir evita mucha muerte. Seguramente es un imposible pero, precisamente por eso, deberíamos intentarlo por el empeño de vivificar al máximo posible todo lo relacionado con la muerte individual, es decir siendo recíprocos con la vida y sus fuentes. Incluso se puede dejar una herencia de mucha más vida que la usada para mantenernos vivos

durante el siempre tacaño tiempo que nos toque. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando plantas árboles, cuando amparas paisajes enteros, cuando consigues gastar poco o muy poco este mundo con tus formas de comer, calentarte o desplazarte.

Buena parte del pensamiento religioso y no poco del filosófico aborda el tema de la muerte intentando jugar al escondite con la misma. Incluso negándola con toda suerte de ofertas de otros tipos de vidas en el más allá.

Pero nunca, nadie, sabe, ni sabrá si alguna de estas creaciones de la mente tiene lugar.

Por eso conviene recordar, porque alivia, que la que mejor enseña a morir es la propia Natura, es decir la casa de la vida, la vida terrenal por supuesto, y de los modos y maneras de mantenerla y perpetuarla.

Algunas culturas, obviamente a través de las palabras, han conseguido algunas aproximaciones a lo que pretendo compartir. Ya comenté en el noveno capítulo el gran acierto del pictograma chino para nuestra palabra descansar, que se representa como **alguien que está parado bajo un árbol**. Todavía más acertado si estás allí ya para siempre.

Nuestro descanso en paz para los fallecidos debería tener presente la coherencia del sinograma mencionado. Descansar no solo bajo la mejor sombra mientras palpitas sino también, cuando lo dejes para siempre, hacerlo entre las raíces de esos mismos árboles que ya nos acompañaron con mucho más que descanso. Recuerdo que al funcionar, los árboles, consiguen que este mundo funcione. Todo lo posible lo es por los árboles.

Se nos ha querido olvidar, sobre todo en la cultura occidental, que la propuesta estaba a nuestra disposición desde hace mucho tiempo. Por ejemplo en Japón se procede al llamado *Shinrin yoku*, eso lo que ahora ha devenido en ser llamado BAÑO DE BOSQUES. En realidad se refieren a algo tan sencillo como pasear por las arboledas para encontrar la mejor cosecha de los árboles que es, precisamente, el sosiego por tu incrementada inocencia. Pudo parecer a muchos que esto entraba de lleno en esos aspectos del orientalismo, místico o casi, tantas veces mal divulgado en Occidente. Pero resulta que ha sido precisamente con las mejores técnicas médicas como se ha descubierto las capacidades «sedantes» de la arboleda. En concreto se demostró tras varios miles de análisis, registrados por electroencefalograma, que la ansiedad disminuía en las personas tras un largo paseo por el bosque. No ha quedado todavía identificado del todo lo que produce un incremento de la tranquilidad. Acaso la pureza del oxígeno, las moléculas químicas que emiten las hojas, la contemplación de nuestro primer hogar. En fin, sea cual sea la causa, lo que resulta evidente es que el árbol relaja, nos descansa como intuyeron los primeros escritores chinos.

Algo que no podemos por menos que vincular a los otros centenares de servicios y regalos que nos proporcionan los gigantes vegetales. Es más, en estos momentos en los que necesitamos enfrentarnos al cambio climático resulta todavía más oportuna la presencia de árboles en todas partes y con todos los motivos posibles, entre los que, sin duda, uno de los más hermosos es que sean últimas moradas de nuestros seres queridos. Que sobre sus restos se yergan fábricas de transparencia suma consuelo, coherencia y belleza a los cementerios.

Por todo ello no solo podemos hablar, buscar y potenciar de la paz de las arboledas, tenemos que propagar al máximo posible esta sensatez hasta que se parezcan lo más posible a esos surtidores de serenidad que son los bosques.

Descansemos con los que descansan en paz dejando generadores de serenidad sobre nuestros últimos restos.

Pero ¿a qué se debe que uno diseñe cementerios o colabore en revistas que apenas se leen en otro lugar que no sea un tanatorio?

Hace cuarenta años mi sobrina Valeria murió de cáncer. Era la primera hija de la familia, en cuanto a los cuatro hermanos, e inauguraba la tercera generación que encabezaban mis padres. Tenía solo cuatro años. Ante el más que comprensible aturdimiento de sus padres tomé, como padrino de ella que era, una de las decisiones más importantes y acertadas de mi vida: la de enterrar sus cenizas entre las raíces de un imponente roble que llevaba más de un siglo medrando en mis soledades. Todavía no había leído la entrañable historia de Baucis y Filemón en *Las Metamorfosis* de Ovidio y que Octavio Paz despliega en su precioso ensayo *La llama doble*. Cuando mis ojos recorrieron las palabras de tan precioso pasaje comprobé una vez más lo poco del todo nuevo que podemos llegar a hacer. Es más, ahora que empieza a ser norma extendida lo de que el cementerio sea conato de arboleda descubro que durante siglos algunas etnias y culturas siempre enterraron a sus mayores bajo los árboles. Originalidades aparte aquel gesto de que Valeria se quedara en plena Natura resultó bastante rupturista en aquellos momentos.

Elegí un roble rebollo o melojo, uno de los más grandes de la parte baja de mi bosque. No menos de un siglo, insisto, debía de llevar aquel gigantón creciendo. Años más tarde fue derribado por un temporal no sin dejar hijos, seguramente clones en el mismo lugar. Con el tronco abatido construimos un banco justo al lado de la tumba lo que anima mucho a pasar allí largos ratos, más para disfrutar del panorama que para acordarse de la muerte.

En primer lugar no solo busqué el lugar concreto, que pasó a llamarse ÁRBOL DE VALERIA, sino también colocamos en su base una enorme lancha de cuarcita para, sin inscripción alguna, depositar la urna bajo la misma. Años más tarde cuando mi padre se incorporó también a las raíces del enorme melojo sumé un poema grabado sobre una plancha de pizarra.

Es de Pablo Neruda y nos deja este consuelo:

Amo el trozo de tierra
que tu eres.
Tú repites
la multiplicación del universo.

Acudo con cierta frecuencia a este cementerio familiar, ya está allí también mi madre, que además es uno de los mejores oteros desde el que contemplar un horizonte de bosques. Si este libro comenzó afirmando que fuimos bosque acaba constatando que también podemos acabar siéndolo. Que algo permita la coincidencia entre el origen y el destino resulta precisamente lo más aliviador que cabe concebir, repite la estrategia básica de la vida, imita a los ciclos esenciales que acaban renovando la Vida. Empezar donde se acaba. Culminar donde empezamos.

Las flores que a veces deposito sobre la tumba son siempre silvestres. Lo hago pocas veces porque durante casi todo el año el árbol de Valeria ya tiene muchas plantas silvestres en su proximidad. En invierno violetas, en primavera unas cincuenta especies, entre las que destacan las de brezos, cantuesos, romeros y jaras. La hierba de Santiago luce durante los veranos. El otoño aporta las flores del madroño y la torvisca. Por cierto dos de las tres especies de nuestra flora que acometen la proeza de florecer y madurar sus frutos al mismo tiempo.

Si no muero desaparecido sé que yo también acabaré siendo el Árbol de Valeria. Algo que creo expresa con suficiente transparencia este poema dedicado a mi propia muerte.

Elijo elegir

Y elijo la condición
del árbol.
Porque come luz.
¡Qué delicia desayunar
transparencia,
almorzar lucidez y
cenar ocasos anaranjados!
Y con todo ello construir
el verdor
y la sombra
y la rara nube que es toda copa
donde se esconde el canto
de los pájaros.
Ahora no puedo,
pero cuando lo deje
seré lo que he elegido.

Por lo que evidentemente me asusta algo menos lo de dejar de ver verdes algún día pues pienso convertirme en ellos.

Hasta siempre

He escrito todo lo que antecede por haber escuchado a los árboles, la canción del bosque porque por lo menos a unos pocos no nos cabe la menor duda, y vuelvo a citarla, de que Clarissa Pinkola acierta cuando nos escribió que «Todo lo que tiene savia tiene canto». Acaso por todo esto todavía tenga más sentido haber plantado árboles, emboscarse y el que será enterrado entre las raíces del Árbol de Valeria. Me despediré con árboles, con lo que consigo despedirme no solo de todos los que me soportaron sino también de casi todos los demás. Se trata de la lógica consecuencia del mejor perfil de la filosofía ecológica que es lo que llamo ética ciega, es decir la que no conoce ni conocerá a los beneficiados de tus actos. Pero sobre todo me siento especialmente afortunado por haber peleado toda una vida para que no cese la música de la vivacidad.

A través principalmente del gozo de haber plantado muchos árboles para que con su lento uso del tiempo consigan burlar a lo que nos dio y quitó la vida. La VIDA que, a pesar del cambio climático, los incendios y las enfermedades, con la codicia humana a la cabeza, va a continuar.

GRACIAS Y ATALANTEMOS Y SALVEMOS A LOS ÁRBOLES Y A LOS BOSQUES QUE NOS SALVAN Y ATALANTAN.

Vento

Villuercas

Cáceres 05-01-2020

Notas

* La seca es una enfermedad que acaba matando a las quercíneas y que provocan ciertos hongos de las raíces.

* Uso este término que todavía no existe pero que confío en incorporar a los diccionarios como híbrido de avistar aves, por tanto pajarear o ser ornitólogo.

Los versos fueron sugeridos por una jornada avestando desde el corazón de los Alcornocales en las cumbres de la sierra de los Aljibes.

Por tanto otro de los afortunados encuentros con la belleza espontánea que he tenido la suerte de gozar a lo largo de mi vida. Emoción que mana de las muchas decenas de jornadas dedicado al censo de las aves que se disponían a cruzar el estrecho de Gibraltar.

Los árboles te enseñarán a ver el bosque

Joaquín Araújo Ponciano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Araújo Ponciano, 2020

© de las ilustraciones, Xavier Macpherson, 2020

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de las ilustraciones de la cubierta, Xavier Macpherson

© Editorial Planeta S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

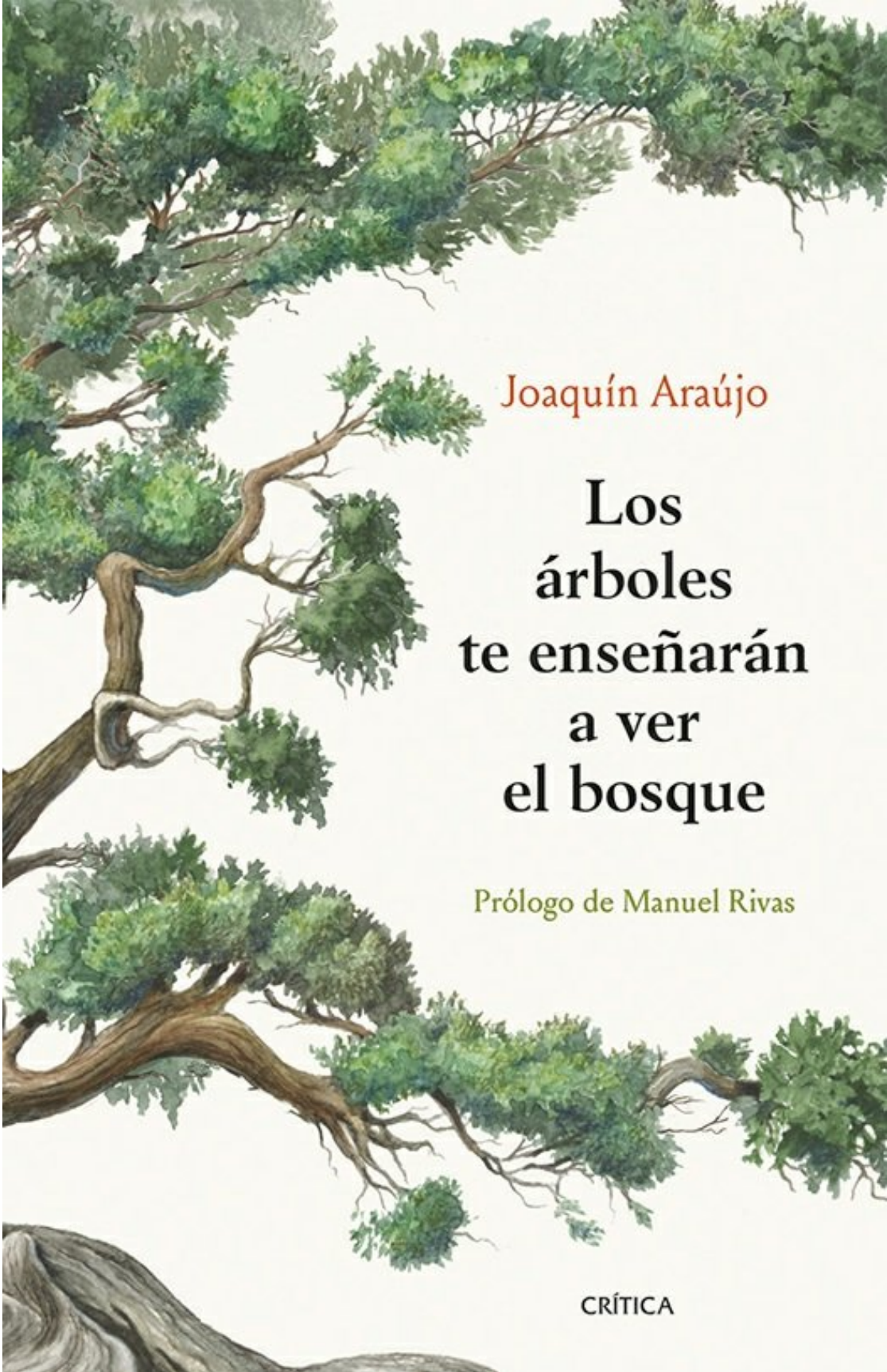
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-9199-223-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com



Joaquín Araújo

Los
árboles
te enseñarán
a ver
el bosque

Prólogo de Manuel Rivas

CRÍTICA